

¡1250 LIBROS PARA LLEVAR EN SU BOLSILLO!

La velocidad, comodidad y movilidad son tuyas. El e-GO! Library Español es una forma innovadora para tener y mantener un suministro fresco y abundante de grandes títulos. Es el mejor entretenimiento y fácil de obtener. El e-GO! Library Español es una unidad flash de memoria USB que pone a miles de los mejores libros de la actualidad su bolsillo!

Cargue su Kindle, iPad, Nook, o cualquier dispositivo con una variedad de ficción y no ficción. En su tiempo libre, elija entre sus temas, títulos y autores independientes favoritos y categorías como: romance, ciencia ficción, misterios, finanzas, biografías, negocios y muchos más.

- ✓ **1,000 LIBROS** independientes más populares
- ✓ **BONO-** 250 títulos clásicos
- ✓ **CONTENIDO ÚNICO** / Autores independientes
- ✓ **LLAVE USB PRECARGADA** de 4GB

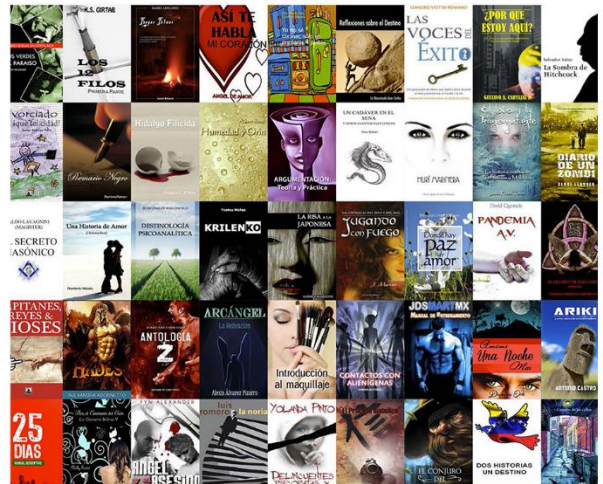
LOS MEJORES

1,000 LIBROS

+250 CLASICOS DE REGALO

e-GO!
Library *Español*

- ✓ Total portabilidad y conveniencia
- ✓ Más de 32 categorías precargadas
- ✓ No necesita internet
- ✓ Perfecto para leer mientras viaja



Apple Windows android nook kindle

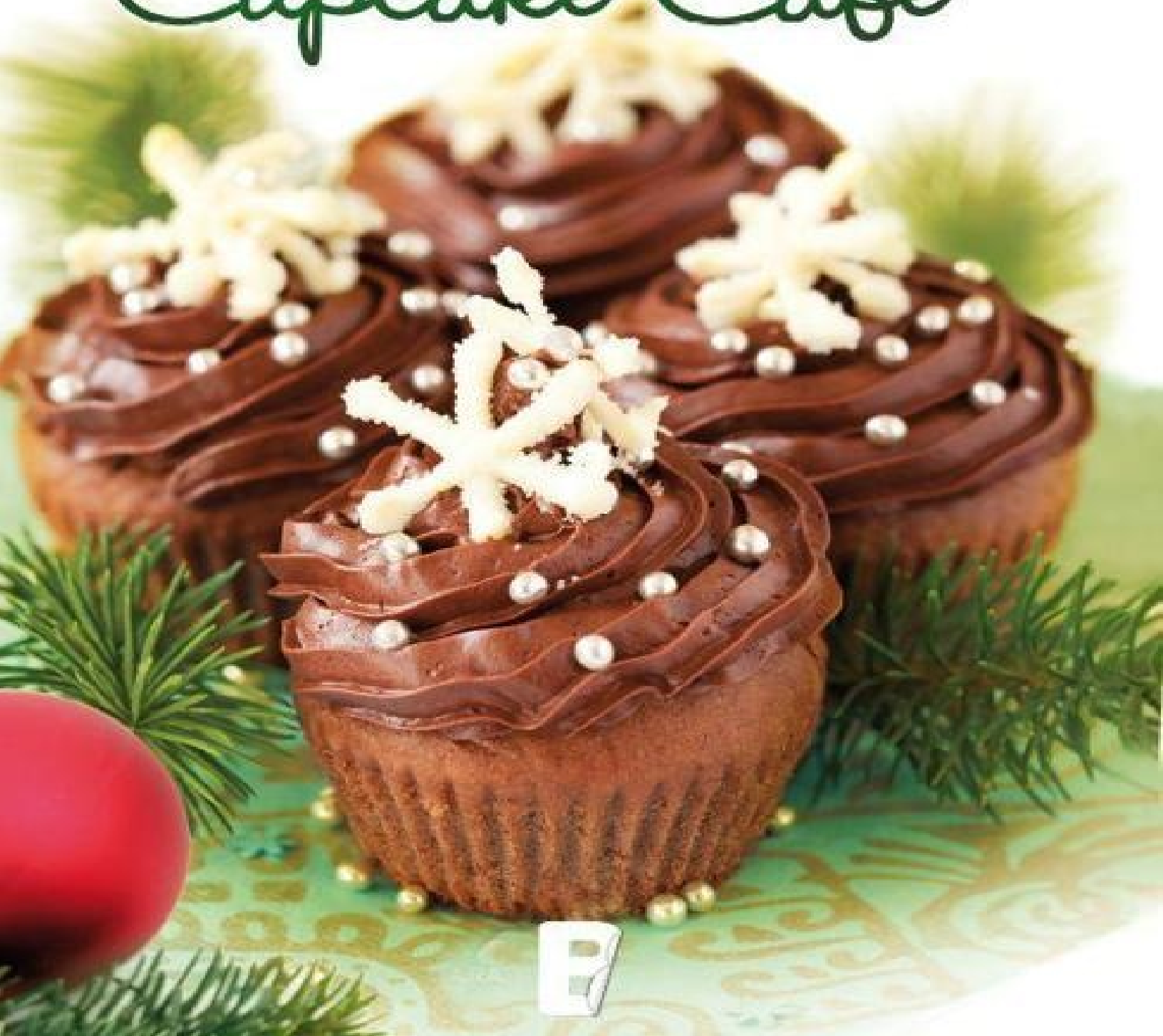
- ✓ **SIRVE CON TODOS** los lectores y dispositivos
- ✓ **IDEAL** para viajar
- ✓ **AHORRA** innumerables horas de Descargas
- ✓ **EL REGALO** Perfecto

VER MÁS

JENNY COLGAN



*Navidad en el
Cupcake Café*



NAVIDAD EN EL CUPCAKKE CAFÉ

Jenny Colgan

Traducción de Ana Isabel Domínguez Palomo

y María del Mar Rodríguez Barrena



Título original: *Christmas at the Cupcake Cafe*

Traducción: Ana Isabel Domínguez Palomo y María del Mar Rodríguez Barrena

1.ª edición: noviembre 2013

© Ediciones B, S. A., 2013

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito Legal: B. 23.219-2013

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-654-0

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

[Portada](#)

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Unas palabras de Jenny](#)

[Nota de la autora](#)

[Cita](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[Agradecimientos](#)

[Cómo hornear tus primeros cupcakes por «The Caked Crusader»](#)

*Para todos los que siguen dejándole galletas a Papá Noel (y zanahorias
a los renos)*



Unas palabras de Jenny

¡Hola! Aunque *Encuéntrame en el Cupcake Café* fue mi décimo tercera novela, me ha resultado más difícil de olvidar que algunas de las demás. Tal vez porque era el libro más largo que había escrito hasta la fecha y tenía la sensación de que me había encariñado con los personajes. Me descubrí entrando en modo Navidad poco después de la publicación del libro (me encanta la Navidad); y mientras hacía mi tarta de Navidad y algunos dulces típicos, me pregunté, aunque sé que suena ridículo, por cierto, cómo los haría Issy. Así que supuse que lo mejor sería escribirlo. Además, si te gustan las recetas, viene bien tener una recopilación para esta época del año. También hemos reimpresso la brillante guía introductoria de *The Caked Crusader*, ese magnífico blog de repostería, para hornear cupcakes (así que cuando lo veas, nada de pensar: ¡Menudo timo!), por si te estás iniciando en esto.

Es un poco raro, porque, aunque me gusta leer secuelas, nunca había escrito una. Como hay ciertas cosas que no me gustan de las secuelas, he intentado evitar párrafos del tipo:

Jane entró en la estancia.

—¡Hola, Jane! —la saludó Peter—. ¿Cómo estás después de que te abandonaran en ese naufragio y tuvieras que practicar el canibalismo antes de que un delfín te recogiera para llevarte a casa donde por fin te casaste con el amor de tu vida que al final resultó que no era tu hermano?

—Bien —contestó Jane.

También he intentado evitar lo contrario, esa situación en la que hay que recordarlo todo sin ayuda (venga, que estamos todos muy liados), como:

—Esto es peor que lo de las Bermudas —masculló Jane al tiempo que arrojaba su pierna protésica al otro lado de la estancia.

De modo que, en vez de tener que presentar a los personajes uno a uno, aquí te dejo un breve resumen (y si no eres nuevo, léelo también):

Issy Randall perdió su trabajo en una inmobiliaria y gastó todo el dinero de la indemnización en la apertura del Cupcake Café en Stoke Newington Street, que es una zona periférica de Londres (su abuelo Joe fue repostero en Manchester y a ella siempre le gustó la repostería, así que decidió convertirla en su profesión).

Contrató a *Pearl McGregor*, que está criando a *Louis* casi sin ayuda, aunque el padre del niño, *Benjamin Kmbota*, aparece de vez en cuando; y también contrató a *Caroline*, que está divorciándose de su marido rico. Además, Issy cortó con su novio y agente inmobiliario, Graeme, que era horrible, y ha empezado a salir con *Austin Tyler*, el director del banco local, que a su vez está criando a su hermano, *Darny*, tras la muerte de sus padres. A Austin le ofrecieron un trabajo fuera del país, pero eso se retrasó... La trama tiene lugar un año después del primer libro, para que le encuentres sentido. En fin, el asunto es que Louis ya tiene cuatro años y que Darny tiene once y está cursando su primer año de educación secundaria. Además, *Helena*, la mejor amiga de Issy, que trabaja de enfermera, ha tenido un bebé con su novio, *Ashok*, que es médico.

¡Ojalá que nos hayamos puesto al día todos!

Un agradecimiento especial a BBC Books y a Delia Smith por permitirme usar su receta. Y otro agradecimiento a The Little Loaf por la receta del capítulo quince. Si quieres más recetas, puedes encontrarlas en:

<http://thelittleloaf.wordpress.com>.

Si pruebas alguna de las recetas, cuéntamelo en www.facebook.com/jennycolganbooks o en @jennycolgan, que es mi cuenta de Twitter. Que tengas unas felicísimas Navidades.

Con mis mejores deseos,
Jenny



Nota de la autora

He probado con éxito todas las recetas que aparecen en el libro, en muchas ocasiones y con avaricia. Si tienes tiempo para preparar la tarta de Navidad con cuatro semanas de antelación, ¡es de gran ayuda!

P.D.: Las galletas de altos vuelos están buenísimas a ras de suelo.



*Sentado bajo el muérdago
(el verde y mágico muérdago).
Con una última vela
y los adormecidos bailarines ya idos.
Con esa única vela encendida.
Y con sombras al acecho
alguien apareció y allí me besó.*

Walter de la Mare, *Muérdago*



1

Pan de jengibre

No es una masa para hacer muñecos de jengibre, que son galletas y tienen que quedar duros y crujientes. Ni tampoco sirve para hacer casitas de jengibre, a menos que tengas muchísimo tiempo entre manos, y, además, admitámoslo en voz bajita, es un alarde de aquellos que prefieren que sus creaciones reposteras se admiren y no que se devoren. No, estoy hablando de una receta antigua de pan de jengibre, pegajoso y tierno... Se tarda poco en hacerlo y te encantará haberlo hecho.

Nota: Engrasa el molde antes de verter la masa. De lo contrario, tanto tu lavavajillas como tú os vais a llevar un buen disgusto.

Ingredientes

50 g de azúcar blanquilla

50 g de azúcar moreno

120 g de mantequilla

1 huevo

180 ml de melaza

300 g de harina bizcochona

1 cucharadita de levadura

1 cucharada de canela molida
1 cucharada de jengibre molido (o un poco más si quieres)
½ cucharadita de clavo molido (yo eché un clavo «de la suerte»)
½ cucharadita de sal
60 ml de agua caliente

Precalienta el horno a 175 °C. Engrasa un molde rectangular o uno cuadrado.

Bate la mantequilla y el azúcar hasta que quede cremosa (puedes hacerlo con una batidora de varillas o un robot de cocina). Después, añade el huevo y la melaza.

Mezcla las especias, la levadura, la harina y la sal. Añádelo a la masa. Añade el agua y después vuelca la mezcla en el molde. Hornea unos 45 minutos.

Puedes espolvorear la parte superior con azúcar glasé o preparar un glaseado o servirlo cortado en rebanadas como lo que es: un pan de jengibre algo pegajoso, típico de Navidad. Sírveselo con generosidad a las personas que te caen bien.

El aroma a canela, a cáscara de naranja y a jengibre perfumaba el ambiente, matizado por un fuerte olor a café. En la calle, la lluvia azotaba los enormes ventanales del exterior del Cupcake Café, cuya fachada estaba pintada de color verde Nilo y se situaba en un edificio de piedra gris entre una ferretería y un árbol vallado que parecía helado y desnudo en esa gélida tarde.

Issy, que sacaba en ese momento unos cupcakes de puré de castañas decorados con diminutas hojas verdes, inspiró hondo llevada por la felicidad y se preguntó si sería demasiado pronto para poner su CD de Silver Bells. Había hecho muy buen tiempo durante casi todo el mes de noviembre, pero por fin el invierno hacía acto de presencia.

Los clientes llegaban con aspecto cansado y golpeados por el azote del viento y de la lluvia, y soltaban sus paraguas en el paragüero situado junto a la puerta de entrada (se dejaban tantos olvidados que Pearl comentó que si alguna vez tenían problemas económicos, podrían abrir una tienda de paraguas de segunda mano), y después se quedaban paralizados con los abrigos a medio quitar cuando los deliciosos olores les llegaban a la nariz.

Issy veía cómo se apoderaban de ellos: sus hombros, encorvados para protegerse de la lluvia, se enderezaban poco a poco y se relajaban en el acogedor ambiente de la pastelería; sus caras tensas y ansiosas, típicas de Londres, se tranquilizaban, y una sonrisa aparecía en sus labios al acercarse a la vitrina de estilo antiguo en la que se exponían los dulces del día: los cupcakes se apilaban con la mejor de las decoraciones y cambiaban todas las semanas en función de los caprichos de Issy o de que hubiera recibido una remesa de las mejores vainas de vainilla o un boletín especial dedicado al escaramujo o de que sintiera el impulso de volverse loca con el merengue de avellana. De fondo, se escuchaba el borboteo de la enorme cafetera naranja (el color quedaba espantoso con los tonos crema, los verdes claros, los grises y la decoración floral de la pastelería, pero tuvieron que decantarse por lo más barato y funcionaba a las mil maravillas); la pequeña chimenea estaba encendida y parecía muy alegre (Issy preferiría una de leña, pero estaba prohibida, de modo que era de gas); había periódicos en los revisteros y libros en los estantes; también había red wifi y rincones acogedores en los que esconderse, así como una larga mesa en la que las madres podían sentarse con los cochecitos de los niños y no bloquearle el paso a nadie.

Sin perder la sonrisa, los clientes se tomarían su tiempo en decidirse. A Issy le gustaba repasar todo lo que tenían a la venta y explicar los ingredientes de cada cosa: les contaba cómo machacaba las fresas y las dejaba macerar en su propio jugo para las tartaletas de fresa que hacía en verano; o les hablaba de los arándanos enteros que le gustaba colocar en el centro de los cupcakes veraniegos que hacía con frutas. O, en ese momento, dejaba que los clientes olieran la nueva hornada que llevaba clavo. Pearl se limitaba a dejar que escogieran a su aire. Con Caroline tenían que asegurarse de que hubiera dormido lo suficiente, porque de lo contrario se impacientaba un poco y empezaba a comentar el número de calorías que tenía cada dulce. Eso molestaba mucho a Issy.

—La palabra que empieza por «c» está prohibida en este establecimiento —dijo—. La gente no viene para sentirse culpable. Viene a relajarse, a tomarse un respiro, a sentarse con sus amigos. No quiere oírte despotricar sobre las grasas saturadas.

—Solo intento ayudar —replicó Caroline—. La economía está mal. Estoy al tanto de todos los impuestos que evade mi ex marido. No habrá dinero para pagar las unidades coronarias de los hospitales, eso es lo único

que digo.

Pearl subió de la cocina del sótano con otra bandeja de muñecos de jengibre. La primera había desaparecido gracias a los niños que llegaron después de salir del colegio, encantados con sus lacitos al cuello y sus expresiones feroces. Vio a Issy con expresión soñadora mientras le servía dos rollitos de canela con un café con leche humeante a un hombre con una enorme barriga, un abrigo rojo y una barba blanca.

—Ni se te ocurra —le dijo.

—¿El qué? —preguntó Issy con expresión culpable.

—Ni se te ocurra lanzarte de cabeza a toda esa locura navideña. No es Papá Noel.

—Podría serlo —protestó el anciano—. ¿Cómo sabe que no lo soy?

—Porque ahora sería su temporada alta —repuso Pearl, que se concentró de nuevo en su jefa.

Los ojos de Issy se desviaron sin querer hacia el tarro de cristal lleno de bastoncillos de caramelo que, de alguna manera, había aparecido junto a la caja registradora.

—¡Estamos en noviembre! —exclamó Pearl—. Acabamos de vender todos los cupcakes de Guy Fawkes, ¿recuerdas? Y no me obligues a recordarte lo que me costó quitar toda la tela de araña que pusiste para Halloween.

—A lo mejor deberíamos haberla dejado para crear la ilusión de nieve artificial —sugirió Issy.

—No —zanjó Pearl—. Es ridículo. Las fiestas duran tanto que todo el mundo se harta de ellas y se pasan tres pueblos y son del todo inapropiadas.

—Tonterías —dijo Issy.

Pero Pearl no pensaba permitir que le quitara el mal humor.

—Y es un año complicado para todos —añadió Caroline—. Le he dicho a Hermia que va a tener que despedirse del poni si su padre no cambia de opinión.

—¿Y adónde lo vas a llevar? —preguntó Pearl.

—A las felices praderas —se apresuró a decir Caroline—. Mientras tanto, él se va a Antigua. ¡A Antigua! ¿Me ha llevado alguna vez a Antigua? No. Ya sabes cómo es Antigua —le dijo a Pearl.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —replicó de inmediato la aludida.

Issy tomó cartas en el asunto. Caroline era una buena trabajadora, eficiente, pero le faltaba sensibilidad desde que su marido la dejó, y en ese momento su ex intentaba reducirle la pensión. Caroline siempre había llevado una vida muy cómoda. Trabajar para vivir y relacionarse con personas normales le seguía pareciendo una novedad muy graciosa.

—Bueno, estamos casi en la última semana de noviembre —señaló Issy—. Todo el mundo está decorando de rojo, con sombreros de Papá Noel y campanillas. La verdad es que Londres no es el mejor lugar del mundo si quieres huir de las Navidades. Es la ciudad donde mejor se celebra la Navidad en el mundo entero, y yo quiero formar parte de la celebración.

—Jo, jo, jo —dijo el anciano regordete de la barba blanca.

Lo miraron y luego se miraron entre sí.

—Ya basta —le advirtió Pearl.

—No, ¡no pare! —exclamó Issy.

Ese año, estaba emocionadísima con la Navidad, tenían muchas cosas que celebrar. El Cupcake Café no las convertiría en millonarias, pero el negocio iba viento en popa. Su mejor amiga, Helena, y la pareja de esta, Ashok, se reunirían con ellos y llevarían a su traviesa (y era traviesa de verdad) hija de un añito, Chadani Imelda, y a lo mejor la madre de Issy aparecía también. La última vez que Issy supo de Marian, en septiembre, su madre se encontraba en una isla griega, donde estaba ganándose la vida muy bien enseñando yoga a mujeres que fingían vivir en el musical *Mamma Mia*. Marian era un espíritu libre, algo que supuestamente le confería un halo romántico, aunque no siempre la convertía en una madre muy sensata y constante.

Por supuesto, también estaba Austin, el guapísimo y distraído novio de Issy, con sus calcetines disparejos y su expresión intensa. Austin tenía el pelo rizado y los ojos verdes, con unas gafas de montura de pasta que solía ponerse y quitarse mientras pensaba. Y a Issy se le aceleraba el corazón cada vez que pensaba en él.

La campanilla de la puerta volvió a sonar, dejando entrar a otro torrente de clientes: jóvenes que se sentaban a descansar después de hacer unas cuantas compras navideñas. Sus bolsas estaban llenas a rebosar de baratijas y adornos artesanales de las tiendas situadas en la calle principal del barrio. Llegaban con las mejillas sonrosadas y el pelo mojado, llevando consigo el frío y un revoltijo de chaquetones y bufandas. Tal vez una

guirnalda de luces diminutas sobre la cafetera, pensó Issy. La Navidad en Londres. La mejor del mundo.

La Navidad en Nueva York, pensó Austin al tiempo que miraba a su alrededor y hacia arriba, con expresión anonadada. Desde luego que era lo más, como solían decir los melodramáticos. Estaba nevando y todos los escaparates estaban iluminados para mostrar sus mejores galas y sus artículos de lujo. Radio City Music Hall tenía un árbol de varios metros de altura y sonaba algo llamado Rockettes... y él tenía la sensación de haber viajado en el tiempo y haber aparecido en mitad de una película de los años cincuenta.

Le encantaba, no podía evitarlo. Nueva York hacía que se sintiera como un niño, aunque se suponía que era una persona adulta. Era muy emocionante. Su banco lo había enviado para que realizara «un ejercicio de intercambio de ideas» después de que la delegación estadounidense pidiera a alguien tranquilo y no a «un iluminado». Tal parecía que en Nueva York se habían cansado de banqueros alocados a los que les encantaba correr riesgos y necesitaban con desesperación a alguien con una cabeza bien plantada sobre los hombros para que las cosas no se fueran al traste. Austin era desorganizado y se impacientaba con el papeleo, pero rara vez concedía un crédito que saliera mal y se le daba muy bien percibir con quién merecía la pena correr el riesgo (Issy desde luego que era de estas personas) y quién entraba por la puerta persiguiendo quimeras y sabiéndose al dedillo la terminología más moderna. Era una persona segura en el mundo de las finanzas, un mundo que, cada vez más, parecía haberse vuelto loco por completo.

Issy lo ayudó a hacer el equipaje, ya que era incapaz de emparejar los calcetines si lo dejaban solo. Lo besó en la frente.

—Así que volverás lleno de anécdotas de Nueva York y todo el mundo se doblará ante tu sapiencia y te harán el rey del banco.

—No creo que tengan reyes. Aunque lo mismo sí. Todavía no he llegado a esas excelsas alturas. Quiero una corona gigante si tienen reyes.

—Y uno de esos bastones. Para golpear.

—¿Para eso sirven esas cosas?

—¿Qué sentido tiene ser un rey si no puedes ir dando porrazos por ahí?
—señaló Issy.

—Tienes razón en todo —dijo Austin—. También pediré armiño sintético.

Ella le dio un pellizquito en la nariz.

—Pero qué rey más listo y gracioso eres. ¡Mírame! —exclamó ella—. No puedo creer que te esté doblando los calcetines. Tengo la sensación de que te estoy mandando a un internado.

—¡Ah! ¿Vas a ser una directora muy estricta? —preguntó Austin con un deje travieso.

—¿Es que estás obsesionado hoy con los azotes? ¿He tenido que esperar todo este tiempo para que salga a la luz tu asquerosa vena pervertida?

—Tú has empezado, pervertida mía.

Issy lo llevó al aeropuerto.

—Cuando vuelvas, ya casi será Navidad.

Austin sonrió.

—¿De verdad que no te importa que lo hagamos como el año pasado?
¿De verdad que no?

—¿Quieres la verdad? —preguntó Issy—. La verdad es que la del año pasado fue la mejor Navidad de mi vida.

Y lo había dicho en serio. La primera vez que la madre de Issy se fue, o al menos la primera vez de la que ella tenía memoria, sin que los recuerdos se confundieran, tenía siete años y le estaba escribiendo una carta a Papá Noel poniendo especial cuidado en la ortografía.

Su madre miró la carta por encima de su hombro. Estaba atravesando una de sus peores rachas, que solían coincidir con las quejas continuas por el mal tiempo de Manchester, por las noches oscuras y por las hojas podridas. Joe, el abuelo de Issy, e Issy se miraron mientras Marian deambulaba de un lado para otro como un tigre enjaulado antes de detenerse para mirar la lista de Issy.

—¿Una manga? ¿Para qué quieres una manga sola? Para eso, un jersey completo.

—No —explicó Issy con paciencia. A su madre no le interesaba en lo

más mínimo la repostería y la comida en general tampoco, a menos que fuera soja o tofu (que no eran muy fáciles de encontrar en Manchester en los años ochenta) o alguna otra comida rara sobre la que hubiera leído en algún panfleto fotocopiado sobre estilos de vida alternativos al que estuviera suscrita—. Una manga pastelera. El abuelo no me deja usar la suya.

—Es demasiado grande y no dejas de romperla —masculló el abuelo Joe, aunque luego le guiñó un ojo a Issy para que supiera que no estaba enfadado de verdad—. Pero esa cobertura de caramelo y whisky que hiciste estaba muy buena, preciosa.

La cara de Issy se iluminó por el orgullo.

Marian miró la lista de nuevo.

—Guantes de horno de *Mi pequeño poni...* Cariño, no creo que los fabriquen.

—Pues deberían —replicó Issy.

—Un cuenco mezclador rosa... Una *Girl's World...* ¿Qué es eso?

—La cabeza de una muñeca. Puedes pintarle la cara. —Issy había oído a sus compañeras de clase hablar de la muñeca. Eso era lo que les iban a regalar a todas. No había oído que ninguna quisiera un cuenco mezclador. Así que decidió que era mejor unirse al grupo.

—¿Pintarle la cara a una muñeca de plástico? —preguntó Marian, que tenía una piel perfecta y jamás había usado maquillaje—. ¿Con el fin de que parezca una furcia?

Issy meneó la cabeza y se puso colorada.

—Las mujeres no necesitamos maquillaje —continuó Marian—. Eso solo es para complacer a los hombres. Eres perfecta tal y como eres, ¿lo entiendes? Lo que cuenta está aquí dentro. —Le dio unos fuertes golpecitos a Issy en la sien—. Por Dios, menudo país de pandereta. Mira que venderles maquillaje a los niños.

—No veo qué tiene de malo —repuso el abuelo Joe con voz serena—. Al menos, es un juguete. Todo lo demás son herramientas de trabajo.

—Ay, señor, pero cuántas cosas —protestó Marian—. La comercialización de la Navidad es vergonzosa. Me pone de los nervios. Todo el mundo poniéndose morado de comida, enfermado e intentando fingir que se tiene una dichosa familia perfecta cuando todos sabemos que es una mentira cochina y que estamos viviendo bajo la bota de Thatcher y que la bomba podría estallar en cualquier momento...

El abuelo Joe le dirigió una mirada de advertencia. Issy se alteraba mucho cuando Marian comenzaba a hablar de la bomba o de llevarla al campamento de mujeres de Greenham Common o de obligarla a llevar al colegio su chapa de la CND a favor del desarme nuclear. Después, él siguió untando la mantequilla en el pan con el que iban a acompañar la sopa de nabos. (Marian insistía en verduras muy sencillas; el abuelo Joe proporcionaba el azúcar y los carbohidratos. Era una dieta equilibrada, siempre que se tuvieran en cuenta los dos extremos.)

Issy no se molestó en enviar la carta después de todo, ni siquiera se molestó en firmarla, ya que a esas alturas cambiaba el verbo «querer» de las despedidas con un corazón, ya que era lo que hacían todas sus amigas.

Dos días después, Marian se marchó, dejando una carta.

Cariño:

Necesito el sol en la cara o no podré respirar. Quería llevarte conmigo, pero Joe dice que necesitas ir al colegio más de lo que necesitas el sol. Dado que yo dejé el colegio a los catorce, no le veo mucho sentido, pero mejor hacerle caso de momento. Que pases una Navidad estupenda, vida mía, nos veremos pronto.

Junto a la tarjeta, había una Girl's World nueva y embalada en su reluciente caja.

Con el paso de los años, Issy se dio cuenta de que debió de costarle algo a su madre comprarle la muñeca, algo más que el dinero, pero en aquel momento no se lo pareció. Pese a los esfuerzos de su abuelo para que la abriera, dejó la caja cerrada en un rincón de su dormitorio y no la tocó.

Los dos se despertaron temprano la mañana de Navidad, Joe por la costumbre e Issy por la emoción, aunque era consciente de que otros niños a los que conocía se despertarían con sus madres y posiblemente también con sus padres. A Joe le partió el corazón verla disimular. Y mientras ella abría el paquete con su nuevo cuenco mezclador, con sus preciosas varillas, todo de tamaño infantil, y con los moldes más diminutos que pudo encontrar, y mientras hacían tortitas juntos antes de ir a la iglesia para asistir a la misa de Navidad, saludando a sus numerosos amigos y vecinos, se le volvió a romper el corazón al comprender que a una parte de Issy no le importaba mucho la ausencia de su madre; al comprender que, incluso tan pequeña, ya se había acostumbrado a que la persona que debería ser una

constante en su vida la decepcionara.

Issy lo miró con ojos brillantes mientras le daba la vuelta a una tortita.

—Feliz Navidad, cariño mío —le dijo Joe al tiempo que le daba un beso en la cabeza—. Feliz Navidad.

Austin tenía sus motivos para odiar la Navidad. No se había tomado la molestia de celebrarla después de aquel primer año tras la muerte de sus padres, cuando el pequeño Darny no lloró, ni gritó, ni se quejó, sino que se limitó a quedarse sentado en silencio y con los ojos desorbitados, mirando la ridícula cantidad de regalos, procedentes de todas las personas que había conocido, que se apilaban en un rincón de la estancia. No quiso abrir ni uno solo. Austin no lo culpó. A la postre, desconectaron el teléfono (después de que Austin rechazara incontables invitaciones, ya que todos llamaban para expresar su lástima y le resultó insoportable) y se metieron de nuevo en la cama para ver *Transformers* en el ordenador mientras comían patatas fritas. De alguna manera, ver unos robots gigantes que aplastaban todo lo que se les ponía por delante se acercaba mucho a su estado de ánimo, y desde entonces siempre hacían algo parecido.

Sin embargo, el año anterior, la relación entre Issy y él acababa de empezar, estaban muy pendientes el uno del otro, y fue todo muy emocionante. Se acordó de comprarle regalos e Issy se quedó encantada: un vestido de su tienda *vintage* preferida de Stoke Newington y unos elegantes zapatos de tacón alto con los que era incapaz de andar. Por raro que sonara, no se trataba de que se los hubiera comprado, sino lo que significaban: salidas nocturnas y diversión, algo difícil de conseguir cuando se trabajaba a todas horas.

—Creía que me ibas a comprar un delantal —dijo ella mientras se probaba el vestido azul, que resaltaba el tono entre verdoso y azulado de sus ojos, y que le sentaba como un guante—. O una batidora o algo así. ¡Es lo que hace todo el mundo! Si me regalan otro tarro para cupcakes, voy a empezar a venderlos.

Y en el fondo de la bolsa, comprados con la paga extra (fue la única persona de todo el banco que recibió una paga extra ese año, según recordaba) unos pequeños pero perfectos pendientes de diamantes. Issy puso los ojos, que se le llenaron de lágrimas, como platos y fue incapaz de articular palabra alguna.

Los llevaba puestos desde entonces.

Y después habían mimado a Darny con videojuegos (Austin) y con libros (Issy), y vieron la tele en pijama y comieron salmón ahumado y bebieron champán a las once; y como hacía un tiempo espantoso para que alguien sugiriese dar un paseo, Issy preparó un almuerzo increíble... Issy hizo... Issy hizo que todo volviera a estar bien. Hizo que fuera divertido, creó su propia Navidad. No intentó echar las campanas al vuelo, obligarles a participar en estúpidos juegos, ponerse gorritos tontos, ir a la iglesia o dar largos paseos, como sus tías habrían hecho. Entendió y respetó su derecho a ver *Transformers* en pijama todo el día y tuvo la amabilidad de acompañarlos mientras lo hacían.

—Me muero por que llegue la Navidad —dijo Austin en el aeropuerto—. Pero ojalá pudieras venir a Nueva York.

—Algún día —replicó Issy, que deseaba visitar la ciudad más que cualquier otra cosa—. Ve, sé listo e impresionalos a todos, déjalos con la boca abierta, y luego vuelve a casa.

Y en ese momento él estaba en mitad de Manhattan, y Darny en Londres con Issy. Hacía un año, la idea de dejar a su hermano de once años superlisto, cabezota e hiperactivo con cualquiera que no fuese un equipo armado de respuesta táctica o un equipo de veterinarios con dardos tranquilizantes le habría parecido una locura. Darny había ido dando tumbos de un colegio a otro y había manejado a su antojo a su hermano mayor desde que sus padres murieron en un accidente. Austin había dejado al punto sus estudios universitarios y había aceptado un trabajo en la banca para poder mantener un techo sobre sus cabezas y evitar que a su hermano se lo llevaran los servicios sociales o cualquiera de sus bienintencionadas tías. Darny no le había pagado el gesto mostrándose especialmente agradecido.

Sin embargo, y por algún motivo, después de ser un cafre con todas sus anteriores novias (unas novias que le habían hecho ojitos a Darny y a quienes se les había caído la baba por el alto y guapo Austin, algo que a Darny le revolvía el estómago), a su hermano le cayó bien Issy. En realidad, el hecho de que a Darny le cayera tan bien había sido lo primero que lo atrajo de ella... además de sus ojazos, de sus labios carnosos y de su risa sincera. En ese momento, cuando pensaba en ellos juntos en la casita

que era, la verdad, un poco desastrada cuando solo vivían su hermano y él, pero que bajo las atenciones de Issy se había convertido en un lugar acogedor y hogareño, sintió la necesidad de llamarla. Iba de camino a una reunión y, dado que todavía no se fiaba de su sentido de la orientación en el metro, decidió recorrer la distancia a pie. Miró el reloj: las once de la mañana. Lo que quería decir que eran las cuatro de la tarde en Londres. Merecía la pena intentarlo.

—Hola.

—Hola —dijo Issy mientras subía las escaleras a duras penas con cinco bolsas de un kilo de café molido de la variedad Etiopía. La gente estaba haciendo cola para recoger los pedidos de la tarde o comprar el capricho de después del colegio, pero le encantaba escuchar la voz de Austin de todas maneras—. ¿Qué te cuentas?

—No te estarás atiborrando de pudín de ciruela por casualidad, ¿verdad? —bromeó Austin—. Cuidado con las sobras.

—¡De eso nada! —protestó Issy, indignada, al tiempo que soltaba el café en el mostrador—. Hola, ¿en qué puedo ayudarlo?

—¿Tienen tarta de Navidad?

Issy miró a Pearl con las cejas enarcadas.

—Todavía no —contestó—. Al parecer, el Niño Jesús se pone a llorar si empezamos a celebrar la Navidad diez segundos antes de que comience oficialmente el Adviento.

—Qué pena.

—Pues sí.

—No te burles de mis creencias —rezongó Pearl.

—Bueno, aquí me tienes, realizando una llamada carísima por el móvil desde Nueva York —dijo Austin.

—Lo siento, cariño —se disculpó Issy mientras el cliente señalaba con cierta decepción un cupcake con cobertura de cereza. Ya se le pasaría el disgusto, pensó Issy, cuando encontrara las cerezas glaseadas escondidas en su interior—. ¿Cómo te va?

—¡Esto es genial! —contestó Austin—. Quiero decir que es todo fantástico. Hay luces por todas partes y hay gente patinando en el Rockefeller Center... Es ese edificio enorme con una pista de patinaje fuera, y hay un montón de patinadores y son buenísimos, y hay músicos callejeros en cada esquina y Central Park está iluminado con unas luces increíbles y puedes dar un paseo en coche de caballos a través del parque

con una manta y muérdago y... En fin, que es fantástico y genial y alucinante.

—¡Uf, qué pena! Me encantaría estar ahí contigo. Deja de pasártelo tan bien sin mí. —De repente, tuvo una idea—. ¿Es supermaravilloso? ¿Están siendo todos amables contigo? No van a ofrecerte un trabajo, ¿verdad?

Issy tuvo un ataque de pánico y se le formó un nudo en el pecho al pensar que Austin se liara la manta a la cabeza y se mudara, una idea que haría que su amiga Helena dejara de darle el pecho a su hija durante noventa segundos y que resoplara por lo ridícula que era, algo normal que se lo pareciera a Helena, ya que Ashok estaba a su lado intentando anticiparse a todas sus necesidades con cara embobada por la suerte que tenía de haber encontrado a la maravillosa Helena, con su larga melena pelirroja y su increíble canalillo. Su amiga iba por la vida haciendo que todas las personas con las que se cruzaba se sintieran seres inferiores. Issy, en cambio, no tenía una personalidad tan definida.

—No —contestó Austin—. Solo me están enseñando la ciudad, estamos intercambiando ideas y cosas así.

Austin creyó conveniente no decirle a Issy que alguien de la oficina le había preguntado si era verdad que pensaban cerrar la mitad de las sucursales londinenses. Había más cotilleos circulando en el mundillo de la banca que en el grupo de costura del Cupcake Café, y ya era decir.

Issy intentó que su cabeza no empezara a hacer de las suyas. ¿Y si querían que Austin se quedara allí? ¿Qué iba a hacer ella con la pastelería? No podía dejarla. No podía marcharse sin más y abandonar todo aquello por lo que había luchado tanto. Pero si Austin se enamoraba de la genial y fantástica Nueva York y ella estaba enamorada de Austin... En fin. Menudo lío. No. Se estaba comportando como una tonta.

Recordó la despedida en el aeropuerto. Había sido muy emocionante (en Heathrow daba igual cuándo empezaba la Navidad y habían decorado la terminal de techos altísimos con guirnaldas de papel púrpura y gigantescos árboles plateados).

—Es como esa película —le susurró a Austin, que estaba guapísimo con la bufanda verde que ella le había comprado.

—No lo es —replicó él—. Todos los niños de esa película eran monos.

Darny estaba un poco apartado y los miraba con el ceño fruncido. Tenía un mechón de pelo de punta, exactamente igual que su hermano mayor.

—No hagas eso. Es asqueroso.

—¿El qué? ¿Esto? —preguntó Austin al tiempo que le acariciaba con la nariz el cuello a Issy, que chilló.

—Sí, eso —dijo Darny—. Tiene un efecto espantoso en mi desarrollo. Me he quedado traumatizado de por vida.

Austin miró a Issy.

—Pero ha valido la pena —repuso, y ella sonrió, delirante de felicidad.

Issy vio cómo su alta figura se perdía tras pasar el control de pasaportes y cómo se volvía en el último momento para despedirse con un gesto alegre de la mano. Quería gritarle al mundo: «¡Ese es mi hombre! ¡Es él! ¡Es mío! ¡Me quiere y todo!»

Se volvió hacia Darny.

—Solos tú y yo durante una semana —dijo con voz cantarina.

Se le había hecho raro enamorarse de alguien que ya contaba con otra persona en su vida, pero Darny y ella se llevaban bastante bien.

—No sabes lo triste que estoy —replicó Darny, que no parecía muy alterado—. ¿Me compras un muffin?

—Te tengo demasiado cariño para dejar que te comas un muffin del aeropuerto —respondió Issy—. Volvamos a casa, te prepararé algo.

—¿Puedo usar el robot de cocina?

—Sí —contestó Issy. Después, tras una breve pausa, añadió—: Porque vas a hacer un dulce, ¿no?

Darny chasqueó la lengua.

De alguna manera, supuso Issy, esperaba que Austin estuviera ansioso por volver a casa. De cualquier forma, Nueva York era un lugar ruidoso y ajetreado, donde se pasaban el día gritando «Compro, compro, vendo, vendo», ¿no? Eso no le gustaría a Austin lo más mínimo, estaba convencida. Austin era demasiado tranquilo. Comprobaría algunas cosas, conocería a varias personas y después todo volvería a la normalidad. Habían amenazado con enviarlo al extranjero hacía ya un año, pero teniendo en cuenta cómo estaba la economía, la cosa no había llegado a mayores, e Issy estaba encantada con el resultado. De modo que se molestó un poco al escucharlo tan emocionado.

—Me parece muy bien —dijo, con poco entusiasmo—. Londres también está genial. Toda la ciudad está llena de luces, de adornos y de escaparates navideños. En fin, toda la ciudad menos nosotros.

Pearl tosió sin darse por aludida.

—Sí, claro —replicó Austin—. Pero es que tendrías que verlo. Los rascacielos tienen luces rojas en las ventanas y hay nieve en las calles... Es mágico.

Issy recogió un montón de platos manchados de chocolate y de tazas que acababan de dejarle en el mostrador.

—Mágico —repitió ella.

Austin frunció el ceño al colgar el teléfono. Issy no se había mostrado con su habitual entusiasmo. Suponía que era difícil por la diferencia horaria. Todo el mundo estaba desconectado de los demás. Tendría que llamarla más tarde, hablar con Darny; claro que Darny estaba en la preadolescencia y había muchas probabilidades de que le contestase con un gruñido o, peor todavía, encogiéndose de hombros sin poder verlo, o que empezara a echarle un sermón por trabajar en el sector financiero y, por tanto, al menos a ojos de Darny, ser responsable del fin del mundo, de una catástrofe apocalíptica y del mal en general. Austin lamentaba muchísimo que su hermano hubiera leído *Los juegos del hambre*.

Explicarle que su trabajo era necesario para llevar a la mesa las ingentes cantidades de comida que él se zampaba y para comprarle las zapatillas deportivas que necesitaban sus gigantescos pies no le daba cuartelillo. Darny solo mascullaba que Issy se las apañaba para comprar café de comercio justo, algo que la convertía en uno de los capitalistas buenos. Issy le guiñaba un ojo a Austin y le explicaba a Darny que no habría podido abrir la pastelería sin su ayuda, un punto en el que Darny zanjaba la discusión chasqueando la lengua y encorvando sus delgados hombros. Iban a ser unos siete años larguísimos y peliagudos, pensaba Austin de vez en cuando.

La campanilla de la puerta sonó y Louis, el hijo de cuatro años de Pearl, entró con su mejor amigo, Louis Uno. Louis Uno era bastante más pequeño que Louis, pero había llegado antes al colegio, y ya había otro Louis, más pequeño que ellos dos, de modo que así estaban las cosas. Louis se lo había explicado con todo lujo de detalles a Pearl una noche, y había necesitado casi todo el recorrido del autobús número 73 para conseguirlo.

Pearl intentó mudarse del apartamento donde vivían en el sur de Londres a uno en el norte, para estar más cerca del trabajo y del colegio, excelente y de muy difícil acceso, al que asistía Louis (habían usado la dirección de la pastelería, algo que le contó a su vicario que la hacía sentir culpable, pero el hombre le había dado unas palmaditas en la mano y le había dicho que los caminos del Señor eran inescrutables y que tenía entendido que William Patten era un colegio magnífico), pero era difícil. Su madre, que vivía con ellos, detestaba dejar la casa; y Ben, el padre de Louis, no vivía con ellos pero aparecía de vez en cuando, y ella no quería que eso dejara de pasar. De modo que tenían que hacer un largo trayecto, pero por el momento no se le ocurría nada mejor.

La madre de Louis Uno recogía a los niños todos los días a la salida del colegio, un enorme favor por el que era recompensada con café y bollitos. Pearl salió de detrás del mostrador y se agachó para que Louis pudiera echarse a sus brazos. Sus rodillas se resentían, pero, se reprendió, algún día, a saber cuándo, él ya no querría correr hacia ella, darle un abrazo enorme y un beso húmedo en la mejilla, para después contarle todo lo que había hecho. Y tampoco la vería como si fuera la mejor persona del mundo; algo que siempre sería para su hijo, por supuesto. Jamás se cansaría de esa sensación.

—Hola, cariño —dijo.

Aunque seguramente la madre de Louis Uno sentía lo mismo por su pequeñín (de hecho, era una certeza, no una probabilidad), Pearl jamás dejaría de pensar que las mejillas de Louis, sus larguísimas pestañas negras, sus suaves rizos, su barriguita y su sonrisa eran las cosas más bonitas que había visto en la vida. E incluso para cualquiera que no tuviera relación con él, era un niño muy mono.

—¡Mamá! —Louis tenía una expresión preocupada en su carita mientras sacaba un dibujo de su mochila de *Cars*. Era una mariposa enorme, pintada con trazos irregulares y con papel de plata en la cabeza y en las antenas—. ¡Las «marisopas» son bichos! ¿Lo sabías?

—Bueno, supongo que sí, que lo sabía. ¿No te acuerdas del libro sobre el hambre que tenía?

—Son orugas. Las orugas son bichos con patas, pero también son mariposas. Como las tostadas —añadió Louis con aire pensativo.

—¿Qué quieres decir con eso de «como las tostadas»? —le preguntó Pearl.

—Que hay pan y luego hay tostadas. Pero una cosa es el pan y otra cosa son las tostadas, y son cosas distintas. Tengo hambre —terminó Louis.

—¡Tengo hambre! —exclamó Louis Uno, que parecía ansioso de repente por la posibilidad de que no le estuvieran prestando atención.

—Aquí tenéis los dos —dijo Issy, que apareció con pan de frutas tostado y dos vasos de leche.

Pasar las tardes en una pastelería no era muy bueno para un niño de cuatro años, de modo que todas se aseguraban de no quitarles el ojo de encima a los dos, sobre todo a Louis, cuyo cuerpo se parecía al de su madre y a quien le encantaba sentarse a hablar con los clientes (le daba igual quién fuera, aunque le gustaba mucho Doti, el cartero) de excavadoras, con un enorme helado entre sus regordetes dedos.

—¿Mamá? ¿Ya es Navidad?

—Todavía no —dijo Pearl—. Cuando sea el Adviento, abriremos todas las puertecitas del calendario hasta que el Niño Jesús llegue. Eso es la Navidad.

—En el colegio todos dicen que es Navidad. Tenemos un árbol enorme en la clase y la señorita Sangita dice que es un buen momento para que todos «cerebemos».

—«¿Cerebemos?»

—Sí.

—Bueno, es un buen momento para que celebremos. Cuando toque. Todavía estamos en noviembre. Acaban de terminar los fuegos artificiales de Guy Fawkes y Halloween, ¿recuerdas? Con los disfraces que dan miedo y los petardos.

Louis clavó la vista en el suelo y se mordió el labio.

—Los fuegos artificiales no me dan miedo —dijo en voz baja.

Había tenido muchísimo miedo, sin lugar a dudas, cuando empezaron a sonar los fuegos artificiales. Y aunque había disfrutado de los dulces de Halloween, encontrarse con fantasmas y espectros (sobre todo con los chicos mayores del barrio, que llevaban máscaras de *Scream*, montados en sus bicicletas mientras chillaban) le resultó bastante chocante, a decir verdad. La señorita Sangita le había dicho a Pearl que Louis era un pelín sensible, y Pearl había resoplado y le había contestado que lo que quería decir era que Louis no era un monstruito como los demás, a lo que la señorita Sangita había replicado con una sonrisa y le había dicho que no le parecía necesaria dicha actitud; por lo que Pearl se acobardó y tuvo que

recordarse a sí misma que era un buen colegio y que no podía dejar que el pánico la dominara en cuanto a su hijo.

Pensó en todo eso mientras volvían a casa en autobús, con Louis señalando todos los árboles de Navidad y todas las casas decoradas por las que pasaban... y eran muchas. Cuando llegaron al centro de la ciudad para hacer trasbordo de autobús, Louis puso los ojos como platos al ver los escaparates de las tiendas más conocidas: Hamleys, con su festín de animales mágicos moviéndose por un bosque; la cascada de luces que descendía por Regent Street; John Lewis, con los escaparates a rebosar de todos los objetos posibles. Las aceras estaban llenas de compradores emocionados en busca de gangas que alegraban el ambiente, y los *pubs* y los restaurantes, engalanados con guirnaldas y con pavo ya en el menú, estaban a rebosar de personas que festejaban. Pearl suspiró. No podía seguir negándolo. La Navidad estaba a la vuelta de la esquina.

Había sido un año duro, nada más. No para ella, ya que a la pastelería le iba muy bien e Issy se había portado estupendamente al nombrarla gerente y pagándole todo lo que podía, además de ser flexible por Louis. Pearl incluso había podido, por primera vez en la vida, ahorrar algo; podía incluso pensar en el futuro; podía pensar en mudarse a un lugar más cercano a la pastelería y al colegio de Louis. Aunque no vivía en un mal barrio, pensó con cierta lealtad. Desde luego que no era el peor. Pero le gustaría mudarse a un lugar que no fuera igual al de todos los demás, uno que pudiera decorar a su antojo y en el que hubiera más espacio para su madre. Eso sería muy agradable. Sería más que agradable. Y por un instante le pareció posible.

Eso fue antes de que la crisis le pasara a Benjamin su terrible factura.

Si Pearl tuviera página de Facebook, cosa que no tenía, como tampoco tenía conexión a Internet, su estado sentimental con Benjamin sería «Complicado». Ben era guapísimo, habían salido unas cuantas veces y ella se había quedado embarazada, y aunque no cambiaría por nada del mundo a Louis (era lo mejor que le había pasado en la vida), el caso era que Ben nunca había vivido con ellos y que entraba y salía de sus vidas con más asiduidad de la que a ella le gustaría. El problema era que Louis lo adoraba y creía que su altísimo, guapísimo y fortísimo padre era un superhéroe que de vez en cuando visitaba a su familia, cuando se lo permitían los huecos

entre misiones secretas. Y Pearl no soportaba la idea de pincharle la burbuja de felicidad. Louis chillaba de alegría cada vez que Ben aparecía, y tenía la sensación de que, durante un tiempo, eran una familia de verdad. De modo que estaba empantanada. No podía mudarse. No sería justo para Louis. Las cosas también habían empezado a irle mejor a Ben, ya que el trabajo le iba muy bien... hasta hacía seis meses.

Los trabajos en la construcción habían desaparecido. Así, sin más. Consiguió echar unas horas en las obras de acondicionamiento para los Juegos Olímpicos, pero daba la sensación de que todos los trabajadores de la construcción europeos se hubieran concentrado en Londres y la competición fue feroz. Fuera de la ciudad olímpica, tampoco había mucho trabajo. La gente estaba retrasando las construcciones, las remodelaciones y las ampliaciones hasta saber cómo acabarían las cosas; hasta saber si perderían el trabajo, les reducirían la jornada o sus ingresos disminuirían; hasta saber si las pensiones se congelarían y los ahorros de toda una vida no resistirían la inflación. Pearl luchaba con un solo dormitorio; a veces, contemplando la lluvia que caía al otro lado de la ventana, pensaba que no entendía cómo los demás se las apañaban para caldear una casa más grande que la suya. Ya le costaba bastante pagar la factura del gas.

No era culpa de Benjamin, de verdad que no. Él estaba buscando trabajo, lo intentaba todo, pero no había nada y ya había tenido problemas con los subsidios en el pasado, de modo que estaba recibiendo lo mínimo por ley.

Pearl lo conocía muy bien. Era un hombre que se dejaba manipular, pero también era muy orgulloso. Un buen trabajador cuando tenía trabajo, pero si no lo tenía... En fin. Tenía un montón de amigos que trapicheaban con cosas a las que no quería que el padre de Louis se acercara.

De modo que ella le estaba echando una mano, de vez en cuando, cada vez más seguido, y no sabía cómo iban a acabar. Benjamin también detestaba aceptar el dinero, detestaba tener que mendigar como si fuese un perro a una mujer. Lo que quería decir que las pocas noches que salían, las pocas ocasiones que comían fuera y las pocas veces que se quedaba en casa (le costaba la misma vida admitirlo, pero seguía siendo el hombre más guapo que había visto en la vida) se fueron haciendo cada vez más escasas. No era divertido salir con tu mujer a cenar cuando ella tenía que pagar la cuenta.

Pearl estaba llegando al final de sus fuerzas. ¡Ay, pero Benjamin era tan bueno con su hijo! Jugaba con Louis durante horas y estaba muy

impresionado con los dibujos y las manualidades que hacía en el colegio; jugaba con él a la pelota junto a los contenedores, y era capaz de hablar de excavadoras y de grúas hasta quedarse sin saliva. Pearl prefería morir de hambre antes de que a su hijo le faltara eso.

No llegaría a ese extremo. Pero esa Navidad iba a ser muy achuchada, la verdad, y detestaba que cada escaparate y cada cara emocionada se lo recordara.



2

Tarta navideña de galletas, chocolate y cerezas confitadas

Esta tarta no necesita horneado y está de rechupete. Puedes añadir un chorreón de ron si te apetece acentuar el toque navideño, pero ten en cuenta que el sabor quedará muy presente porque no hay cocción.

Ingredientes

275 g de mantequilla (yo usé 200 g de mantequilla sin sal)

150 ml de golden syrup (puedes sustituirlo por miel de caña)

225 g de chocolate negro de buena calidad

200 g de galletas digestive machacadas

200 g de galletas María machacadas

125 g de frutos secos variados (cualquier tipo de nueces, almendras... y su uso es opcional)

125 g de cerezas confitadas

Un paquete de Maltesers (o de cualquier otra marca de golosinas de chocolate parecidas)

Forra un molde redondo de 15 cm o uno alargado de 28 x 13 cm con

papel para hornear. (Yo usé un molde alargado de silicona, que no es necesario forrar.)

Funde la mantequilla, el golden syrup (o la miel de caña) y el chocolate en un cazo a fuego lento. Esto te puede llevar un rato, ya que es preferible poner el fuego al mínimo. Asegúrate de que el cazo sea bastante grande, porque tendrás que añadir las galletas machacadas. Remueve bien para que todo se mezcle de forma homogénea.

Añade las galletas machacadas, los Maltesers, las cerezas y los frutos secos (en caso de que los vayas a usar). Mezcla todo bien. Asegúrate de machacar las galletas en trozos pequeños de modo que luego se distribuyan bien en el molde.

Vierte la mezcla en el molde forrado. Nivelala la parte superior y presiona para evitar las burbujas de aire en el interior. Déjalo enfriar hasta que se endurezca. Necesita unas dos horas en el frigorífico y unos 45 minutos en el congelador. Cuanto más tiempo, mejor. Esta tarta está buenísima un sábado. Para conservarla en condiciones, envuélvela en papel de hornear y guárdala en el frigorífico.

Decórala con hojas de acebo. NO cuentes las calorías. La Navidad es una época de alegría.

Helena cogió a Chadani Imelda y esbozó una sonrisa decidida, acorde con el titánico logro que acababa de acometer. Aunque Chadani no había parado de berrear, había logrado vestirla. Llevaba un abrigo con pompones, un jersey con volantes, un tutú, unos leotardos de encaje con pompones en la parte posterior, unas botas Ugg para bebé de color rosa con estrellitas y un gorro también rosa, adornado con largas cintas y rematado con un pompón. El intenso pelirrojo de la niña contrastaba de forma espantosa con el rosa, pero Chadani era una niña, se recordó Helena con determinación, y por lo tanto tenía que ser identificada como tal.

—¿A que estás preciosa? —le preguntó al bebé con voz tierna.

Chadani la miró con ferocidad al tiempo que le daba un fuerte tirón al gorro. En vano. Su madre se lo había atado para que no lograra quitárselo. Las manitas de una niña de un año no eran rivales para una experimentada enfermera de traumatología y de urgencias. Porque Helena seguía siendo una enfermera y le gustaba repetírselo a todo el mundo. Pensaba volver al trabajo. En cuanto encontrara a la persona o la guardería ideal que pudiera

hacerse cargo de Chadani Imelda. De momento, nada de lo que había visto le gustaba.

Issy pensó en un primer momento que Helena debía de estar bromeando en su papel sobreprotector. Con lo fuerte, independiente y segura de sí misma que era, semejante reacción era impensable en su caso. Una reacción que a lo mejor había sorprendido incluso a la propia interesada. De todas formas, desde que Chadani Imelda llegó al mundo y soltó su primer alarido después de que la dejaran sobre el impresionante pecho de su madre tras un parto fácil y corto (Helena llegó al hospital por su propio pie y dio a luz hora y media después sin tomarse siquiera una aspirina), la vida de Helena se había convertido en «el proyecto Chadani».

Después de recuperarse de la impresión que supuso descubrir que Ashok iba a ser padre sin estar casado, con una pelirroja que quitaba el hipo, la cariñosa familia de Ashok hizo bien poco para disuadir a Helena del plan que se había trazado. Ashok era el benjamín de seis hermanos, cuatro de ellos eran mujeres y todos poseían fuertes temperamentos (de ahí que no les preocupara la llegada de una mujer fuerte a la familia). Todos ellos se mostraron dispuestos a ayudarlos, a ofrecerles consejos y a hacerle regalos a la recién nacida, ya que sus propios hijos eran mayores.

De modo que Chadani jamás salía de casa sin llevar una capa de ropa extra por si acaso, o con un biberón de más para que no pasara hambre. El antiguo piso de Issy, donde en esos momentos vivían Helena y Ashok, estaba lleno de juguetes de todo tipo. Aunque antes resultaba pequeño y acogedor, a esas alturas estaba escondido bajo toneladas de plástico, ropita de bebé secándose y un cartel enorme en la pared que rezaba: «Princesa.»

Izzy lo había mirado con los ojos entrecerrados.

—Mi hija tendrá una gran autoestima —insistía Helena—. Me niego a que la mangoneen.

—A ti nadie te mangonea —señaló Issy—. Estoy segura de que lo heredará de ti, de todas formas.

—Nunca se sabe —comentó Helena, al tiempo que se alejaba de Issy para quitar un montón de ropa de bebé de marca del que fuera su viejo sofá de terciopelo rojo.

—Helena, aquí dice que solo se puede limpiar en seco —dijo Issy con firmeza—. Sí, ya sé que no soy madre, pero...

Helena pareció un tanto avergonzada.

—Lo sé, lo sé. Pero está guapísima con ese abrigo. Me sorprende que no

la hayan secuestrado a estas alturas. De verdad.

Issy asintió con la cabeza, tal como solía hacer cuando se trataba de Chadani Imelda. La verdad, era un bebé precioso, por supuesto. Era la hija de su mejor amiga. Sin embargo, era llorona, inquieta y exigente. Issy pensaba a veces que tal vez estaría más cómoda sin toda la ropa que le ponía su madre. Y que se comportaría mejor si no tuviera encima a su madre, a su padre y al menos a otros cuatro familiares cada vez que abría la boca para llorar.

—Bueno —dijo Helena dándose importancia—. Dime qué te parece. Estos son los conjuntitos que he preparado para el día de Navidad. Mira este gorro con cuernos de reno, ¿a que es ideal? ¡Para morirse, vamos!

Chadani cogió los cuernos del reno y empezó a mordisquear uno de ellos, furiosa.

—Y después creo que la vestiré de terciopelo rojo para ir a la iglesia.

—¿Desde cuándo vas a la iglesia?

—Creo que todos los feligreses estarán encantados de ver a un bebé precioso el día de Navidad. Es la esencia de estas fiestas —señaló su amiga.

—Sí, bueno, el Niño Jesús, símbolo de la luz y la esperanza para el mundo. No un bebé cualquiera... —Las palabras de Issy lograron que Helena torciera el gesto—. Aunque es evidente que se trata de una niña muy, muy especial. Y, además, ya tiene un año. No puede decirse que sea un bebé, ¿no?

Chadani caminó hasta el televisor y comenzó a tirar al suelo DVD de dibujos animados. Helena ni se inmutó.

—¡Por supuesto!

—Además, Ashok es sij —añadió Issy, aunque no era necesario.

—También iremos al templo para la festividad de Diwali —le aseguró Helena—. Ahí sí que tienes que ir arreglado.

Issy sonrió. Le encantaría abrir una botella de vino, pero recordó que no podía porque Helena todavía le estaba dando el pecho a su hija y, tal como iban las cosas, seguiría haciéndolo hasta el año 2025.

—Bueno, de todas formas —dijo Helena—, Chadani ha... —Y se lanzó a enumerar una lista de todos los logros realizados por su hija durante los últimos días, en los que tal vez se incluyera, o no, el lanzamiento de DVD al suelo...

De repente, a Issy se le pasaron las ganas de hablar en serio con su

amiga. Por regla general, solían hablar de cualquier cosa, pero desde que Chadani llegó, Issy era consciente de que cada vez se separaban más, si bien no sabía exactamente cómo había sucedido. Helena había trabado amistad con un montón de madres primerizas a través de una red social para mamás que ella presidía por la virtud de haber protagonizado el parto más natural de todos y de ser la madre que más tiempo llevaba dándole el pecho a su hija. Sus incesantes y atónitas conversaciones sobre el proceso de destete y sobre cómo conseguir que los niños durmieran de un tirón durante toda la noche dejaban a Issy en estado catatónico. Aunque ella intentaba participar en las conversaciones sacando a relucir las nuevas trastadas de Darny (los niños debían ser perfectos o terribles, al parecer, no había término medio; lo mismo que sucedía con los partos: o los niños salían prácticamente sin esfuerzo o la madre se quedaba a las puertas de la muerte y necesitaba seis transfusiones de sangre), Helena la miraba con cierta compasión y le decía que sería distinto cuando tuviera sus propios hijos. Además, comenzar una conversación sobre lo mucho que echaba de menos a su novio le parecía un poco...

—Echo de menos a Austin —dijo, de repente. Lo intentaría—. Está en Nueva York. Y me encantaría que lo estuviera pasando mal.

Helena la miró.

—Ashok está de guardia —comentó—. Me levanto cuatro veces todas las noches, y después, cuando él llega a casa, pretende que mantenga a la niña calladita durante todo el día. ¡En este diminuto apartamento! De verdad te lo digo.

Izzy adoraba el apartamento y aún se sentía un tanto posesiva.

—¡Vaya por Dios! —exclamó con cierta inseguridad, aunque decidió lanzarse a la piscina tras abandonar sus quejas—. ¿Se supone que todavía debe despertarse por las noches?

—Pues sí —contestó su amiga con brusquedad—. Es una niña muy sensible.

Como si lo hiciera en respuesta al comentario, Chadani se acercó al montón de ropa recién lavada y doblada en el sofá y volcó su taza de leche suplementaria encima.

—¡No! —gritó Helena—. ¡No! ¡Eso no se hace! ¡Chadani! No me gusta este tipo de comportamiento. No te estoy criticando como persona ni como diosa. Pero lo que acabas de hacer...

La niña miraba a su madre con la taza aún volcada, como si estuviera

llevando a cabo un experimento.

Izzy decidió que era mejor no ahondar en el tema de su novio.

—Bueno, yo me voy —dijo.

Mientras se marchaba, escuchó que Helena decía:

—A ver, mami se pondrá muy contenta si le das esa taza, Chadani Imelda. Muy contenta. Así que si quieres que mami se ponga muy contenta, dale la taza. Dame la taza, Chadani. Ahora mismo. Dale la taza a mami.



3

Pensara Pearl lo que pensase, decidió Issy al llegar a casa, era el momento de empezar a preparar las tartas de Navidad. Hizo acopio de las enormes bolsas de pasas sultanas y de pasas de Corinto (preguntándose, como hacía una vez al año y solo una vez al año, en qué se diferenciaban), así como de cerezas glaseadas y de frutas confitadas. Si no comenzaba con ellas en ese momento, no tendría tiempo suficiente para que maceraran y no tendrían el punto justo ni estarían deliciosas cuando fueran necesarias.

Darny atravesó la cocina en cuanto volvió de su grupo para hacer los deberes. Nada más entrar por la puerta, Issy dio un respingo. Sus pasos eran los de un adulto, aunque solo tenía once años. Y, por supuesto, tenía sus propias llaves desde los seis.

—¡Hola! —gritó.

En circunstancias normales, pasaría junto a ella en dirección a su dormitorio para ponerse a jugar con su Xbox. A menos, claro, que ella estuviera preparando algo bueno para comer.

La casa que Austin y Darny habían heredado de sus padres era un bonito adosado de ladrillo rojo, con un amplio salón comedor en la planta baja, una cocina en la parte trasera y tres pequeños dormitorios en la planta superior. Había un trocito de jardín en la parte trasera, que no era lo

bastante grande para jugar al fútbol, al rugby, al balonmano ni a Robin Hood, claro que eso no había impedido que los niños lo intentaran a lo largo de los años. Tras cinco años con dos chicos como únicos ocupantes, uno de ellos demasiado pequeño y otro demasiado agobiado por el trabajo y muy soñador, la casa se encontraba en un estado muy lamentable, aunque contaban con una limpiadora algo taciturna. Poco a poco, Issy estaba intentando rehabilitarla: una mano de pintura por aquí; unas baldosas nuevas por allá. La estructura de la casa aparecía de nuevo, aunque Issy mantuvo intacto el trozo de rodapié en el que un niño de cinco años había pintado con tinta indeleble una hilera de coches de carreras.

—¿Por qué no se lo impediste? —le preguntó a Austin.

—Bueno, la verdad es que me gustaba bastante —contestó él con voz tranquila—. Se le da bien el dibujo, y colocó las ruedas en su sitio y todo.

Issy lo miró y decidió que era muy dulce. Limpió el resto de la pintura, pero conservó los coches. Lo demás estaba intentando reformarlo.

No podía evitarlo. No tenía la sensación de que necesitaba ir al psicólogo para que le confirmara que se debía a la inseguridad de su infancia, al espíritu inquieto de su madre y a la figura ausente de un padre al que nunca había conocido. La única constante de su vida fue su adorado abuelo Joe, cuya pastelería siempre había sido un refugio acogedor y cálido para ella. Desde entonces, había intentado reproducir esa sensación acogedora y cálida allá donde iba.

Antes de conocer a Austin, Helena le había dicho que era una persona a la que le gustaba complacer a los demás. Issy le había preguntado qué tenía eso de malo, y Helena le había señalado que todos sus novios habían sido unos manipuladores espantosos. Sin embargo, Issy jamás podría ir por la vida como Helena, haciendo lo que le venía en gana sin importarle las consecuencias. Conocer a Austin, que apreciaba que a ella le gustara complacerlo... En fin, los chicos se habían quejado al principio por lo de la casa. «¿Quién necesita cortinas?», había dicho Darny, que las veía como un símbolo aburguesado (aunque seguramente no tenía ni idea del significado de esa palabra) de la vergüenza y de la falsa intimidad que el gobierno ni siquiera permitía que se tuviera. Pero Issy insistió y la casa comenzaba a ser muy acogedora, poco a poco, a medida que las ventanas se limpiaban, que instalaba una mesa nueva en la cocina con su banco acolchado (dejaron que Darny se quedara con la antigua a modo de escritorio para su habitación, aunque estaba llena de manchas de tinta y pegamento, con un

trozo lleno de cortes allí donde jugaban a clavar el cuchillo), que trasladaba todos sus útiles de cocina (que Issy compraba como otra mujer compraría zapatos) y que colocaba lámparas allí donde solo había bombillas (Austin se había quejado de que no veía bien hasta que Issy le dijo que era romántico y que haría que sucedieran cosas románticas, lo que había llevado a que él reconsiderase su postura) e incluso cojines (que desaparecían a todas horas, ya que Darny se los llevaba a su dormitorio para que le sirvieran de diana). Parecía un hogar, señaló Issy, como el que tenían las personas normales, y no una pocilga donde vivían delincuentes.

Austin protestó alegremente, porque era lo que se esperaba de él y también porque eso mismo llevaban diciéndole las cotillas de sus tías durante años, que el lugar necesitaba de un toque femenino. En el pasado, numerosas mujeres se habían comprometido a hacerlo y lo habían intentado. Austin y Darny incluso les habían puesto un mote: eran las «Ayyy», porque ponían cara de preocupación y siempre decían «Ayyy» mientras miraban a Darny como si fuera un cachorrito abandonado. Austin detestaba que alguien dijera «Ayyy». Eso quería decir que Darny estaba a punto de hacer o de decir algo imperdonable.

Sin embargo, por algún motivo, Issy era distinta. Issy no decía «Ayyy». Ella prestaba atención. Y gracias a ella tenían la sensación de que volver a una casa acogedora y calentita todas las noches podía ser bastante agradable, aunque para ello tuvieran que hacerse las camas y recordar sacar la basura y usar los cubiertos y comer fruta y otras cosas. Sí, había más cosas además de muebles cómodos y otras minucias por aquí y por allá, pero ese era el precio a pagar, pensaba Austin, por todo lo bueno, por algo que se asemejaba bastante a la felicidad.

Darny se quitó la mochila y el abrigo, y fue dejando por ahí los libros de texto, el gorro, la bufanda, las cartas de Moshi Monster y trocitos de plásticos.

—Hola, Darny —lo saludó Issy mientras él atravesaba la cocina.

—¿Qué estás preparando? —preguntó él—. Me muero de hambre.

—Siempre te estás muriendo de hambre... —replicó Issy—. Pero esto no te lo puedes comer.

Darny miró en los enormes moldes.

—¿Qué estás preparando?

—Bueno, esta es la parte más sencilla. Estoy marinando la fruta.

Darny olisqueó la botella con la que ella estaba regando generosamente la mezcla.

—¡Uf! ¿Qué es?

—Brandi.

—¿Puedo...?

—No —contestó Issy sin titubear.

—Vamos, solo un sorbito. En Francia, dejan que los niños beban vino con la comida.

—Y comen caballos y tienen amantes. Cuando decidamos ser franceses, Darny, ya te lo diré.

Darny frunció el ceño.

—¿Y qué hay de comer?

—Coge un par de plátanos. También te he hecho unas tostadas de frutas —contestó Issy—. Y hay lasaña en el horno.

—¿Tostadas de frutas? No puedo creerme que tengas una pastelería y que yo solo pille tostadas de frutas.

—Pues aprende a hacer tus propios dulces.

—Claro, claro... —repuso Darny—. Eso es cosa de chicas.

—¿Tienes miedo? —preguntó Issy.

—¡No!

—Mi abuelo horneaba cientos de cuernos de crema al día hasta que cumplió los setenta años.

Darny resopló.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Cuernos de crema. Suena fatal.

Issy lo pensó un momento.

—Sí que suena mal —convino a la postre—. Pero los hombres son unos pasteleros estupendos. O pueden serlo.

Darny ya había engullido la tostada de frutas y estaba pelando un plátano. Miró el teléfono.

—Estoy esperando su llamada —dijo Issy—. Sonará en cualquier momento.

—Me da igual —se apresuró a decir Darny—. Además, seguro que está en una estúpida reunión.

Darny clavó la vista en las puertas francesas que daban al patio, oscuro a esas horas. Podía ver sus reflejos en el cristal. La casa era acogedora y

cómoda. No pensaba admitirlo, pero le gustaba que Issy estuviera allí. Era agradable. Claro que ella no era... Ella no era su madre ni nada parecido. Porque eso no iba a pasar en la vida. Pero al lado de las mujeres agobiantes que Austin había llevado a casa a lo largo de los años, suponía que Issy estaba bastante bien. Y una vez allí, bueno, era casi como si tuvieran una bonita casa como el resto de sus amigos, y todo parecía que estaba bien, cuando en realidad las cosas no iban bien desde hacía mucho tiempo. Así que ¿por qué estaba el imbécil de su hermano en Estados Unidos?

—Conoces los colegios en Estados Unidos, ¿no? —preguntó, como si no le importara, al tiempo que intentaba robar unas cuantas pasas del cuenco.

Issy le dio un golpecito en la mano con la cuchara de madera.

—Sí —contestó ella. De hecho, nunca había estado en Estados Unidos, así que le costaba un poco calmar la ansiedad de Darny.

—¿Tienen... tienen muchas armas y demás en los colegios? —preguntó él al final.

—No —aseguró Issy, que deseaba poder estar más convencida—. Seguro que no. Desde luego que no.

Darny esbozó una mueca desdeñosa.

—¿Y cantan a todas horas?

—No lo sé —contestó Issy—. De verdad que no lo sé.

Sonó el teléfono.

—Lo siento —dijo Austin—. La reunión se ha eternizado. Querían que conociera a más personas y que me presentara en su reunión ejecutiva...

—Vaya —dijo Issy—. Sí que los has impresionado.

—No sé yo —repuso Austin—. Creo que solo les gusta oírme hablar.

—No seas modesto —replicó Issy con voz cantarina, aunque un poco temblorosa—. Por supuesto que te adoran. ¿Por qué no te iban a adorar? Eres increíble.

Austin se percató del deje preocupado de la voz de Issy y se puso verde en silencio. No quería pensar, ni quería imaginárselo, lo que supondría que le ofrecieran un trabajo en Estados Unidos... y tal parecía que era lo que iba a pasar. No solo un trabajo, sino una carrera profesional, una oportunidad de oro. Dada la situación del sector bancario en esos momentos, tenía suerte de seguir trabajando, por no hablar de lo que supondría una carrera profesional con cierta proyección. Y la idea de ganar dinero por una vez,

no solo de ir tirando... Issy tenía la pastelería, por supuesto, pero apenas si conseguía beneficios, y sería agradable que los dos pudieran disfrutar de cosas bonitas, que pudieran tomarse unas buenas vacaciones e incluso... En fin. No quería pensar en el siguiente paso. Eso era adelantarse mucho a los acontecimientos. Pero estaba ahí. Tendría sentido, se dijo con firmeza. Sin importar lo que les deparara el futuro. Tendría sentido contar con un colchón que los respaldara. Estar asegurados. Juntos.

—Bueno, han sido muy amables —reconoció él—. ¿Cómo le va a Darny en el colegio?

Issy no quería decirle que lo había visto en el patio en compañía de un profesor, que lo acompañaba a toda prisa hacia la puerta. Intentaba no involucrarse demasiado en los asuntos escolares, aunque se preocupaba casi tanto como Austin por Darny, que era el niño más pequeño del curso y el único que no contaba aunque fuera con uno de sus progenitores.

—Bueno... —contestó.

—¿Qué estás haciendo?

—Una tarta de Navidad. ¡Huele que alimenta!

—Huele fatal —dijo Darny por el altavoz—. Y no me deja probarla.

—Porque has dicho que huele fatal —replicó Issy, algo que no admitía discusión—. Y tiene casi un veinte por ciento de alcohol, así que no puedes tomarla de ninguna de las maneras.

—Austin me dejaría.

—No, no te dejaría —respondió el aludido a través del teléfono.

—Cuando disfrutemos de representación proporcional —repuso Darny—, mi voz será tenida en cuenta en esta casa.

—Como empieces con el derecho al voto de los adolescentes, cuelgo —le avisó Austin.

—No, no cuelgues... —dijo Issy.

Se produjo un breve silencio durante el cual Darny le hizo un gesto obsceno al teléfono y después masculló lo mucho que cambiaría el mundo cuando los adolescentes pudieran votar mientras cogía unos cuantos plátanos, que se llevó a la planta alta.

—¿Se ha ido? —preguntó Austin al final.

—Sí —contestó Issy—. La verdad es que está de muy buen humor esta noche. A lo mejor no le ha ido tan mal en el colegio.

—Oh, estupendo —dijo Austin—. Gracias, Issy. La verdad, pensaba que la edad del pavo sería un poco más adelante.

—Bueno, todavía no está tan mal —repuso ella—. Todavía nos dirige la palabra. Creo que eso vendrá pronto. Pero sus zapatillas deportivas...

—Lo sé —dijo Austin, que frunció la nariz—. Dejé de percatarme del olor antes de que tú aparecieras.

—Mmm —murmuró Issy.

Se produjo otro silencio. Eso no era normal en ellos. Lo normal era que la conversación fluyera. Él le contaría cosas del banco y ella le hablaría de algún cliente gracioso o del motivo de la última discusión entre Caroline y Pearl.

Sin embargo, ella estaba haciendo lo mismo de siempre. Mientras que para él parecía que la vida estaba cambiando por completo.

Issy se devanó los sesos en busca de algún tema de conversación, pero no se le ocurrió nada. Al lado de Nueva York, su día había sido muy normal: había hablado con sus proveedores de azúcar y había intentado convencer a Pearl de colocar algunos adornos navideños. Y el resto del tiempo... En fin, no podía decírselo, porque sería injusto para él, porque sería como culparlo por estar lejos, sería como si se estuviera convirtiendo en una de esas espantosas mujeres que no podían estar solas, algo que ella no quería ser, y que no dejaban de quejarse a su media naranja. De modo que no podía contarle la mayor parte de lo que había estado pasando por su cabeza, de lo que seguía pasando por ella. No podía decirle lo mucho que lo echaba de menos y lo mucho que quería que volviera a casa y lo mucho que temía que él fuera a poner sus vidas patas arriba justo cuando, por primera vez en años, tenía la sensación de contar con un refugio seguro.

Así que no dijo nada.

—Bueno, ¿qué se cuece por ahí? —preguntó Austin, desconcertado.

Conseguir que Issy hablara no solía ser un problema. De hecho, el problema solía ser que se callara durante los partidos de críquet.

—Bueno, nada del otro mundo. Lo de siempre.

Issy sintió que se ponía como un tomate mientras el silencio se prolongaba. Austin, en cambio, estaba esperando para cruzar una calle de cuatro carriles sin saber muy bien desde qué dirección iban a aparecer los coches, de modo que esos mínimos indicios emocionales se le escapaban. Creyó que estaba enfadada con él por haberla dejado con Darny.

—Oye, la tía Jessica dijo que estaría encantada de quedarse con Darny...

—¿Qué? —preguntó Issy, exasperada—. Darny y yo no tenemos el menor problema. Está bien. No te preocupes por nosotros.

—No me preocupo —le aseguró Austin al tiempo que un taxi amarillo le pitaba por tener la temeridad de detenerse antes de cruzar la calle—. Solo te lo comentaba. Ya sabes... para que lo tengas como opción.

—Vuelvo a casa todas las noches después de un día de trabajo y consigo revisarle los deberes y hacerle la cena. Creo que la cosa marcha. Me parece que no necesito opciones, ¿y tú?

—No, no, lo estás haciendo genial. —Austin se preguntó en qué momento se le había empezado a ir de las manos esa conversación—. Lo siento —se disculpó—. No quería decir que... —El móvil le pitó. Tenía otra llamada entrante—. Oye, tengo que dejarte. Te llamaré más tarde.

—Ya me habré acostado —replicó Issy, que sonó más arisca de lo que pretendía—. Podemos hablar mañana.

—Vale... vale.

Issy se asustó por la frustración que sentía al colgar el teléfono. No habían conseguido mantener una conversación en condiciones, no habían hablado de nada importante, y ella seguía sin saber qué estaba haciendo Austin ni cómo le iban las cosas; solo había llegado a la conclusión, tras hablar con él, de que se lo estaba pasando en grande.

Se dijo que se estaba comportando como una tonta, que estaba haciendo una montaña de un grano de arena. Se estaba comiendo la cabeza sin motivo alguno. Su último novio había sido muy distante en el plano emocional y la había tratado fatal, por lo que le estaba costando un poco llevar su nueva relación. A Graeme no podía reprocharle nada, porque de lo contrario él se callaba y se mostraba muy frío; sabía que Austin era muy distinto, pero estaba segura de hasta dónde podía llegar. Los hombres... No, no solo los hombres, todo el mundo se alejaba de las personas dependientes sentimentalmente. Ella no quería parecerlo. Quería mostrarse cariñosa, informal y alegre, y recordarle que estaban construyendo un hogar lleno de amor, no quería que la viera a la defensiva, como a una bruja.

Issy suspiró y miró de nuevo la fruta que estaba preparando.

—No —dijo, aunque se sentía un poco tonta e infantil—. No puedes tener pensamientos negativos mientras preparas la tarta de Navidad. Da mala suerte. ¡Darny! —gritó para que la oyera en la planta superior—. ¿Quieres bajar y echar veinte peniques en la mezcla?

—¿Pueden ser monedas de dos libras?

—¡No!

Austin suspiró. No quería preocupar a Issy, pero a veces era muy fácil hacerlo. Lo habían llamado del colegio antes de irse. Kirsty Dubose, la jefa de estudios de primaria, siempre había sido muy blanda con Darny en el pasado debido a su historial. Además, sin que él lo supiera, la mujer estaba coladita por él. La señora Baedeker, la nueva jefa de estudios de Darny en secundaria, no se andaba con tonterías. Y el comportamiento de Darny ponía los pelos de punta.

—Estamos ante lo que se podría calificar de una situación extrema, de una última oportunidad —le soltó la señora Baedeker a Austin, a quien a veces le resultaba difícil recordar que era un adulto en un ambiente escolar.

—¿Por contestarle mal al profesor? —protestó Austin.

—Por alterar insistentemente el orden de la clase y por insubordinación —puntualizó la señora Baedeker.

A Austin le costó contener una sonrisa.

—No tiene gracia —continuó ella—. Impide que los demás aprendan. Y déjeme decirle una cosa: puede que Darny Tyler sea muy listo, muy ingenioso, muy leído y todo lo que quiera, y puede que acabe enderezándose y vaya por el buen camino. —Golpeó el escritorio con la palma de la mano para enfatizar sus palabras—. Pero hay muchos niños en este colegio que carecen de lo que tiene Darny y que necesitan buenas clases, lecciones organizadas y disciplina, y él está impidiendo que eso suceda, y ni está bien ni quiero ese problema en mi colegio.

El último comentario le había cerrado la boca a Austin de inmediato. Le expuso el argumento de la señora Baedeker a Darny con vehemencia, y Darny lo refutó con la misma vehemencia, diciendo que los exámenes formales eran una pérdida de tiempo y que daba igual, que esos niños intentaban quemarlo durante el recreo, así que era una venganza justa, y que sin duda alguna el pensamiento crítico era un punto cardinal de la educación. Issy se había escondido en la cocina y les había preparado una quiche de bacalao ahumado. Sin embargo, a Austin le costaba preocuparse por Issy y por Darny a la vez, y en ese momento su cabeza estaba concentrada en su hermano, aunque Issy no dejara de pensar en él.



4

Tarta de Navidad perfecta

No voy a disculparme por esto.

Escribió Issy en su recetario, dirigiéndose al personal extra que algún día contrataría, o eso le gustaba pensar. Era una tradición puesta en marcha por su abuelo y que ella pensaba continuar. Había guardado todas las recetas que su abuelo había escrito a mano y sus amigas las habían encuadernado. Jamás se permitía pensar que algún día tal vez tuviera una hija a quien entregárselas. Ni hablar. Y de todos modos, pensaba, si tuviera una hija, seguramente sería como Marian y solo comería soja verde, se pasaría el día viajando y enviándole misteriosas postales, y solo hablarían por videoconferencia a través de Skype, aunque la conexión sería pésima y la conversación solo giraría en torno a personas desconocidas para Issy. Así que lo mismo daba.

Muchas de mis recetas están cambiadas y ajustadas para adaptarse a mis gustos, con la esperanza de que también satisfagan a mis clientes. No me gustan las cosas demasiado elaboradas ni trabajosas. Si me decido a preparar una receta estadounidense, sé que va a ser demasiado dulce para el gusto británico, mientras que las francesas necesitan un poco más de

azúcar. Dicho lo cual, esta receta que nos ocupa es distinta. Es una de esas recetas imposibles de mejorar. Algunos la hacen más complicada añadiéndole naranjas confitadas enteras, sorpresas en el interior o tonterías del estilo, pero la receta básica, sin cambiar ni una coma, es de las más fiables que se han escrito jamás. Da igual que la persona que vaya a preparar la tarta no haya horneado en la vida. Siguiendo la receta, se puede preparar una tarta de Navidad maravillosa. La receta es de santa Delia Smith.

Aunque Delia aún no es una santa oficialmente hablando, y por suerte para todos sigue viva y coleando, algún día la beatificarán en el Vaticano. Nadie es tan didáctico como ella en el mundo de la cocina y nadie ha logrado tanto éxito. Aunque todos conocemos a ciertos chefs muy famosos (no pienso dar nombres) que aseguran preparar las cenas en media hora cuando en realidad necesitan toda una tarde de amarga preparación, o que se dejan la mitad de los ingredientes porque están ocupados arreglándose, siempre se puede confiar en Delia, de modo que aquí estoy. Sigue los pasos de la receta al pie de la letra, punto por punto, y prepararás una deliciosa tarta de Navidad. Por no mencionar el olor tan maravilloso que tendrás en la cocina. Lo ideal es que la prepares a finales de noviembre para que los sabores maceren durante las semanas posteriores. De hacer algún cambio, personalmente añadiría un pelín más de brany, pero eso depende del gusto de cada cual.

Tarta de Navidad clásica de Delia Smith

Modestia aparte, esta receta lleva circulando desde 1978, ha sido probada y requeteprobada por miles de personas y, a día de hoy, todavía es una de las recetas más populares que he escrito, junto con el Pudín tradicional de Navidad. Es muy sabrosa, húmeda y de color oscuro, así que si prefieres los bizcochos más secos, no te gustará. Últimamente, hemos llevado varias tartas de este tipo a las firmas de libros por todo el país y me ha sorprendido ver que muchas personas compraban el libro después de probarla.

Ingredientes

450 g de grosellas

175 g de pasas sultanas
175 g de pasas de Corinto
50 g de cerezas confitadas, lavadas, secadas y finamente troceadas
50 g de cáscara de naranja escarchada, finamente troceada
3 cucharadas soperas de brandy, y un poco más para «emborrachar»
225 g de harina
½ cucharadita de sal
½ cucharadita de nuez moscada
½ cucharadita de mezcla de especias (clavo molido, jengibre molido, canela molido, nuez moscada molido y cilantro molido)
225 g de mantequilla sin sal
225 g de azúcar moreno
4 huevos XL
50 g de almendras troceadas (no hace falta quitarles la piel)
½ cucharada de melaza
La ralladura de un limón
La ralladura de una naranja
110 g de almendras escaldadas enteras (en caso de que no se vaya a cubrir la tarta con glaseado)
Un molde redondo de 20 cm o uno cuadrado de 18, engrasado y forrado con papel de horno
Forrar también el exterior del molde con papel de horno para mayor seguridad

Es necesario comenzar con los preparativos la noche previa al horneado de la tarta. Hay que pesar los frutos secos y la cáscara de naranja confitada, mezclarlos con el brandy y dejarlos macerar de forma homogénea. Cubre el cuenco con un paño de cocina limpio y deja la fruta durante doce horas para que absorba el brandy.

Al día siguiente, precalienta el horno a 140 °C. Pesa el resto de los ingredientes y ve tachándolos de la lista para asegurarte de que ninguno se queda atrás. Te será más fácil manejar la melaza si calientas un rato el bote destapado al baño María.

Comienza la tarta tamizando la harina, la sal y las especias en un cuenco bien grande. Tamiza de forma que la harina caiga desde una buena altura para que la harina se airee bien. Después, en otro cuenco distinto, bate la mantequilla con el azúcar hasta que blanquee y consigas una mezcla

cremosa. Bate los huevos en otro cuenco y añádelos, cucharada a cucharada, a la mezcla de mantequilla y azúcar. No dejes de batir hasta que el huevo esté incorporado por completo. De esta forma, añadiendo los huevos poco a poco, evitarás que se cuajen. Si ese fuera el caso, ¡no te preocupes! Una tarta con unos ingredientes tan ricos es imposible que tenga mal sabor.

Cuando hayas incorporado todo el huevo, añade la harina con las especias, usando movimientos envolventes y trabajando muy despacio, sin batir (es necesario que la masa tenga suficiente aire). Añade la fruta que estaba macerando, la melaza y las ralladuras de limón y de naranja. Después, vierte la masa a cucharadas en el molde que hayas preparado, extiéndela uniformemente con la parte posterior de la cuchara y si no vas a adornarla con un glaseado, coloca las almendras escaldadas como más te guste por encima. Antes de meterlo en el horno, cubre el molde con papel de aluminio dejando un pequeño agujero en el centro (esto ayuda a proteger la tarta de forma que no se queme la parte superior, ya que necesita un largo proceso de horneado).

Coloca el molde en la rejilla inferior del horno y hornea durante cuatro horas y media o cuatro horas y cuarenta y cinco minutos. Dependerá de cada horno, pero en todo caso, no lo abras hasta que hayan pasado cuatro horas. Una vez fuera del horno, deja que la tarta se enfríe en el molde durante media hora y después desmóldala y déjala enfriar del todo sobre una rejilla. Cuando esté fría, «emborráchala». Utilizando una brocheta fina o un palillo de dientes, haz pequeños agujeros en la parte superior y en los laterales. Después, vierte unas cuantas cucharadas de brandy. Tras este paso, envuelve la tarta en papel de hornear, asegúrala con una goma elástica y guárdala en un envase hermético o envuelta en film de plástico. A partir de este momento, podrás emborracharla cada cierto tiempo hasta que vayas a cubrirla con el glaseado o comértela.

Pearl miró a Issy.

—Lo estás haciendo a propósito —la acusó.

—No —replicó Issy—. Necesita tiempo para macerar.

Todos los que habían entrado por la puerta habían levantado la cabeza, habían olisqueado el aire y habían acabado sonriendo.

—No sé si sabes que puedes comprar una vela perfumada con este olor

—señaló Caroline—. Son solo cincuenta libras.

Los demás la miraron.

—¿Cincuenta libras por una vela? —inquirió Pearl—. En mi iglesia las venden por treinta peniques.

—Bueno, son para regalar.

—¿La gente regala velas?

—La gente guay —respondió Caroline.

—¿La gente guay regala cosas con las que están diciendo: «Oye, tu casa huele fatal y necesitas esta vela apestosa para solucionarlo?»

—Callaos las dos —dijo Issy al tiempo que encendía la ruidosa cafetera para que dejaran de discutir. Acto seguido, miró hacia la chimenea, donde había colocado un pequeño calcetín rojo para Louis. Pearl siguió su mirada.

—¿Estás colocando la decoración navideña a hurtadillas?

—No —se apresuró a responder Issy—. Solo es un calcetín suelto que acabo de lavar.

—Ese es el olor más navideño del mundo —comentó la chica a la que Caroline estaba atendiendo.

La niña que tenía al lado la miró muy sonriente y con los ojos abiertos de par en par.

—¡Va a venir Papá Noel! —exclamó la pequeña.

—Pues sí —dijo Issy—, pero no se lo digas a nadie.

La niña cerró la boca y sonrió, como si compartieran un secreto. Pearl puso los ojos en blanco.

—Vale. Vale. Fórralo todo con espumillones para que empiecen a acumular polvo y yo las pase canutas limpiando, y pon ya los ridículos villancicos hasta que me tire de los pelos por escuchar tantas veces «Stop the Cavalry». ¿Quieres que me ponga un gorro de Papá Noel durante estas cinco semanas? O también me puedo poner unos cuantos cascabeles en la cintura, y pasarme un mes y medio tintineando. ¿Te parece bien?

—¡Pearl! —exclamó Issy—. Solo tratamos de divertirnos.

—Yo lo he decorado todo en blanco este año —dijo Caroline—. Todo fabricado a mano por los inuit. Los adornos no brillan ni tienen luces, pero son ecológicos y sostenibles. Los niños se han quejado, pero les he dicho que una Navidad con estilo es una Navidad mejor.

Issy observaba a Pearl con atención. Por regla general, era raro verla enfadada.

—En serio, ¿estás bien? —le preguntó. Mucho se temía que había estado tan enfrascada en sus preocupaciones sobre Austin que no se había percatado de que Pearl tenía sus propios problemas.

—Se me pasará —contestó Pearl, que pareció avergonzada—. Lo siento. Es que ha pasado todo tan rápido y hay tantas cosas que hacer...

Issy asintió con la cabeza.

—Pero va a ser estupendo, ¿verdad? Louis tiene la edad perfecta.

—Sí, pero es caro —replicó Pearl—. Comprarle todos los juguetes.

—Louis es el niño menos caprichoso que conozco —le recordó Issy—. No va a exigirte que le compres juguetes.

—Benjamin no para de repetir que va a regalarle un Garaje Monstruoso y, además, quiere todo lo que ve en la tele, equipaciones de fútbol y no sé qué más —dijo Pearl—. Pero yo no sé si...

Issy la miró.

—Pearl McGregor, eres la mujer más sensata que he conocido en la vida. No me puedo creer que hayas dicho eso. La semana pasada, Craig le preguntó a Louis por su equipo de fútbol preferido y él le dijo que era el Rainbow United.

Pearl sonrió.

—Quería decir Brasil.

—¡El pobre no sabe lo que quiere! Solo tiene cuatro años. No te preocupes por eso. Y, además —añadió Issy para animarla un poco—, cuantas más cosas navideñas y alegres hagamos, más venderemos, y así conseguirás más propinas. ¿No crees?

Pearl se encogió de hombros.

—Sigo pensando que a la gente se le olvida lo que celebramos en esta época del año.

—¿Te gustaría que hiciera un belén de jengibre? —sugirió Issy, pensando que su amiga se reiría de la sugerencia. Era un trabajo arduo y tardaría una eternidad en prepararlo todo.

En cambio, Pearl contestó:

—Creo que sería precioso. ¿Y si lo pusiéramos en el escaparate?

Caroline tampoco tenía mucho espíritu navideño ese año. A Richard le tocaba quedarse con los niños. Y ella le había dicho a todo el mundo que le parecía genial. Que iba a pasar todo el día mimándose, que se daría un

baño en su spa particular y se haría un tratamiento depurativo para no acabar hinchada como solía suceder en las fiestas.

Sabía que estaba siendo muy negativa, además de borde y sarcástica, y sabía que Pearl e Issy eran las únicas personas capaces de aguantarla en esos momentos. Sin embargo, no podía evitarlo. Richard la había dejado en un principio por una compañera de trabajo, pero al parecer dicha relación había acabado y a esas alturas ella no sabía ni dónde estaba ni con quién. Se limitaba a ponerse en contacto con ella a través de sus abogados. ¿Habría conocido a otra? ¿Se enamoraría de otra mujer y tendría miles de hijos con ella, malgastando de esa forma la herencia de Hermia y de Aquiles? El mantenimiento de la casa le salía por un pico y las inversiones en bolsa caían en picado, todo el mundo lo decía. Era imposible vivir en Londres.

El miedo la carcomía, y ella lo pagaba con los demás. Pearl e Issy lo comprendían y se comportaban con ella de forma muy paciente. Pearl había comentado en cierta ocasión que se estaba ganando un sitio en el cielo por aguantarla. Issy pensaba que si algún día llegaba a tener hijas con Austin, su fase adolescente sería algo similar.

—¿Qué tal le va por Nueva York a ese pedazo de novio que tienes? —le preguntó Caroline a Issy mientras atendían a la multitud que se agolpaba en la tienda a la hora del almuerzo.

Pearl había permitido que Issy cambiara el sándwich tradicional por otro que incluía pavo, relleno de pavo y salsa de arándanos, y la gente se los llevaba a manos llenas.

—Está bien —contestó Issy en un tono de voz que alertó de inmediato a sus amigas, porque adivinaron que pasaba algo.

—Bueno, ya sabes cómo es Nueva York —comentó Caroline, en un tono engreído.

—Pues no lo sé —replicó Issy—. No lo sé, porque nunca he ido.

—¿No has ido a Nueva York?

—Yo tampoco —dijo Pearl—. Y tampoco me he inyectado veneno en la cara. ¿A que es sorprendente lo que la gente no hace?

Caroline pasó de ella.

—Bueno, pues hay unas mujeres divinas por todos lados, guapísimas y desesperadas por echarle el guante a un hombre. ¡Lo que harían por atrapar a un banquero inglés alto y guapo! Seguro que lo están acechando como buitres.

Issy parecía pasmada.

—¿Lo sabes por experiencia? —le preguntó Pearl, mosqueada—. ¿O te lo has inventado porque ves muchas series de televisión?

—Ah, no, guapas. Yo sí que he estado allí. Las mujeres que conocí hicieron que me sintiera espantosa. —Caroline soltó una carcajada como si quisiera burlarse de ella misma, pero fracasó estrepitosamente.

—Volverá pronto —dijo Issy.

—Yo no estaría tan segura —replicó Caroline—. Te lo quitarán en un abrir y cerrar de ojos.

La conversación no animó a Issy en lo más mínimo, ni siquiera cuando la última hornada de tarta de navidad que se encontraba en el enorme horno industrial comenzó a perfumar toda la calle, atrayendo a una horda de albañiles que trabajaban en una obra en la acera de enfrente. Eran ucranianos y, normalmente, compartían entre varios un trozo de tarta. De alguna manera, todas y cada una de ellas se las arreglaban para darles algo más gratis, pero siempre a escondidas de las demás.

Austin estaba boquiabierto.

Merv Ferani, el vicepresidente de Kingall Lowestein, uno de los grandes bancos de Wall Street que aún seguían en pie, lo acompañaba mientras caminaban entre las mesas de un comedor cuyas paredes estaban forradas con paneles de roble. Ambos seguían a la camarera más guapa que Austin había visto en la vida. Bueno, quizá no fuera una camarera. Porque cuando ellos llegaron, se encontraba en el atril de recepción, tachando nombres de una lista y comportándose de forma muy borde con la gente que tenía delante. Sin embargo, en cuanto Merv entró, un hombre bajo, muy gordo y con tendencia a llevar unas pajaritas muy llamativas, la mujer esbozó una sonrisa de oreja a oreja y comenzó a hacerle la pelota mientras lo observaba a él de una forma que le resultó bastante incómoda. No estaba acostumbrado a que la gente guapa fuera amable con él. Estaba acostumbrado a personas normales y corrientes que le pedían por favor que sacara a su hijo del autobús.

Sortearon las mesas, todas llenas con comensales que parecían muy ricos: hombres trajeados con zapatos de punta; mujeres preciosas acompañadas muchas de ellas por vejestorios. Merv se detuvo varias veces para saludar a los conocidos estrechándoles la mano o dándoles unas

palmas en la espalda, y para intercambiar bromas que Austin no pillaba. En un par de casos, se los presentó diciendo: «Acaba de llegar de Londres», dicho lo cual, todos asentían y le preguntaban que si conocía a Fulanito de Copas, que trabajaba en Goldman Sachs o en Barclays, y no le quedaba más remedio que negar con la cabeza mientras trataba de no soltar que él solo se encargaba de los préstamos a las pequeñas empresas en una pequeña sucursal situada en Stoke Newington High Street.

Por fin llegaron a su mesa. Dos camareros se acercaron rápidamente para retirarles las sillas y servirles agua. Merv le echó un vistazo apresurado al elegante menú y después lo soltó.

—Bah, qué leches. Ya casi estamos en esa época del año. Me encanta la comida navideña. A ver si pueden prepararnos algo navideño. Y una botella de clarete, del 2007 si hay. ¿Para ti también? —Miró a Austin con una ceja enarcada.

Él asintió, ya que su estómago todavía acusaba el desfase horario y estaba encantado de comer. Sin embargo, se preguntó qué habría sucedido si hubiera pedido una ensalada. Seguro que habría fallado una especie de prueba.

Los platos donde les sirvieron la comida eran enormes. Austin se preguntó si tendría que comérselo todo.

—Bueno, Austin —dijo Merv al tiempo que cogía un trozo de pan de la cesta.

Austin supuso que cuando se alcanzaba cierto estatus de riqueza y poder, se podía comer como a uno le apeteciera. Los buenos modales eran para los pobres.

Sucedió de buenas a primeras el día anterior por la tarde. Austin estaba en las oficinas de Kingall Lowestein, muy nervioso por todo. Era un lugar lleno de hombres que iban de punta en blanco y que, aunque tal vez tuvieran su edad, parecían mucho más elegantes, atléticos y sofisticados que él. Iban recién afeitados y lucían una piel muy brillante, las uñas arregladas, carísimos trajes y zapatos relucientes. La única vez que Austin había estado en un gimnasio fue para recoger a Darny cuando lo apuntó a los Scouts, y solo duró hasta que su hermano le aseguró que iba en contra de sus derechos humanos que lo alistara en una organización cuasi paramilitar.

En lo referente a las mujeres... las neoyorquinas eran la especie más aterradora con la que Austin se había topado en la vida. Ni siquiera parecían del mismo planeta que los demás humanos. Tenían unas piernas increíblemente musculosas, realzadas por altísimos tacones de aguja; codos puntiagudos y caras alargadas; y se movían muy rápido, como si fueran enormes insectos. Eran guapísimas, por supuesto, eso no podía negarlo. Pero le parecían sobrenaturales. Sin embargo, todas lo habían mirado al entrar de forma muy amable. Él no estaba acostumbrado a sentir sobre su persona el escrutinio de un grupo de mujeres que podrían ejercer de modelos si abandonaban su carrera profesional en la banca.

Otro británico, Kelvin, lo había acompañado para enseñarle las oficinas. Austin lo conocía un poco, porque habían coincidido en varios cursos cuando el banco insistía en promocionar a Austin y él se resistía. En la época en la que pensaba que trabajar en la banca era una especie de plan temporal.

Se quedó muy impresionado al ver que Kelvin había perdido mucho peso y tenía mucho mejor aspecto, un aspecto muy distinto. Además, había adoptado un acento extraño que no era exactamente inglés ni yanqui. A Austin le pareció muy raro, pero prefirió no mencionarlo.

—Bueno, te gusta esto, ¿no?

Kelvin sonrió de oreja a oreja.

—Bueno, el horario es matador, pero la vida en Nueva York... es la caña. Las mujeres, los bares, las fiestas... es como si fuera Navidad todo el año, tío.

Austin se negaba a añadir «tío» como coletilla al final de sus frases.

—Vale. Lo que tú digas.

Kelvin siguió hablando, pero en voz más baja.

—En Nueva York andan cortos de población masculina, ¿sabes? Tan pronto como te oyen hablar, si exageras un poco el acento y les dices que conoces al príncipe Guillermo, se te echan encima.

Austin frunció el ceño.

—Kelvin, si naciste en Hackeny Marshes.

—Pero está en Londres, ¿no?

Rodearon una esquina del pasillo y llegaron a la oficina principal. Austin lo observó todo al detalle.

—Aquí es donde comienza la magia, hermano.

Austin solo tenía un hermano, y era casi tan irritante como Kelvin.

—Mmm —murmuró.

Kelvin le guiñó el ojo sin disimulo a una de las chicas que trabajaba en esa zona, y que estaba tecleando a toda prisa mientras hablaba por teléfono. Por si eso fuera poco, la chica logró sacudirse el pelo, una larga melena negra, que parecía sacada de un anuncio de champú. Esa zona de la oficina, un espacio abierto, era un hervidero de actividad. Había hombres de pie, hablando a gritos por teléfono. En una pantalla LCD se veía una cuenta atrás mientras la gente corría de un lado para otro, muy ajetreada.

—Ajá, aquí es donde comienza la magia.

—Mmm —repitió Austin otra vez.

—¿Qué te pasa? ¿No estás impresionado?

—No mucho —contestó él, con cierto abatimiento. Esa solo era una visita de reconocimiento, aunque le parecía evidente que jamás encajaría en ese lugar. Así que bien podía soltar lo que opinaba—. Es increíble que todavía sigáis trabajando como si estuviéramos en 2007. —Señaló a uno de los corredores, ataviado con un carísimo traje, que hablaba a gritos por teléfono—. ¡Venga ya! Lo de gritar por teléfono ya se intentó y no funcionó. Es una pérdida de tiempo. Me apuesto lo que quieras a que aquí nadie piensa que está muy trillado o que es una idea espantosa, salvo tres analistas encerrados en un despacho pequeño que se han tomado un descanso de cinco minutos en mitad de una partida de *World of Warcraft*. Los bancos llevan años negándose a quitarse la venda de los ojos. Esto no es sostenible, tal como hemos descubierto. ¿Por qué no fluye el dinero como debería? ¿Por qué no se usa para ayudar a los negocios rentables, a la gente que de verdad quiere mejorar, construir y crear cosas nuevas? Porque se nos ha caído el castillo de naipes al suelo. De todas formas, me gusta tu traje, Kelvin.

Austin se dio media vuelta y se dispuso a marcharse. En ese momento, fue cuando vio al hombrecillo de la pajarita que lo miraba fijamente desde el centro de la estancia con un puro sin encender en una mano.

—Tú —le dijo el hombre al tiempo que lo señalaba con un dedo regordete—, vendrás a almorzar conmigo.

De modo que ahí estaba, sentado delante de seis tipos distintos de pan cuyas diferencias le estaban siendo explicadas por un hombre muy guapo. Austin se preguntó dónde estarían los americanos obesos de los que todo el

mundo hablaba. Tal vez los altos edificios de Manhattan y los diminutos apartamentos animaban a la gente a mantenerse esbelta.

—Dos de aceituna y uno de centeno, pero que no estén calientes —ordenó Merv, que se acomodó en la silla para mirar a Austin. Sus ojos eran pequeños y tenían una expresión curiosa.

—Londres dice que vas contracorriente. Eres joven, estás ascendiendo, eres incorruptible... tal vez deberías dar el salto al vacío ahora que puedes.

—Bueno... —murmuró Austin—. Es muy amable por su parte.

—También nos han dicho que eres el único empleado de la compañía que no ha generado pérdidas con sus créditos.

Austin le sonrió. Era un buen halago. Siempre se dejaba guiar por su instinto para conceder créditos. Siempre sopesaba si la gente tenía ganas de trabajar y si tenía ambición para seguir adelante. Cuando Issy entró en su despacho hacía ya casi dos años, Austin vio algo más allá del nerviosismo, de la ansiedad y de la nula preparación, vio a la persona que había detrás de todo eso. Era un don que solo se podía adquirir tras haber disfrutado de una educación inusual.

—¿Sabes las pérdidas que me ocasionaron el año pasado mis agentes? ¿Esos imbéciles que están ahora en la sala de ventas?

Austin negó con la cabeza.

—Unos diecisiete mil millones de dólares.

Austin no estaba seguro de si la cantidad era muy elevada o no, porque todo dependía del contexto.

—Austin, debemos volver a lo básico. —Merv rellenó sus copas con clarete—. Necesitamos agentes de bolsa honestos y decentes, no imitadores baratos. Necesitamos transparencia. Necesitamos hacer algo antes de que la gente decida que deberíamos estar todos entre rejas, *capisci*?

Austin asintió con la cabeza.

—Necesitamos hombres como tú, que conceden créditos pequeños, que invierten con cautela. No capullos que parecen a punto de estrellarse porque no levantan el pie del acelerador, ¿entiendes lo que te digo? Hay que librarse de esos gilipollas que se limitan a meterles dinero en las bragas a las camareras de los bares y que solo viven para comprarse casas de mierda con piscinas cubiertas, joder.

Austin se sintió un poco perdido, pero sonrió de todos modos.

—¿Banca sostenible? —sugirió. Era una frase que había gustado mucho

en la central londinense.

—Ajá —contestó Merv—. Exacto. ¿Estás casado?

—No... —respondió él, sorprendido por el cambio de tema.

—¿Niños?

—Eh, cuido a mi hermano pequeño.

—¿Por qué, qué le pasa?

—Tiene once años.

Merv asintió con la cabeza.

—Ah, ya. Uno de mis hijos tiene once años. Es de la señora Ferani número dos. No sé si viene o si va. La mitad del tiempo quiere ser actor de *La guerra de las galaxias*, y la otra mitad, correr en las 500 millas de Indianápolis.

—¿Eso no es como la Fórmula 1?

—... y yo le digo: «Vale, muy bien, te compraré el dichoso coche, pero no lo saques del rancho.»

El camarero regresó y se aprestó a enumerarles la larguísima lista de los especiales del día con tanta camaradería que Austin se preguntó si habrían ido juntos al colegio. Sin embargo, Merv le hizo un gesto con una mano para que se marchara.

—Es Navidad, ¿no? Pues tráenos algo con pavo. Y con salsa de arándanos y con las demás gilipolleces. Y más clarete.

Austin, que seguía un tanto atontado por el desfase horario y que lo estaba todavía más después de haberse tomado unas cuantas copas de excelente clarete durante el almuerzo, salió del restaurante a las cuatro de la tarde. Un coche negro apareció como surgido de la nada para recoger a Merv, que no parecía afectado en absoluto por la ingesta de alcohol y que se ofreció a llevar a Austin a donde quisiera. Él rehusó. Aunque el aire de la ciudad le estaba congelando la garganta, necesitaba despejarse la cabeza y reflexionar a fondo.

—De acuerdo —dijo Merv—. Pero ya formas parte del equipo, ¿verdad?

Se dieron un apretón de manos y Merv le dio un abrazo de oso. Fue todo muy desconcertante.

Austin se descubrió de repente en el hotel Plaza, al sureste de Central Park. En la acera de enfrente había una larga hilera de coches de caballos adornados con cascabeles. El aliento de los animales se condensaba en el

aire. Los caballos llevaban mantas sobre el lomo y Austin hizo ademán de sacar el móvil para hacerles una foto, pero de repente recordó que Darny a lo mejor pensaba que eso era una afrenta contra los derechos de los animales o algo así, de modo que decidió no hacerlo. Al otro lado del parque se encontraba la gigantesca tienda de juguetes FAO Schwarz. Hasta Darny habría querido entrar a echar un vistazo. Puso rumbo a la Quinta Avenida y se internó en la multitud de alegres compradores que salían y entraban de Barneys, Saks y del resto de los grandes almacenes situados en dicha acera. Las luces y la decoración de los escaparates resultaban casi abrumadoras. Además, comenzaba a nevar. Se encontró envuelto por el calor de la multitud, por la emoción de toda esa gente que descubría sitios nuevos... y le resultó enervante.

¿Un mundo nuevo? ¿De verdad?

Aunque no se lo había dicho a Issy porque no quería preocuparla, era muy posible que la sucursal de Stoke Newington no superara la nueva oleada de recortes. Y dar el salto de la banca local a la global... era una decisión casi sin precedentes. Siempre había pensado que su periodo en el mundo de la banca era algo transitorio. Sabía que era capaz de hacer mucho más, pero la vida se le complicó y cuidar a un niño de cuatro años, aterrado y confundido, le pareció lo más importante en aquella época.

En ese momento, no obstante... tal vez había llegado la hora de demostrar cierta ambición por su parte.

Pensó en Issy. En las veces que le había dicho que le gustaría ir a Nueva York. Podría irse con él. Le encantaría, ¿verdad? Sin embargo, recordó con tristeza lo contenta que estaba en el Cupcake Café. Lo mucho que había trabajado hasta convertirlo en un lugar acogedor que invitara a la gente a entrar y a sentarse un rato. Lo bien que se había integrado en el barrio y lo mucho que conocía a sus habitantes, hasta el punto de que el Cupcake Café parecía llevar toda la vida en Stoke Newington. Todo eso le provocó un mal presentimiento.

Sin embargo, Issy era capaz de empezar de cero. Tal vez podría conseguir el permiso de residencia y emprender un maravilloso negocio. Los estadounidenses eran los inventores de los cupcakes, ¿no? Dos mujeres muy altas pasaron a su lado para entrar en la tienda de Chanel, mientras hablaban de sus respectivas citas en voz alta. Austin enterró la idea de que Issy no se sentiría a gusto en Nueva York. De que tal vez no fuera lo bastante dura y brusca para ese ambiente. Decidió comprarle un regalo.

Algo bonito que le demostrara lo mágica que podía ser esa ciudad.

Al principio y debido a la ligera borrachera que llevaba, no se lo creyó. El olor. Estaba pensando en Issy y, de repente, la olió. Siguió el rastro hasta una calle secundaria. Y, sí, allí en la esquina descubrió la pastelería más mona, coqueta e ideal que había visto en la vida.

El exterior estaba pintado de rosa y cubierto de arriba abajo con tiras de luces diminutas. El interior también estaba adornado con las mismas lucecitas, según se apreciaba desde el escaparate. También vio unos cuantos sofás diferentes, tapizados en tonos verdes y granates, cubiertos por mantas de cuadros. Las paredes y el suelo eran de caoba. El olor del café y de los dulces le provocó una nostalgia tan grande que estuvo a punto de echarse a llorar. Abrió la puerta y se oyó una campanilla, igual que sucedía en la pastelería de Issy.

—Vaya, hola —lo saludó una voz muy agradable desde detrás del mostrador. La pared trasera estaba decorada de arriba abajo con bastones de caramelo—. ¿Qué le apetece tomar?



5

Cupcakes de oso polar

Estos cupcakes son irresistibles. Corta regaliz para los ojos y la nariz, y utiliza botones blancos para las orejas. O, si te pasa como a mí y odias el regaliz, usa perlas de chocolate. Intenta no entristecerte cuando les des un mordisco; porque, seamos sinceros, si alguien puede comerse un bebé de gominola, también puede comerse un oso polar de coco.

Ingredientes

125 g de mantequilla sin sal a temperatura ambiente

125 g de azúcar blanquilla (lo más fino posible)

2 huevos XL a temperatura ambiente

125 g de harina bizcochona, tamizada

2 cucharaditas de extracto de vainilla

2 cucharaditas de leche

Para esta receta, necesitas dos moldes de cupcakes de tamaños distintos, uno más grande que el otro.

Precalienta el horno a 190 °C y forra los moldes con cápsulas de papel.

Bate la mantequilla con el azúcar y después añade los huevos, la harina,

el extracto de vainilla y la leche, y vuelve a batir hasta que la mezcla se deslice por la cuchara (añade más leche hasta que lo consigas).

Rellena las cápsulas y mete los moldes en el horno. Comprueba con un mondadientes después de 12 minutos: si el palillo sale limpio, están listos.

Para la cobertura

125 g de mantequilla sin sal

250 g de azúcar glasé, tamizado

1 cucharadita de extracto de coco (también puedes usar Malibu u otro licor de coco si tienes ganas de experimentar)

Un chorreón de leche

Coco rallado

Perlas de chocolate, grandes y pequeñas

Gotas de chocolate blanco

Bate la mantequilla y añade el azúcar glasé. A continuación, añade el extracto de coco y la leche hasta que la cobertura quede ligera.

Unta un cupcake grande y otro pequeño con la cobertura y luego únelos, de modo que el pequeño forme la cabeza del oso polar. Con cuidado, reboza el oso en la ralladura de coco.

Usa las perlas de chocolate para hacer los ojos y la nariz, y el chocolate blanco para las orejas y... voilà! ¡Ya están listos los cupcakes de oso polar!
¡Feliz Navidad!

—Así que nos lanzamos de lleno a las Navidades —dijo Pearl con voz resignada.

—Son osos polares —replicó Issy—. Los osos polares viven todo el año, Pearl, no solo en Navidad. Además, ¡hoy es uno de diciembre! —añadió—. Estamos en el Adviento. ¡Es oficial! ¡Tachán!

Sacó de su bolso su *pièce de résistance*: un enorme calendario de Adviento. Tenía la forma de un pueblecito tradicional teñido de blanco y los brillantes colores de las ventanas de las casas formaban los números del calendario.

—El primer niño que llegue por la mañana abre una puerta. Menos Louis.

Louis, que estaba absorto en un libro sobre ranas, levantó la vista.

—¿Tienes tu propio calendario? —le preguntó ella.

Louis asintió con un gesto serio de la cabeza.

—La abuela me dio uno. Tiene chuches. ¡Tengo chocolate todos los días! Y papá me ha regalado otro.

Issy miró a Pearl.

—A mí no me mires —dijo Pearl, a quien le costaba controlar el peso de Louis—. Se lo dije a los dos —explicó—. Me he llevado uno.

—Para los niños pobres —dijo Louis con seriedad—. Para los niños pobres de verdad. Me quedé con el de la abuela porque me comí el primer número.

—Vale, muy bien —comentó Issy—. Si no te importa, no abras este. Puedes abrir las puertas grandes en Nochebuena.

Louis lo observó con detenimiento.

—¡Issy! —exclamó—. ¡No tiene chocolate dentro, Issy!

—No todos los calendarios de Adviento tienen chocolate, Louis.

—¡Sí que lo tienen! —aseguró Louis—. Creo que ha pasado un ladrón.

—En fin, me alegro de no tener que ponerme serio para que te mantengas alejada de él —replicó Issy.

Desplegó el calendario y lo dejó sobre la chimenea. Estaba precioso, pero no se quedaba derecho.

—Mmm, me pregunto cómo podría quedarse derecho —comentó—. Ah, ya sé, con esta guirnalda de acebo que da la casualidad que llevo en el bolso.

Pearl resopló.

—Sí, ya —dijo—. Me parece que ya has dejado claro lo que querías.

—¿Sabes que todo comenzó con el acebo y la hiedra? —preguntó Issy con voz cantarina.

—¡El Niño Jesús! —gritó Louis.

—Pues sí —convino Issy—. Pero también los romanos. Y el muérdago es mucho más antiguo, viene de los druidas y de la celebración del solsticio de invierno.

Pearl vendió otros seis cupcakes de oso polar y no replicó. Caroline apareció para decirle a Issy que bajara de nuevo y se pusiera con el horneado. Se le desencajó la cara al ver el acebo sobre la chimenea.

—Oh —dijo—. Así que has decidido decorar de rojo y de verde, ¿no?

—¿En Navidad? —preguntó Issy—. En fin, pues sí, mira tú por dónde.

—¡Pero hay formas mucho más elegantes de hacerlo! —protestó

Caroline—. Estaba pensando que a lo mejor podríamos escoger una decoración toda plateada, o uno de esos árboles de plástico que venden en la tienda de Conran. Son muy elegantes.

—Si quisiera ser elegante, no me pondría ropa que se puede comprar por catálogo —repuso Issy—. Quiero que sea agradable, cómodo y acogedor, no que dé miedo como uno de esos sitios tan refinados en los que te sientas en sillas irregulares y todo el mundo es rubio y delgadísimo y lleva pantalones de cuero...

Al darse cuenta de que estaba describiendo a Caroline, Issy se calló. Por suerte, Caroline tenía la piel muy dura, como el resto de su tonificado cuerpo.

—Así nunca saldremos en la *Guía del Londres Supersecreto* —dijo Caroline—. Escogen las tiendecitas ocultas más selectas del año y sacan una edición especial. Hay un premio para la que tiene la decoración más elegante.

—Pues no saldremos en ella —aseguró Issy—. Voy a tener que tomármelo con mucha filosofía para intentar sobrellevar la decepción...

Caroline hizo un puchero.

—¿Pero no quieres intentarlo siquiera? Sacan un especial en enero.

—El problema es que si participáramos, llenaríamos la pastelería con más personas con tu mismo aspecto —comentó Pearl—. Y gente con tu aspecto es mala para el negocio. No coméis suficientes dulces.

—Cierto, pero ocupamos menos sitio —insistió Caroline—. Así que cabremos más. Y, asumámoslo, pagaríamos un riñón por un batido, sobre todo si es verde.

Issy sonrió.

—Aun así. No ganaríamos, y no quiero perder tanto tiempo haciendo tonterías.

—Podrías hacerlo —dijo Caroline—. Y te ayudaría a subir de categoría. Además, ya es hora de que pienses en expandir el negocio. Así es como el Cabrón amplió el negocio. En fin, eso creo. Solía hablar del tema, pero yo no le prestaba atención. A ver, es que era aburridísimo.

—Nunca comprenderé por qué os separasteis —murmuró Pearl.

—Al menos, yo estaba casada cuando tuve a mis hijos —replicó Caroline.

Por suerte, la campanilla de la puerta sonó y entró Helena con Chadani en brazos. Helena tenía un cochecito de bebé que había costado casi tanto

como un utilitario, con acolchado, capota, calentador de pies y asiento para coche personalizados en rayas de tigre rosas y moradas, de modo que desde lejos parecía (tal como le había comentado Austin... en voz baja) un monstruo que se había comido a un bebé antes de explotar. No cabía por la escalera de su apartamento, ni por la entrada de muchas tiendas ni en el maletero de su Fiat, así que Helena solía dejarlo en mitad de la acera, lo que le confería un aspecto todavía más monstruoso, además de que molestaba a todo el mundo. Eso no le impedía recomendárselo a todo aquel con quien se cruzaba y asegurar que era el mejor cochecito de bebé del mundo. Issy estaba muy agradecida de que no pudiera entrar en la pastelería, pero tuvo que insistir mucho para que Helena lo atara al árbol que crecía en el patio después de que una mañana lo dejara delante de la puerta y ocasionara la caída de cuatro personas (tenía una rueda extra, un engendro diabólico que sobresalía por la parte delantera y cuya principal función era golpear los talones de los demás en los pasos de cebra).

—¡Hola! —saludó Issy con alegría, contenta de no tener que poner paz entre Pearl y Caroline—. ¡Hola, Chadani!

Chadani gritó e hizo un puchero.

Issy miró a Helena.

—Dime que no es piel de verdad. —Chadani estaba oculta por un enorme abrigo de piel con un gorrito a juego y sus botas Ugg rosas.

—¡No! —aseguró Helena—. Pero ¿a que está para comérsela? La tía abuela de Ashok quiere hacerle agujeros en las orejas.

Issy no comentó eso último, sino que le dio un beso a Chadani en la naricilla. En cuanto se pasaban por alto todos los adornos, era una niña muy mona.

Chadani esbozó una sonrisa encantada y señaló el dulce más grande del expositor, un cupcake de frambuesa con una cobertura rosa, que Issy, sumida en un estado melancólico, había cubierto de brillantes estrellas. Eran bonitas y relucientes, admitió para sus adentros.

—¡Yyyy! —gritó Chadani.

—¿Os traigo uno para compartir? —preguntó Issy al tiempo que le preparaba un capuchino a Helena.

—Bueno, a Chadani no le gusta compartir —respondió su amiga—. Y es un poco pequeña para que la obliguemos a hacerlo, ¿no te parece?

—Ten en cuenta que es un cupcake muy grande —repuso Issy.

—Sí —convino Helena—. No deberías hacerlos tan grandes, de verdad.

Tienes que pensar en los niños.

Issy decidió no poner los ojos en blanco y, en cambio, metió otra bandeja de osos polares en el horno. Después, decidió tomarse un respiro (Pearl y Caroline no se dirigían la palabra, lo que quería decir que se volvían unas trabajadoras muy rápidas y eficientes) y se sentó junto a Helena, que miraba juguetes en el catálogo de Argos mientras Chadani devoraba a toda prisa un cupcake gigante que Issy jamás había pensado que podía ser devorado por un crío de un año.

—¿Qué te cuentas? —preguntó Issy.

—¿Sabes que Chadani tiene uno de cada de estos juguetes? —replicó Helena al tiempo que hojeaba el catálogo—. O casi. Tienen que inventar juguetes nuevos.

—Te encanta tener una hija, ¿verdad? —dijo Issy sin venir a cuento.

Helena esbozó una sonrisa radiante.

—Bueno, pues sí —contestó su amiga—. Sí, me encanta. En fin, es cierto que tenemos una hija muy especial y no todo el mundo tiene la misma suerte. Pero sí. En general. En fin, claro que puede ser... —Se interrumpió—. Sí, es maravilloso. Bueno, ¿cuándo os vais a poner Austin y tú a ello?

Issy se mordió el labio. Desde que estaban juntos... En fin, todo el mundo suponía que era el final de un cuento de hadas, ese «Fueron felices y comieron perdices». Allí estaban Austin e Issy y, por gracioso que pareciera, se había enamorado del interventor de la sucursal del banco, menuda guasa, seguro que ya nunca le faltaba un perejil... y bueno, desde luego que se sabía dónde metía él sus depósitos... En fin, Issy había oído todos los chistes posibles. Y como ya había pasado un año, todos esperaban algún tipo de anuncio o, al menos, que pasara algo. Pero el trabajo de Austin había continuado y ella había estado muy ocupada con la pastelería y con la mudanza y con... en fin...

Algo en su cara consiguió atravesar el velo de felicidad infantil de Helena.

—Estáis bien, ¿no? No pasa nada, ¿verdad? Me niego a creer que pase algo. Después de todos esos capullos con los que saliste, no pienso permitir que te pase nada malo. No te atrevas. Te lo digo en serio. Amenazaré a Austin a punta de pistola. Le haré una llave de lucha libre. Le quitaré las gafas de pasta y se las meteré por el...

—Estoy segura de que no es nada —se apresuró a decir Issy—. Estoy

segura de que él solo está... bueno, ya sabes, que está deslumbrado por Nueva York y un poco emocionado. Eso es todo. Nada malo.

La campanilla sonó. Issy levantó la vista. Se trataba de una entrega. No estaba esperando nada.

—¿Issy Randall? —dijo el mensajero uniformado.

Issy firmó el recibí de la caja y se emocionó al ver que era de Austin.

—¡Ajá! —exclamó—. ¡Mira! ¡No tendría que haber dicho nada! ¡Mira! ¡Me ha enviado un regalo desde Nueva York!

Helena sonrió mientras Issy cortaba la cinta marrón.

—¡Hurra! ¡Ya no volveré a pensar mal de él! Necesitas una relación como la que tenemos Ashok y yo.

—¿Una relación en la que tú dices lo que hay que hacer y él se arrodilla y besa el suelo que pisas? Mmm —dijo Issy, pero sonreía de felicidad.

Dentro del paquete vio una brillante caja verde, envuelta con una cinta color pistacho de un tono más claro.

La chica de la pastelería de Nueva York se llamaba Kelly-Lee. Era mona, con una naricilla chata, enormes ojos grises y unas cuantas pecas que parecían tamizadas como el azúcar glasé. Tenía una voluminosa melena castaña, que llevaba recogida en una coleta alta, y lucía el uniforme con el polo rosa de la pastelería, un poco ajustado pero sin pasarse de rosca.

Había sido su sueño mudarse a Nueva York, a Queens, para más señas, a fin de terminar su máster, pero le estaba costando llegar a fin de mes. Todo era carísimo, y había esperado encontrar un buen trabajo (como Betty en la serie de televisión) en una revista interesante, en una galería de arte o con un fotógrafo. Se quedó de piedra al enterarse de que esos trabajos no estaban muy bien pagados; esperaban que trabajase gratis (el hecho de que tuviera que comer les daba igual), lo que quería decir que los trabajos más interesantes estaban reservados a los ricos, algo que le parecía muy mal y que provocaba un halo de injusticia en una vida que hasta ese momento le había sonreído, ya que era guapa, lista y había crecido en una familia feliz de Wisconsin.

De modo que había aceptado ese trabajo asqueroso para llegar a final de mes, y ya llevaba tres años allí y no parecía que fuera a pasarle nada interesante, y la verdad era que se estaba hartando. Eso fue antes de que

empezara a conocer siquiera a los hombres de Nueva York. Le habían pedido salir, claro, y la habían invitado a cenar, con vino incluido, chicos de todas clases, guapos, atractivos, alocados y agradables, y todos y cada uno de ellos le había preguntado al final de la velada si le importaba mantener una relación abierta; y todas y cada una de las veces, Kelly-Lee les había dicho que ni hablar. Ella se merecía mucho más. Estaba segurísima. Pero comenzaba a cansarse de la espera. Su compañera de piso, Alesha, le decía que era imbécil, pero Kelly-Lee se había percatado de que Alesha había llegado a casa varias veces con el mismo vestido plateado de la noche anterior, de modo que intentaba no hacerle caso a lo que le decía. Sin embargo, dos años después, cambió de opinión al respecto. Por supuesto, los tíos que decían que iban a llamarla lo hacían en la misma medida que antes, lo que quería decir que no la llamaban. Pero al menos se despertaba de vez en cuando con alguien en la cama. Alesha había sonreído con desdén y había dicho algo de que a doña Tiquismiquis la habían puesto en su sitio de una vez, y también que hacía falta besar a muchas ranas. Poco después, Alesha se mudó con alguien a quien acababa de conocer y Kelly-Lee se sintió más sola que nunca.

Además, no se conocían a muchos hombres en una pastelería. En fin, sí que se conocían, pero no servía de mucho. Algunos eran gordos, otros eran homosexuales y unos cuantos les compraban cupcakes a sus mujeres o a sus novias. El último caso era lo peor, sobre todo si eran agradables. Tener un marido que también te compraba cupcakes, ¡lo más! A veces, a Kelly-Lee le costaba encontrar a un tío que la invitara a una copa, aunque acabaran de conocerse. En ocasiones, era evidente que se arrepentían de algo que habían hecho y esperaban que los cupcakes lo compensaran, algo que en el caso de una mujer dependía de si estaba a dieta o no. Kelly-Lee siempre estaba a dieta. Intentaba probar cada receta nueva de cupcakes a primeros de mes, pero siempre se aseguraba de que fuera solo un bocadito y luego pasaba diez minutos extra haciendo Aquabike Extreme.

Su madre quería que volviera a Wisconsin por Navidad. Habría diez grados bajo cero, la nieve casi cubriría las ventanas y sus parientes se pasarían todo el rato ametrallándola a preguntas sobre su increíble vida en la Gran Manzana, queriendo saber si se parecía o no a lo que se veía por la tele, y luego hablarían del matrimonio gay y su madre diría algo en plan conciliatorio, algo como que sabía que Kelly-Lee no estaba casada, pero que si quería llevar consigo a un chico, seguramente se saltarían las reglas

para distribuir las camas. Y Kelly-Lee miraría su foto de reina del baile del instituto (que fue su mejor momento) y querría ponerse a gritar. Suspiró. En ese momento sonó la campanilla de la puerta y compuso su mejor expresión.

—¿Qué le apetece tomar?

Extranjero, pensó. Mono, pero un pelín desastrado.

—Ah, hola —dijo Austin, que parpadeó y se quitó las gafas.

Ah, pensó Kelly-Lee. Inglés. Así que probablemente fuera un borracho. Pero seguía siendo mono. Le miró la mano de forma automática. No llevaba anillo.

—¿Buscas algo dulce? —preguntó con descaro. Le gustaban los ingleses, tenían muy buen sentido del humor. No como los estadounidenses, que se lo tomaban todo muy en serio y no dejaban de hablar de sí mismos.

Austin sonrió.

—Solo me gusta el olor.

—¿Llevas mucho tiempo en Nueva York?

—Un par de días —contestó Austin—. Y han sido dos días larguísimos.

—Es muy desconcertante al principio, ¿verdad? —dijo Kelly-Lee—. Cuando llegué, no dejaba de mirar hacia arriba. Casi me caigo en una alcantarilla.

—Vaya —repuso Austin—. En fin, podría haber sido peor. Podría haberte caído un yunque enorme del cielo.

—¿Quieres algún dulce?

—Sí —contestó—. Mi novia tiene una pastelería.

A Kelly-Lee le gustó la palabra «novia». Podía significar cualquier cosa. Podría significar que acababa de conocerla, que la conocía de pasada o que estaba a punto de dejarla. No quería decir prometida ni mujer.

—¿Cómo se llama? —preguntó con voz cantarina.

—Ah, no, no te sonará. Está en Londres. En Inglaterra —añadió, aunque no hacía falta. Ella sonrió.

La cosa mejoraba por momentos, pensó Kelly-Lee.

—Ay, no —dijo ella—. Así que tú estás aquí y ella está allí, ¿no? ¿Vais a estar separados mucho tiempo?

—Bueno... —contestó Austin—. No estoy seguro. Espero que no. Ya sabes cómo son las cosas.

Kelly-Lee lo sabía.

—¿Café?

Austin quería café, sí, para despejarse la cabeza.

—Sí —contestó—. ¿Te gusta regentar una pastelería aquí?

Kelly-Lee había aprendido hacía mucho que quejarse no se consideraba muy atractivo en una mujer. A los hombres les gustaban las chicas descaradas y alegres.

—¡Me encanta! —respondió—. ¡Es increíble! ¡Ay, el olor a canela por la mañana! ¡La primera taza de café! ¡Y probar todos los sabores nuevos! Es increíble.

—¿Los preparas tú misma? —quiso saber Austin.

Kelly-Lee frunció el ceño. Siempre había considerado que la seña de identidad de una neoyorquina de pro era ser incapaz de encender el horno.

—Bueno, más o menos —dijo—. La furgoneta los deja... bueno, ya sabes, medio hechos. Yo después solo tengo que calentarlos. Más o menos. Como los macarrones con queso.

—Pero, ¿te gusta la repostería?

—Me encanta. —Kelly-Lee sonrió—. Oye, me acabo de acordar, hacemos entregas.

—¿En Londres?

—¡Pues claro! Tenemos una filial allí. Si los llamo ahora mismo, estarán allí en media hora.

—¿En serio? —A Austin le pareció una idea fabulosa.

Parecía que no había nada que le impidiera a Issy trasladarse a Nueva York y montar su negocio si a él le ofrecían un puesto. Habría pastelerías de sobra. ¡Sería genial!

Le dio un bocado al cupcake de vainilla y chocolate que Kelly-Lee le puso delante. No protestó, aunque después del almuerzo que acababa de comerse habría apostado que no comería en una semana. No estaba mal, aunque un poco dulce para su gusto y no tenía ese maravilloso sabor a recién hecho de los cupcakes de Issy. Sin embargo, era pasable. De hecho, estaba bien. ¡A lo mejor ella podía venir y hacerlos todavía mejor! Le encantaría.

—Envía una docena —dijo con atrevimiento, convencido de que ya se estaba comportando como un neoyorkino.

Kelly-Lee anotó la dirección y prometió llamar enseguida.

—¡Vaya, me alegro de que te hayamos gustado! —exclamó ella al tiempo que le sonreía con devoción.

Sin embargo, dicha sonrisa pasó desapercibida para Austin. Tras darle un segundo bocado al cupcake, envuelto en el acogedor y familiar ambiente, se había quedado dormido como un tronco.



6

Receta para un mal cupcake

2 tazas de harina blanqueada

2 tazas de jarabe de maíz

1 taza de aceite de soja parcialmente hidrogenado y de aceite de semilla de algodón

1 taza de azúcar

1 taza de dextrosa

Agua

½ taza de jarabe de maíz rico en fructosa

½ taza de suero

1 huevo

1 cucharada de lecitina de soja (emulsionante)

1 cucharada de Maizena

Una pizca de sal

1 cucharadita de levadura química con fosfato ácido de sodio y aluminio

3 gotas de colorante blanco

1 cucharadita de ácido cítrico

½ cucharadita de ácido sórbico

Mezclar todos los ingredientes en la amasadora. Hornear durante 20 minutos hasta que estén parcialmente listos. Congelar hasta que se vayan a consumir. Sacar del congelador y meter en el horno durante 10 minutos a una temperatura alta.

En Londres, Issy estaba desarrollando la caja sin dar crédito a lo que veía.

—¿Qué narices es esto?

Bajo el lazo de la caja verde se encontraba el logo floreado de una conocidísima marca de cupcakes industriales. Y, efectivamente, en el interior descubrió una docena de cupcakes de distintos sabores. La verdad era que tenían un aspecto delicioso, decorados a la perfección con cobertura de mantequilla, estrellitas, perlitas y purpurina de frambuesa.

—¡Uau! —exclamó Caroline—. Son divinos. Mira qué perfección en los detalles.

—Porque son industriales —replicó Issy, malhumorada—. Siempre es bueno encontrarse con uno que no ha salido perfecto, porque eso te deja bien claro que son caseros.

—¿Por qué te ha enviado esos cupcakes? —le preguntó Helena—. No lo entiendo. ¿Estás segura que te los envía él?

—Sí. Mira —contestó Issy.

La tarjeta rezaba: «Para Issy, de Austin.» Sin besos ni nada. Era todo muy extraño. Claro que todo le resultaría menos extraño si supiera que Kelly-Lee solo contaba con su nombre cuando hizo el pedido por teléfono por encima de la cabeza de Austin, que se había quedado dormido como un tronco. Y posiblemente no había añadido algún beso en la tarjeta a conciencia por motivos ocultos.

Issy meneó la cabeza.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo.

—A lo mejor está tratando de decirte que los cupcakes que hacen allí son mejores que los de aquí —aventuró Caroline con la intención de ayudarla.

—O a lo mejor carece de imaginación a la hora de hacer regalos y te ha mandado cupcakes porque sabe que te encantan —añadió Helena—. A ver, que trabaja en un banco. No puede decirse que tenga un alma romántica, ¿no?

—Es muy romántico —la contradijo Issy, que se puso colorada—. Cuando quiere serlo y cuando no llega tarde, o no está ocupado, o no está distraído porque Darny le está dando la tabarra.

Todas miraron la caja abierta.

—¡Ooooh! ¿Son tus nuevos diseños? —le preguntó un cliente—. Tienen una pinta estupenda.

Chadani se acercó desde el sofá, metió una mano en la caja y comenzó a estrujar los cupcakes. En esa ocasión, y sin que sirviera de precedente, Issy no pensó que Helena tuviera que reñirle. Y menos mal, porque su amiga se limitaba a mirar a su hija con admiración, como si sintiera lástima de que otras madres no tuvieran una hija capaz de estrujar cupcakes con tanto arte como la suya.

Pearl pasó junto a ellas con un montón de platos vacíos. Olisqueó el aire.

—¿Se puede saber qué hacéis todas ahí reunidas? —les preguntó.

—A Austin se le ha ido la pinza —respondió Caroline—. Es evidente que está intentando quitarse a Issy de encima por algún motivo. No te preocupes —añadió, al tiempo que le tocaba a Issy el brazo—. Sé que las rupturas pueden ser complicadas. Mi divorcio fue horrible. Espantoso. Así que te ayudaré a superarlo.

Por regla general, Issy no les hacía ni caso a las tonterías de Caroline, pero aquello era muy raro. Se mordió el labio inferior. Pearl captó la situación al instante.

—¡Madre mía! A ver si dejáis el melodrama —dijo—. Austin está pensando en ti. Es evidente.

—Pero ¿por qué me envía un regalo tan ofensivo? —le preguntó Issy.

—Porque es un hombre —respondió Pearl—. He dicho que se acuerda de ti. No he dicho que no esté metiendo la pata hasta el fondo.

—Mmm —murmuró Issy—. Creo que voy a preparar la masa para los panettone.

Pearl y Caroline intercambiaron una mirada.

—Muy bien —dijo Pearl.

Issy se volvió hacia la escalera. Después, se dio media vuelta y suspiró, enfadada.

—En fin, será mejor que los pruebe, supongo.

Cogió un trocito de uno de los cupcakes situados en el centro de la caja, los que llevaban la purpurina. De aspecto eran perfectos, no podía negarlo. Todos tenían la misma altura y la misma forma. Se llevó el trozo de

cupcake a la boca y torció el gesto.

—¡Qué asco! —dijo.

—¿Son una guarrería? —le preguntó Caroline.

—Demasiado dulces —sentenció Issy—. Y no llevan mantequilla. Se nota. Tienen un regusto aceitoso horrible. Eso significa que pesan los ingredientes de forma industrial. Además, usan extracto de frambuesa, no frambuesas de verdad. Y la miga es demasiado densa. ¡Puaj!

—Hala, ya está —comentó Pearl—. Es evidente que te los ha enviado para dejar claro tu supremacía en la materia.

—O también puede ser que él no haya notado la diferencia —señaló Issy, preocupada.

—O tal vez crea que estos son mejores que los tuyos —añadió Caroline, que siempre se las arreglaba para ver las cosas peor que los demás.

—Gracias, Caroline —replicó Pearl con retintín.

Issy se dio media vuelta y se marchó escaleras abajo en dirección al sótano, para hornear.

Doti, el cartero, estaba acabando el reparto en las cercanías del Cupcake Café. Le gustaba entrar en la pastelería en último lugar, sobre todo en los días fríos. En parte porque le encantaban los dulces y en parte porque le tenía cariño a Pearl y le gustaba tontear con ella. Pearl tenía que lidiar con Benjamin, pero Doti le caía muy bien.

Ese día, en cambio, Doti llegó muy bien acompañado, toda una novedad. Una chica bastante guapa, según vio Pearl, de unos treinta años, con una melena oscura recogida en una coleta, unos aros dorados en las orejas y unos dientes muy blancos. Era difícil saber qué tipo tenía ya que el uniforme de cartero y el chaleco fosforito no eran muy favorecedores, pero Pearl estaba casi segura de que la chica tenía unas buenas curvas. Sorbió por la nariz. La pareja se estaba riendo mientras entraba por la puerta.

—Hola —los saludó Pearl, con tirantez.

Doti sonrió.

—¡Vaya, la preciosa Pearl! Esta es la preciosa Pearl —le dijo Doti a la mujer.

—Hola, preciosa Pearl —la saludó la mujer con amabilidad.

El comentario molestó a Pearl todavía más. La gente guapa que además era simpática siempre la incomodaba.

—Te presento a Maya —dijo Doti—. Va a ser mi refuerzo durante las Navidades.

—Ah, hola —replicó Pearl, intentando no parecer antipática. Porque no debería mostrarse antipática.

El problema era que Doti fue el primero que demostró cierto interés por ella después de que naciera Louis. Sin embargo, entre ellos no podía haber nada y no debería sorprenderse al ver que le gustaba otra mujer. Además, seguro que era demasiado mayor para Maya. Y solo eran compañeros de trabajo.

—Doti me está ayudando muchísimo —comentó Maya, que lo miró de una forma que echó por tierra la teoría de Pearl según la cual solo eran compañeros de trabajo.

Doti era un hombre guapo, pensó Pearl. Llevaba la cabeza rapada y tenía un cráneo muy bien formado, unas orejas pequeñas, un cuello largo y...

—¿Qué os pongo? —les preguntó.

—Le he prometido a Maya que la traería para que probara los productos de la mejor pastelería del distrito N16 y el café más rico —dijo Doti—. Así que aquí estamos.

—Es un sitio precioso —comentó Maya, cuya expresión se tornó algo tristona al mirar hacia la pizarra—. Aunque un poco caro. —Bajó la voz y le dijo a Pearl—: Es que necesito este trabajo —susurró.

Pearl la entendía perfectamente.

—Bueno, y nos alegramos de que lo hayas conseguido —replicó Doti con sinceridad—. Nos alegramos muchísimo. Yo invito al café.

Louis llegó corriendo con su mejor amigo, Louis Uno, y ambos tiraron al descuido las mochilas, las bufandas, los gorros y los guantes antes incluso de que la campanilla dejara de sonar.

—¡Mamá! —gritó el niño.

Al escucharlo, Pearl soltó la jarra de la leche que estaba calentando y salió de detrás del mostrador para darle un beso y abrazarlo.

—Hola, cariño —dijo—. ¿Qué tal, campeón?

Louis sonrió de oreja a oreja.

—¡Hoy he sido buenísimo! —exclamó—. Pero han sido malos Evan, Gianni, Carlo, Mohamed A, Felix...

—Vale, vale —lo interrumpió Pearl—. Es suficiente.

Louis se puso serio.

—Han tenido que sentarse en una alfombra. Y a nadie le gusta sentarse

en una alfombra.

—¿Por qué no? —le preguntó Pearl—. ¿Qué pasa en la alfombra?

—¡Pues que te tienes que sentar en una alfombra! Y todo el mundo se entera de que te has portado mal.

—¡Hola, Louis! —lo saludó Doti.

El niño sonrió de nuevo al verlo.

—¡Doti! —gritó. Eran grandes amigos.

Doti se puso en cuclillas.

—Hola, chiquitín —le dijo mientras el niño miraba a Maya con recelo.

—¿Quién es esa? —susurró Louis, si bien no lo hizo en voz muy baja.

—Es una amiga mía que va a trabajar repartiendo el correo.

—¿Una cartera? —preguntó Louis, que no estaba muy seguro del nombre.

—¡Claro! Hay muchas carteras.

—Así es como nos llaman —dijo Maya—. Hola. ¿Cómo te llamas?

Louis seguía mirándola con recelo y, algo raro en él, no empezó a hablar por los codos.

—Doti ya tiene amigos —dijo con arrogancia—. Yo soy su amigo y mi mami también. Muchas gracias. —Y se dio media vuelta.

—¡Louis! —exclamó Pearl, muy sorprendida, si bien también se alegró en el fondo—. ¿Y esos modales? ¡Saluda a Maya!

Louis clavó la vista en el suelo.

—Hola —murmuró.

—Encantada de conocerte —dijo Maya—. ¡Doti, tenías razón sobre las empanadillas navideñas!

Pearl la miró.

—Estamos en diciembre —señaló Doti—. Podemos celebrar la Navidad.

—Pues sí —dijo Maya—. Desde luego. Ñam ñam.

Louis le dio un tirón a Doti del pantalón.

—¿Tienes alguna carta para mí?

Le preguntaba lo mismo todos los días. Issy solía decir que cuando las larguísimas y cada vez más abultadas facturas eléctricas le eran entregadas por un alegre niño de cuatro años que llevaba un gorro con forma de dinosaurio su impacto era menor.

—Bueno, de hecho tengo una —contestó Doti—. Normalmente le haces una entrega especial a la tita Issy, ¿verdad?

El niño asintió con la cabeza.

—Bueno, pues hoy no es para Issy. Hoy es para ti.

Louis abrió los ojos de par en par.

—Y no te vas a creer quién es el remitente.

Pearl se quedó tan sorprendida como su hijo cuando Doti le entregó un sobre cubierto totalmente de copos de nieve y dirigido a Louis Kmbota McGregor, Cupcake Café.

Doti le guiñó un ojo a Pearl.

—La oficina de correos lo hace todos los años —susurró, dirigiéndose a Pearl—. Pensé que le gustaría recibir una.

Louis, que había reconocido su nombre escrito con letras doradas, no paraba de darle vueltas al sobre como si fuera lo más bonito que había visto en la vida.

—¡Mamá! —exclamó.

—¿No vas a abrirlo? —le preguntó Pearl.

Louis meneó la cabeza mientras decía:

—¡No!

—¿Quién crees que la envía? —le preguntó Doti.

Louis apartó un poco la carta, aún mirándola con expresión asombrada.

—¿Es de... es de Papá Noel?

Doti cogió el sobre.

—Mira esto —le dijo, señalando—. Es un matasellos. ¿Recuerdas lo que te expliqué? El matasellos te dice en qué lugar se envió la carta y el día exacto.

Louis asintió con la cabeza.

—Bueno, este matasellos dice... el Polo Norte.

—¿¡El Polo Norte!?! —gritó el niño.

—¡Ajá!

—¡Mamá! ¡Me ha llegado una carta de Papá Noel! ¡Desde el Polo Norte!

—Qué bien —dijo Pearl, que después le dio las gracias a Doti gesticulando con los labios—. Vamos, cariño, ábrela.

Louis negó de nuevo con la cabeza y se llevó la carta a la espalda.

—No puedo —dijo—. Es valiosa.

—¿Por qué es valiosa? —le preguntó Maya.

Louis se encogió de hombros y le dio una patada al mostrador, algo que Pearl siempre le advertía que no hiciera.

—El Garaje Monstruoso —susurró el niño—. A lo mejor Papá Noel me dice que no puede traerme el Garaje Monstruoso. Aunque no he sido malo

y no me he tenido que sentar en la alfombra. Como Evan, Gianni, Felix y Mohammed A. Yo no me he sentado en la alfombra.

Pearl se mordió el labio. Dichoso garaje. Desde que Louis vio el anuncio, estaba obsesionado con él. Era un garaje con coches monstruosos. Con camiones grandes que llevaban monstruos dentro. Sin embargo, cada monstruo se vendía por separado, igual que los coches, y costaban una pasta. El garaje básico, sin compras adicionales, costaba más de cien libras por sí solo. Además, ni siquiera tenían espacio para guardar el dichoso chisme en casa, aunque de todas formas no podía permitírselo porque Louis necesitaba unas zapatillas deportivas nuevas, ya que las que tenía le quedaban pequeñas y estaban muy desgastadas. También necesitaba un abrigo nuevo y un pijama, y un montón de cosas básicas que el resto de los niños posiblemente consiguiera cualquier día y no en un día especial. Pero así estaban las cosas.

Tampoco ayudó en absoluto que Benjamin lo pillara mirando el anuncio embobado y le dijera, sin pensar, que por supuesto que tendría un Garaje Monstruoso, que ningún hijo suyo se quedaría sin su garaje. Después, cuando Benjamin salió para fumarse un cigarro, un vicio que también costaba una pasta y que no se podían permitir, tuvieron una terrible discusión, que se agravó cuando Benjamin dijo, en plan cabezota, que le compraría el puto garaje a su hijo. Cuando vio su mirada, Pearl supo que era mejor no discutir, y eso la asustó todavía más, porque no quería ni pensar en lo que Benjamin era capaz de hacer para conseguirlo.

De modo que Pearl se limitaba a murmurar algo impreciso y a rezar para que su hijo se encaprichara con otra cosa cada vez que Louis mencionaba, emocionado, el Garaje Monstruoso y le preguntaba si Papá Noel le traería uno en su trineo, o si sería demasiado grande y tendría que enviar algún monstruo de verdad para que lo transportara o un dinosaurio especial.

De momento, no se le había pasado. Pearl odiaba la Navidad.

—Bueno —dijo Doti—, cuando fui a sacar las cartas del buzón especial de Papá Noel, me dijo que le habían comentado que había un niño muy bueno en este distrito y que iba a ponerle mucho empeño en regalarle lo que quería. Tenemos que irnos ya.

Doti y Maya se fueron juntos, charlando con las cabezas muy pegadas como un par de adolescentes.

Pearl dejó que Louis se comiera una empanadilla navideña. Y, después, ella se comió dos, furiosa.

Kelly-Lee dejó que Austin durmiera hasta la hora del cierre. Era un chico muy simpático, no parecía un mendigo ni nada por el estilo, aunque sí que llevaba unos calcetines muy raros. A lo mejor eso formaba parte de las famosas excentricidades de los ingleses. Sin embargo, a las siete en punto había caído la noche, Hussein y Flavio se habían marchado y era hora de cerrar.

—Vamos, Hugh Grant —le dijo con suavidad.

Dormido estaba muy guapo. No roncaba ni babeaba, al contrario que el productor gordo de televisión con el que había salido en otoño, un tío que se comía toda su comida y que después intentaba meterle mano. No era tan tonta, claro, y, además, había notado lo pequeña que la tenía cuando se daban el lote y, la verdad, después de eso perdió todo el interés por él. El muy pesado no paraba de hablar de las guapísimas actrices que se pasaban el día tirándole los tejos cada vez que salía de su apartamento y de soltar indirectas sobre la posibilidad de que ella acabara trabajando algún día en el estudio. Suspiró. Estaba segura de que el inglés no sería así. Esbozó su mejor sonrisa.

—Oye, oye...

Austin parpadeó. Se sentía fatal. Lo único que quería era meterse debajo del edredón y dormir día y medio. En un primer momento, no supo ni dónde estaba. Sacó el teléfono y vio que la luz roja de su Blackberry parpadeaba rápidamente. Tenía nueve mensajes de correo electrónico nuevos. El primero era de la sede central del banco en Londres.

«No sé qué les has hecho a los yanquis», decía. «A lo mejor les gusta que su personal vaya despeinado como si acabara de salir de la cama. El caso es que quieren hacerte una oferta. Ponte en contacto.»

Los dos siguientes eran de su asistente personal, Janet, que insistía en que la llamara lo antes posible. Había otro de Merv, asegurándole que estaban deseando tenerlo a bordo...

Austin se aferró al brazo del sofá. Las cosas iban muy deprisa. Demasiado deprisa. Por una parte, estaba emocionado por el subidón que suponía saberse importante. Y por otra, estaba petrificado.

—¿Buenas noticias? —le preguntó Kelly-Lee, mientras lo observaba mirar la pantalla de la Blackberry, en un estado de auténtico shock, al mismo tiempo que se pasaba los dedos por su precioso pelo, dejándose

prácticamente todo de punta como si fuera un niño pequeño.

Austin parpadeó varias veces.

—Es que... es que creo que acaban de ofrecerme un trabajo. Creo.

Kelly-Lee enarcó aún más las cejas.

—¡Vaya, eso es genial! ¡Felicidades! ¡Eso significa que te veremos de nuevo por aquí!

—Sí, bueno... Uf. Supongo.

—Es estupendo.

Kelly-Lee cogió el cupcake más grande que había sobrado ese día, un *red velvet* enorme, y lo guardó con rapidez en una cajita que después ató con un par de lazos muy llamativos.

—Aquí tienes —le dijo—. Felicidades. Y bienvenido a Nueva York.

—Pensaba que los neoyorquinos eran todos unos antipáticos —replicó él.

—Bueno, pues estás a punto de descubrir que eso no es cierto —repuso Kelly-Lee.

Austin se puso el abrigo y la larga bufanda.

—Bueno, pues adiós —se despidió.

—Hasta pronto —dijo Kelly-Lee esbozando su enorme sonrisa.

En el exterior, la nieve caía en horizontal, azotándole la cara. Corrió en busca de un taxi. Nueva York en plena nevada era mucho más bonito en fotos. La realidad era que hacía un frío del carajo, muchísimo más frío del que hacía en Londres. Cuando por fin paró un taxi amarillo, le dijo al taxista que lo llevara a su hotel. Tras sacarse el móvil del bolsillo, decidió que tenía que comprarse unos guantes. Le resultó muy raro no recibir mensaje alguno de Darny ni de Iss. Le echó un vistazo al reloj. ¿Cuál era la diferencia horaria? En fin, daba igual. ¡Tenía buenas noticias! Un trabajo importante. «¡Dios mío, un trabajo importante!», pensó.

Austin nunca había planeado ser banquero. No había pensado mucho en su futuro profesional. Cuando sus padres murieron en un accidente de coche, él estaba estudiando tranquilamente Biología Marina, después de haber pasado muchas vacaciones disfrutando del mar y del buceo con sus padres, mucho antes de que llegara por sorpresa el bebé tras una alocada y desenfundada celebración de las bodas de plata.

En el espantoso período que siguió al accidente, su hermano pequeño se

vio acosado por un sinfín de tías bienintencionadas, por los servicios sociales, por muchos primos lejanos y por algunos amigos de sus padres que él ni siquiera conocía. Austin se vio obligado a madurar muy rápido, se cortó la melena de surfero (un cambio a mejor según atestiguaban las viejas fotos), dejó la universidad y buscó un trabajo que le permitiera seguir pagando la hipoteca de sus padres a fin de conservar la casa de Stoke Newington.

No le había resultado fácil convencer a todo el mundo de que estaban bien tal como estaban, con o sin las quince empanadas de cordero que les llegaban todas las mañanas a la puerta sin que ellos las pidieran. Con el tiempo, descubrió que siempre y cuando mantuviera la sala de estar y el pasillo razonablemente limpios, y las ventanas de la planta superior abiertas para ventilar los malos olores, estaban estupendamente. Sin embargo, había sido una ardua lucha. Un largo camino.

Cuando por fin descubrió que tenía aptitudes para el trabajo de banquero, estaba preocupado porque Darny tenía que ir al colegio y él tenía que organizar la casa sin llegar tarde al trabajo. Antes de darse cuenta, se convirtió en una de esas madres trabajadoras del cole que siempre llegaban tarde, con el material escolar equivocado, y que jamás colaboraban en la organización de la fiesta de Navidad. Sin embargo, dichas madres no podían ni verlo, porque las madres que no trabajaban y se dedicaban a ser amas de casa lo ayudaban en todo lo posible. Le preparaban dulces típicos de Navidad y se iban turnando a Darny para que durmiera en sus casas a fin de que él tuviera tiempo para sí mismo y, además, miraban a las madres trabajadoras por encima del hombro o compadeciéndose de ellas, una actitud que a dichas madres les sentaba fatal.

Sin embargo, Darny ya era mayor, lo suficiente como para recordar que debía peinarse de vez en cuando, aunque normalmente no lo hacía, y poner la lavadora (aunque ponerla no era el problema; el problema radicaba en sacar la ropa cuando acababa, en vez de dejarla en el tambor...). Además, también estaba Issy, y tal vez hubiera llegado el momento de que Austin por fin hiciera algo con su vida. O, mejor dicho, de que hiciera algo con su vida que él mismo eligiera.

No cambiaría ni una sola cosa de su vida con Darny, ni una sola cosa, se dijo con ferocidad. Esas eran las cartas que le habían tocado en la vida y las había jugado. Quería muchísimo a su hermano. Pero la oportunidad que se le presentaba era casi un sueño. Un trabajo importante en Nueva York.

Un apartamento increíble... tal vez. Darny podía ir al colegio en Nueva York. En cuanto a Issy...

Tenía que hablar con ella.

—¿Hola?

La voz intentaba resultar amable, pero no lo lograba del todo. Issy se había levantado a las seis para empezar a hornear, había trabajado todo el día en la pastelería, había cerrado caja y también había organizado la contabilidad, había ayudado a Darny con las tareas y había preparado la cena. Acabó agotada y se fue a la cama muy temprano.

—¿Iss? —dijo Austin—. Iss, no te lo vas a creer. Es alucinante. Un banco muy prestigioso. ¡Me quieren! ¡Quieren que trabaje para ellos! Me han ofrecido... bueno, no sé lo que me van a ofrecer, pero parece que me quieren con ellos y, en fin, claro, todavía no les he contestado, pero a ver... Ya llevaban un tiempo diciéndome que querían que trabajase aquí, así que, bueno. Ya sabes. —Era muy consciente de que Issy guardaba silencio—. Bueno, que se me ha ocurrido que tenía que contarte lo que está pasando y eso...

Issy estaba medio dormida cuando contestó la llamada de teléfono. A esas alturas, estaba espabilada del todo. Y comprendió que en cierto modo siempre había esperado que sucediera algo así. ¿Quién no iba a querer a Austin? Ella lo quería. Las cosas buenas no podían durar para siempre.

De repente, deseó que Helena estuviera con ella. Helena le diría, de forma muy borde, que levantara la cabeza, que ella era la pareja ideal para Austin, y que su cabecita loca era capaz de disuadirla de cualquier cosa, porque así fue como acabó con un imbécil como Graeme. Y añadiría un: «No querrás que te vuelva a pasar, ¿verdad?»

No quería.

Pero Helena no estaba con ella. Seguro que estaba meciendo a Chadani de un lado para otro del piso (Chadani era demasiado sensible para dormir bien; una señal de que se trataba de una niña superdotada), e Issy solo contaba con Darny, que roncaba en la habitación contigua. Se encontraba en una casa a oscuras con cortinas nuevas que todavía estaban sin colgar. Al otro lado de la línea, a miles de kilómetros de distancia, estaba el único hombre al que de verdad había querido en la vida, feliz y contento como unas castañuelas, diciéndole que nunca volvería a casa.

—Felicidades —logró decir Issy por fin a duras penas. Intentó disimular la consternación con un enorme bostezo que acabó convirtiéndose en un bostezo de verdad que se prolongó más de la cuenta, hasta el punto de que notó que Austin se impacientaba al otro lado de la línea—. Bien hecho, sí. Las cosas van viento en popa. ¡Nueva York, Nueva York! Genial. Sí. Me alegro muchísimo por ti.

Austin torció el gesto. Issy no parecía en absoluto contenta. El bostezo fingido no lo había engañado en lo más mínimo.

—Es un gran paso —le dijo él, consciente de que le estaba suplicando con el tono de voz—. A ver, es cierto que lo cambia todo. De verdad que no sé cómo voy a volver a Londres y a decirles que no.

—Ya —dijo Issy—. Por supuesto que no puedes negarte. Has trabajado muchísimo. Y eres muy bueno en lo tuyo.

—Gracias —replicó él.

Al otro lado del océano, se escuchó una violenta ráfaga de aire e Issy recordó los cupcakes que le había enviado.

—Me ha llegado tu regalo.

Al principio, Austin fue incapaz de recordar de qué estaba hablando. Cuando los encargó estaba casi dormido y bastante atontado. Pero acabó recordándolo.

—¡Ah, los dulces! Ja, ja, sí. Pensé que te gustarían. Para que veas que también hacen cupcakes aquí.

—Por supuesto que los hacen —replicó Issy—. Ellos los inventaron. Hasta entonces, se llamaban magdalenas.

—¡Ah! —exclamó Austin—. Pensé que te haría gracia.

—No estaban muy buenos. —Issy detestaba parecer malhumorada. Mejor lo dejaba.

—¿Quieres venir y hacerlos mejor?

Otra pausa.

—Austin —dijo ella—, te echo mucho de menos.

—Yo también te echo de menos —replicó Austin—. De verdad. Compré esos cupcakes porque estaba pensando en ti. ¿Fue un error enviártelos?

—No —respondió Issy.

—Sí —la contradujo él.

—Pues sí —reconoció ella.

—¡Mierda! —exclamó Austin—. Es difícil estar tan lejos, ¿verdad?

Issy sintió que el miedo le provocaba un gélido nudo en el estómago. ¿Qué quería decir Austin con eso? ¿Que tendrían que acostumbrarse? ¿Que era tan difícil que mejor lo dejaban en vez de intentarlo? ¿Que a partir de ese momento tendrían un montón de problemas?

—Mmm —murmuró ella sin más.

—Ojalá vinieras —dijo Austin—. ¿Por qué no vienes? ¡Te va a encantar!

—Bueno —respondió Issy—, puedo matar a Darny y dejarlo en el jardín para que se lo coman los zorros, prenderle fuego a la pastelería y luego ya si eso me voy.

Austin sonrió.

—A ver —le dijo—, creo que tendré que quedarme un poco más. Mientras aclaro todas las cosas. El contrato y todo lo demás. Y tienen que presentarme a ciertas personas.

—¿Vas a volver? —le preguntó Issy, que de repente se sintió embargada por el pánico—. No me estarás pidiendo que empaquete todas tus cosas y te las envíe, ¿verdad? ¿Me estás pidiendo que meta a Darny en un avión con una tarjeta de identificación en el cuello como si fuera el Oso Paddington?

—Por supuesto —respondió Austin—. Por supuesto que voy a volver.

—Pero no sabes cuándo —suplicó ella.

Austin no replicó. No podía hacerlo.



Empanadillas navideñas

Si no preparas el relleno, cómpralas directamente en cualquier tienda que venda productos típicos ingleses. Si usas un relleno precocinado, es como meter cosas en un sobre. El relleno es muy fácil de hacer y muchísimo menos caro; y si compras unos tarros bonitos, puedes convertirlo en un regalo de Navidad, aunque asegúrate de dárselo a alguien a quien le guste la fruta macerada y que sepa qué hacer con ella, porque de lo contrario te mirarán como si les acabaras de dar un bote lleno de heces de conejo, un regalo que nadie recibirá con agrado a menos que se trate de un amigo con un jardín diminuto para el que necesite abono.

Lo mejor de estas empanadillas es que pueden resultar maravillosas incluso si las prepara el peor repostero del mundo. Son tan difíciles de estropear como una crema de menta. No es una de esas recetas en las que necesitas usar la cantidad exacta de mantequilla, para no tener que tirarlo todo a la basura. Esta receta te saldrá a la perfección, sin problema alguno. Confía en mí. Además, lo mejor es hacerlas en domingo, porque puedes quedarte en casa y leer el periódico con tranquilidad mientras la cocina comienza a oler de maravilla. El único ingrediente raro es la manteca. Sí, lo sé. Y no os paréis demasiado a pensar en lo que es.

Relleno

200 g de manzana cortada en daditos

200 g de pasas de Corinto

200 g de pasas sultanas

1 cucharada de nuez moscada

1 cucharada de mezcla de especias (clavo molido, jengibre molido, canela molida, nuez moscada molida y cilantro molido)

El zumo y la cáscara de un limón

El zumo y la cáscara de una naranja

250 g de manteca cortada en daditos

La víspera del día que necesites el relleno, pon todos los ingredientes en un cuenco grande y mézclalos bien. Déjalos toda la noche cubiertos con un paño limpio. Por la mañana, añade el brandy (échale todo lo que quieras) y luego mételo en el horno a 120 °C durante tres horas.

Deja que el relleno se enfríe y después guárdalo en tarros esterilizados (para esterilizarlos, mete los tarros húmedos en el microondas durante un minuto). Cubre los tarros con papel de hornear y séllalos. Debería durar todo un año. Y si dura un año entero, seguramente se lo estás dando a los amigos equivocados.

Para la masa, mezcla 200 g de harina y 200 g de mantequilla fría cortada en daditos. Añade 100 g de azúcar moreno, una pizca de sal y un poco de agua, hasta que la masa se pueda trabajar con el rodillo y cortarla. Forra unos moldes, rellénalos con la fruta y tápalos con la masa. Pinta la masa con huevo batido y espolvorea las empanadillas con un poco de azúcar moreno antes de meterlas en el horno a 180 °C durante veinte minutos y... ¡tachán!

Caroline entró indignadísima en la pastelería a la mañana siguiente. Issy la miró con ojos cansados. Apenas había pegado ojo tras la conversación con Austin de la noche anterior e iba por su tercera taza de café. Se sentía muy tonta, aunque era lo injusto de toda esa situación lo que le estaba pasando factura. Por fin había encarrilado su vida; por fin tenía la sensación de que estaba haciendo lo que siempre había querido hacer y había conocido a un hombre al que quería, pero todo se estaba yendo al

traste.

En el fondo, también sabía por qué estaba tan alterada, por qué le costaba tanto hablar del tema con Austin. Esa época del año no la ayudaba en nada... y en ese momento... No, era una catastrofista. Siempre buscaba el lado negativo de la situación. Seguro que él podría encontrar otro trabajo en Londres y todo se arreglaría, seguro que él no quería arrancar las raíces de lo que tenían, ¿verdad? En ese momento, recordó algo en lo que llevaba mucho sin pensar: estaba en la iglesia una mañana de Navidad, con un vestido rojo demasiado ajustado y unos zapatos Startrite que le hicieron ampollas en los talones, cogida de la mano del abuelo, que conocía a todo el mundo, por supuesto, y que le habría caído bien a todo el mundo aunque no llevara una bolsa llena de galletas de jengibre en el bolsillo. También había una mujer que reconocía de la pastelería, a la que le gustaba vestir de manera muy llamativa y hablar a gritos. No le caía bien, aunque no sabía por qué. La mujer llevaba un sombrero azul con una enorme pluma de pavo real, y se inclinó hacia el abuelo y le dijo: «¡Seguro que no piensa irse en esta época del año!» Y el abuelo Joe la mandó callar, enfadado con ella, más enfadado de lo que Issy lo había visto nunca.

—Así que Richard está siendo mucho más gilipollas que de costumbre —declaró Caroline dando un portazo al tiempo que metía su diminuto trasero, enfundado en unos vaqueros blancos en mitad de diciembre, en la pastelería. Llevaba una enorme estola de piel que hacía que sus piernas se vieran más flacuchas todavía y que Issy esperaba que fuera sintética.

Issy parpadeó para salir de su ensimismamiento mientras Caroline se sacudía el frío. En la calle hacía una rasca espantosa. Todo estaba helado y las nubes que se veían en el cielo amenazaban con descargar nieve.

—¿Qué ha hecho ahora? —inquirió. El divorcio de Caroline parecía que iba a durar más que el matrimonio en sí.

—Ha dicho que nada de cestas. Nada de cestas. ¿Te lo puedes creer? Ha anulado nuestra cuenta de cestas.

Issy no la seguía.

—¿A qué te refieres? ¿A esas cajas con latas dentro?

—¡No solo eran cajas con latas dentro! —explotó Caroline, pasmada—. Son artículos de lujo tradicionales que se envían en Navidad como muestra de cariño y, por tanto, forman parte de los gastos habituales de toda

familia.

—Pero, ¿no cuestan una fortuna simplemente por mandar un tarro de jamón y unas nueces pijas? —se preguntó Issy—. Además, seguro que están llenas de cosas que ni siquiera te gustan, como aceitunas rellenas de remolacha. Siempre me he preguntado quién envía esas cosas.

Caroline resopló.

—Todo el mundo —aseguró.

—Bueno, ¿los niños están impacientes por que llegue la Navidad? —preguntó Issy en un intento por cambiar de tema.

Caroline suspiró con gesto dramático.

—En fin, ya sabes cómo son.

—Simpatiquísimos —se aprestó a contestar Issy.

—Hermia está ansiosa por aprovechar la oportunidad de comer durante todas las fiestas. Voy a tener que controlar a esa niña. Aunque no te lo creas, prefiere comerse un sándwich a practicar con la flauta. ¡Un sándwich! ¡Si ni siquiera tengo pan en casa!

Issy le preparó a Caroline su diminuto expreso descafeinado, solo, y se lo dio. Caroline se lo bebió de un trago.

—Ponme otro —le pidió—. Y que tenga cafeína si te parece.

Issy enarcó las cejas.

—¿Tan mal estás?

Caroline se encogió de hombros.

—En fin —dijo—. En fin... —Parpadeó varias veces con rapidez—. Es que... Richard ha dicho... Richard ha dicho... —Y se deshizo en lágrimas.

—¿Qué pasa? —preguntó Issy, que rodeó el mostrador.

—Ha dicho...

A Issy la consumió un miedo atroz por su amiga. No iba a intentar quitarle a los niños, ¿verdad? De acuerdo, Caroline los dejaba con niñeras, no les hacía caso y los rebajaba, pero... no, seguro que no.

—Ha dicho que si tiene que seguir pagando la mensualidad del colegio, quiere que vayan a un... ¡a un internado!

Caroline empezó a sollozar. Issy la rodeó con un brazo con la intención de calmarla.

—Ay, no —dijo—. Pero creía que para ti los internados eran la solución a todos los males y lo mejor para la gentuza alborotadora.

Caroline resopló con fuerza y se sacó un pañuelo de tela del bolsillo. Issy se quedó de piedra al ver que llevaba un pañuelo de tela, pero no

comentó nada al respecto.

—Sí, pero no para mis... para mis... —fue incapaz de terminar la frase.

Qué raro, pensó Issy. Al escuchar a Caroline hablar de sus hijos (aunque a veces parecía que se le olvidaba que los tenía), cualquiera pensaría que no le interesaban demasiado, que había tenido hijos por la sencilla razón de que era lo que se esperaba de ella. Era como si le estorbasen más que otra cosa.

—Me echarían de menos —dijo Caroline—. Creo que echarían de menos a su madre, ¿no te parece? Aquiles solo tiene cinco años.

—Claro que sí —le aseguró Issy, que hablaba por amarga experiencia—. Por supuesto que te echarían de menos. Es ridículo. Está siendo muy irracional.

—¡Lo sé! —gritó Caroline—. ¿Qué voy a hacer?

—Espera —dijo Issy al tiempo que se enderezaba—. Tengo una idea.

Caroline la miró, y su cara marcada por las lágrimas casi era irreconocible.

—¿Cuál?

—¿Por qué no mandas a Richard a la mierda? Díselo, dile que se vaya a la mierda, que no vas a enviar a tus hijos a un internado. ¡Puedes matricularlos en el colegio de este barrio! Louis va y es genial.

Caroline se quedó inmóvil unos instantes. Después, volvió a sollozar como si se le estuviera partiendo el alma.

Pearl y Louis entraron en la pastelería; su llegada fue anunciada por la campanilla.

—¿Qué le pasa a la princesa Brillantina? —quiso saber Pearl.

—No preguntes —le dijo Issy—. Y lo digo en serio. No preguntes. De verdad.

—No estés triste, Caroline —dijo Louis, que extendió una mano para acariciar la estola de piel—. Me gusta tu lobo.

—Por favor, no la toques, Louis —consiguió decir Caroline entre sollozo y sollozo—. Es muy cara.

Louis se volvió hacia Issy.

—¡Issy! —gritó a pleno pulmón—. ¡Casi se me olvida! ¡Está nevando!

Issy miró hacia el escaparate. Y, ciertamente, entre la neblina de media mañana, la farola situada junto al árbol iluminaba los copos de nieve que habían comenzado a caer en el callejón.

—¡Ay, sí! —exclamó Issy, a quien casi se le olvidó el cansancio por la

emoción—. ¡Y qué preciosidad!

—¿Puedes salir a jugar conmigo? —preguntó Louis al tiempo que la cogía de la mano.

—No puedo, cariño —contestó Issy—. Pero sí que puedo prepararte un chocolate caliente.

Louis sonrió.

—¡Bien! —Se volvió hacia Pearl—. ¡Navidad! ¡Está nevando! ¡Está nevando! ¡Es Navidad! ¡Es Navidad! ¡Bien!

Pearl esbozó una sonrisa torcida.

—Vale, vale —dijo—. Vamos a tardar horas en volver a casa esta noche, eso es lo único que voy a decir. Venga, a ver si el chocolate te hace entrar en calor.

Mientras ellas se afanaban limpiando, frotando, horneando y preparando la pastelería para la llegada de sus primeros clientes, helados y hambrientos, Louis permaneció con la cara pegada al cristal del escaparate. Apenas si había luz debido a la tormenta de nieve y a las nubes bajísimas. Los transeúntes que caminaban por la calle se cubrían la boca con las bufandas, llevaban los gorros bien calados, y andaban algo inclinados para poder cortar el viento, decididos a llegar a sus destinos. La tormenta de nieve que azotaba el exterior era de las buenas.

—Creo que voy a llevar unas muestras a la parada del autobús —dijo Issy, que subía con una bandeja de galletitas de jengibre—. Como un acto de caridad más que otra cosa.

—¡Mamá! —gritó Louis de repente, con un dedito regordete pegado al cristal, mientras su respiración dejaba un cerco de vaho—. ¡Mamá!

Pearl corrió hacia él y miró hacia donde le indicaba el dedo.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó ella que salió de la pastelería sin pararse a coger el abrigo.

Issy y Caroline la siguieron de cerca.

—¿Qué leches...?

Al abrir la puerta, se dieron cuenta del frío tan espantoso que hacía fuera; era una tormenta en toda regla. La nieve caía en todas direcciones, hasta tal punto de que no se veía en absoluto. El frío calaba hasta los huesos y el viento hacía que se congelara hasta la respiración.

Pearl estaba agachada al otro lado del callejón. Issy se pegó a ella y jadeó al darse cuenta de lo que Louis había visto.

Al otro lado del árbol desnudo, había un niño, más pequeño que Louis.

Estaba descalzo y solo llevaba un cochambroso pijama con camiones de bomberos dibujados. Tenía el pelo rubio y estaba muy derecho, y también estaba llorando a moco tendido.

Pearl cogió en brazos al niño como si pesara menos que una pluma y volvieron todas corriendo al interior. Louis estaba emocionado por su descubrimiento.

—Yo he encontrado al niño, Issy —anunció, dándose importancia.

Issy estaba horrorizada. Había salido a la calle principal, ya que esperaba ver a una madre aterrada corriendo de un lado para otro en busca de su hijito, pero solo vio a los habituales de la parada del autobús, medio congelados. Saludó a su amiga Linda y le preguntó si alguien había estado preguntando por un niño. Todos la miraron con cara extrañada, pero negaron con la cabeza. Issy les dijo que si alguien aparecía buscándolo, que le dijeran que estaba a salvo con ella, y luego volvió corriendo a la pastelería.

La señora Hanowitz, una anciana que era clienta habitual, ya estaba en la puerta. Se quedó de piedra al ver al pequeño, vestido con el pijama color crema, en brazos de Pearl.

—Jesús Bendito —exclamó la mujer al tiempo que meneaba la cabeza—. Pobre criatura. —Se acercó y le colocó los dedos en sus rizos rubios—. Un niño en Navidad —susurró.

—No diga tonterías —le soltó Pearl—. El niño se ha perdido. ¿Cómo te llamas, cariño?

Cuando Issy entró de nuevo, el niño ya estaba envuelto con una gruesa manta de cuadros que normalmente estaba en el respaldo de uno de los viejos sofás de cuero. El niño, que no podría tener más de año y medio, parecía estar tan conmocionado que ni siquiera lloraba. Cogió la etiqueta de la manta y comenzó a frotarla con el pulgar y el índice antes de meterse el pulgar libre en la boca. Parecía muy cómodo.

—Necesita un dulce —dijo Louis—. Y chocolate de Adviento. ¡Nooo, no hay chocolate, tía Issy!

—Louis, deja de hablar del dichoso calendario de Adviento —replicó Issy—. No va a tener chocolate.

—Es un calendario muy triste —comentó Louis.

Pearl se sentó en el sofá con el niño, que seguía envuelto en la manta.

Issy intentó que comiera un trocito de pan de jengibre, pero el niño no demostró mucho interés, puesto que prefería mirar a su alrededor con los ojos como platos. Tenía los piecitos azules, ya que no llevaba ni zapatillas ni calcetines.

—Voy a llamar a la policía —dijo Issy—. Alguien tiene que estar muriéndose de miedo. —Clavó de nuevo la vista en la tormenta que azotaba la calle—. Pero, ¿dónde está ese alguien? —preguntó—. A menos que haya llegado de muy lejos.

—¿Cómo te llamas? —insistió Pearl, pero no consiguió respuesta. En ese momento, Louis se acercó a ellos.

—¿Cómo te llamas, niño? —preguntó el pequeño—. ¿Puedes hablar, bebé?

El niño se sacó el pulgar de la boca.

—Doda —respondió.

—En fin, menos da una piedra —dijo Pearl—. ¿Cómo te llamas, cariño? Te llevaremos con tu mami enseguida.

—¡Doda! —chilló el niño.

—Es el Niño Jesús —dijo la señora Hanowitz, que había entrado en la pastelería tras ellas aunque todavía no habían abierto al público y que miraba con interés el trocito de pan de jengibre que el niño no había tocado.

—No creo que sea el Niño Jesús —replicó Issy. Cogió el teléfono—. ¿Creéis que es tan importante como para llamar a emergencias? No lo es, ¿verdad? ¿Cuál es el número para informar de cosas que son importantes pero no una emergencia?

—Llama al 101 —contestó Pearl sin titubear—. ¿Qué ocurre? —preguntó al ver la expresión sorprendida de Issy—. Vaya, me alegro de que vivas en un sitio donde tengas pocas probabilidades de ser víctima de un delito.

Justo cuando Issy comenzaba a marcar, vio que alguien entraba con paso titubeante en el callejón y echaba un vistazo por la zona. Era una chica que parecía nerviosa y que no iba lo bastante abrigada para el tiempo que hacía. Issy colgó, se acercó a la puerta y se asomó.

—Perdona —la llamó—, ¿estás buscando a un niño?

La chica se volvió, aunque no parecía muy preocupada.

—¡Ah!, ¿lo tienes tú?

Issy la miró un momento. Seguro que no la había oído bien.

—¿Estás buscando a un niño? —repitió con retintín, por si la chica no se había enterado.

La aludida se acercó a ella.

—¿Lo tienes o no? —Mascaba chicle y sus ojos tenían una expresión cansada y un tanto vacía.

—Pues sí —contestó Issy.

Por un instante, se preguntó si no se estaría comportando como una metomentodo, pero... ¿Era normal que un niño pequeño deambulara por la calle en mitad de una tormenta? ¿Era asunto suyo? Acto seguido, se volvió hacia la pastelería y vio al niño sentado en el regazo de Pearl, y se percató de que no lo era.

La chica entró en la pastelería.

—Ah, ahí estás —dijo con resignación—. Venga, vámonos.

El niño no hizo ademán alguno de moverse. Pearl miró a la recién llegada.

—¿Estás mal o qué? —quiso saber—. ¿Has dejado que este niño salga a la calle solo?

—Yo... no —contestó la muchacha—. Se ha escapado. Vamos, Donald.

—Doda no —dijo el niño.

—Vaya, ahora lo entiendo —comentó Pearl—. ¿Te llamas Donald?

—Doda —confirmó el niño antes de meterse el pulgar en la boca una vez más.

Pearl miró a la chica. No parecía lo bastante mayor para ser su madre. Además, sería lógico pensar que una madre se alegraría más de verlo. Sobre todo, una madre que compraba pijamas con camiones de bomberos.

—Vale, me lo llevo —dijo la chica, que parecía aburrída.

—¿Has traído calcetines? ¿Un abrigo?

La muchacha se encogió de hombros.

—No está muy lejos.

—Espera un momento —dijo Caroline de repente—. ¿Es Donald? ¿Donald Gough-Williams?

Los ojos del niño brillaron al escuchar su nombre.

—Sí —reconoció la muchacha a regañadientes.

—¿Conoces al niño? —preguntó Pearl—. ¿Por qué no lo has dicho antes?

—Bueno, todos los niños me parecen iguales —respondió Caroline—. Es el pequeño de Kate. ¿Eres la nueva niñera de los Gough-Williams?

La muchacha se encogió de hombros, también a regañadientes.

—También tienen unas gemelas —continuó Caroline—. ¿Dónde están Seraphina y Jane?

La muchacha la miró con expresión agotada.

—Sí —convino—. Las gemelas.

—¿Quién cuida de las gemelas ahora mismo? —preguntó Issy de repente.

—La tele —contestó la chica—. Vamos, Donald, volvamos a casa.

Pearl se puso en pie y le entregó a Donald, sin quitarle la manta.

—Devuélvela después —le dijo a la chica—. No dejes que se muera de frío.

—Que sí, que sí —replicó la niñera. Se colgó a Donald del hombro, como si fuera un saco de patatas, se dio media vuelta y salió del Cupcake Café.

Caroline no les quitó la vista de encima.

—Me pregunto qué le pasa a Kate —comentó.

—Lleva un siglo sin pasarse por aquí —señaló Issy—. Creo que la última vez fue justo después de tener al niño.

—No, ha desaparecido del mapa por completo —añadió Caroline—. Creía que estaba en rehabilitación.

Caroline, Pearl e Issy se miraron entre sí.

—¿Te importaría mucho si...? —preguntó la señora Hanowitz.

—Cójalo —le dijo Issy sin mirarla.

La señora Hanowitz comenzó a comerse el trozo de pan de jengibre que Donald no había tocado. Issy sabía que a la anciana le costaba pagar la calefacción y comer con su pensión.

—En fin, yo no tengo niños... —comenzó Issy.

—No puedo callarme —dijo Caroline al tiempo que meneaba la cabeza—. Esa niñera es espantosa. Aquí está pasando algo muy fuerte.

—No creo que tenga más de dieciséis años —comentó Pearl—. ¿Qué hace cuidando a tres niños? ¿Cuántos años tienen las gemelas?

—Seis —contestó Caroline—. Son dos niñas muy monas. Una cree que es un chico. Casi siempre son muy buenas.

—Lo son —aseguró Issy al recordarlas. Kate siempre intentaba separarlas, pero las niñas insistían en hacerlo todo juntas—. Me pregunto qué ha pasado.

Caroline ya había sacado el móvil.

—Bueno, me pregunto si llegará a sonar en su mansión... ¿Hola? Ah, hola, Kate, cariño... ¿Dónde? Ah, en Suiza. —La voz de Caroline se convirtió en un susurro, pero consiguió recuperarse—. ¡Qué maravilla! ¿Que tienes un montón de pieles? Ay, divino de la muerte, querida. Saluda a Tonks de mi parte... y a Roofs... Ah, que Bert y Glan también están ahí. ¿En serio? Vaya, que estáis todos... Qué reunión más estupenda... No, no, ya me conoces, ahora soy una mujer trabajadora, no tengo tiempo para esas cosas, estoy ocupadísima... Ah, que Richard también va a ir, ¿no? —Su voz se tornó gélida—. Pues son unas noticias maravillosas. Richard y tú, y todos nuestros amigos. Me alegro muchísimo de enterarme. Ojalá que lo paséis de muerte. Ah, que están los dos... No, no, claro que no me importa. ¿Por qué me iba a importar? No significa nada para mí. Pero que no se gaste la puta manutención de los niños, eso es lo único que digo... —Hizo una pausa—. Mira, quería decirte una cosa. Tu Donald acaba de estar en la pastelería. Se ha escapado de casa. Creo que necesitas una niñera nueva... Sí, de nuevo. En fin, ya sabes que estas chicas no tienen ni idea de cómo trabajar. Sí, te entiendo, son unas vagas. Esta juventud no tiene remedio. Issy estaba a punto de llamar a la policía.

En ese preciso momento, Issy se alegraba muchísimo de no haber marcado el número.

—Sí, en fin, no, estaba perfectamente. Sí, seguía chupándose el dedo... cosa que a mí me parece un problema de desarrollo...

Intercambiaron unos cuantos comentarios más antes de que Caroline colgara. Tras hacerlo, la cara se le desencajó, e Issy pudo ver reflejado en su rostro todo el dolor que sentía. Pero, después, se recompuso.

—Menuda vaga. Creo que Kate va a cambiar de agencia. Me ha dicho que con esta ya le han mandado a seis inútiles.

—A lo mejor debería tener a las seis a la vez —comentó Pearl.

—Pues que sepas que no es una mala idea —susurró Caroline.

Issy puso los ojos en blanco.

—Cuanto más tiempo paso en Stoke Newington, menos lo entiendo —dijo—. ¿Es que ahora todo el mundo es rico?

—Mmm —dijo la señora Hanowitz desde el otro lado del mostrador—. Pues yo me alegro de que el Niño Jesús me haya traído tan buena suerte. Estaba buenísimo.

Carmen Espito taconeaba por el pasillo por delante de Austin. Nada de esa situación le parecía real. Pero allí estaba, en la planta cuarenta y nueve, ¡la cuarenta y nueve! Incluso tenía un ascensor directo especial en el Palatine Building de la calle 44 con la Quinta, en pleno centro de Manhattan. El despacho se encontraba en una esquina y era en su mayor parte un enorme ventanal con vistas al norte, por lo que se veía el Empire State y gran parte de Central Park; hacia el este también podía ver el río Hudson y el puente de Brooklyn, que daba paso a los almacenes y a las grúas de las márgenes de Brooklyn.

Y alrededor de la gigantesca torre, la nieve caía en silencio, convirtiendo Manhattan en una enorme cúpula nevada. Tenía una belleza sobrecogedora y era una de las cosas más bonitas que Austin había visto en la vida.

—¡Vaya! —exclamó al tiempo que se pegaba tanto al ventanal que iba desde el techo hasta el suelo que tenía la sensación de estar flotando en el cielo—. Mi hermano pequeño fliparía aquí. ¿Cómo se consigue trabajar con esto?

Carmen sonrió. Estaba acostumbrada a que el personal fuera muy sofisticado, de modo que si algo los impresionaba, se negaban en redondo a que se les notara. Antes de perder unos quince kilos, arreglarse la nariz y tatuarse las cejas, había sido una chica normal y corriente de Oregón, y Manhattan también la había obnubilado.

—Es bonita, ¿verdad? —preguntó ella. Acto seguido, cerró de nuevo los labios pintados de rojo brillante y se sentó a un escritorio vacío—. Bueno, soy abogada especializada en inmigración y derechos laborales. El señor Ferani quería que solucionara todos los trámites burocráticos lo antes posible, igual que tú, seguro.

Austin se dijo que solo era un montón de papeleo insignificante; que no era algo irreversible, que era algo sobre lo que podía meditar después. Pero mientras miraba a Carmen Espito, tan sexy pero a la vez tan seria, se dio cuenta de que ella tenía documentos legales delante. No era una conversación banal, algo típico con los estadounidenses. Era evidente que les gustaba que se hicieran las cosas y que se hicieran deprisa. Y sin duda alguna esperaban que él aprovechara la oportunidad sin pensárselo dos veces.

Como haría cualquier persona en sus cabales, por supuesto. La oportunidad de conseguir un trabajo fabuloso, una vida nueva, a su edad... En fin. Era un sueño hecho realidad. Cualquier otro le estaría apartando las

manos de los documentos, no le cabía la menor duda.

—¿Puedo...? —empezó—. ¿Puedo llevarme los contratos y demás para echarles un vistazo, antes de firmarlos?

Carmen enarcó una ceja.

—Por supuesto. Son documentos tipo, la verdad... —repuso ella—. Si quieres decirle a tu abogado que me llame...

El abogado de Austin había sido una abuela de setenta y cinco años que le aconsejó que pasara de los servicios sociales cuando quisieron ir a meter las narices y preguntarle si Darny comía como era debido, algo a lo que Austin siempre respondería que sí, ya que había llegado a la conclusión hacía ya algún tiempo de que solo tenía que incluir patatas en el menú.

—Esto... sí, puede que lo haga —añadió a toda prisa mientras intentaba aparentar profesionalidad—. Genial. Esto es genial.

Carmen le dio varias hojas de documentos.

—Devuélvemelos con tu pasaporte.

—¿Mi pasaporte? —repitió Austin, y sintió que el pánico se apoderaba de él. Era como si intentaran retenerlo en contra de su voluntad.

A su espalda, alguien abrió, estampando la puerta contra la pared y, al mirar, vio a Merv Ferani. Ese día, llevaba una pajarita con diminutos renos saltarines y un chaleco rojo. Parecía un pequeño Papá Noel judío.

—¿Cómo van las cosas por aquí, Carmen? —preguntó el recién llegado—. ¿Ya estamos atando cabos?

—El señor Tyler quiere que su abogado eche un vistazo a los documentos —contestó Carmen, con rapidez.

Merv puso cara de sorprendido.

—¿Hay algo que no te gusta? —quiso saber.

—Oh, no, estoy seguro de que... Bueno, ya sabe... Yo... Lo que quiero decir es que tengo que hablarlo con mi hermano pequeño.

—Es tu analista bursátil, ¿no?

—No... no, es que vive conmigo. Y mi novia —se apresuró a añadir—. Es que... Bueno, es una mudanza tremenda...

—¡Al lugar más maravilloso del mundo! —le aseguró Merv.

Parecía sorprendido de verdad... como era lógico, admitió Austin, dado que él había accedido a ir a Nueva York.

—Bueno, sí —convino Austin—. Me doy cuenta.

Merv clavó la vista al otro lado de los ventanales.

—Oye, se me ha ocurrido una idea fantástica —dijo—. Los traeremos

para que pasen un fin de semana. ¿Qué te parece? Así podrán echar un vistazo y también darse cuenta de lo genial que va a ser tu vida aquí. Lleva al niño a unos cuantos museos y demás chorradas, pillá un espectáculo, idos a comer a un sitio bueno de verdad. Le diré a mi asistente personal que se encargue de todo.

Austin lo miró, pasmado. Después, recordó que se suponía que era un empleado de banca supergenial procedente del Reino Unido, uno que estaba acostumbrado a que esas cosas pasaran todos los días. No se creía capaz de parecerlo.

—Vale... —dijo.

—Ese es mi chico —replicó Merv—. Te voy a mandar con Stephanie, te va a encantar.

¿Por qué tenía que suceder todo tan deprisa?, se preguntó Austin al tiempo que sentía un nudo nervioso en la garganta. Pero a Issy le iba a encantar. Le iba a encantar... ¿verdad?



8

**Galletas navideñas especiadas
para calmar los ánimos**

Ingredientes

225 g de mantequilla blanda

200 g de azúcar

235 ml de melaza

1 huevo XL

2 cucharadas soperas de nata agria

750 g de harina

2 cucharadas soperas de polvos de hornear (levadura química en polvo)

5 g de bicarbonato

1 cucharadita de canela molida

1 cucharadita de jengibre molido

1 pizca de sal

145 g de nueces picadas

145 g de pasas de Corinto

145 g de dátiles troceados

En un cuenco grande, bate la mantequilla y el azúcar. Añade la melaza,

el huevo y la nata agria. Mézclalo hasta que todo quede bien incorporado. En otro cuenco, mezcla la harina, el polvo de hornear, el bicarbonato, la canela, el jengibre y la sal. Añádelo poco a poco a la masa. Cuando tengas una mezcla homogénea, añade las nueces, las pasas y los dátiles. Enfría la masa dos horas o hasta que puedas trabajarla bien.

En una superficie enharinada, extiende la masa con el rodillo hasta que tenga un grosor uniforme. Corta las galletas con un cortador redondo de 7 centímetros de diámetro. Colócalas en una bandeja para galletas engrasada, sin que se toquen. Hornéalas a 160 °C durante 12 o 15 minutos. Déjalas enfriar por completo sobre una rejilla. Si hay alguna persona enfadada en casa o de mal humor, deja que las huela.

Issy estaba en el colegio de Darny, sintiéndose como una fracasada y una inútil integral. La verdad, era espantoso. Se encontraba rodeada de personas que se conocían entre sí y que no paraban de charlar y de reírse a carcajadas bajo la luz de los tubos fluorescentes. El aroma del vino especiado barato no lograba disimular el olor subyacente que aún le era tan familiar. Un olor a sudor, a una apestosa loción para después del afeitado usada a manos llenas, a pies, a los cigarros que se fumaban a escondidas y a las feromonas que afectaban a las personas, haciendo que todos chillaran más y se alborotaran.

No debería haber ido, pensó. Sin embargo, se quedó espantada cuando Austin le dijo como si tal cosa que normalmente no asistía a las funciones que el colegio celebraba al final de cada trimestre, porque a Darny no le gustaba que fuera a verlo actuar y ambos pasaban un mal rato.

—Creía que asistir a las funciones escolares navideñas era la parte buena de tener niños —le soltó ella, indignada.

—¿Después del año de la oveja que fumaba porros mientras representaban el belén viviente? No, gracias. Después de aquello pasamos del tema —replicó Austin con hastío—. De todas formas, ya está en secundaria y no hacen el belén viviente. Hacen algo contemporáneo.

—Mierda —añadió Darny—. Hacen una mierda contemporánea.

—¿Y tú vas a participar?

Darny se encogió de hombros, un gesto que Issy interpretó como una afirmación. De modo que insistió en que debían ir, y tanto Austin como Darny adoptaron una postura abatida que los hizo parecer gemelos más que

simples hermanos.

—Hay que alentar a los jóvenes —adujo Issy, una firme defensora de lo que acababa de decir, después de haber pasado un año leyendo currículos apenas inteligibles de abatidos adolescentes que buscaban trabajo.

Esos chicos no encontraban trabajo ni tenían experiencia alguna, y siempre deseaba poder hacer algo por ellos. Sin embargo, según todos los currículos, los jóvenes eran emprendedores entusiastas con iniciativa y ganas de afrontar retos, una imagen que no cuadraba en absoluto con la del adolescente encogido que Issy tenía delante. Austin la llamaba «Jamie Oliver», pero le daba la razón. Salvo en el caso de Darny.

—Solo servirá para empeorar las cosas —le dijo—. Darny no necesita la menor excusa para abrir la boca.

—No, lo que necesita es saber cuándo debe abrirla —replicó ella—. Por eso necesita que estemos allí.

Pero claro, Austin tuvo que marcharse a la ciudad de las mujeres de piernas delgadas, tacones de aguja y ropa carísima, donde todos se pasaban el día mimándolo, y le tocó a ella forrarse de ropa después de haberse pasado el día trabajando en la pastelería y preparar la ropa de Darny, toda de color negro, ya que la señorita Fleur los había convencido de que de esa forma su apariencia resultaría más dramática e intensa. Issy suspiró y accedió.

Afuera hacía un frío que pelaba, y se cruzaron con otras familias que también se dirigían al edificio principal del Carnforth Road School. El ambiente era festivo e Issy no pudo evitar una punzada dolorosa. Todo el mundo estaba emocionado por la posibilidad de pasar la Navidad en familia, y ella ni siquiera había tenido noticias de su madre, mientras Austin se encontraba a miles de kilómetros de distancia. Darny desapareció entre un mar de adolescentes antes incluso de que llegaran a la verja del colegio, de forma que le fue imposible localizarlo ya que todos le parecían iguales. Issy suponía que era una clara señal de que se estaba haciendo mayor si era incapaz de distinguir a los adolescentes entre sí. De uno en uno todos parecían jóvenes, sin más.

Cuánto echaba de menos a su abuelo. Él sí que era bueno con la gente joven. Apreciaba a los jóvenes y los alentaba. Había contratado a un sinfín de aprendices en la pastelería, algunos de ellos procedentes de entornos conflictivos, y casi todos ellos habían florecido bajo su tutela, habían logrado aprender bien el oficio y después habían seguido con sus vidas

trabajando en otro lugar. Durante mucho tiempo, su abuelo recibió montones de felicitaciones navideñas todos los años, enviadas por clientes contentos, por amigos de la familia y... Ella ni siquiera abría los mensajes de correo electrónico que le felicitaban las fiestas. No les encontraba sentido.

Como todo el mundo parecía saber adónde se dirigía, sacó el teléfono para fingir que estaba ocupada y siguió a la marea de personas en dirección al gimnasio. Alguien había intentado adornar un poco el lugar, colocando en el techo cadenas de papel, pero era innegable que se trataba de una escuela pública intentando hacerlo lo mejor posible, no una lujosa escuela privada con grupos de teatro y mesas mezcladoras a la última.

A fin de mantenerse ocupada, Issy pagó una libra por una taza de vino especiado achicharrante que estaba un poco amargo y se recordó que debía mantenerse apartada de los profesores de Darny. Ese terreno era de Austin. Suponía que una de las razones por las que Darny y ella se llevaban bien era porque jamás se había inmiscuido en sus asuntos escolares y porque no le preguntaba cómo le iba. Aunque deseara muchísimo hacerlo, se contenía porque sabía que era lo correcto. A casa llegaban numerosas cartas, en las que se informaba de los castigos que se le aplicaban, y Austin se limitaba a suspirar y a suplicarle que se comportara bien. Darny replicaba con todos los argumentos posibles que explicaban por qué no debía comportarse bien, y la discusión seguía y seguía hasta que todos acababan agotados, enfadados e Issy se refugiaba en la cocina donde preparaba una hornada de galletas para calmar los ánimos con la esperanza de que uno de los dos se cansara de discutir.

No conocía a ninguna persona en el colegio. Se apresuró a enviarle un mensaje de texto a Austin, que le contestó diciéndole que acababa de salir de otra reunión y añadió un: «Te dije que no fueras.» Una respuesta que a Issy le sirvió de poco y que la llevó a preguntarse si habría algún emoticono que expresara cierta frustración. Se bebió el vino especiado (el segundo sorbo fue ligeramente mejor que el primero), y se preguntó a quién podía enviarle otro mensaje de texto. Esa era la hora peligrosa para Helena, que estaría tratando de dormir a Chadani, un proceso que podría llevarle varias horas. En cuanto a sus demás amigas... había pasado tanto tiempo y todas tenían niños (aunque ella no llevaba las cuentas, sus amigas sí que lo hacían), y se habían mudado, o estaban de viaje, o no sabían de qué hablar con ella si agotaban el tema de los dulces. Necesitaba a alguien

a quien pudiera decirle: «¿No te parece espantoso?»

—¡Madre mía! ¡Esto es espantoso! —exclamó una voz estridente.

Issy alzó la vista y, para su sorpresa, se encontró con Caroline, que llevaba un vestido ajustado de color rojo de lo más inapropiado para una función escolar, pero que le otorgaba un aspecto asombroso. Los padres se apartaban para dejarla pasar y ella avanzaba entre la multitud con paso marcial.

—Cariño, ¡gracias a Dios que he visto a alguien conocido! ¡Aquí parece que están todos asilvestrados!

Issy torció el gesto e intentó poner cara de: «No os lo toméis de forma literal.»

—Por favor, baja la voz —le dijo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Dios mío! Si ese cabrón cumple su amenaza, tendré que matricular a Hermia en este antro algún día y, al final, le robarán el reloj y los zapatos antes incluso de que pase por el detector de metales.

—Caroline, ¿podrías bajar la voz?

Su amiga tenía una expresión asesina.

—Esperaba que me echasen, para que el Cabrón tenga que mantenerlos en el colegio privado como haría cualquier persona razonable. No entiendo por qué es tan malo.

—Este colegio es bastante bueno —le aseguró Issy—. Es progresista, integrador...

—No me gusta la educación progresista —masculló Caroline en voz baja—. Quiero que les peguen en la palma de la mano con una regla tres veces al día y que los obliguen a correr en pantalón corto aunque haga frío. Así es como se forja el carácter, y eso es lo que necesita este país.

—Pero ¿no es así como se crían los cabrones como tu ex? —replicó Issy. El vino especiado debía de ser más fuerte de lo que pensaba.

—Bueno, pues sí —reconoció Caroline—. Se libró de mí antes de que yo pudiera librarme de él. Si yo no fuera la perjudicada, estaría hasta impresionada, fíjate.

Un hombre mayor vestido de forma un tanto carca salió al escenario y comenzó a hablarle al micrófono para comprobar si funcionaba.

—¿Pueden sentarse, por favor? —preguntó en un tono de voz que indicaba que estaba convencido de que debería preguntar lo mismo varias veces hasta hacerse con la atención del público. El solitario foco de luz que iluminaba el escenario se reflejó en su calva cuando se inclinó para echar

un vistazo a sus notas.

—¡Por Dios! —exclamó Caroline—. ¿No se puede beber algo aquí?

—Creo que nos está diciendo que nos sentemos —dijo Issy.

—Bueno, ya veo cómo eras en la escuela —replicó Caroline.

—Pues sí, lo mismo digo —le soltó Issy, que la instó a caminar por el pasillo central al tiempo que le ofrecía su taza de vino especiado.

Tras probarlo, Caroline puso cara de asco. La gente comenzaba a sentarse e Issy no veía un asiento libre por ningún lado. Todos los ojos estaban puestos en Caroline y en su ceñido vestido rojo. Issy estaba muerta de vergüenza.

Por fin encontraron un par de asientos en primera fila.

—¡Ay, Dios! —exclamó Caroline en voz alta—. Creo que ya lo he visto todo —añadió, con la vista clavada en el profesor que seguía en el escenario.

—Como sigas, te saco de aquí —le dijo Issy a modo de amenaza.

—¿Qué dices? —replicó Caroline—. Este colegio lo pagamos entre todos, así que creo que merecemos ver lo que nos ofrece y comparar.

—En realidad, como es un colegio que se financia con dinero público, puede hacer lo que le apetezca —puntualizó Issy.

Caroline resopló con desdén.

—¡Ja! Como si Richard pagara impuestos. Vale, como empiece diciendo que son unas fechas entrañables, me largo.

—Es un clásico —replicó Issy.

—¿Como el Kwanzaa?

—No, me parece que el Kwanzaa es una fiesta entrañable de verdad.

—Damas y caballeros, bienvenidos a la función navideña del Carnforth Road School. Feliz Navidad, feliz Hanukkah, feliz Kwanzaa, sea cual sea la denominación que prefieran para estas fiestas entrañables.

Issy dio un respingo y Caroline le dirigió una mirada elocuente.

—Este año y gracias a la colaboración de nuestra maravillosa profesora de teatro, la señorita Fleur, hemos preparado una función alternativa... *El cuento del astronauta*.

Se produjo una andanada de aplausos emocionados al tiempo que se escuchaba una estridente música de sintetizador por los altavoces. El telón se alzó, revelando un escenario totalmente negro y vacío salvo por una antorcha que colgaba del techo.

—Un momento —dijo Issy—. ¿La música no es la de *A Spaceman Came*

Travelling? —Miró a Caroline—. Vale. Tú ganas. Vámonos.

—¡Pero me encanta esta canción! —protestó Caroline, que de repente parecía fascinada.

De hecho, pese a las inevitables tonterías, unos cuantos sermones recitados con gran emoción sobre el hecho de ser un alienígena enviado a la Tierra para descubrir el terrible destino que esta había sufrido; un número sobre osos polares bailarines que pretendía ser emotivo, pero que dejó al público doblado de la risa; una fila de niñas vestidas con provocadores disfraces de pingüinos, que pretendía ser gracioso, pero que resultó la mar de incómodo porque todos los padres presentes fingían no estar pensando en las edades de las criaturas; después, un terrible intermedio musical interpretado por la orquesta, que resultó infinitamente peor porque estaban sentadas muy cerca de la tuba. En resumen, se notaba que habían hecho un gran esfuerzo, lo que enorgulleció mucho a Issy. Caroline estaba toqueteando el móvil.

Y después llegó el turno de Darny. Era uno de los alumnos más pequeños del primer curso y se adelantó a los demás con valentía. Issy estaba acostumbrada a verlo como una enorme presencia en sus vidas, tal como demostraban sus apestosas zapatillas deportivas y los goterones de gomina barata que dejaba por todo el cuarto de baño. Sin embargo, en ese momento le pareció diminuto. Un niño pequeño entre enormes adolescentes y jóvenes adultos.

A esas alturas, Issy se había relajado. Era imposible que pudiera quejarse de una obra que trasladaba un mensaje medioambiental tan claro. Sacó rápidamente el móvil para hacerle una foto, aunque estaba prohibido, y mandársela a Austin. Supuestamente, debían comprar el álbum oficial antipedófilos que se pondría a la venta tras la función, pero no estaba segura de poder esperar hasta entonces. Además, Austin se enorgullecería mucho de que Darny hubiera asumido el papel de orador.

Darny se acercó con paso muy seguro al estrado donde se encontraba el micrófono. Issy comprendió que estaba nerviosa por él. En su caso, era incapaz de hablar en público. Algunos días incluso le costaba trabajo saludar a los clientes de la pastelería. Sin embargo, Darny parecía la mar de cómodo. «Vamos», pensó. Un discurso cortito sobre la necesidad de salvar el planeta por el bien de las generaciones futuras y al cabo de un rato

podrían irse a casa, después de tomarse otra taza de asqueroso vino especiado. A lo mejor Caroline la invitaba a tomarse algo en condiciones.

Darny levantó la hoja donde llevaba escrito el discurso cuando llegó al estrado.

—Está escrito en papel reciclado —anunció, logrando que la audiencia estallara en carcajadas. Tras una pausa comenzó—: He escrito un montón de gilipolleces en esta redacción, que a mi profesora le gustó mucho, gracias señorita Hamm, sobre salvar el bosque tropical y proteger la biodiversidad para las generaciones futuras...

Issy se incorporó en su asiento como si hubieran accionado un resorte.

—En fin, ya sabéis que son gilipolleces y yo sé que son gilipolleces. Todos los chinos quieren un frigorífico, todos los indios quieren una consola de aire acondicionado, y negarle a la gente ese tipo de cosas cuando trabajan tanto en condiciones que ni siquiera podemos imaginar es una crueldad. Así que, ¿por qué perdemos el tiempo reciclando envases? Para los osos polares no va a suponer la menor diferencia, ya lo sabemos todos. Supongo que tenemos que venir al colegio y hablar de estas cosas porque el gobierno nos lo exige en el plan educativo, pero todos sabemos que son gilipolleces.

Issy gruñó por lo bajo e inclinó la cabeza.

—Así que en vez de hacer el tonto reciclando botellas de agua, que es una chorrada, porque si se lo tomaran en serio, no permitirían que el agua se vendiera embotellada, es mejor que...

Las grandes ideas de Darny para solucionar los problemas del mundo fueron ahogadas por el grito de la señorita Hamm, que se lanzó al escenario y le quitó el micrófono de las manos mientras lo miraba con cara de echar muchísimo de menos la época en la que estaban permitidos los castigos corporales en los colegios.

—¡Darnell Tyler, fuera del escenario ahora mismo! —Miró al público. Darny siguió donde estaba, como si no fuera con él—. Damas y caballeros, debo pedirles disculpas por el numerito improvisado de uno de nuestros alumnos más jóvenes. ¿Está el tutor de Darnell Tyler entre el público?

Analizando más tarde todo lo sucedido, Issy pensó que el mensaje que Austin le envió en respuesta a la foto no pudo ser más oportuno: «¿Quieres abandonar el país?»

—¡Ay, Dios, fue horroroso! —exclamó Issy al día siguiente—. Horroroso, horroroso, horroroso. ¡Qué vergüenza pasé!

—No sé por qué —le dijo Caroline.

Estaban preparando café de ponche de huevo en la pastelería. Issy pensaba que estaría asqueroso, porque el nombre parecía asqueroso, pero sin darse cuenta se había enganchado a la bebida, y esa mañana prácticamente se la estaba inyectando en vena. La noche había sido complicada. No estaba en posición de regañar a Darny, pero tampoco podía dejarlo pensar que era el héroe del momento, tal como lo habían proclamado sus compañeros de clase, que, aunque seguro que no habían escuchado ni una palabra del discurso, admiraban su valentía y su descaro.

Sin embargo, cada vez que sacó el tema durante la vuelta a casa (y le ayudó muy poco que Caroline suspirara y dijera que eso era lo único que se podía esperar de un colegio de tercera en el que había pasado una hora sentada contemplando una función cuidadosamente preparada, por lo que Issy ardía en deseos de darle una patada en el culo), Darny se limitó a encogerse de hombros y a preguntarle si le permitía explicarse. Issy insistía en que ese no era el problema, a lo que Darny le replicaba que eso no servía de argumento, que ella seguro que le daba la razón y que todo era cíclico.

Issy trató de pasar de la perspectiva nihilista de Caroline, pero le sorprendió que Pearl se pusiera de parte de Darny.

—No me estoy poniendo de su parte —le aseguró su amiga con paciencia—. Solo digo que fue muy valiente.

Issy chasqueó la lengua.

—No seas idiota. Mi madre siempre trataba de obligarme a hacer este tipo de cosas. A que hablara a favor del desarme nuclear, a que me negara a ponerme falda y eso. Quería que me convirtiera en una especie de portavoz en el colegio.

—Entonces, ¿por qué está tan mal lo que ha hecho Darny?

—¡Es que yo nunca lo hice! —contestó Issy, espantada—. ¡Era ocasionar un montón de problemas a mucha gente para nada!

Pearl y Caroline intercambiaron una sonrisa rara.

—A ver, ¿cómo erais vosotras en el colegio? —preguntó Issy, mosqueada.

—Mi colegio era estupendo y me encantaba —respondió Caroline con expresión inescrutable—. Hice amigas para toda la vida. Me encantaba el

internado.

En ese momento, fueron Pearl e Issy quienes se miraron.

—¿Qué aprendiste allí, Caroline?

La aludida comenzó a contar con los dedos mientras hablaba.

—A comer pañuelos de papel si tenías mucha hambre. A fingir que pedías patatas fritas en un restaurante, pero que cambiabas de opinión en el último momento. A no decirle a una chica que te gustaba su novio porque luego te llamaba «guarra» delante de todo el colegio. A soportar una larga e intensa guerra psicológica. Y latín.

—Los días más felices de tu vida, ¿no? —replicó Issy.

Caroline se echó a temblar.

—Por favor, por favor, que no sea verdad.

—¿Y tú, Pearl? —preguntó Issy con deje burlón.

—Nunca le vi sentido al colegio —respondió Pearl—. Además, mi madre no me obligaba a ir, la verdad. Me gustaba sentarme en la última fila, burlarme de los profesores, salir con mis amigas y pasármelo bien. Nos daba igual. La verdad, con vosotras no habríamos tenido ni para empezar.

Issy no podía estar más de acuerdo.

—Tu colegio parece más divertido —dijo.

Pearl negó con la cabeza.

—Ahora me resulta increíble haber desaprovechado lo que me ofrecían —dijo con un deje un tanto amargo en la voz—. Me ofrecieron una educación decente y yo me dediqué a mascar chicle y a fumar en los autobuses. Envidio muchísimo a Darny. Quiere aprender, quiere comunicarse con los demás, transmitir su mensaje, provocar una reacción. A mí ni se me habría ocurrido hacer algo así. —Meneó la cabeza—. Voy a decirte una cosa, Issy, espero que Louis se parezca a Darny.

Issy suspiró. Todavía no les había hablado del trabajo de Austin. Miró a Louis, que estaba coloreando su calendario de Adviento.

—Ojalá algún día tengas otra vez chocolate dentro —le estaba susurrando.

Supuestamente, estaba mal desear cambiar la vida con la de los demás, pero por primera vez Issy estaba dispuesta a hacer una excepción.



9

Aunque había intentado quitarle hierro al asunto, la verdad era que Issy había estado al borde de las lágrimas cuando volvieron a casa la noche anterior. Sabía que era una tontería, que el arrebato de Darny no tenía nada que ver con ella y que a él le importaba bien poco, por cierto, pero le dolía que ni siquiera le importara que estuviera molesta con él. Todo lo que se había dicho acerca de no inmiscuirse en la vida de Darny, de no preocuparse demasiado por él... pues se preocupaba, sí. Por supuesto que se preocupaba. De modo que le dolía darse cuenta de que él no sentía lo mismo por ella. ¿Y por qué iba a hacerlo? Solo era la novia del imbécil de su hermano mayor.

Además, en el fondo sabía que si ella hubiera hecho semejante trastada, y sin importar lo que hubieran dicho las monjas de Saint Clement, su madre habría estado encantada. Se habría emocionado, se habría enorgullecido de ella. Su madre no solía enorgullecerse de ella. De repente, se le ocurrió que debería juntar a Marian con Darny.

—¿Lo decías en serio? —preguntó Austin, nerviosísimo, cuando ella cogió el teléfono, exhausta.

—¿El qué? —replicó, desanimada. Creía que le había mandado el mensaje de «¿Quieres irte del país?» en broma, de modo que le había

contestado con un «SÍ, POR FAVOR»—. Mira, Darny ha hecho una cosa...

—¿Ha mordido a alguien?

—No.

—¡Ay, Dios! —exclamó Austin al recordar lo que había dicho la señora Baedeker. No podía hablar en serio, ¿o sí? No podía expulsar a Darny de verdad. No. Se convenció de que no podía hacerlo. Darny no le había pegado a nadie ni había robado nada. Solo estaba ejerciendo su libertad de expresión. Habría una discusión, pero en ese caso vendría bien quitarlo de circulación unos cuantos días. Sí. Era una postura razonable. Y le obligaría a disculparse y todo se solucionaría—. Mira, tengo buenas noticias: ¡el banco os ha invitado a pasar unos días conmigo!

—¿Qué quieres decir con eso de que «nos ha invitado»?

—¡Os ha invitado a Nueva York!

—¿Por qué quiere el banco que vaya yo a Nueva York?

—Para ver si te gusta, claro. Y a Darny.

—Bueno, después de la trastada de Darny, seguramente lo expulsarán —replicó Issy.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Se ha alejado del guión de la obra teatral. Un poco... un mucho.

—Ah, sí —comentó Austin—. Sí, sabía lo que pensaba sobre el tema.

—¿Y no le dijiste que no lo hiciera?

—Creo que lo que pensaba tenía sentido.

—Pero esa no es la manera de dejar clara su postura.

—Ahora mismo te imagino como la santurrón del colegio —comentó Austin.

—¡Eso es porque me portaba bien!

—Bueno, mientras Darny no haya mordido a alguien, creo que podrá venir sin problemas. ¿No te parece genial? ¿No has soñado siempre con ver Nueva York?

Era un golpe bajo. Claro que lo había hecho. Hizo una pausa.

—Pero... A ver, ¿qué vas a hacer? ¿Te vas a quedar ahí para siempre?

—¡Claro que no! —le aseguró Austin—. Puedo irme cuando quiera —añadió, aunque tergiversó un poco la verdad—. Bueno, sí que es un periodo de prueba, pero puedo aceptarlo o rechazarlo.

—Si van a pagarnos el viaje, me da la impresión de que no quieren que te vayas —replicó Issy.

—En fin, ellos verán.

Al contrario que le sucedía a ella, Austin no tenía el mismo deseo de complacer a los demás, pensó Issy. Admiraba esa cualidad. En circunstancias normales.

—Pero ¿no les deberás algo?

—No —contestó Austin—. ¡Me quieren, nena!

Issy sonrió.

—Da igual. No puedo, es una locura, es temporada alta para nosotras.

—Por eso has contratado a dos trabajadoras excelentes —le recordó Austin—. Para cubrirte. Limita la oferta de la pastelería a los dulces que puede hacer Pearl o déjales la masa preparada o lo que sea... Sería como dejar a un perro en una perrera, ¿no? Oye, podrías contratar a una repostera temporal y...

—¿Contratar a una repostera temporal cuando faltan tres semanas para Navidad? —preguntó Issy—. Claro.

Se hizo el silencio.

—En fin, creí que te gustaría —dijo Austin a la postre—. Solo serán unos días.

—Lo sé, lo sé. Pero es imposible —repuso Issy—. Vuelve a casa.

—Lo haré. Pronto —dijo Austin, abatido—. ¿Puedo hablar con Darny?

—¿Vas a cantarle las cuarenta?

—Bueno... lo intentaré.

Issy se dejó caer en la cama, con el alma en los pies. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué mentía? Claro que quería ir a Nueva York. Claro que quería subirse a un avión, dejarlo todo atrás, volar hasta Austin, meterse en su cama del hotel y... claro que quería hacerlo.

Sin embargo, Austin no era lo único que quería, y debía ser sincera consigo misma. También quería el Cupcake Café. Lo quería muchísimo. Lo había construido de la nada, lo había criado, lo había visto crecer. La sustentaba, a ella y también a sus amigas, era lo único bueno que había hecho en toda la vida. Y sabía que Austin estaba fingiendo que eso no quería decir nada, que solo eran unas vacaciones, unos días de relax, que podía rechazar el puesto cuando quisiera, pero a ella no se lo parecía. Tenía la sensación de que tarde o temprano se vería obligada a elegir entre los dos amores de su vida. La idea le resultaba insoportable.

Los gritos de Darny le llegaban desde la otra habitación. Así que Austin

había intentado cantarle las cuarenta. Tampoco sabía lo que pensaba hacer con Darny. Obligarlo a mudarse en ese momento le parecía una malísima idea. Pero ella solo era la novia. ¿Qué sabía ella?

—Bueno, ¿vas a ir? —le preguntaron Caroline y Pearl al unísono cuando habló con ellas.

—No puedo —contestó Issy—. Estamos muy liadas. Mirad la pastelería, estamos sobrepasadas. Y necesito el dinero que ganamos en esta época del año.

—Un viaje gratis a Nueva York —dijo Pearl, que meneó la cabeza—. Un viaje gratis a Nueva York. En Navidad. ¿Sabes cuánta gente sueña con algo así?

—¡Ay, yo solía ir con una maleta vacía! —comentó Caroline.

—¿Para qué? —quiso saber Issy.

—Para traérmela llena, ¡claro! Comprábamos durante todo el fin de semana y luego le quitaba las etiquetas a la ropa para evitar pagar impuestos en el control de aduanas. Una época dorada.

—¿Por comprar y evitar el pago de impuestos? —preguntó Issy—. Sí, parece genial.

—Tú eres la que está rechazando un viaje gratis a Nueva York —replicó Caroline—, así que no pienso hablar más contigo.

Sin embargo, fue incapaz de mantener su palabra.

—¿Dónde se aloja? —quiso saber Caroline—. Porque el 72 de la E45 está bien ahora, pero el Royale está de capa caída, y no tienes ni idea de lo que le han hecho al Plaza... Ah, todos esos bloques espantosos.

—¿Qué bloques? —preguntó Issy.

Caroline resopló.

—Ya sabes. Un bloque.

—No, no lo sé —replicó Issy—. Es algo muy yanqui, como otras muchas cosas que dicen y hacen que nunca termino de comprender.

—En fin, no tengo tiempo para explicártelo ahora —dijo Caroline, que se apartó para seguir limpiando—. De hecho, ¿por qué no vas a Estados Unidos y lo averiguas?

—Y el culantro —le gritó Pearl mientras ella se alejaba—. ¿Qué es el culantro, Caroline?

Pearl e Issy se miraron con una sonrisa, aunque eso no resolvía el

problema de Issy. Sonó la campanilla de la puerta y entró Doti, pero en esa ocasión sin Maya.

—¿Dónde te has dejado a tu elegante ayudante? —preguntó Pearl, con demasiada rapidez, en opinión de Issy, para alguien que quería darse una oportunidad con otra persona y a quien no le interesaba el cartero en absoluto. Incluso Doti pareció sorprendido.

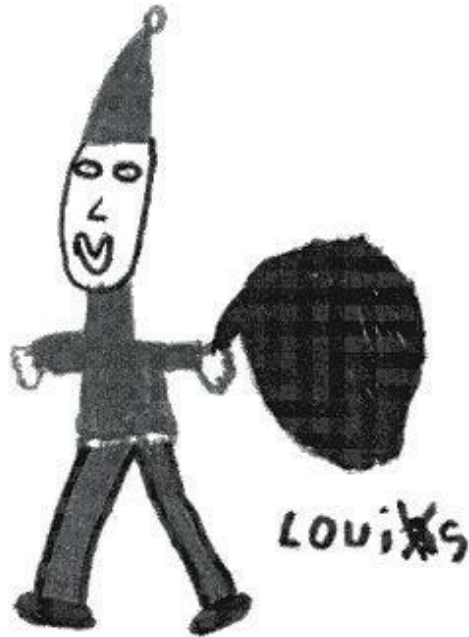
—Ah, le va tan bien que he dejado que haga sola una parte del reparto —contestó él al tiempo que sacaba un montón de tarjetas sujetas por una goma roja y una caja bastante grande.

—¡Bien! —exclamó Issy.

Se quedó de piedra cuando la gente empezó a enviar felicitaciones navideñas a la pastelería, ya que a ella jamás se le habría pasado por la cabeza. Pero recibieron una de Tom y de Carly; y también de Tobes y de Trinida; de los estudiantes Lauren y Joaquim, que se pasaron meses haciéndose ojitos por encima de los capuchinos más diminutos y baratos hasta que por fin reunieron el valor de hablarse y descubrieron que estaban coladitos el uno por el otro, que era fantástico para ellos, pero no tanto para el negocio; de la señora Hanowitz, aunque ella no celebraba la Navidad, ya que creía que a Louis le gustaría la imagen de un oso polar con un sombrero (y le gustó); incluso recibieron uno de Des, el agente inmobiliario a través del cual alquilaron el local. Y como Issy había ido colocando las felicitaciones por la pastelería (mientras Pearl protestaba por el polvo), cada vez más gente se había sumado a la iniciativa y ya tenían un montón. De modo que Issy le dio vueltas al asunto y decidió incluir una partida dentro de los gastos de publicidad (lo expresó de esa manera para calmar a Pearl y a Austin) para imprimir unas cuantas tarjetas de felicitación. Le pidió ayuda a Zac, un amigo que tenía una imprenta, y a Louis, por su talento artístico, y ya las tenían y estaban fantásticas.

Caroline resopló y dijo que deberían tender hacia lo minimalista, pero Issy le señaló que cuando se vendían pasteles con una cobertura rosa de casi diez centímetros, nadie iba a confundirlas con una tienda de muebles escandinava. Además, le preguntó si no le parecía que el dibujo de Louis era precioso. A lo que Caroline respondió que no había que alabar demasiado a los niños, que era malo para ellos porque los halagos los convertían en fracasados..., algo que Louis escuchó, así que el niño le preguntó a Issy el significado de «fracasado», momento en el que Issy estuvo más cerca que nunca de pegarle a alguien.

Feliz Navidad de parte del Cupcake Café



—Vaya, son preciosas —dijo Doti.

Issy asintió con la cabeza, pero luego suspiró.

—Será mejor que las elimine de mi lista de cosas pendientes.

Pearl puso los ojos en blanco.

—No va a Estados Unidos para ver a su novio aunque le pagan el viaje y todo —dijo—. Buaa, buaa, qué pena más grande.

—¿Por qué no? —preguntó Doti con amabilidad.

—Porque hay muchas cosas que hacer aquí y no quiero dejar la pastelería —contestó Issy mientras preparaba con maña tres chocolates calientes y se los ofrecía a unos turistas al tiempo que le echaba nata montada a un café con leche y avellanas para un cuarto cliente.

Pearl colocó en un plato cuatro cupcakes de fresas e higos, decorados con acebo, tras lo cual sirvió dos zumos de naranja, limpió el mostrador, aceptó el dinero, dio el cambio y reorganizó la parte delantera de la vitrina expositora.

—¿Por qué no puedes dejar la pastelería? —quiso saber Doti.

—Porque estamos muy ocupadas —contestó Issy—. Algo bueno, pero quiere decir que no puedo irme.

Doti parecía desconcertado. En ese momento, Maya abrió la puerta tras él.

—Ah, me encanta este sitio —dijo la recién llegada esbozando una maravillosa sonrisa.

Pearl la miró con cara de pocos amigos.

—Hola, Maya —la saludó—. Me gusta tu traje.

Maya se miró el chaquetón estándar de cartero que llevaba y que parecía ser cuatro tallas más grande de la cuenta.

—¿En serio? —preguntó ella, nerviosa—. Estás de broma, ¿verdad?

—Sí, está bromeando —dijo Doti con seriedad—. Pearl es muy bromista, ¿verdad que sí, Pearl?

—¿Quieres un café? —preguntó la aludida.

—¡He terminado mi turno! —exclamó Maya—. Formamos un buen equipo.

Doti miró a Issy.

—¿Cómo has dicho, Maya? ¿Ya has terminado por hoy? ¿No sería genial tener otro trabajo en Navidad?

Maya miró a Doti y luego a Issy.

—No vas a contratar a nadie, ¿verdad? —preguntó con una expresión esperanzada en los ojos.

Issy miró a Doti con el gesto torcido.

—No, no.

—Es un trabajo duro —comentó Pearl—. Necesitarías formación.

—¡Ja! —exclamó Caroline desde la cocina.

—No lo entiendo —dijo Doti muy despacio—. Si Maya pudiera trabajar unos cuantos días y tú pudieras ir a ver a tu chico, sería genial, ¿no?

—La cosa no es tan sencilla —repuso Issy. No le apetecía decir que se preocuparía al no estar al frente.

—¿No puedes dejar a Pearl a cargo de todo?

—Bueno... —comenzó Issy.

—¿No me crees capaz de hacerlo? —le preguntó Pearl.

—Claro que serías capaz —dijo Issy—. Claro que sí. Quiero decir que... bueno, podríamos reducir el menú y... dejaría mi libro de recetas.

—Me las apañaré bien —le aseguró Pearl—. Además, cuando yo hago la caja, siempre cuadra.

—No me lo restriegues —le advirtió Issy.

—Yo... —Maya estaba emocionada, pero después perdió la sonrisa. Parecía muy joven, jovencísima—. Lo siento —dijo—. Es que... es que llevo seis meses buscando trabajo. Y la idea de conseguir dos... Bueno..., sería increíble.

—Solo sería por unos días —le recordó Issy.

—Me vendría de perlas —repuso Maya.

—Aprende muy rápido —comentó Doti.

—Issy, ¿has roto el cuenco nuevo? —gritó Caroline desde el sótano.

A Issy le vibró el móvil porque le llegó un mensaje de texto. Era de Austin y solo decía: «17.35. Terminal 5 de Heathrow. ¡¡¡¡¡SÍ!!!!!»

Issy sabía que eso debería ponerla contentísima, que debería emocionarla. Sin embargo, y por tonto que pareciera, la irritaba un pelín. Le parecía presuntuoso y manipulador, como si la estuvieran obligando a tomar una decisión que no era suya.

Se dio cuenta de que en su smartphone (un regalo de cumpleaños de Austin que Darny insistía en enseñarle a usar y que ella insistía en olvidar cómo hacerlo) también tenía un mensaje de correo electrónico. Casi todos sus mensajes llegaban a la cuenta de café@cupcakecafe.com, de modo que era algo inusual. Intentó mantener la compostura y pinchó en el mensaje para leerlo mientras Pearl comenzaba a interrogar a Maya sobre si sabía cómo usar la caja registradora y hacer más de una cosa a la vez, tras lo cual Maya reveló que había crecido trabajando en el restaurante chino de su barrio los fines de semana, lo que sin duda la hacía apta para el puesto, al menos si la locura que ella había visto en la mayoría de los restaurantes chinos con comida para llevar era lo normal.

Comenzaba así:

Querida Isabel:

Solo dos personas la habían llamado Isabel en la vida. Su adorado abuelo Joe y...

¡Bueno, aquí me tienes! Solo quería decirte que no voy a celebrar la Navidad este año porque he encontrado a mi alma gemela. Ahora vivo con una comunidad de judíos ortodoxos, de modo que el día será como cualquier otro. Sin embargo, se acerca Hanukkah, como seguro

que sabes...

Issy puso los ojos en blanco. La verdad era que sí que sabía de la cercanía del Hanukkah, ya que Louis le había enseñado el menorah que había hecho en el colegio y todos por fin habían entendido, tras una semana de intentos infructuosos, lo que había querido decir con «minorar». Caroline se pasó dicha semana dándole la tabarra a Pearl con los logopedas, e Issy se vio obligada a interponerse entre ellas a todas horas.

... de modo que encenderé una vela por ti en mi ventana, aquí, en Queens...

—¿Caroline? —dijo Issy con la voz algo entrecortada—. ¿Dónde está Queens?

—Bah, nadie va a Queens, querida —le contestó su voz desde el sótano—. ¿La nueva sabe cómo hacer la glasa para las galletas?

—Sí —contestó Maya. Pearl la taladró con la mirada—. Aprendo rápido —se corrigió Maya a toda prisa.

Issy levantó una mano para que se callara todo el mundo.

—Caroline —dijo, pronunciando el nombre con sumo cuidado—, ¿Queens está en Nueva York?

Caroline subió los estrechos escalones con una expresión arrogante en la cara. Le encantaba ser la que tenía las respuestas.

—La verdad es que forma parte de Nueva York —contestó—. Hay cinco barrios: Manhattan, Brooklyn...

—Vale, lo que tú digas —la cortó Issy—. Eso quiere decir que está cerca.

—Forma parte de la ciudad. Tienes que atravesar Queens para ir al aeropuerto.

Todos dejaron lo que tenían entre manos para mirar a Issy, que levantó los brazos.

—¡Vale! —exclamó—. ¡Vale, me rindo! El universo conspira en mi contra. Maya, baja ahí y aprende a hacer la glasa para las galletas. Yo... ¡supongo que me voy a Nueva York!

—¡Viva! —vitorearon algunos de los clientes.

Doti sonrió.

—Todo va a salir a pedir de boca.

—¡Gracias! ¡Gracias! —dijo Maya.

Pearl se mantuvo en silencio mientras entregaba una caja con una docena de cupcakes *red velvet* con cobertura de menta para una fiesta en una oficina.

—No los aplastéis en la fotocopidora cuando os saquéis fotos del trasero —les advirtió a las muchachas, que llevaban diademas con cuernos de reno y no paraban de reírse mientras esperaban.

—No te preocupes —dijo una—. Vamos a dárselos en mano a los tíos más guapos de la oficina.

—Bueno, es imposible que eso falle —comentó Pearl mientras las clientas se iban entre carcajadas.

La cabeza de Issy era un torbellino de ideas; estaba a caballo entre la emoción y el pánico, e intentaba cuadrar todos los pormenores. Hacer el equipaje... comunicárselo a los profesores de Darny... organizarse...

—Recogeré a Darny cuando me vaya, está en casa de un amigo —susurró—. Estará encantando. No —se corrigió—. Estará todo lo contrario a como yo espero que esté. Pearl, te quedas al mando.

—¡Es un milagro navideño! —exclamó Caroline—. Maravilloso.

—Bueno... —murmuró Issy, nerviosa y emocionada a un tiempo.

—¡Un momento! —dijo Caroline antes de bajar de nuevo al sótano—. Tengo algo para ti.

Pearl levantó la vista. No era típico de Caroline tener actos espontáneos de generosidad.

Reapareció dos segundos después.

—Hará mucho frío en Nueva York —dijo—. Pero frío del bueno, no un poquito de viento y de humedad como aquí.

Con los brazos bien extendidos, sostuvo en alto su abrigo de piel de zorro blanco. Era muy corto, una especie de chupa de motero, con enormes tiras de piel que le cruzaban la parte delantera y unos apliques metálicos en la parte superior; tanto las solapas del cuello como los puños eran de cuero. Sin ningún género de dudas, se trataba del abrigo más espantoso que Issy había visto en toda la vida.

—Huy, qué amable eres —replicó Issy con todo el dolor de su corazón—. Pero no puedo aceptarlo. ¿Cómo vas a volver a casa?

Caroline se encogió de hombros.

—¿Es que no puedo tener un detalle?

—Sí, claro, pero ya sabes que a mí las pieles...

—Es sintético —le aseguró Caroline—. Lo sé, no lo parece, parece que es de verdad. Y fue casi tan caro como si lo fuera. Pero como le dije al Cabrón, ¿no puedes compartir un poco de bondad con el mundo? Bueno, es evidente que él no puede, porque es un cabronazo. Así que yo voy a equilibrar nuestros chakras. Mi psicólogo dice que es bueno para el karma.

—¿Tu psicólogo cree en el karma? —preguntó Pearl con asombro, pero Issy se quedó de piedra por el generoso gesto.

—Mándame un montón de fotos con él puesto —continuó Caroline—. Me encanta Nueva York, pero ya no podré volver. Así que puedes llevarte el abrigo. Será casi tan bueno como estar allí en persona. —Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Esto... gracias —dijo Issy—. Gracias, eres muy amable.

—¡Pruébatelo!

—¡Sí! —convino Pearl—. ¡Pruébatelo!

El ridículo corte del abrigo parecía estar ideado para los estrechos hombros de Caroline y su delgada constitución. Sin embargo, Issy era más ancha de hombros y tenía más pecho, de forma que le quedaba fatal. Como no podía doblar los brazos, parecían las alas de Buzz Lightyear.

—Creo que me queda pequeño —dijo Issy.

—Tonterías —replicó Caroline, que empezó a darle tironcitos al cuero hasta que consiguió cerrarle el abrigo por el centro... más o menos. La piel le hacía cosquillas a Issy en la nariz y podía sentir las tachuelas de los hombros—. Es perfecto.

Issy se arriesgó a lanzarle una miradita a Pearl, que tenía cara de póquer y se negaba a mirarla a los ojos, lo que le dijo todo lo que necesitaba saber. Y descubrió mucho más cuando dos segundos después se volvió y saludó a Louis, que había vuelto pronto del colegio.

—¡Issy! —exclamó el niño con expresión preocupada—. ¿Está malito tu abrigo, Issy?

—Gracias, Louis —dijo Issy. Se miró el reloj—. Por Dios, tengo que irme ya.

Se devanó los sesos en busca de las palabras que le permitirían quitarse el abrigo sin insultar a nadie. No las encontró. Pearl, que seguía con expresión pétrea, le colgó el bolso del brazo extendido. Doti y Maya aplaudieron y la despidieron con la mano, de modo que ella salió por la puerta, con el corazón en la garganta y los brazos abiertos.

En cuanto estuvo en el exterior, se volvió. Todos menos Caroline estaban, como se había imaginado, partidos de risa por su nuevo atuendo. Aunque no fue eso en lo que se fijó.

La pequeña pastelería estaba llena de personas felices que compartían cafés con leche y empanadillas navideñas mientras se mostraban las bolsas llenas de regalos, algunas de las cuales tenían rollos de papel rojo y verde asomando por el borde. Los niños correteaban y señalaban el calendario de Adviento, que Louis protegía con ferocidad, seleccionando a un niño por ventana y día sin favoritismos. La cola casi llegaba a la puerta y el vapor de la tetera ascendía hacia el techo. Issy sintió, apenas a unos metros de distancia, una tremenda nostalgia por ese lugar. Pero se iba de viaje, se marchaba a otro lugar, a un sitio muy lejano, y no sabía si las cosas volverían a ser iguales cuando volviera.



10

Galletas de altos vuelos

Si vives en un lugar situado a gran altura, el proceso de horneado es distinto porque las masas no suben de la misma forma, ni tampoco saben igual. De hecho, la comida tiene muy poco sabor cuando se va en avión, de ahí que te guste beber zumo de tomate cuando en tierra no lo soportas. Aquí te paso la receta de unas galletas de altos vuelos que podrás hornear con tiempo si tienes que viajar en avión. Salen un montón, así que podrás llevártelas a bordo y repartirlas entre los pasajeros para hacer muchos amigos.

Ingredientes

125 g de mantequilla salada
125 g de azúcar blanquilla
125 g de azúcar moreno
1 huevo XL
1 cucharadita de extracto de vainilla
350 g de harina tamizada
75 g de cacao en polvo
1 cucharadita de sal

1 cucharadita de polvos de hornear (levadura química en polvo)
350 g de gotas de chocolate (del color que quieras)
Una pizca de canela

Bate la mantequilla y el azúcar hasta que blanquee, y después añade el huevo y el extracto de vainilla.

En un cuenco diferente, mezcla los ingredientes secos. Añádelos a los húmedos y, por último, vierte las gotas de chocolate (sí, puedes comerte algunas, no tienes por qué fingir que se te han caído a la mesa). Enfría la masa en el frigorífico durante al menos una hora y después precalienta el horno a 180 °C.

Con la ayuda de un vaso, corta galletas que tengan medio centímetro de grosor y colócalas en una bandeja de horno cubierta con papel de hornear. Hornéalas durante 10 minutos o hasta que estén doradas (o 9 minutos si te gustan las galletas más blanditas).

Intenta no comértelas hasta que estés a bordo. Aviso: ¡Son demasiado sabrosas para comérselas a ras de suelo!

Issy se movía de un lado a otro de la casa, presa del pánico. Helena había accedido con sorprendente rapidez a llevarla al aeropuerto, alegando entre dientes algo sobre que necesitaba salir de casa, pero se le agotaba el tiempo. No sabía qué llevarse. ¿Un vestido de tarde? ¿Un vestido de noche? ¿Cinco gorros? Además, Darny se negaba a llevarse otra cosa que no fueran sus habituales sudaderas con capucha y quince juegos de la Nintendo DS. Resoplaba cada vez que ella le enseñaba un gorro como si fueran para un niño de cinco años, y no acababa de comprender que en Nueva York el clima era distinto, algo que, como solo había estado en España, donde estuvo lloviendo todos los días durante su estancia, tal vez fuera comprensible, pero estaba cabreando mucho a Issy.

—Pero ¿por qué nos vamos? —protestó—. ¿Es que Austin no quiere volver? ¿Por qué no puede venir él a vernos?

Issy había intentado encontrar una explicación razonable. Pero no lo había conseguido.

—¡Hola!

Kelly-Lee estaba encantada de volver a ver al inglés de aspecto desastrado. En esa ocasión y como no estaba medio dormido, se percató de lo guapo que era con esa pinta de despistado que sugería que estaba pensando en otras cosas. De hecho, Austin se estaba preguntando qué podría decirle a Merv si Issy y Darny no aparecían. Sabía que hasta cierto punto era culpa suya por haberlo organizado todo con tantas prisas, pero había una parte de sí mismo, la más infantil, que le decía que era injusto no contar con alguien que le dijera: «¡Austin, esto es genial!» Hasta su asistente personal, Janet, que por regla general lo animaba muchísimo, estaba un poco contrariada y no paraba de lanzarle indirectas sobre lo estupendo que debía de ser que te enviaran a trabajar a Estados Unidos y de lo difícil que podía ser la situación para los asistentes personales de toda la vida que se quedaban sin trabajo de buenas a primeras. Austin se había reído y había tratado de explicarle que no pensaba trasladarse a Nueva York de forma permanente. Janet se sorbió la nariz, un poco indignada, y él recordó la cantidad de información que Janet conocía y él no, y se sintió un tanto culpable.

De modo que nadie se alegraba por él, no de verdad. Le gustaría pensar que su madre sí que se habría alegrado. Pero ¿lo habría hecho? Ella detestaba a los banqueros. Sus padres fueron socialistas de la vieja escuela. Su madre adoraba la idea de que quisiera estudiar Biología Marina, le encantaba que pudiera viajar por el mundo y bucear. Ojalá no hubiera salido aquel día para acabar sufriendo un accidente por culpa de un conductor de diecinueve años. Porque en ese caso, Austin sería biólogo marino y estaría haciendo lo que a ella tanto le gustaba. Al menos en ese momento estaba viajando por el mundo.

Conservaba unas cuantas fotos de sus padres, pero no muchas. Revelar las fotos en aquel entonces era caro, y casi todas eran de Darny y de él, algo que en opinión de Austin era absurdo e innecesario. En algunas estaban con su padre, un hombre alto y pelirrojo con el pelo alborotado como él, pero de su madre había poquísimas. Suponía que era ella quien hacía las fotos. Intentó recordar su imagen, pero le costaba trabajo creer lo joven que era. A medida que se hacía mayor, le era más difícil recordarla. A veces, se la imaginaba en la cocina, preparando algo rico, pero esa imagen era falsa. Su madre odiaba cocinar y solo preparaba insípidos estofados de verdura o de lentejas cuando no le quedaba más remedio. El hecho de que a Issy le encantara la cocina era algo que Austin no acababa

de comprender. Su madre rezongaba mucho sobre Germaine Greer y la esclavitud. La verdad era que Darny se parecía mucho a ella. La echaba de menos una barbaridad.

—Tienes pinta de haber perdido un dólar y haber encontrado un céntimo —comentó Kelly-Lee.

Austin esbozó una sonrisa tristonca.

—Hola —la saludó—. Lo siento, estaba pensando en otras cosas.

—¡Vaya, un pensador!

—Bueno, tampoco es para tanto —replicó él, mientras Kelly-Lee le preparaba una taza de café con regusto a quemado, tan grande que en ella podría flotar un barco.

—A ver —le dijo la chica con un deje cómplice—, ¿le gustaron los cupcakes a tu novia?

Austin frunció el ceño.

—Mmm —murmuró—. No mucho.

La cosa mejoraba, pensó Kelly-Lee.

—¡Vaya, lo siento mucho! ¿Está a dieta?

—¿Issy? ¿A dieta...? —Austin sonrió al pensarlo—. Pues no.

Kelly-Lee llevaba a dieta desde que tenía trece años, aunque siempre lo negaba y afirmaba que tenía mucha suerte porque podía comer lo que le apetecía.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Bueno, es que es repostera y...

—Nuestros productos son de calidad superior. —Cogió una galleta de coco envuelta en papel de celofán—. Mira, pruébala.

—En realidad —replicó él—, no me van mucho los dulces.

Los dulces no le gustaban. Era perfecto, pensó Kelly-Lee. Tal vez incluso ya habían cortado. Él se había mudado a Nueva York, su novia no lo había acompañado, no le había gustado el regalo y a él no le gustaban sus dulces... Ningún jurado la declararía culpable.

Se echó un rápido vistazo en el cristal lateral del expositor. Estaba muy guapa. Se había pintado los labios de un delicado tono rosa, tenía los dientes muy derechos y muy blancos. Parpadeó varias veces mirando hacia el suelo, un truco viejo pero que siempre funcionaba. Después miró a Austin sin levantar del todo la cabeza.

—Bueno, si no quieres un dulce... —dijo con inseguridad, fingiendo que estaba nerviosa—, ¿te apetece tomarte luego una copa?

—Mmm... —Austin frunció el ceño, confundido—. No sé...

—Una copa entre amigos cuando acabe el turno, nada más. Lo siento. Es que... yo también acabo de llegar a la ciudad. Perdona, pero es que a veces me siento un poco sola.

—¿Tú? —le preguntó Austin, sorprendido—. ¡Pero si eres muy guapa! ¿Cómo vas a sentirte sola?

—¿De verdad lo crees?

Austin comenzaba a pensar que la conversación se estaba descontrolando.

—En cualquier caso, tengo que ir esta noche al aeropuerto. Viene mi novia..., bueno, más bien creo que viene.

—Ah, genial —comentó Kelly-Lee—. ¡Tenéis que pasaros por aquí, para que vea la tienda!

—Lo haré —le aseguró Austin, aliviado.

—Pero ¿no sabes con seguridad si viene?

Austin torció un poco el gesto.

—Bueno, tiene una agenda un poco complicada. Por el negocio y eso...

—Comprobó el teléfono de forma instintiva y volvió a guardarlo al ver que no tenía mensaje alguno.

Una mujer demasiado atareada para ocuparse de su chico, pensó Kelly-Lee sin el menor reparo.

—Bueno —dijo—, si decide no venir, pásate por aquí y te llevaré a un garito que conozco en Manhattan donde sirven Jack Daniel's y tocan jazz en directo. Te gustará.

—Seguro que sí —comentó Austin, que después procedió a tomarse todo lo que pudo del café... más o menos la mitad de la mitad del gigantesco vaso, tras lo cual se alejó hacia la puerta.

—Espera —le dijo Kelly-Lee, que cogió una hoja y un papel para apuntar su número de teléfono—. Por si acaso —añadió al tiempo que se lo metía en el bolsillo.

En la consola de la entrada había una carta que parecía oficial. Issy se detuvo a cogerla, aunque Helena no paraba de tocar el claxon en la calle, y se percató de que iba arrastrando unas medias que intentaban escaparse del interior de la gigantesca maleta que llevaba. Darny llevaba pantalones cortos, unos calcetines disparejos y una sudadera con capucha. Nada más.

Issy le arrojó uno de los abrigos de Austin, y el movimiento hizo que por un instante captara el olor de su colonia y el de la tinta, y abrió la puerta de la calle, que se estrelló contra la pared. Helena no paraba de hacer aspavientos y Chadani Imelda lloraba a grito pelado en el asiento trasero. Tras ellas había una furgoneta que también tocaba el claxon sin descanso, ya que no podía pasar debido a los coches aparcados a ambos lados de la calle.

—¡Darny! —gritó Issy, frustrada.

El aludido salió de casa a paso de caracol, fingiendo leer el ejemplar de *El espejismo de Dios* que llevaba en una mano.

Helena dejó de tocar el claxon al ver la ropa que Issy llevaba puesta.

—¿Qué...? —logró preguntar, aunque acabó abriendo la boca y guardando silencio.

—Cierra el pico. Le estoy haciendo un favor a una amiga —le dijo ella—. A una conocida. A una tía que no me cae bien. Da igual.

Intentó meter la maleta en el maletero, pero el cochecito gigante de Chadani ocupaba todo el espacio, así que al final y cada vez más furiosa, la dejó en el asiento trasero y le dijo a Darny que se sentara encima.

—Vamos a perder el avión —farfulló.

—No —la contradujo Helena, al tiempo que le hacía un gesto muy feo con la mano al conductor de la furgoneta atrapado tras ella—. Y si lo perdéis, cogéis el siguiente. Y si no quieres, te vuelves a casa y te tomas una copa de vino conmigo mientras te enseño todas las nuevas fotos de Chadani y los dibujos que ha hecho con los dedos.

Issy suspiró.

—Hola, Chadani —saludó a la niña. Espantada, vio que la niña llevaba un abrigo de piel sintética de color blanco, pero a diferencia del que llevaba ella, el de Chadani era muy voluminoso y tenía pompones enormes por botones. Estaba muy colorada y parecía muy enfadada.

—¡Guaagggghh! —gritó, tras lo cual siguió berreando con todas sus fuerzas.

Issy comenzó a pensar que, después de todo, habría sido mucho mejor pagar una pasta y coger el Heathrow Express.

—Hola, nena —dijo Darny empleando un tono de voz normal.

Chadani dejó de llorar al instante y miró a Darny con sus enormes ojos color chocolate.

—Deja de llorar —siguió Darny al tiempo que se abrochaba el cinturón

de seguridad—. Es muy molesto y tengo que sentarme a tu lado.

Chadani extendió un dedito y Darny se lo cogió. Después, la niña se aferró a su mano con fuerza. Issy y Helena intercambiaron una mirada.

—¿Cómo lo has hecho? —quiso saber Issy.

Darny se encogió de hombros.

—Es que yo no voy por ahí juzgando a los demás sin conocerlos, como hacéis vosotras.

—Bueno, en primer lugar, yo no hago eso —replicó Issy—. Y, en segundo, Chadani es un bebé.

—Es una persona —puntualizó él.

Helena pisó el acelerador.

—No me puedo creer —susurró Issy dirigiéndose a su amiga una vez que Darny se puso los auriculares— que tu hija me enseñe siempre la parte más desagradable y deje lo bueno para los demás.

—Puedes quedarte con lo bueno si quieres —replicó Helena—. Chadani Imelda se ha hecho caca en su propia cabeza esta mañana.

—A lo mejor podrías llevarla al *Factor X* —sugirió Issy.

Helena resopló.

—Mi hija tiene muchísimo talento. —Y añadió con voz más suave—: Pero hacer caca de forma delicada y femenina no es uno de ellos. Aunque el otro día...

—¡Ya está bien! —la interrumpió Issy.

La habilidad de su amiga para hablar sin tapujos y con gran entusiasmo de cómo hacía caca su hija tal vez fuera algo guay y de lo más normal entre sus amigas con niños, pero a Issy le resultaba un tanto alarmante.

Helena tomó la curva y meneó la cabeza.

—No entiendo por qué no estás emocionada —dijo—. No me imagino que un día me levantara normalmente y que, de repente, me llevaran a Nueva York gratis. A ver, yo tengo que cuidar a Chadani todos los días... ¡PARA SIEMPRE!

—Pero te encanta hacerlo —replicó Issy.

—A ti te encantan los cupcakes, pero no te los comes todos los días. Mmm... es un mal ejemplo, sí —reconoció Helena.

Issy suspiró.

—En realidad —dijo—, esperaba que tú me entendieras. Todo el mundo cree que debería estar contentísima por irme a Nueva York, así que me siento como una desagradecida y una egoísta.

Helena sonrió, tras lo cual le hizo un gesto muy feo al conductor de un camión. Issy no creía que el hombre hubiera hecho algo malo. Más bien era ya una costumbre por parte de Helena.

—¿Qué es lo que te pasa, que el hotel no es pijo?

Issy le devolvió la sonrisa.

—No, no es eso. Es que... ya sabes, el Cupcake Café es mi bebé.

—Pues huele mejor que el mío —replicó Helena.

Issy la miró con curiosidad. Era muy raro que su amiga no hablara maravillas de la maternidad.

—¿Qué te pasa? —quiso saber.

Helena soltó un enorme suspiro.

—¿Sabes cuántas horas trabaja un médico residente?

—¿Muchas? —aventuró Issy.

—¡Todas! —exclamó Helena—. Así que me paso todo el día con Chadani encerrada en ese destartalado apartamento y...

Issy se mordió la lengua.

—Y después cuando él llega a casa, viene muerto y tiene que ponerse a estudiar, así que no podemos hacer ruido porque lo único que le apetece es dormir, y cree que mi vida es fácil, pero lo único que hago es cambiar pañales y sacar a la niña a pasear, que es un aburrimiento porque consiste en empujar un cochecito de bebé. Y nadie me habla porque, al parecer, si llevas un cochecito, eres invisible y el resto de las madres solo hablan de sus niños a todas horas y me muero del aburrimiento y echo de menos mi vida. —Guardó silencio de repente y tomó una honda bocanada de aire, como si estuviera sorprendida por haber dicho lo que había dicho—. Quiero a Ashok y adoro a Chadani Imelda —añadió con ferocidad—. No me malinterpretes. Los quiero más que a nada en el mundo.

Issy se sentía terriblemente culpable. Debería haber escuchado más a su amiga, verla más a menudo. No había pensado que la maternidad pudiera acarrear semejante soledad. ¿Cómo era posible sentirse solo cuando se tenía a un nuevo ser vivo al lado? Aunque tal vez así fueran las cosas.

—¿Por qué no me lo has comentado...? —le reprochó—. Hasta ahora parecías muy feliz.

—¡Y lo estoy! —exclamó Helena, angustiada—. Tengo todo lo que siempre he deseado. Pero es que mi ridículo cerebro está tardando más de la cuenta en asimilarlo. Y cada vez que intento verte, estás tan ocupada con tu negocio, que va viento en popa, y haciendo mil cosas a la vez, y yo tardo

tres horas en salir de mi casa y me paso el día limpiando plátano de las paredes, así que me pregunto de qué puedo hablar contigo cuando estás a punto de coger un avión a Nueva York como si fueras una modelo o algo.

—¡Puedes hablar conmigo de cualquier cosa! —exclamó Issy—. Menos de las cacas de Chadani, eso no me gusta.

Se produjo un silencio y después Helena se echó a reír.

—Te he echado de menos —dijo—. En serio. Pero es que ya no sabía cómo hablar contigo.

—Bueno, yo también te he echado muchísimo de menos —le aseguró Issy—. Tengo a mucha gente alrededor con la que trabajo, y también tengo a Austin, cuando no está en la otra punta del mundo, pero de verdad que necesito a mi amiga.

—Yo también —replicó Helena.

—¿Y no vas a volver a trabajar? —se atrevió a preguntar Issy—. Te encanta tu trabajo.

Helena suspiró.

—Bueno, Ashok y yo hemos pensado que era lo mejor durante los primeros años de Chadani Imelda y...

Issy le lanzó una mirada elocuente.

—¿Otra vez he vuelto a «lo que es mejor para el bebé»? —preguntó Helena.

Issy asintió con la cabeza.

—Lo siento. Es la costumbre de hablar con el grupo de madres. La hermandad y esas cosas. Es como el programa ese de televisión, *El aprendiz*. Lo mismo pero con extractores de leche. —Hizo una pausa para reflexionar—. A ver, sí, estoy ganando, pero a costa de un gran esfuerzo. Tengo que hacer un sinfín de papillas y esas cosas.

—¿Y?

—Joder, pues sí. Volveré al trabajo en cuanto pueda. Estoy más aburrida que una ostra, coño. Y necesito ginebra.

Issy asintió con la cabeza.

—Y yo. Tenemos que salir y tomarnos unas cuantas copas.

—Deberíamos hacerlo —replicó Helena—. Pero vas a macharte del país.

—Sí —dijo Issy—. Volveré con ginebra libre de impuestos.

—Me estás poniendo los dientes largos —comentó Helena—. Pero te entiendo. Te diría que disfrutes todo lo posible. Diciembre en Nueva York... ¡La leche! Olvídate de todo lo demás. Austin y tú lo solucionaréis.

Sois personas razonables. El amor encontrará el camino correcto.

—Mmm —murmuró Issy—. Tendré que recordar la diferencia entre comprometerse y abandonarlo todo por un tío. A mi madre le daría un pasmo.

Helena sonrió.

—Y pasó un año en una colonia nudista.

—Por favor, no me lo recuerdes. Por favor, por favor, por favor...

—La felicitación navideña me encantó.

—¡Ya vale, ya vale!

Cuando llegaron a Heathrow, Helena salió e hizo oídos sordos a las protestas de Chadani, aunque solo durante cinco segundos, mientras abrazaba a Issy con fuerza. Issy le devolvió el gesto con todas sus ganas.

—Ni se te ocurra comprarle demasiados regalos a Chadani —le dijo con seriedad.

—Calla. Todavía cree en Papá Noel —repuso Helena.

Darny salió del coche con gran parsimonia.

—¿No vas a darle un abrazo grande a tu tita Helena?

Darny la miró.

—No me sentiría cómodo abrazándote a estas alturas —respondió él.

Helena miró a Issy.

—Buena suerte —le dijo.

—¡Gracias! —exclamó ella—. Vamos, Darny, ¿no te apetece ver a Austin?

Darny se encogió de hombros.

—Podría haberme quedado solo en casa y no me habría pasado nada.

—¡Por supuesto! —dijo Issy—. Hasta el catastrófico incendio de las cuatro y cinco de la tarde. ¡Vamos!

Helena le levantó un brazo a Chadani Imelda para que se despidiera de ellos mientras desaparecían entre el resplandor futurista de la Terminal Cinco, que estaba iluminada como si fuera una nave espacial, en tonos morados y azules. Cuando los perdió de vista, abrazó con fuerza a su hija, estrechándola contra su precioso abrigo rojo.

—Te quiero mucho —le dijo—. Pero mami tiene cosas que hacer.

—¡Mami! —chilló la niña con alegría, tras lo cual le dio un cariñoso mordisco en una oreja.

La cola frente al mostrador de facturación era kilométrica. Issy se sintió exhausta solo con mirarla. Llevaba levantada desde las cinco y media de la madrugada. El aeropuerto estaba lleno de niños que no paraban de gritar, obviamente de camino a disfrutar de las vacaciones navideñas, y la gente tenía un montón de equipaje que facturar. La cola daba vueltas y vueltas en torno a los postes metálicos con las cintas extensibles que separaban a unos de otros. Los niños no paraban de soltar las cintas, haciéndose daño en las manos al tiempo que provocaban enfrentamientos entre la gente que esperaba, ya que modificaban los recorridos de las colas. Una de las mujeres que atendía en el mostrador tenía una expresión muy seria, que dejaba bien claro que estaba aguantando por los pelos y que era mejor no poner a prueba su paciencia.

En el vestíbulo principal de la terminal, había una banda militar tocando tan alto *Once in Royal David's City's* que Issy ni siquiera escuchaba sus propios pensamientos. Presentía que le rondaba un dolor de cabeza. Era una idea ridícula. No deberían haber ido al aeropuerto. En el bolsillo guardaba una carta con muy mala pinta, escrita por la profesora de Darny, que le llevaba a Austin y que se negaba incluso a tocar cada vez que su mano se acercaba a ella. Darny comenzaba a poner los ojos en blanco, a suspirar y a poner la cara que siempre ponía antes de protagonizar un numerito en contra del mundo. En cuanto ella, tenía muchísimo calor y se sentía ridícula con el abrigo blanco. Sabía que estaba muy colorada y que tenía los rizos negros encrespados por la humedad.

Empujaron su equipaje hacia el mostrador de facturación. Frente a la cola había un hombre comprobando los billetes. Los suyos estaban esperándola en el suelo del vestíbulo cuando llegó a casa. Había supuesto que Janet los había tirado por debajo de la puerta, pero en ese momento comprendió que en realidad los había entregado un mensajero. Se los entregó al hombre y sintió una oleada de pánico por la idea de que no estuvieran en orden, por no hablar de que el miedo a volar le provocaba un nudo en el estómago. De hecho, la aterraba tanto que la dejaba tensa, aunque no lo admitiría ni muerta.

El hombre examinó los billetes y la miró un instante. Issy sintió que se ponía todavía más colorada. Sería típico de Austin haberle informado mal de la hora del vuelo o de la fecha, incluso. Una vez fueron a Barcelona para

disfrutar de unas minivacaciones mientras Darny se quedaba con sus temidas tías, y resultó que había reservado la habitación de hotel para otro fin de semana distinto. Típico. Issy decidió olvidar que, en cambio, alquilaron una moto y se fueron al campo, donde encontraron un hotel rural maravilloso con una cascada y donde preparaban una paella riquísima. Fue el mejor viaje de su vida.

El hombre por fin la miró a la cara, les sonrió de oreja a oreja y dijo:

—Están en la cola equivocada.

Issy pensó que estaba a punto de echarse a llorar. Tendrían que dar toda la vuelta y regresar a la ciudad con el equipaje a cuestas, y Darny sería una pesadilla y tendría que explicarle a todo el mundo qué hacía de vuelta en Londres, y Austin aplazaría su vuelta al país y seguro que acababa pasando la Navidad sola porque su madre se había convertido al judaísmo y...

El hombre señaló hacia un lado.

—Tienen que ponerse ahí.

Issy siguió la dirección de su dedo. Estaba señalando una alfombra roja que llevaba hacia una pared pintada de morado con un cartel que rezaba: «Business y Primera Clase.»

Issy puso los ojos como platos. No podía creerlo. Les echó un vistazo a los billetes, pero como en realidad no era capaz de comprender lo que decían, acabó sonriendo como una tonta.

—¿En serio?

—En serio —contestó el hombre—. Que tengan un buen viaje.

De repente, todo cambió. Issy le explicó después a Helena que fue como si la acompañaran al armario por el que se entraba a Narnia. Había un mostrador de facturación solo para ellos. Nada de colas, nada de esperar para pasar por el control de seguridad. Hasta Darny estaba tan impresionado que no abrió el pico. Caminaron hasta llegar a la sala de espera, donde encontraron todas las revistas, periódicos, aperitivos y bebidas imaginables, y después, una vez en el avión, subieron las escalerillas, lo que le pareció muy emocionante.

«Si Austin cree que esto va a hacerme cambiar de opinión...», pensó Issy mientras se dejaba caer en el mullido asiento y extendía el reposapiés al tiempo que el avión sobrevolaba las parpadeantes luces de la ciudad. Por primera vez en su vida (y con Darny en el asiento de la ventanilla), ni

siquiera había pensado en el miedo del despegue, ya que estaba escribiéndole un mensaje de texto a Austin para decirle que iban de camino (un mensaje que él recibió con gran alivio). «Si Austin cree que...»

Sin embargo, las semanas que llevaba acostándose tarde y levantándose temprano para trabajar, sumadas a las preocupaciones y el trabajo, más el zumbido de los motores, hicieron que se durmiera y se despertara seis horas más tarde para descubrir, para su más absoluto disgusto, que estaban comenzando el aterrizaje.

—Me he perdido la cena —dijo, malhumorada.

—Sí —le confirmó Darny—. Ha sido estupenda. Estaba todo buenísimo. Podías elegir lo que quisieras. Bueno, yo quería vino, pero me han dicho que no.

—Y me he perdido... —Issy hojeó con rapidez la revista con la información del vuelo—. ¡Oh, no! ¡Tenían todas las películas buenas que quería ver! Hace un millón de años que no voy al cine. ¡No me puedo creer que me las haya perdido todas! —Echó un vistazo a su alrededor.

Los ejecutivos estaban quitándose las zapatillas y poniéndose de nuevo los zapatos. Cubriendo las pantallas de los televisores y plegando los reposapiés.

—¡Noooo! —se quejó Issy—. La única vez en mi vida que voy a viajar en Business y la he malgastado.

—Tienes muy mala cara —comentó Darny.

—¡Noooo! —exclamó al tiempo que se incorporaba de un salto.

El espejo le mostró el hecho de que, efectivamente, estaba hecha un desastre. Hizo lo que pudo con el maquillaje que había logrado guardar antes de salir de casa. Y se aplicó un poco más. Después, se puso un poco de barra de labios en las mejillas para no parecer un muerto viviente. Sin embargo, acabó con pinta de payaso. Se recordó con gran seriedad que llevaba un año despertándose al lado de Austin por las mañanas y que él todavía no había salido huyendo, espantado. Aunque en el fondo sabía que la culpa de sus inseguridades la tenían los nervios. Y no estaba nerviosa por él, sino por lo que podía pasar. Y, bueno, tal vez también un poco por él.

Austin también estaba nervioso mientras esperaba en el aeropuerto. Nervioso por verlos, por supuesto. Pero también... bueno, también porque

quería que todo saliera bien y que fueran felices. Aunque a esas alturas también quería, o más bien se había comprometido, a trasladarse a Nueva York. Quería intentarlo. Quería viajar, experimentar la vida en la gran ciudad. Se mordió el labio. Una banda militar interpretaba *Once in Royal David's City's* en el vestíbulo de la terminal. Demasiado alto.

Issy y Darny fueron los primeros en pasar por el control de pasaportes. Darny parecía emocionado y nervioso. Al ver a su hermano, sonrió de oreja a oreja y después trató de poner expresión distante, como si no pasara nada, si bien sus ojos se movían de un lado para otro, observándolo todo: los guardias de seguridad, con sus perros y sus armas; el acento de la gente, tan conocido gracias a las películas y a la televisión, pero a la vez tan extraño; los distintos mensajes de aviso que sonaban por el sistema de megafonía.

Issy tenía aspecto cansado y estaba monísima, aunque por algún motivo se había pintado dos rosetones de colorete en las mejillas como si fuera un payaso. Decidió no hacer el menor comentario al respecto de momento. Y llevaba... ¿Qué llevaba puesto?

—¿Qué llevas puesto?

Issy lo miró. ¿Había cambiado? No sabría decirlo. Parecía igual. El mismo pelo castaño cobrizo tan alborotado como de costumbre; sus gafas de pasta; su figura delgada y alta con esos hombros tan anchos.

Pero también le pareció... cómodo. Como si encajara en Nueva York. Llevaba un maletín y un abrigo largo, además de una bufanda roja muy bonita y un traje. De repente, Issy lo vio como a los ejecutivos del avión: sin el menor interés por el hecho de viajar en Business en vez de verlo como una aventura. Trabajando siempre que tenían un rato libre. Nunca había visto a Austin como uno de esos hombres. Aunque tal vez lo fuera.

—Hola —lo saludó y después se dejó rodear por sus fuertes brazos, disfrutando de su olor y de su calor corporal.

—Hola —le dijo él antes de besarla en los labios con pasión—. No has respondido a mi pregunta.

—Me han gustado los billetes de avión —replicó ella, en cambio.

De repente, Austin ya no le parecía un ejecutivo sofisticado y rico, sino él mismo.

—Ya, es guay, ¿a que sí? ¿Has jugado con la consola? ¿Has ido al bar? ¿Te han dado algún masaje?

—No —respondió ella, enfadada—. Me he quedado dormida y me lo he

perdido todo.

—¡Venga ya! ¿Ni siquiera has probado la barbacoa? ¿Ni la piscina?

Issy soltó una risilla tonta.

—Vale, déjalo ya.

Austin le echó un brazo por los hombros a Darny.

—No creas que vas a librarte de un abrazo.

Darny se encogió.

—Puaj, eso es asqueroso. Los hermanos no se abrazan.

—Te habría ido estupendamente en la Rusia comunista —comentó Austin—. Ven aquí.

Darny hizo una mueca, pero no se apartó. Issy se percató de ese detalle.

—¿Nos vamos? —preguntó ella al final.

—No —contestó Austin—. No hasta que me digas qué llevas puesto.

—Ja, ja, ja —replicó Issy—. Es para el frío.

—Pero si no te tapa el culo. ¿Es piel auténtica?

—No.

—¿Te has unido a algún... grupo de música?

—Cállate ya.

—¿Le has cambiado el nombre al negocio y ahora es «Cupcake Café y Barra Americana»?

—Te lo advierto...

—¿Estoy siendo insensible? ¿O es que te está comiendo un oso polar? ¿Tengo que llamar a una ambulancia?

—Cogeré un taxi yo sola.

—No, no. Te acompañamos, pingu.

La cola para coger el taxi era muy corta, lo que fue un alivio, ya que el aire gélido los golpeó con fuerza en cuanto salieron del agradable interior del edificio.

—¿Solo un taxi? —preguntó Issy—. Esperaba una limusina.

—Me han ofrecido un coche —confesó Austin—. Pero les he dicho que no.

No mencionó que también le habían ofrecido enviar el coche al aeropuerto para buscar a Issy y a su hermano sin él, porque de esa manera podría comenzar a tomarle el pulso a la oficina asistiendo a algunas reuniones y poniéndose un poco al día. No lo mencionó en absoluto.

Darny no tardó en quedarse dormido en el coche, pero Issy estaba contenta. Al principio, se había sentido un poco incómoda con Austin, sin saber muy bien el motivo, algo ridículo, ya que él no tenía la culpa de haberse visto obligado a marcharse de Londres. La verdad, no se había ido de vacaciones para pasárselo pipa. Además, no pudo contener el entusiasmo infantil en cuanto subieron una cuesta en Queens y Austin le dijo al tiempo que se la colocaba en el regazo: «¡Ahora, mira, mira!» Esa fue la primera vez que Issy vio las luces de Manhattan.

Era todo muy raro y a la vez muy familiar. Tanto que se quedó sin aliento.

—¡Oh! —fue lo único que acertó a decir. Como si estuviera preparado, el taxista soltó una retahíla de palabrotas, porque en ese momento empezó a nevar y los copos envolvieron los altísimos edificios en una neblina blanca. Alrededor de Manhattan se formó un halo reluciente—. ¡Oh! —exclamó ella de nuevo.

—Lo sé —dijo Austin, que tenía la cabeza pegada a la suya contra la ventanilla de la puerta derecha.

—¿Cómo era aquella canción...? —preguntó Issy—. «Los edificios de Nueva York...»

—«... parecen montañas cuando nieva» —siguió Austin—. Pero no me la sé entera. No me gustan los cantantes ñoños. Solo escucho *heavy metal*, rap y música para tíos.

—No conoces a un solo rapero.

—All Saints hace rap —dijo él.

—Sí, ya —replicó Issy al tiempo que le daba un apretón en la mano.

Era impresionante. Sin importar lo que pudiera pasar, estaban juntos y se encontraban en Nueva York.

—¡Suban la dichosa ventanilla! —masculló una voz procedente de la parte delantera del taxi.

Obedecieron de inmediato.

—Bueno, no es exactamente el Plaza... —dijo Austin al tiempo que los invitaba a pasar al precioso hotelito situado al oeste de Central Park.

Tenía puertas de vaivén y ventanas abuhardilladas, como si fuera una casita de campo inglesa en mitad de los edificios de acero y cristal de la ciudad. El fuego crepitaba en la chimenea situada en un rincón del

vestíbulo. La recepcionista los recibió como si fueran viejos amigos y llamó a una camarera, que apareció con tres tazas de chocolate caliente y nubes para que disfrutaran del detalle mientras la recepcionista se encargaba del proceso de registro. No era tan grandioso como otros lujosos hoteles, pensaba Issy mientras observaba las mantas de cachemira que descansaban sobre los sofás. Pero era el más bonito, acogedor y hogareño que podía imaginar.

Austin los acompañó escaleras arriba, una escalera estrecha cuyos escalones de madera crujían cuando se pisaban, en dirección a su dormitorio. Ya en el interior, añadió:

—¡Ah, mirad, si tiene...! —Abrió una puerta y les mostró una habitación adyacente, con una cama, un televisor de pantalla plana, su propio cuarto de baño y una videoconsola. La habitación de Darny.

—¡Uau! —exclamó Darny, al que habían tenido que sacar a rastras del taxi. En ese momento, estaba totalmente despierto—. ¡UAU!

—Me han dicho que las paredes son gruesas y están insonorizadas —comentó Austin, guiñándole un ojo a Issy.

—Es precioso —dijo ella, asombrada por su habitación, que también contaba con una chimenea en la que crepitaba el fuego.

Era una estancia pequeña, pero con una cama enorme de colchón grueso y mullido, cubierto por sábanas blancas. También contaba con un televisor muy grande de pantalla plana y con un frigorífico. Issy vio una botella de vino. La nieve se acumulaba en el alféizar de la ventana. Los taxis de color amarillo circulaban por la tranquila calle, pero a lo lejos se escuchaba el tráfico y al mirar hacia arriba, hacia los altos rascacielos, escuchó una especie de zumbido. Se asomó al cuarto de baño y descubrió una bañera con patas de estilo antiguo, además de un sinfín de productos de belleza de lujo y de un montón de toallas de baño gigantescas.

—Sí —dijo—. ¡Sí, sí, sí! Voy a darme un baño. Y quiero llamar al servicio de habitaciones, porque como soy una imbécil, no he comido nada en el avión. Pero aunque me haya perdido esa parte, voy a disfrutar de esto a tope. —Necesitaba cambiarse de ropa, ya que estaba sudorosa, pensó mientras olisqueaba las burbujas de baño. Le guiñó un ojo a Austin—. Me alegro muchísimo de haber venido —dijo de repente, delirante de felicidad.

Se acercó a Austin para abrazarlo, pero él estaba mirando su reloj con el ceño fruncido.

—Ah —dijo—. Bueno. Es que nos esperan para cenar dentro de unos veinte minutos. Lo siento.

—¿Nos esperan para cenar? —preguntó Issy, que a pesar de haber dormido en el avión estaba cansada y se sentía sucia después del viaje. Además, según su reloj interno, ya era la una de la madrugada—. ¿No podemos quedarnos aquí y disfrutar un ratito?

—Me encantaría —respondió Austin con seriedad—. Pero me temo que el trato consiste en cenar contigo y con... —Iba a añadir «mi jefe», pero se contuvo a tiempo—. Y con Merv. —Le sonrió—. Vamos, iremos a un sitio pijo, será divertido.

—Quiero divertirme aquí, dándome un baño con burbujas y contigo en la bañera. Y después quiero probar mi primera hamburguesa con queso, que esperaba que fuera más grande que mi cabeza —comentó ella con cierta tristeza—. Y quedarme dormida dentro de una hora más o menos.

—He contratado a una canguro —anunció Austin, implacable.

—No necesito una canguro —protestó una voz procedente de la habitación adyacente.

Era evidente que las paredes no estaban insonorizadas tal como había afirmado Austin antes.

—Solo se pasará cada media hora a echarte un vistazo —le explicó Austin—. Para asegurarse de que no estás jugando a algún juego para mayores de edad ni tocándote tus partes íntimas.

—Cállate ya.

Issy se dio una ducha rapidísima, pero no era lo mismo que un largo baño con burbujas de jabón, seguido de una cama enorme y Austin a su lado.

—¿Tengo que ir elegante? —le preguntó, recordando que había hecho el equipaje en apenas cuatro segundos sin saber muy bien lo que metía en la maleta.

—Sí, bueno, no sé —respondió él, que tenía grandes problemas para fijarse en la ropa de las chicas.

Issy recordó de repente y con espanto que su mejor vestido, el verde, el que se había puesto para celebrar su cumpleaños, estaba en la lavandería y no había tenido tiempo para recogerlo. Era lo mejor que tenía. El resto de su ropa eran prendas cómodas para llevar al trabajo y salir a dar una vuelta. Es decir, vestidos de manga francesa con el estampado un tanto descolorido para llevar con medias tupidas y botas, y una rebeca si hacía

mucho frío. En otras palabras, que seguía vistiéndose como la estudiante que hacía diez años que no era.

No tenía muy claro poder estar a la altura de las circunstancias.

Sacó todo el contenido de la maleta, convirtiendo en el proceso la perfecta habitación en un desastre, según se percató con tristeza. Descubrió tres vestidos grises estampados con florecillas que eran casi idénticos, dos de los cuales eran demasiado finos para el frío invernal. Dos pares de pantalones vaqueros (¿quién necesitaba dos vaqueros en vacaciones?, se preguntó). Cuatro camisas de vestir para Darny (¿En qué estaba pensando cuando las metió en la maleta?), y su viejo vestido que se puso para el baile de graduación, con el talle ajustado y demasiado pomposo para una cena.

—Mierda —dijo—. Creo que mañana tendré que ir de compras.

Austin, que normalmente pasaba por completo de la puntualidad, no paraba de mirar el reloj.

—Cariño... esto... —le dijo.

—Vale, vale.

Espantada, Issy comprendió que lo único medianamente apropiado que tenía era el jersey y los pantalones negros que se había puesto para el viaje. Y con los que había dormido durante seis horas. Al menos, el negro era elegante y podría añadirle un collar, y ponerse las botas por debajo de los pantalones.

Suspiró y después se puso la ropa sudada despacio.

—Vaya pinta que llevo —dijo con voz triste al tiempo que se miraba en el espejo, elegantemente iluminado.

Austin la miró y lo único que vio fue que la ducha le había provocado un precioso sonrojo en las mejillas, algo que le encantaba, y que se estaba mordiendo el labio como si fuera una niña nerviosa, un gesto monísimo.

—Estás genial —le aseguró—. Vamos.



11

Bananas Foster

- 1 plátano, pelado y cortado por la mitad
- 2 huevos, batidos
- 1 taza de pan rallado
- 1 taza de aceite vegetal

Para la salsa

- ¼ de taza de mantequilla
- 1 taza de azúcar moreno
- ½ cucharadita de canela
- ¼ de taza de licor de plátano
- ¼ de taza de ron negro

2 bolas de helado de vainilla

Calienta el aceite en una sartén de fondo grueso. Pasa por el huevo el plátano cortado y reboza con el pan rallado. Reserva.

Cuando el aceite comience a humear, echa los plátanos con cuidado y fríelos hasta que se doren. Tardan menos de un minuto.

Mezcla la mantequilla, el azúcar y la canela en una sartén. Pon la sartén a fuego lento y cocínalo, sin dejar de mover, hasta que el azúcar se disuelva. Añade el licor de plátano. Retira del fuego y añade el ron. A continuación, pon la sartén a fuego vivo hasta que el ron se evapore. La salsa se espumará.

Corta el plátano en cuatro trozos y colócalos en un plato. Pon el helado de vainilla encima. Cubre el plátano y el helado con bastante salsa caliente y sirve de inmediato.

Pearl volvió a casa tarde y no podía ni con su alma. Louis se había comportado de una forma muy atípica al protestar todo el camino de vuelta. Había tardado más de la cuenta en hacer caja y en limpiar sin Issy, y eso fue antes de que preparasen la masa para el día siguiente. Dado que Pearl se encargaba de casi toda la limpieza, normalmente creía que trabajaba muy duro. Cosa que era cierta; pero cuando tuvo que rellenar las horas trabajadas, se dio cuenta de que no apreciaba en su justa medida lo que hacía Issy para que todo funcionara a la perfección. Con razón la asaltó el pánico al pensar en irse a Nueva York. Tenía que recordar un millón de cosas distintas.

Como estaba demasiado cansada para pensar en preparar la cena, cedió ante la insistencia de Louis y, a modo de premio especial, compró pollo frito de camino a casa. Sabía que no debería hacerlo, sabía que comer eso solo conseguiría que se sintiera más cansada a la larga. Pero en ese preciso momento, tenía las defensas bajas, hacía mucho frío, la humedad era bestial y soplaban el aire con fuerza. Y lo único que le apetecía era sentarse delante de la tele para ver *El jardín de los sueños* mientras acunaba a su (ligeramente pringoso) hijo.

Sonó el timbre. Pearl y su madre se miraron con el ceño fruncido. No recibían muchas visitas. Para empezar, porque no tenían sitio. Y Pearl solía encontrarse con sus amistades en la iglesia, no a las siete de la tarde en mitad de una tormenta, sin esperar a nadie.

Se levantó del futón y le crujieron las rodillas al hacerlo. Se mordió la lengua para no soltar un taco. Seguía siendo joven. No debería estar crujendo y resoplando como una vieja. No debería haberse comido todo ese pollo.

Allí de pie en el callejón en penumbra, donde se suponía que debía de

haber una luz de emergencia, aunque el Ayuntamiento nunca la había instalado, con el dedo en los labios y seguramente un poco borracho, se encontraba su ex y el padre de Louis, Benjamin.

—Chitón —le dijo él.

En el taxi, Issy perdió todo el fuelle. El frío se le había clavado como un cuchillo al salir del acogedor vestíbulo del hotel. Su reloj le dijo que eran las dos de la madrugada, hora británica. Envidiaba muchísimo a Darny, que se había metido en la cama directamente. Sin embargo, quería mostrarle todo el apoyo posible a Austin.

—Bueno, ¿quién va a estar? —preguntó mientras intentaba contener un bostezo.

—Pues Merv —contestó Austin—. Es el que está al mando. Y su mujer. No la conozco todavía. Y otro director del banco. Tampoco lo conozco. Y su mujer, supongo.

—¿Vamos a reunirnos con un montón de gente a la que no conocemos? —quiso saber Issy, presa de unos repentinos nervios—. ¿Los mismos que te van a entrevistar para un puesto de trabajo? —Sacó el neceser con el maquillaje con manos temblorosas.

—No... A ver, creo que ya tienes colorete de sobra en las mejillas —dijo Austin.

Issy lo miró con los ojos como platos y expresión asustada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Nada —se apresuró a asegurar Austin—. Nada. Vamos, que estás bien.

—Pero van a ser todos neoyorquinos muy a la moda —dijo Issy—. Y yo seré una paleta. Mira, a lo mejor eso hace que reconsideren lo de darte el trabajo y tendrás que volver a casa conmigo en el próximo vuelo —añadió.

Intentó quitarle importancia al comentario, pero Issy se dio cuenta de que había metido el dedo en la llaga. Austin la miró, pero a la luz de las farolas que iban dejando atrás le resultaba muy difícil verle la cara. Cuando el taxi enfiló una de las enormes avenidas principales, le señaló el Chrysler Building, engalanado con los colores de la Navidad. Le resultó tan conocido y tan maravilloso que fue incapaz de reprimir el asombro. Después, resopló.

—Han adornado la BT Tower de rojo y verde —dijo como si nada—. Ah, y todo el South Bank es un festival de luces. Y hay un mercadillo de

Navidad.

Los copos de nieve caían cada vez con más fuerza. El taxista enfiló una callecita de aspecto antiguo, flanqueada por casas de escalones marrones que conducían a las puertas de entrada, algo que le recordó a Issy a *Sexo en Nueva York* y a la época en la que Helena y ella veían la serie, deseando que sus pedidos de comida china llegaran en cajitas de cartón y que unos hombres muy atentos les pidieran salir cada cinco minutos (a Helena le pedían salir cada cinco minutos, pero solo los borrachos un sábado por la noche, cuando los remendaba en la sala de urgencias del hospital).

El restaurante tenía unos enormes ventanales que le recordaron a su pastelería, pero la fachada estaba pintada de gris, no de verde. El interior parecía brillar. Las luces ambientales, cálidas y amarillas, le conferían al local una atmósfera acogedora y excitante a la vez, casi inimaginable. Había hombres y mujeres muy contentos, que charlaban, reían y se lo pasaban genial, todos ellos superelegantes y guapísimos, se percató Issy con cierta vergüenza.

—Hola —saludó Austin con voz jovial al portero.

No se sentía intimidado por el lugar. Seguramente porque no se daba cuenta de todo el montaje, pensó Issy. El lugar hacía que se sintiera cómodo, lo que a su vez hacía que fuera más agradable y tuviera más seguridad en sí mismo, de modo que las cosas siempre salían bien. Tenía que ser bonito. Miró al portero con una sonrisa amable y se preguntó si tendría que darle propina mientras les abría la puerta.

En el interior, una rubia despampanante miró a Austin con tal sonrisa que dio la impresión de que llevaba esperándolo todo el día.

—Buenas noches, señor —lo saludó la rubia, enseñando unos dientes preciosos—. ¿Tiene reserva?

Sin embargo, en ese mismo momento se escuchó desde el otro lado de la estancia:

—¡Austin! ¡Austin, aquí!

En el fondo del restaurante, que era mucho más grande de lo que parecía desde el exterior, un hombre bajito y rechoncho se levantaba de un taburete de aspecto cómodo.

La rubia les recogió los abrigos y, después, los condujo entre las mesas. Issy decidió que era fruto del desfase horario que creyera ver a Michael Stipe cenando con Brooke Shields. Lo único que sabía con seguridad era que todas las personas eran guapísimas, que saltaba a la vista que acababan

de pasar por la peluquería, que estaban charlando sobre temas interesantísimos y que parecían estar en su salsa. A menos que alguien le preguntara por los tipos de harina, pensó con tristeza, no tendría nada que decir. Y, al fin y al cabo, solo era la novia. Si *Sexo en Nueva York* era fiel a la realidad, habría millones de chicas guapas en Nueva York desesperadas por conseguir a un tío bueno.

Issy intentó recuperar la compostura y esbozó una sonrisa amable con la que saludar a los hombres que se habían levantado al verlos acercarse a la mesa.

—Hola —dijo justo cuando se percataba de que las mujeres estaban casi esqueléticas.

La mujer de Merv, Candy, era al menos diez centímetros más alta y veinte años más joven que él. De los otros dos nombres ni se enteró, masculló un saludo mientras se sentía como una cría de nueve años, intimidada a más no poder, furiosa consigo misma y furiosa con Austin por una razón que no alcanzaba a comprender.

—Hola —contestaron las mujeres con desgana y sin el menor interés.

Al parecer, si una no se inyectaba veneno en la cara cada diez minutos y se mataba de hambre las veinticuatro horas del día, no se merecía ni el menor atisbo de atención por esos lares.

En cambio, Austin era objeto de un escrutinio casi ritual, se percató Issy. Aunque estaba acorralada, sintió una especie de satisfacción. «Sí, vosotras estaréis mucho más delgadas que yo y seréis mucho más ricas, pero al menos yo no tengo que fingir que me gusta acostarme con Merv solo porque es rico», pensó.

Eso sí, al lado de todos los demás, Merv era la alegría de la huerta.

—¿Acabas de bajar del avión? —le preguntó—. Pues entonces solo hay una solución posible. ¡Un martini! ¡Fabio! —Un guapísimo camarero se acercó a Merv—. Tráele enseguida un martini a esta jovencita. Necesita desperezarse. Ginebra... Es inglesa. Con un toquecito. Lo más rápido que puedas, ¿vale?

Austin le lanzó una mirada para indicarle que siempre se comportaba así, pero a Issy no le importó. Bienvenida fuera cualquier cosa que la hiciera sentir más cómoda.

—Para adentro —dijo cuando llegó su bebida y dio un buen trago.

El único martini que Issy se había tomado fue el que le preparó su madre cuando tenía quince años y volvió hecha un mar de lágrimas de una fiesta

porque ninguno de los chicos quiso bailar con ella, algo que sin duda tenía que ver con el hecho de que las demás chicas llevaban lycra y calentadores, y ella lucía un vestido de macramé que su madre le había confeccionado en Perú y que insistió en que se pusiera. Dado que fue durante una de las vueltas periódicas de su madre, cedió. Se trataba de un martini blanco, con limonada, y estaba delicioso; y se había quedado hasta las tantas con Marian mientras esta le decía que no se podía confiar en los hombres. Como Marian tampoco era de fiar y el único hombre que había en la vida de Issy era el abuelo Joe, que sí que lo era, Issy había hecho todo lo contrario de lo que le aconsejó su madre y confió demasiado en todos los hombres a quien conoció, confió demasiado y durante demasiado tiempo. Algo que al final había demostrado ser un error garrafal. Hasta Austin. Lo miró y dio otro trago.

Ese martini, en cambio, era alcohol puro y, la verdad, parecía alcohol de quemar. Soltó la copa entre jadeos y con los ojos llenos de lágrimas.

—Vaya, esta chica sabe divertirse, sí —dijo Merv con aprobación mientras el resto de los comensales la miraban con desdén. Issy creyó que la mujer del director había mascullado algo que sonó como «ingleses borrachos».

—Bueno, Isabel tiene su propio negocio —comentó Austin.

—¿En serio? ¿Y a qué te dedicas? —preguntó el otro hombre.

—Hago cupcakes —contestó Issy.

—¡Oh, es genial! —comentó Candy—. Yo quiero hacer eso, Merv.

—Cuando quieras, cariño —aseguró Merv.

—Seguro que es divertidísimo. ¡Te lo tienes que pasar en grande! —exclamó Candy.

—Es una juerga constante —le aseguró Issy. Miró a Austin, miró a los comensales y decidió terminarse la bebida, aunque supiera a una gasolina carísima.

—¿Qué pasa? —masculló Pearl—. Ben, tienes que avisarme antes de venir. ¡No está bien! Estaba a punto de acostar a Louis. Mañana tiene colegio.

—Lo sé —repuso Ben—. Calla. Ven a ver esto.

La atrajo hacia sí para besarla, de modo que olió la hierba que había estado fumando. Se le cayó el alma a los pies.

—¿Has comido pollo? —le preguntó él—. ¿Te queda? Tengo hambre.

—No —contestó—. ¿Qué pasa, Ben? Llevas semanas sin pasarte por aquí.

—Lo sé, pero mira.

La instó a salir a la intemperie y a sufrir el gélido azote del viento (ojalá hubiera cogido el abrigo), hasta llegar a una destartada furgoneta que no era suya, al menos que ella supiera, tras lo cual abrió la puerta trasera.

—¡Tachán!

Pearl miró en su interior, iluminado por la farola. Al principio no atinó a ver lo que era. Después, se dio cuenta. Era una caja enorme. Y consiguió leer las letras.

—Un Garaje Monstruoso —murmuró.

—Le dije al renacuajo que no lo defraudaría —explicó Ben.

—Pero... pero... que... Bueno, ¿esto significa que has estado trabajando?

Sabía por qué lo estaba diciendo. Si estaba trabajando, él tenía que pasarle algo de dinero. Ese era el trato.

—Bueno, algún trabajito que otro... —respondió Ben sin mirarla a los ojos.

—¿Te refieres a un trabajo de verdad, con alta y todo? ¿Dónde? ¿Te pagaron en metálico? ¿Con Bobby? ¿O con otra persona? —quiso saber Pearl.

—Vale, y yo que creía que te iba a gustar —dijo Ben, enfadado—. Creía que te alegrarías de que le hubiéramos comprado al renacuajo lo único que quiere de verdad... Creía que podríamos envolverlo..., ya sabes, con un lazo enorme. Ponerlo todo guapo. Pero lo mismo lo tiro y ya está, ¿qué te parece? O le prendo fuego porque no me han dado de alta ni tengo factura ni nada...

—Ben —dijo Pearl, desesperada por no empezar una pelea—. Ben, por favor. Solo digo que es muy caro...

—Sé cuánto cuesta —replicó Ben con una expresión pétrea en su apuesto rostro.

Pearl tragó saliva. Quería creer que tenía un trabajo, pero ¿por qué no podía sonsacarle una respuesta directa? No dijo nada más.

Ben soltó una retahíla de tacos entre dientes antes de dar media vuelta para marcharse.

—¿No quieres entrar y ver a Louis? —preguntó Pearl, a regañadientes.

Ben se encogió de hombros, pero después pasó junto a ella y atravesó la

puerta de su diminuto apartamento.

—¡PAPÁ!

Pearl supuso que el grito de júbilo de Louis se había escuchado hasta en la otra punta de la calle.

Aunque nunca decía palabrotas porque creía que eso era señal de una mente descontrolada, en ese momento estuvo a punto de hacerlo. Echó un vistazo a su alrededor. Alguien había hecho un muñeco con la nieve sucia que quedaba de hacía unos días. Otra persona le había quitado la zanahoria que hacía las veces de nariz y se la había clavado en la entrepierna, a modo de pene. Pearl suspiró y regresó al apartamento, para librarse del gélido viento, pero con muy pocas ganas de desearles la paz y la felicidad a los hombres.

—Bueno, Austin —dijo Merv, repantingado en su asiento y refunfuñando, seguramente no por primera vez, porque no podía fumarse un puro en un lugar cerrado—, ¿qué opinas de que nuestras previsiones con respecto a...?

Issy se había dado cuenta de que no podía añadir una sola palabra a la conversación. Además, Candy estaba jugando con su móvil, tal como habría hecho Darny, y la mujer del director, que se llamaba Vanya o Vania o algo parecido que podría pasar por un nombre pero que no lo era, estaba esforzándose mucho en diferenciarse de Candy y de Issy al insistir con una vena muy competitiva en sumarse a la conversación técnica que los hombres mantenían.

Candy bostezaba con delicadeza de vez en cuando, oculta tras una mano, pero después se inclinaba y le acariciaba el muslo a Merv con gesto cariñoso. Issy se dio cuenta de que un camarero monísimo le rellenaba la copa cada vez que daba un sorbo del magnífico vino blanco, por lo que no paraba de beber. Dado que ni Vanya ni Candy comieron, Issy se estaba ventilando la cesta del pan con una actitud pasiva-agresiva. Mientras tanto, Austin hablaba de Europa, del dinero, del futuro, del microcomercio y de otras cosas de las que Issy no había oído hablar en la vida, que se le escapaban por completo y que sonaban muy impresionantes.

Se preguntó qué pensaría Austin de su trabajo. La había visto trabajando, o eso suponía, preparando café, horneando dulces y tratando con los clientes, pero no creía que le resultara muy impresionante (aunque se

equivocaba, porque Austin creía que lo que hacía era increíble). Pero allí estaba él, comiéndose un filete muy crudo y explicando por qué el futuro de Europa pasaba por convertirse en un conjunto de comerciantes de bienes de lujo con los que inundar las economías emergentes, mientras todos los demás asentían con la cabeza y estaban pendientes de todas y cada una de sus palabras. De repente, Issy deseó que Darny estuviera allí para meterse con Austin y decir una burrada.

Adormilada por la calidez del restaurante y tras haber bebido bastante vino mientras comía sin decir mucho, se le fueron cerrando poco a poco los ojos hasta que escuchó que alguien pronunciaba su nombre.

—Es el modelo de negocio de Issy —decía Austin—. Productos de alta gama, preparados con esmero y presentados de la misma manera, no pensados para el público en general. Ese es el futuro, porque con todo lo demás no podemos competir.

Los comensales se giraron hacia Issy, que sentía que la cabeza le daba vueltas.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Es verdad, Issybel? —quiso saber Merv—. ¿Eres el futuro del comercio? Al menos, cuando estás despierta.

Todos se echaron a reír como si hubiera contado un chiste, pero Issy se puso colorada como un tomate y fue incapaz de replicarle.

—¿Y bien? —insistió Merv.

—¿Crees que tu modelo va a encabezar la regeneración de la eurozona? —masculló Vanya, como si estuvieran en un tribunal o algo así.

—En fin, bueno, yo... —dijo Issy. Estaba abochornada y coloradísima. Austin no le había dicho que esa cena iba a ser una dichosa entrevista de trabajo para ella. Lo peor de todo era que, como no había estado prestando atención, no tenía ni idea de qué decir. Y aunque supiera de qué iba la conversación, no habría sabido qué responder.

—Vaya, qué bonito es tener un pasatiempo —comentó Vanya con una sonrisa muy falsa al tiempo que se concentraba de nuevo en su ensalada y en su agua mineral.

Austin le cogió la mano por debajo de la mesa y le dio un apretón en los dedos para expresarle su apoyo. Algo que solo consiguió empeorar la situación. No necesitaba su apoyo, necesitaba que no la pusieran en el punto de mira. La conversación siguió con el precio del suelo, pero Issy se quedó sentada, ardiendo de furia y sintiéndose una tonta, sintiéndose

inferior.

Al fin, cuando pasaron la carta de los postres, que Vanya y Candy rechazaron con las manos en alto como si se tratara de una lista de venenos (algo que, pensó Issy, era muy probable que pensarán teniendo en cuenta su aspecto), estaba preparada. Se lanzó de cabeza.

—El tema está en que si haces un producto de calidad, la gente se da cuenta de que es superior —dijo—. En fin, casi siempre. Todavía se venden un montón de cremas envasadas. Pero eso da igual. Lo importante es que aunque la gente tiene menos dinero, seguirán comprándose pequeños detalles a modo de recompensas. A veces, se comprarán algo más, porque como salen menos e intentan no comprar demasiado, se dicen que se merecen un premio...

—Vale, vale —la interrumpió Vanya, que parecía aburrída—. Pero, ¿qué implica eso en un plano microeconómico para ti?

Issy echaba chispas por los ojos.

—Implica... Ahora te vas a enterar de lo que implica —le soltó, más borracha de lo que creía en un principio y harta de esas peripuestas, arrogantes e imbéciles yanquis que la miraban por encima del hombro, que pasaban de ella y que la trataban como la novia insignificante y feúcha de un hombre brillante y fascinante—. Implica que me levanto todos los días y hago algo real. Me ensucio las manos. Creo algo de la nada, con mis manos, algo que espero que les guste a los demás; y les gusta, les gusta mucho. Y me pagan por lo que hago, y ese es el mejor trabajo del mundo entero. Y todos deberíamos tener la suerte de hacer algo así. Y en eso deberíamos concentrar nuestros esfuerzos. ¿Qué has creado hoy, Vanya? ¿Alguien ha cogido uno de tus informes, lo ha olido, te ha mirado con una sonrisa de oreja a oreja y te ha dicho que era la caña? —Hizo una pausa para disfrutar de las expresiones boquiabiertas de los reunidos—. No, ya me parecía a mí que no. —Se volvió hacia el camarero—. ¿*El gateau de forêt noire* está hecho con cerezas de temporada o confitadas? Dígale al chef que sea con fruta de temporada si puede, es muchísimo mejor. La acidez se equilibra con el dulzor en vez de crear un sabor recargado e insoportable. Por supuesto, estoy segura de que él ya lo sabe. En un plano macro. Así que tomaré eso. —Y cerró la carta con un chasquido triunfal.

El grupo continuó bastante alicaído, salvo Mery, que de repente vio en

Issy algo excepcional y empezó a preguntarle muchas cosas sobre dulces; también le preguntó si sabía hacer un buen *kugel*, algo de lo que ella no había oído hablar en la vida, tras lo cual le describió cómo lo hacía su abuela en su cocinita de Long Island mientras se quejaba de lo difícil que era encontrar azúcar *kosher*, razón por la que la base no salía bien. Issy intentó que se lo explicara paso a paso para ver si era capaz de reproducir la receta.

Nadie le dirigió una sola palabra. Incluso Austin parecía algo tenso, por lo que Issy, en mitad de su estupor etílico, empezó a preocuparse por la posibilidad de que en vez de explicar su punto de vista de forma racional y calmada, lo hubiera gritado como una verdulera, algo totalmente innecesario. En fin. No tenía tiempo para preocuparse por eso.

Cuando se iban, ya de camino a la puerta, la guapa camarera les llevó los abrigos. Issy consiguió enfundarse el ridículo abrigo de Caroline, que le quedaba todavía más apretado. Candy se quedó de piedra. Después, se inclinó hacia ella.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! —exclamó, y fue el primer comentario directo que le había dirigido a Issy en toda la noche—. ¿Es... es de la nueva colección de Farim Maikal?

Issy no tenía la menor idea de lo que le estaba preguntando, pero el nombre sí que le sonaba. De hecho, puesta a pensarlo, Caroline había hablado largo y tendido del abrigo cuando llegó, y con cara ufana les dijo que se había adelantado a sus amigas y que así les había dado una lección. También dijo un montón de cosas más que Issy no había comprendido. Pero sí que recordaba el nombre de Farim.

—Bueno... —dijo para no pillarse los dedos.

—¡Lo es! —repuso Candy, emocionada—. ¿Puedo tocarlo? —Extendió una mano y acarició con gesto reverente la ridícula piel blanca y las tachuelas del cuello—. Oh, la lista de espera para conseguir uno en Barneys era de... ¡Oooh!

Incluso Vanya la miraba con cierta envidia.

—Qué pena que no lo tuvieran de tu talla —le soltó.

—Eso es lo de menos, está increíble —comentó Candy—. Cualquiera lo estaría con uno de estos. Es el abrigo de la temporada.

Issy se mordió el labio y, de repente, sintió una terrible nostalgia.



12

Kugel

Ingredientes

220 g de fideos no demasiado gruesos
65 g de mantequilla
220 g de queso de untar
100 g de azúcar
1 cucharadita de extracto de vainilla
4 huevos XL
200 ml de leche
150 g de copos de maíz azucarados o de Frosties
de Kelloggs
2 cucharadas de mantequilla derretida
2 cucharadas de azúcar
2 cucharaditas de canela

Prepara los fideos siguiendo las instrucciones del paquete.

En un cuenco grande, mezcla la mantequilla, el queso de untar, el azúcar, la vainilla, los huevos y la leche. Bátelo todo hasta que se integre por completo.

Escurre los fideos y añádelos a la mezcla anterior. Después, viértelo

todo en una fuente de horno grande, cúbrelo y refrigéralo durante toda la noche.

Al día siguiente, unas dos horas antes de comer, precalienta el horno a 180 °C.

En un cuenco pequeño, tritura los cereales y mézclalos con la mantequilla derretida, el azúcar y la canela. Extiéndelos sobre la masa refrigerada y después hornéalos durante una hora y cuarto. Déjalo enfriar veinte minutos antes de servir.

Issy se quedó dormida en el coche y después se acostó en la preciosa cama, donde tuvo la impresión de estar durmiendo en una nube blandita. Sin embargo, aunque se despertó muy temprano tanto por el desfase horario como por los golpes que Darny le estaba dando a la puerta que conectaba ambas habitaciones, se sintió mucho mejor que el día anterior. Antes estaba demasiado cansada para darle un beso a Austin, pero cuando se volvió en la cama vio que ya se había levantado y que estaba en la ducha.

—Hola —lo saludó cuando salió envuelto con una toalla para abrirle la puerta a su hermano.

Darny les gruñó algo y después se metió en su cuarto de baño.

—Hola —la saludó Austin sin mirarla a los ojos.

Issy sintió un ataque de pánico al instante y se sentó en la comodísima cama. No recordaba bien la noche anterior.

—¿Me comporté...? —Su voz le pareció extraña, un poco ronca—. Lo siento. ¿Me comporté muy mal anoche?

—No, por supuesto que no —contestó Austin, si bien lo hizo con tono distante.

—Bueno, tú me pusiste en el punto de mira —replicó ella al tiempo que miraba en busca de algo para beber.

Cogió una botella de Evian y vio que tenía una etiqueta que marcaba 7,50 dólares, un precio que supo que era un robo pese a sus limitadas capacidades aritméticas, de modo que la soltó otra vez.

—Bébetela —le dijo Austin, enfadado, al darse cuenta del gesto.

—¿Qué te pasa? —quiso saber Issy—. ¿He hecho algo malo?

—Es que anoche... estuviste un pelín borde, nada más.

—¿Que yo estuve borde? ¡Pero si la tal Vanya quería pisotearme!

Austin no parecía muy contento.

—Austin —le dijo ella con una nota suplicante en la voz—, a ver, si querías que me comportara de cierta manera o que me vistiera como una fresca y mantuviera la boca cerrada como la tal Candy... deberías habérmelo dicho.

—No quería hacerlo —le aseguró él—. Quería que te comportaras como eres.

Se produjo un terrible silencio.

—A lo mejor me comporté tal como soy.

Austin pareció estar a punto de decir algo, pero se mordió la lengua y no lo hizo. En cambio, miró la hora.

—A ver...

—Sí, tienes que irte. Lo sé. Darny y yo saldremos a explorar.

—Vale —replicó Austin, aliviado al haber dejado atrás el espinoso tema—. Genial. Te mandaré un mensaje de texto. Creo que podré salir sobre las cinco de la tarde. Conozco una pastelería muy guay donde podemos quedar.

—De acuerdo. A nosotros nos vendrá bien una siestecita —replicó Issy—. Genial entonces.

Austin se acercó y la besó.

—Nos vendrá bien pasar un rato a solas —dijo.

En ese mismo momento, Darny comenzó a cantar a pleno pulmón. Una versión muy desafinada de una canción de Bruno Mars mientras se duchaba. Issy puso los ojos en blanco.

—Mmm —murmuró. Después sonrió—. Que tengas un buen día.

Austin le devolvió la sonrisa, pero cuando se marchó, Issy sintió una ansiedad terrible en la boca del estómago. Algo andaba mal y no sabía si ella sería capaz de solucionarlo. No conocía la receta.

—Bueno, pues arréglalo —estaba diciendo Pearl con toda la paciencia de la que era capaz.

Maya lo intentó de nuevo, pero como le temblaba la mano, solo consiguió derramar más café sobre el cristal.

Era el primer día de Maya, y Pearl jamás había tenido a nadie a su cargo en el trabajo, mucho menos a una chica joven, guapa y simpática, que parecía hacerle tilín a un hombre por el que ella jamás admitiría que sentía

algo especial.

La mañana estaba siendo complicada para las dos. Maya ponía todo su empeño, pero Pearl era tan rápida y eficiente que le resultaba imposible seguirle el paso. Además, estaba nerviosa. Pearl parecía tenerle manía por alguna razón que se le escapaba. Para colmo, se había levantado a las cinco de la mañana a fin de hacer el reparto del correo y estaba tan nerviosa que ni siquiera había podido desayunar.

—Tres cafés con leche, un chocolate caliente y cuatro empanadillas navideñas —dijo Pearl, sonriéndole con agrado al cliente—. Solo tienes que abrirlo así.

Sus dedos volaron sobre las teclas y la caja registradora se abrió con un tintineo. Maya intentó recordar cómo lo había hecho, pero le pareció imposible. Suspiró y volvió a la cafetera. Moler, llenar el filtro... La enorme máquina de color naranja la aterrizzaba. Hasta Pearl admitía que era un poco temperamental y que le gustaba soltar de repente un chorro de vapor. Debía calentar la leche sin pasarse, pero sin quedarse corta. Después, tenía que mezclar el café con la leche, verter la espuma con una cuchara hasta llegar al borde de la taza y espolvorear chocolate utilizando una plantilla en forma de cupcake que había hecho Issy. Ese era el proceso que debía repetir cien veces a la hora. Después, servía el café con una sonrisa. Maya estaba al borde de un ataque de pánico.

—¡Deprisa! —le dijo Pearl sin que la sonrisa desapareciera de sus labios.

¿Dónde narices estaba Caroline? El día anterior también había llegado tarde. Cuando Pearl se lo recriminó, ella se encogió de hombros y le dijo que la jefa no estaba y que hacía mucho frío por la mañana temprano como para salir de casa sin su abrigo. Ese día lo había vuelto a hacer. Pearl apretó los dientes. A veces, la desquiciaba trabajar con una persona que solo servía para hacerse la sensible delante del abogado de su ex marido y después pensar que era una tía dura.

Maya se volvió demasiado rápido y acabó tirando al suelo la jarra metálica de la leche. Aunque corrió para limpiarlo todo mientras pedía disculpas, Pearl llegó antes que ella.

—Por favor, las empanadillas navideñas corren por cuenta de la casa —masculló al tiempo que le devolvía el dinero al cliente—. Les llevaré los cafés en cuanto estén listos.

Pearl sacó la fregona mientras Maya balbuceaba una disculpa que ella no

estaba de humor para aceptar, sobre todo porque se percató de que olía a quemado y comprendió que no había escuchado el pitido del horno, porque estaba agachada recogiendo la leche del suelo, y acababan de perder una hornada completa de cupcakes de tarta de Navidad y el delicioso olor navideño de la pastelería se había ido al traste, ya que en ese momento olía a quemado, un hedor en absoluto beneficioso para el negocio.

—Qué peste hace aquí —comentó Caroline, que llegó veinte minutos tarde—. ¡Por Dios! Hay un montón de platos sucios en las mesas. ¿Quién va a querer desayunar en este sitio?

—¿Puedes hablar más bajo? —le dijo Pearl al tiempo que se limpiaba el sudor de la frente—. Y empieza a limpiar.

—¿No puede hacerlo la nueva? —protestó Caroline—. Acabo de hacerme la manicura.

—La nueva está intentando aprender cómo preparar un café sin que explote la máquina —respondió Pearl.

—Oh, oh —dijo Maya.

—Tal vez sea mejor que lo intentes otra vez cuando esto se quede más tranquilo —sugirió Pearl entre dientes, al tiempo que la llevaba hasta el lavavajillas, suponiendo que con eso Maya no tendría problemas.

Sin embargo, descubrió que se había equivocado cuando, una hora después, Maya intentó llenar el cajón del detergente con el líquido limpiador y se las arregló para derramar la espuma encima de una bandeja entera de barritas de limón recién hechas.

—Oh, oh —dijo Maya otra vez.

Junto a la puerta había una cola de gente esperando, pero no era una cola feliz. La gente, que estaba helada, se quejaba entre dientes porque habían esperado mucho rato para conseguir un café aguado y unos dulces que no parecían tan bonitos como de costumbre. Además, las chicas que les servían estaban estresadas y malhumoradas, y esa mañana no estaba Issy para recibirlos con su alegre sonrisa. Como una sola persona más dijera: «La jefa está de vacaciones, ¿no?», Pearl juró que se pondría a chillar.

El teléfono sonó justo cuando uno de los clientes habituales aguardaba junto a la caja registradora con expresión furiosa y un dulce en la mano al que ya le había dado un mordisco. Pearl se agachó para bajar la escalera con el inalámbrico en la mano mientras dejaba que Maya pidiera disculpas y explicara por qué las tartaletas de fresa sabían un poco a jabón.

—Hola.

—¡PEARL!

—Bueno, no tienes por qué gritar.

—Lo siento —dijo Issy—. Es que no estoy acostumbrada a llamar desde el extranjero. ¡Vaya, me alegro de oír tu voz! ¿Cómo vais?

Pearl guardó silencio unos segundos. En ese mismo instante, se escuchó el estropicio de las tazas o los platos al caerse al suelo.

—Bueno, bien —se apresuró a contestar.

—¿De verdad? ¿Lo lleváis bien sin mí?

La voz de Issy tenía un deje un tanto abatido. En realidad, esperaba que les resultara un poco difícil sacar adelante el negocio sin ella. Sí, Pearl era una persona muy trabajadora y había dicho infinidad de veces que era capaz de arreglárselas sin ella. Tampoco podía decirse que fuera ingeniería espacial. Recordó a la estúpida con la que había tenido que cenar la noche anterior. A lo mejor tenía razón, después de todo.

—Bueno —dijo Pearl—. La verdad es que no es lo mismo.

—¡Pearl! —la llamó Caroline con brusquedad—. ¿Te has acordado de pedir la leche? Porque parece que vamos cortas y es solo la una y media. Además, el chico de los sándwiches no ha venido y hemos perdido el almuerzo completo.

—Mierda —murmuró Pearl.

—¿Qué pasa? —le preguntó Issy—. La línea tiene mucho ruido.

—Nada, nada —respondió Pearl—. Los clientes, que nos están felicitando.

—Ah, estupendo —replicó Issy—. Me alegro de que todo vaya bien.

—Ajá, tú no te preocupes por nada —repuso Pearl al tiempo que detenía con un pie una naranja que rebotaba escaleras abajo. Lo curioso era que ni siquiera vendían naranjas—. Por nada en absoluto.

Issy obligó a Darny a que se abrigara pese a sus protestas y sacó su guía de la ciudad.

—No te quejes —le dijo.

—No me estoy quejando —replicó Darny—. Pero que conste que esto es un atropello. No quiero salir. Quiero quedarme en el hotel y jugar con la consola. ¡Tienen el *Modern Warfare 2*!

—Bueno, pues no puedes hacerlo —le soltó Issy—. Estamos en la mejor ciudad del mundo y no voy a permitir que desaproveches tu estancia.

Cualquier otro niño estaría deseando salir y explorar.

Darny frunció el ceño.

—¿Tú crees? —le preguntó.

—¡Sí! —exclamó Issy—. Ahí afuera hay un mundo enorme, lleno de cosas. ¡Vamos a explorar!

Darny hizo una mueca malhumorada.

—Creo que esto es un secuestro.

Issy, que sufría los efectos de la resaca y estaba estresada, cansada y preocupada por su negocio (había pensado que se preocuparía si las cosas no marchaban bien, pero al parecer nadie notaba su ausencia, así que menuda jefa era si no servía para nada y encima en Nueva York solo era una carga...), acabó perdiendo la paciencia.

—¡Por el amor de Dios, Darny! ¡Haz lo que se te dice de una puñetera vez y deja de comportarte como un niño malcriado! Es patético. Tu actitud no impresiona a nadie.

En la habitación se hizo un repentino silencio. Issy nunca le había hablado así a Darny. Había una línea trazada que se lo impedía. Darny ni siquiera era su hermano. No era su hijo. Se había prometido desde el principio que jamás cruzaría dicha línea.

Y acababa de hacerlo. Se había mostrado brusca y desagradable, y Darny no tenía la culpa. Él no había pedido ir a Nueva York. Como tampoco lo había pedido ella. ¡Ay, menudo follón!

Darny se mantuvo en silencio mientras esperaban juntos el ascensor. Una vez que llegaron al precioso vestíbulo, la simpática recepcionista les sonrió con alegría y les preguntó si todo iba bien. Issy mintió y masculló que todo iba perfectamente y, después, ambos se prepararon para salir al gélido exterior. El cielo matinal era de un azul resplandeciente, e Issy decidió que lo primero que necesitaban eran unas gafas de sol. El sol se reflejaba en la estructura de cristal y acero de los rascacielos y la nieve resultaba cegadora.

—¡Uau! —exclamó, distraída en un primer momento. Se le había olvidado todo lo que pasaba en su vida, impresionada por el hecho de estar realmente en Nueva York. ¡En Nueva York!—. Vamos —dijo—. ¡A comprar! ¡Vamos a Barneys! ¿Sabes que hay una tienda que se llama Barneys que es muy famosa?

Darny no contestó.

—A ver —siguió Issy al tiempo que levantaba una mano para detener un

taxi. Era imposible estar en la calle durante más de dos minutos—. Lo siento, ¿vale? No pretendía decir lo que he dicho. Es que estoy... estoy frustrada por otra cosa y me he desahogado contigo.

Darny se encogió de hombros.

—No importa —dijo.

Sin embargo, era evidente que sí que importaba.

Los precios de Barneys resultaron prohibitivos, de modo que se marcharon después de que Issy se sintiera un poco mareada al ver la preciosa ropa expuesta en los maniqués, y bastante alucinada por las guapísimas mujeres que se paseaban por la tienda a diestro y siniestro, cogiendo ropa de todos lados y examinándola. Entre el tráfico, distinguió una tienda de Gap en la acera de enfrente y tiró de Darny para cruzar a la carrera. Allí era todo más barato, y le compró a Darny unas cuantas cosas que pensó que necesitaba. Sobre todo calzoncillos, una prenda que ni Austin ni Darny se percataban de que les faltaba. Después de pensarlo un instante, también compró calzoncillos nuevos para Austin. Seguro que no le irían mal. Además, añadió unas cuantas camisetas y un par de sudaderas. Le gustaba comprarle cosas. A su ex, Graeme, jamás había podido comprarle nada. Era muy raro. Austin seguro que no se daba ni cuenta, y tampoco le importaba, pero ella se sentía bien cuidándolo de esa forma, y en ese momento tenía la impresión de que no estaba haciendo un buen trabajo cuidando a los demás. Y lo peor era que nadie, ni sus clientes, ni su novio, ni el hermano de este, parecían dispuestos a dejarse cuidar.

Suspiró al llegar junto a una preciosa camisa de cuadros de franela. Estaba forrada por dentro y habría sido la mar de calentita y cómoda para su abuelo, que en sus últimos días siempre tenía frío y la ropa le resultaba áspera e incómoda. La sostuvo un momento, deseando poder comprársela. Pero no podía.

Se subieron en otro taxi cargados de bolsas. Issy sabía que debería coger el metro, pero la idea de perderse o de acabar desubicada la aterraba. De todas formas, se dijo, hacía más de un año que no se tomaba unas vacaciones, trabajaba muchísimo y podía gastarse el dinero que le apeteciera, y tanto la estancia como el desplazamiento estaban pagados. Se merecía algo de tiempo libre y podía permitirse unas cuantas compras.

Desde la calle, el edificio del Empire State no era gran cosa, solo otro rascacielos con oficinas, salvo por su estilo *art déco*. Issy no había caído en la cuenta de que era un edificio donde la gente trabajaba. ¡Por supuesto que

había oficinas donde se trabajaba! ¿Qué se creía, que iba a estar vacío como la Torre Eiffel? Compró las entradas con gran emoción al tiempo que observaba el precioso y enorme árbol de Navidad emplazado en el vestíbulo, que debía de tener una altura de varios pisos, mientras Darny prolongaba su malhumorado silencio. Issy trató de fingir que no la acompañaba. Mientras subían en el ascensor, contempló las preciosas flechas doradas que señalaban la subida y sonrió, sintiéndose como Meg Ryan. Sin embargo, no era lo mismo, comprendió al ver la expresión tensa de Darny en el espejo.

En el piso cien, el frío, el viento y el sol resultaban vigorizantes. El desfase horario, la resaca y su malestar desaparecieron de inmediato en cuanto pisó la plataforma exterior, que era mucho más pequeña de lo que había imaginado. El emocionado cargamento de turistas se dispersó en las cuatro direcciones para contemplar el paisaje: los enormes cargueros chinos y de Oriente Medio atracados en los muelles del Low East Side; los helicópteros que despegaban hacia el sur desde Broad Street y que sobrevolaban la isla como avispas gigantes; Central Park, un rectángulo tan perfecto que parecía ridículo, muy distinto de los espacios verdes londinenses a los que estaba acostumbrada, sobre todo porque era lo único verde que había en la ciudad y el resto era todo edificio tras edificio, con sus aristas y sus cristales, tan parecidos a una creación de Lego. El sol se reflejaba en el río y en la isla, algo que sí que le recordó a Londres o tal vez más a su ciudad natal, a Manchester, comprendió un tanto avergonzada. Su aliento se condensaba frente a ella mientras cogía la cámara de fotos por puro instinto, aunque después comprendió que tal vez fuera mejor comprar una postal de la imagen que tenía delante antes que hacerle una foto.

—¡En la cima del mundo! —le gritó a Darny, que estaba acurrucado en un rincón para protegerse del frío, pero que parecía helado—. Vamos —le dijo—. ¿Quieres que subamos a ver el mástil? ¿Sabes que lo hicieron para amarrar zepelines? ¿Te imaginas lo que sería ver cómo bajaba uno? Lo malo era que hacía demasiado viento y tuvieron que dejarlo.

Darny rezongó algo.

—Darny —le dijo ella con timidez—, sé que estás enfadado conmigo. Pero no permitas que eso te arruine el viaje, ¿vale? Ni me lo arruines a mí. Te prometo que no pensaré que se te ha pasado el enfado si demuestras que te lo estás pasando bien, aunque sea un poquito. —Sus palabras tampoco lo

hicieron reaccionar, e Issy acabó mordiéndose el labio, frustrada—. Bueno, da igual —añadió al tiempo que echaba un último vistazo y se demoraba un instante junto a la flechita que indicaba que había 5.568 kilómetros hasta Londres—. Vamos, es hora de almorzar. Y hemos quedado.



13

Brownies de chocolate al estilo del Verity Deli

Calorías: En Reino Unido, un millón, y puede dejarte listo el estómago para todo el día; en Estados Unidos, es un picoteo ligerito entre dos copiosas comidas, ambas con queso fundido por encima. También se puede acompañar de caramelo, nata montada, helado de jengibre o de cirugía cardiovascular. Si haces la receta, te aconsejo que sean brownies diminutos a modo de deliciosos entremeses que se derriten en la boca. Morir a causa del chocolate es, de verdad, una pésima idea. Aquí lo importante es sentirse bien y a gusto, no acabar pegajosa y con remordimientos.

Ingredientes

185 g de mantequilla sin sal
185 g de chocolate negro de buena calidad
85 g de harina
40 g de cacao en polvo
50 g de chocolate blanco
50 g de chocolate con leche
3 huevos XL
275 g de azúcar moreno

Derrite la mantequilla y el chocolate negro muy despacio y con cuidado en el microondas. Deja que se enfríe. Precalienta el horno a 160 °C y forra una bandeja de horno con papel de hornear.

Tamiza la harina y el cacao en polvo; trocea el chocolate con leche y el chocolate blanco. Bate los huevos y el azúcar hasta que la mezcla adquiera la consistencia de un batido y haya doblado su tamaño. Con cuidado, añade el chocolate fundido y mezcla hasta que se haya integrado todo. Añade después los trocitos de chocolate.

Hornea durante 25 minutos, hasta que la superficie esté brillante.

Issy siguió las instrucciones que había recibido en el correo electrónico. Helados por la exposición a los elementos a cientos de pisos por encima del suelo, los dos se alegraron al entrar en el cálido interior del edificio antes de pillar otro taxi amarillo. Issy comenzaba a cogerle el tranquilo a eso de los taxis. Austin le había explicado que no se avisaba a un taxi y se esperaba a que llegara a recogerte, sino que se abría la puerta del primero que se parase para entrar sin titubear, porque de lo contrario alguien se lo quedaría. Al principio, eso le pareció muy maleducado y grosero, pero después de que tres personas consiguieran quitarles el taxi, que era muchísimo más maleducado y grosero, Issy entraba y salía de los coches como si fuera neoyorquina, con Darny pegado a sus talones.

Atravesaron el alegre caos de Times Square, lleno de turistas de mejillas sonrosadas que no dejaban de mirar a su alrededor para averiguar a qué venía tanta fama. Un Papá Noel estaba haciendo sonar su campanilla en cada cruce. La gente compraba entradas para los espectáculos navideños y contemplaban los edificios iluminados en todo su esplendor, con los buenos deseos de Coca-Cola y de Panasonic. Todo era un torbellino de luces y de árboles, y en cada esquina había grupos que cantaban villancicos, personas que tocaban campanillas o vendedores de bolsos monísimos que Issy miraba con expresión arrepentida antes de recuperar el buen juicio y continuar camino. No quería imaginarse la cara de Caroline si aparecía con una copia de un Kate Spade, por no mencionar su espanto si la pillaban en el control de aduanas.

El lugar al que tenía que dirigirse, y llegar temprano, que insistieron mucho en ese punto, se encontraba en un enorme edificio que hacía

esquina, con un anuncio de estilo años cincuenta en el que se promocionaba un dispensador de refrescos. Se llamaba Verity Deli y tenía las paredes llenas con fotos de personajes ilustres: Woody Allen estuvo allí, al igual que Liza Minelli, Steven Spielberg y Sylvester Stallone. Ya se estaba formando una cola. Una camarera entrada en años, con el pelo teñido de naranja y unos pechos imposibles, apretados por el uniforme verde, se apresuró a acompañarlos hasta unos asientos parcheados y muy usados. Issy pidió una taza de té y dejó que Darny, que la miraba con atención, pidiera una bebida de nombre raro que ninguno de los dos sabía muy bien qué era. Cuando se la llevaron, resultó ser una especie de batido con una bola de helado y un granizado de limón en una jarra del tamaño de la cabeza de Darny. Él volvió a mirarla, pero como no le dijo nada, se dispuso a atacar la bebida sin mediar palabra.

Tuvieron que esperar mucho. La camarera reapareció varias veces por su mesa. La carta era inmensa, con toda clase de cosas para pedir: *roast beef* con guarnición, *knishes*, pastrami con centeno y un montón de cosas más que no significaban nada para Issy, que ya se había llevado una mala impresión por el estado de los asientos y por la dejadez de la camarera. Se imaginaba lo que sucedería si pasaba los dedos por encima de los marcos de las fotos.

Al cabo de veinte minutos, mientras Issy jugueteaba con el móvil y deseaba haberse llevado un libro, y mientras Darny seguía atacando con estoicismo la enorme bebida, aunque parecía estar poniéndose verde, la puerta se abrió con un efecto dramático, provocando una gélida corriente de aire. Acababa de llegar una mujer alta e imponente, vestida con ropa muy anticuada, muy sencilla y hecha a mano, y con un enorme sombrero bastante recargado.

—¡Isabel! —exclamó la recién llegada con acento yanqui.

—Mamá —dijo Issy.

Darny levantó la vista por primera vez en el día.

Marian atravesó el local hacia su mesa. La anciana camarera se acercó a ellos en un abrir y cerrar de ojos, pero Marian la despachó con un gesto de la mano.

—¡Beverly! —exclamó—. No hasta que haya saludado a mi preciosa hija, a la que llevo años sin ver. Mírala, ¿a que es guapa?

Marian le dio un pellizco a Issy en los mofletes. Issy intentó no molestarse y le dio un abrazo a su madre.

—¿Y quién es este? ¿Has tenido un hijo y no me lo habías dicho?

—No —contestaron Issy y Darny al unísono.

Marian se sentó y apartó la carta plastificada.

—Tráenos tres pastrami con centeno, sin pepinillos. Y tres batidos más como ese.

—No, gracias —dijo Darny, que parecía a punto de vomitar.

—Pues que sean dos. Tienes que probarlo —dijo Marian.

—Vale —accedió Issy.

Las bebidas aparecieron en un tiempo récord, mientras Marian seguía mirándola de arriba abajo.

—No te he visto desde...

—El entierro del abuelo —terminó Issy por ella.

Había puesto una esquila en el *Manchester Evelin News*, y se sorprendió por la masiva respuesta. Más de doscientas personas que recordaban a su abuelo (de haber trabajado con él o de haber comido sus pasteles a lo largo de los años) se pusieron en contacto con ella, y el entierro estuvo a rebosar. Había sido abrumador. Su madre había deambulado de un lado para otro recibiendo cumplidos, con aire sufrido y guapísima, mientras Issy intentaba atender a la interminable cola de personas que querían expresarles sus condolencias, muchas de las cuales tuvieron la deferencia de decirle que había heredado el talento de su abuelo.

Le contaron muchísimas anécdotas. Productos fiados cuando el cabeza de familia no tenía trabajo. Un aprendiz recién salido de la cárcel. Un ladrón que recibió un golpe fortísimo en los nudillos despachado con tal sermón que no volvió a delinquir... Hubo anécdotas de tartas de bodas, de pasteles de bautizos, de rosquillas calientes para las manos frías recién salidas del colegio, de haber crecido con el olor a pan recién hecho en la nariz. Su abuelo había tocado muchas vidas, y esas personas querían que ella lo supiera, algo de lo que se sintió agradecida.

También se alegró de estar ocupada durante todo el entierro, cuando tuvo que organizarlo todo. Siempre había algo más que hacer, de modo que no paró ni un instante. Una vez que lo arregló todo y volvió a Londres, se pasó las noches empapando las camisas de Austin con sus lágrimas. Él se lo había tomado muy bien. Lo entendió, tal vez como ninguna otra persona podría entenderlo.

Quedó un poco de dinero, no mucho. Issy se alegró de que fuera así. Su abuelo había trabajado mucho durante toda la vida, de modo que ella no reparó en gastos para que estuviera en un buen lugar, con personas agradables que lo cuidaran, para que se sintiera todo lo cómodo y feliz que fuera posible. No se arrepentía de un solo penique gastado. Utilizó la parte de su herencia para ampliar el contrato de alquiler y pagar parte de la hipoteca del apartamento. Su madre, en cambio, la usó para acudir a un *ashram*, fuera lo que fuese, y quejarse de todas las inconsistencias de *Come, reza, ama*.

Y allí estaba de nuevo, incombustible, en una cafetería de Nueva York. Se le hacía todo muy raro.

—En fin —dijo Issy.

—Bueno, cuéntamelo todo —dijo su madre.

Sin embargo, antes de poder abrir la boca, Marian llamó a la camarera.

—La verdad es que no debería comer nada de esto —le confesó su madre—. Me pasé a la dieta crudífera en el *ashram*. Al parecer, tengo un sistema muy sensible y soy incapaz de procesar la harina refinada. Pero... *Oy vey!*, como se suele decir.

—Mamá —dijo Issy. Miró el sándwich que tenía delante. Era más alto de lo que su boca podía abrirse. No estaba segura de lo que iba a hacer con él ni de cómo debería comérselo—. ¿Te has convertido al judaísmo?

Marian adoptó una expresión solemne.

—Bueno, creo que en el fondo todos somos judíos.

Issy asintió con la cabeza.

—Con la salvedad de que nosotras somos anglicanas.

—Pero la Iglesia de Inglaterra es de tradición judeocristiana —le recordó Marian—. Da igual, la cosa es que me voy a cambiar de nombre.

—¡Otra vez no! —gimió Issy—. Vamos, ¿no te acuerdas de todo el lío con el banco cuando quisiste recuperar tu nombre después de haberte puesto «Pluma»?

—No —contestó Marian—. De todas formas, tampoco cuesta tanto recordarlo. Me voy a poner Miriam.

—¿Para qué cambiártelo de Marian a Miriam? Son casi iguales.

—Salvo por el hecho de que uno honra a la madre de Jesús, que sí, fue un gran profeta, y el otro es el nombre de la hermana de Moisés, que condujo al Pueblo Elegido hasta la Tierra Prometida.

Issy había aprendido hacía mucho tiempo a no intentar analizar con

lógica la última locura de su madre. De modo que sonrió, resignada.

—Me alegro de verte —dijo—. ¿Te gusta vivir aquí?

—Es el lugar más maravilloso del planeta —le aseguró Marian—. Deberías ver el kibutz.

—¿Vives en un kibutz?

—¡Pues claro! Intentamos vivir de la forma más auténtica posible. Los sábados son complicados, pero salvo por eso...

—¿Por qué son complicados los sábados? —Era la primera vez que Darny hablaba sin que lo obligaran.

Marian se concentró en él.

—¿Y quién eres tú? —le preguntó sin rodeos.

—Darny Tyler —respondió él, que volvió a agachar la cara hacia su sándwich.

—¿Y qué tienes que ver tú en todo esto? ¿Te está tratando bien mi hija?

Darny se encogió de hombros.

—¡Sí que lo trato bien! —exclamó Issy, irritada—. Trato bien a todo el mundo.

—Demasiado bien —repuso Marian—. Siempre quieres complacer a los demás, ese es tu problema.

Darny asintió con la cabeza, dándole la razón.

—Siempre quiere caerle bien a todo el mundo, a todos los profesores y eso.

—¿Qué tiene eso de malo? —quiso saber Issy—. Claro que quiero caerles bien a los demás. A todo el mundo debería gustarle caerles bien a los demás. La alternativa serían las guerras y las discusiones.

—O la sinceridad —repuso Darny.

—Exacto —convino Marian. Se miraron entre sí.

—Os estáis aliando en mi contra —dijo Issy, que intentó darle un mordisco a la parte inferior del sándwich.

Estaba buenísimo. En cuanto lo probó, desaparecieron todas las dudas acerca de la salubridad y de las apariencias de la cafetería. Le pareció interesante comprobar la cola que había en la puerta. La gente iba a ese lugar por un único motivo: la deliciosa comida. El hecho de que el linóleo estuviera cuarteado o de que las ventanas estuvieran sucias no importaba en lo más mínimo. Echó un vistazo a los demás clientes, que entraban, pedían a gritos, cogían bolsitas de sal y cucharillas para mover el café del mostrador, y se empujaban los unos a los otros. Así estaba bien. Así era

como la gente quería que fuera. Tal vez no fuera lo adecuado para su clientela, pero sí para la de ese local.

—Bueno, dime, Darny, ¿cómo te va en el colegio? —preguntó Marian.

Darny se encogió de hombros.

—Fatal.

—No le va fatal —lo corrigió Issy—. Saca sobresaliente en Matemáticas y en Física. Y no saca buenas notas en lo demás, no porque no sea listo, sino porque no le interesa.

—Yo detestaba el colegio —comentó Marian—. Lo dejé en cuanto pude.

«Y te quedaste embarazada», pensó Issy, pero no lo dijo en voz alta.

—Issy era un ratoncito de biblioteca, trabajaba muy duro, fue a la universidad y aprobó todos los exámenes, era muy estudiosa. Pero, ¿qué hace ahora? Dulces. Que está muy bien, por supuesto, pero para eso no era necesario que su abuelo le pagara tres años de educación universitaria.

—Pues me ha sido muy útil —protestó Issy, molesta.

—Bueno, ¿y tú quién eres? —preguntó Marian.

—Soy el hermano pequeño de Austin. Y Austin es su novio. —Darny hizo una mueca y Marian se echó a reír.

—No sabía que tenías novio —repuso.

—Austin —insistió Issy con paciencia—. ¿Te acuerdas del chico alto del funeral? ¿Del dueño de la casa en la que vivo? ¿De quien te hablo cada vez que nos llamamos?

—Ah, sí, claro que me acuerdo —contestó Marian—. A ver si me lo presentas un día de estos.

—Ya te lo he presentado —replicó Issy—. Cuatro veces.

—¡Ay, pues claro! ¡Bien por ti! Bueno, Darny, cuéntame algunas de las tonterías que te han enseñado en el colegio.

Y para la más absoluta sorpresa de Issy, Darny comenzó a contarle con pelos y señales cómo su profesora de educación sexual se había puesto muy nerviosa y alterada al cometer cierta torpeza con un plátano. Era una anécdota graciosa y Marian la escuchó con atención, haciendo las preguntas oportunas; y después, los dos se enzarzaron en una discusión de por qué tenían que usar conejos en las clases de educación sexual y de por qué no podían utilizar la pareja de pingüinos homosexuales. E Issy tuvo la impresión de que Marian estaba disfrutando de la charla, de que los dos estaban disfrutando, pero también de que estaba hablando con Darny como si fuera un adulto... o como si ella fuera una adolescente, aunque Issy no

sabía muy bien cuál de las posibilidades era la correcta. Fuera como fuese, en cierta forma se entendían. Los observó con tristeza. Darny era muy vivaracho, lleno de contradicciones y con muy mal genio. A ella le resultaba agotador y problemático, pero su madre lo veía como un desafío. Sin embargo, ella había pasado gran parte de su vida como hija intentando ser buena, intentando comportarse, y recibiendo halagos por ello.

En fin, su abuelo la había querido tal cual era. Eso lo sabía. Y Austin también. Con razón se sorprendió tanto por la salida de tono de la noche anterior. Tocó el móvil con disimulo y se preguntó qué estaría haciendo. Miró la cocina del restaurante, llena de cocineros especializados en comida rápida que gritaban, protestaban y trabajaban en mitad del aluvión de comandas del almuerzo. Ojalá pudiera hornear algo. Hacerlo siempre la tranquilizaba cuando estaba nerviosa. Sin embargo, entre la diminuta habitación del hotel y las comidas en restaurantes caros, era totalmente imposible. Iba a tener que ponerle buena cara al mal tiempo. Y alegrarse de que Darny y su madre parecieran llevarse tan bien. Menos daba una piedra, pensó.

Añadieron una generosa propina a la cuenta (pagó Issy y su madre no puso reparos) y aunque no tenían muchas ganas de abandonar el ambiente acogedor por la gélida calle, Marian les dijo que tenía que pasarse por Dean & Deluca para recoger unos *knishes*, una frase que Issy no entendió, de modo que salieron al frío.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar? —preguntó Marian.

—Unos cuantos días —contestó Issy—. ¿Podemos ir a tu casa?

Marian frunció el ceño.

—En fin, ya sabes, la comuna está muy ocupada y... Por supuesto —dijo al final—. Por supuesto. Te mandaré la dirección. —Les dio besos a ambos sin cortarse—. *Mazel tov!* —exclamó con jovialidad antes de alejarse con su estrafalaria ropa, cruzando con el semáforo en rojo como si hubiera nacido en Nueva York.

—Tu madre es guay —comentó Darny mientras cogían un taxi para ir al museo Guggenheim.

—Eso suele decir la gente —comentó Issy.

—¿No la ves a menudo?

—Pues no —murmuró—. Pero no pasa nada. Nunca la he visto mucho.

Se hizo el silencio entre ellos, pero en esa ocasión era un poco más cómodo.

Después de una hora de intentar apreciar el arte (mientras Darny corría arriba y debajo de la famosa pasarela circular), Issy no podía más. Estaba en un tris de sugerir que volvieran al hotel para echarse una siesta cuando por fin le vibró el móvil. Era Austin, con una de esas direcciones raras de Nueva York compuestas por números. Le sugería que se reunieran en un lugar y ella accedió.

Austin había pasado toda la reunión en piloto automático. No había escuchado ni una sola palabra de lo que habían dicho, se limitó a soltar su análisis del sector. Por increíble que pareciera, nadie aparentaba darse cuenta de que no había prestado atención. Tal vez no prestar atención era la manera de avanzar. Tal vez era como se hacía todo. Sin embargo, le resultaba imposible. Porque se dio cuenta, de que era muy desdichado. Allí estaban, agasajándolo con riquezas y con un modo de vida nuevo. Un modo de vida con el que ni siquiera había soñado. El éxito y la seguridad tanto para Darny como para él. Un futuro.

Sin embargo, la persona con la que más ansiaba compartirlo no parecía querer compartirlo con él.

Austin no se había enamorado de Issy de buenas a primeras. Al principio, le había parecido graciosa; después, había empezado a caerle bien, y poco a poco se había ido dando cuenta de que no quería vivir sin ella. Pero era mucho más que eso. Confiaba en ella, escuchaba con atención lo que ella tenía que decir. Compartían muchos puntos de vista. Y el hecho de que a Issy no le interesara lo más mínimo estar allí con él... minaba su confianza. Muchísimo. Había llegado a un punto en el que contaba con ella para todo, hasta tal extremo que, se percató, daba por sentada su presencia.

Se abrió paso a través de la nieve sucia. Todas las personas a las que había conocido lo tomaban por loco al salir con ese tiempo, pero le gustaba caminar por Manhattan. Había muchas cosas que admirar, y él encajaba con su zancada habitual porque todo el mundo andaba deprisa; además, le gustaba sentir el ritmo de la ciudad en las venas, el zumbido de la electricidad. Le gustaba. A Issy también tendría que gustarle.

Ese pensamiento lo llevó a contener un gemido. Sabía... creía saber...

que si le suplicaba, que si insistía mucho y la chantajeaba para aceptar la situación (algo muy atípico en él), ella se mudaría. Lo haría. ¿Verdad? Pero aunque lo hiciera, él sabía que no sería feliz. No podría serlo. Había trabajado muchísimo, y era su... su propósito en la vida, supuso. Issy en el Cupcake Café, con las manos enharinadas, las mejillas coloradas por el calor del horno; con una palmadita en la cabeza para cada niño y una palabra amable para cada londinense helado y cansado que se pasaba por el local. La definía. Meterla en un apartamento acristalado en Manhattan mientras él trabajaba muchísimas horas al día...

Rechazaría el puesto sin dudar.

Eso era lo que llevaba rumiando en la cabeza todo el día. Era lo único que había decidido. Por desgracia, quedaba otra cuestión. Algo que hacía que sus buenas intenciones hacia Issy quedaran en nada.

La carta que Issy había cogido de la consola del recibidor de camino a Nueva York. La carta, con el membrete y el nombre tan impersonal. Estaba un poco arrugada y manchada tras el ajetreo del vuelo. Issy se la había dejado junto a la cama. Ella no sabía, por supuesto, hasta qué extremo habían llegado las cosas.

Estimado señor Tyler:

Tenemos el desagradable deber de informarle de que el comportamiento de su hijo/pupilo es tal que, pese a las repetidas advertencias, ya no podemos seguir aguantándolo en Carnforth Road School. Vamos a recomendar la expulsión permanente. Creemos que las necesidades especiales de Darny no pueden ser cubiertas en este colegio...

Había más, muchísimo más. Casi todo referencias legales. Austin se había saltado esa parte.

Solo quedaba otro colegio en el distrito, King's Mount, que era un lugar espantoso y terrible durante su época de estudiante, y que seguía siendo espantoso y terrible en ese momento. Los padres lo evitaban como la peste. La gente se mudaba para que sus hijos no tuvieran que asistir a ese colegio. Las peleas estaban a la orden del día. Era un lugar al que iban los niños que ya no tenían cabida en ningún otro sitio, que estaban a un paso de un reformatorio o cuyos padres pasaban del tema. Llevaba en una situación especial desde tiempo inmemoriales, pero no podían cerrarlo, porque era

un colegio enorme y nadie quería a los niños que iban allí.

Darny no sobreviviría en ese lugar. Y Austin no podía permitirse mandarlo a otro colegio. No en Londres. En el hipotético caso de que lo admitieran, porque sería muy difícil con su expediente. Tragó saliva.

Merv ya le había pasado el folleto del colegio al que asistían sus hijos, y le aseguró que Darny tendría una plaza. Las clases eran de doce alumnos, contaba con su propia piscina y había seminarios individuales todas las semanas para «desarrollar el potencial social y creativo» y para alentar «la independencia y la claridad de pensamiento». Austin le había estado dando vueltas desde entonces. Parte de la intransigencia de Darny se debía, cómo no, a la edad; era normal y seguramente se la quitarían a base de palos en King's Mount... Austin no lo soportaría. Darny era bajito para su edad. Bajito, no demasiado valiente, pero con una boca. Recordó que Issy le dijo de pasada que no le gustaban las bandas de críos que entraban en su tienda (los dejaba entrar, pero Pearl los echaba si se ponían muy pesados), pero que ella hacía una excepción con los pobres desdichados que veía salir de King's Mount, con sus caras blancas y aterradas.

Austin suspiró. ¿Debía dejarlo todo, el trabajo y todo lo demás, por Issy? Por supuesto. Sí, Nueva York sería una aventura increíble, pero no pondría en peligro su relación por eso. No si solo se tratase de él.

Pero no se trataba solo de él. Se trataba de Darny y de él, y así había sido durante mucho tiempo.

En cuanto Issy vio la fachada del lugar de encuentro, lo supo y fue incapaz de reprimir la irritación. Allí era donde Austin había comprado esos cupcakes. Sus enemigos... Le picaba la curiosidad, no podía evitarlo. Cupcakes de Nueva York, se leía con letra antigua en el escaparate. Allí era donde muchos de los mejores creadores de cupcakes habían comenzado su carrera en esa ciudad... tal vez a ella le llegó una remesa fallida. Le vendría bien probar otros, echar un vistazo y ver si podía sacar nuevas ideas. Ojalá se le hubiera ocurrido antes, pensó, en vez de seguir la guía de viajes e intentar explicarle un montón de cosas a Darny en la galería de arte que no comprendía en absoluto, para después tener que soportar sus preguntas al respecto, algo de lo que fue incapaz.

El olor a café que llegaba hasta la calle, aunque tenía ese extraño y ligero matiz a quemado que había empezado a asociar con las cafeterías

yanquis, la tranquilizó un poco. Le daba la impresión de que estaba más cerca de casa. Inspiró hondo. Algo fallaba. Algo se estaba horneando, sí, ya que el delicioso olor se expandía por media calle. Y también veía dulces en el escaparate. Sin embargo, dichos dulces no encajaban con el olor, que parecía más de pan. Algo no encajaba.

Echó un vistazo a través del escaparate velado por el vaho. Para su sorpresa, Austin ya estaba allí. No acostumbraba a ser puntual, mucho menos a presentarse antes de tiempo. Estaba charlando con alguien. Tenían las cabezas muy cerca. Issy parpadeó. No había mencionado que llevaría a un amigo.

—¡Vamos! —la urgió Darny dando brincos—. ¡Hace un frío que pela aquí fuera!

—Vale, vale —dijo Issy, que abrió la puerta. La campanilla emitió un sonido electrónico. Issy prefería una campanilla de verdad.

Austin levantó la vista, y tenía expresión culpable. La chica con la que estaba hablando era tan guapa que rozaba el ridículo, pensó Issy, con dientes perfectos, labios rosados y unas pecas monísimas. Issy se preguntó si estaba siendo paranoica, pero tuvo la impresión de que la chica la miraba echando chispas. Tal vez se estuviera pasando al juzgar tan duramente Nueva York y a sus habitantes. Tenía que tranquilizarse y relajarse un poco. Todo se iba a solucionar.

—Hola —saludó ella con voz cantarina y toda la amabilidad de la que fue capaz.

Austin sonrió. Aún se sentía un poco incómodo por lo de esa mañana y tenía la sensación de que las cosas no estaban saliendo tan bien como se había imaginado en un principio.

—Hola —replicó él.

—Nueva York es un asco —anunció Darny con voz alegre, como si confirmara una sospecha que llevaba mucho tiempo albergando—. Hace un frío espantoso y la ciudad es aburridísima. Pero la comida está bien —añadió al tiempo que miraba los cupcakes.

—Hola —saludó Kelly-Lee. Estaba un pelín desconcertada. Se las apañaba bien con las novias, pero no sabía que tenían un niño. Eso era un incordio. Además, Austin no parecía ser tan mayor—. ¿Has venido a ver a tu papá?

—Mi padre está muerto —le soltó Darny de malos modos, como siempre hacía en esas situaciones—. Ese es mi hermano.

—¡Ayyy! —exclamó Kelly-Lee. Darny se conocía ese «Ayyy». Austin y él se miraron.

—Ven aquí, trasto —dijo Austin.

—Vamos, chiquitín. Te voy a dar un cupcake. No sé si los tienes en tu país. Es un dulce típico de aquí, ¡y aquí tienes uno navideño solo para ti!

Darny puso los ojos en blanco, pero no iba a rechazar un dulce gratis.

Issy esbozó una sonrisa bastante tensa. Kelly-Lee la miró.

—Ah, claro —dijo—. Se me olvidaba que tú haces pasteles, ¿no?

—Sí —contestó Issy. Ya sabía qué tenía de raro el olor. Era artificial. Era todo químico. La masa que horneaban no se preparaba allí.

—¿Como un trabajo o por afición?

—Como un trabajo —contestó Issy.

—Ah —repuso Kelly-Lee—. Yo quería encontrar trabajo de actriz.

—Bueno, ha sido un placer conocerte —replicó Issy, algo confundida.

—Austin y yo nos hemos visto varias veces, ¿no es verdad? —comentó Kelly-Lee al tiempo que le ponía una mano juguetona a Austin en la solapa. A continuación, rodeó el mostrador para recoger las tazas que se apilaban en algunas mesas, poniendo especial cuidado en inclinarse para que tanto Austin como Issy vieran lo prieto que tenía el trasero, para lo cual hacía varias horas de pilates al día.

Issy miró a Austin con las cejas enarcadas.

—Esto... ha sido muy amable —comentó Austin.

—¡Y no te olvides de llamarme! —exclamó Kelly-Lee—. ¡No te preocupes! Yo te lo cuidaré cuando no estés aquí. —Tras lo cual esbozó una deslumbrante sonrisa yanqui en plena cara de Issy y la saludó con un gesto de la bayeta antes de desaparecer hacia la cocina.

Issy estaba que trinaba.

—¿Quién leches es esa? —le soltó.

—Bueno, una chica... —contestó Austin, confundido.

—¿Una chica? ¿¡Una chica!? ¿Has entrado por casualidad en una pastelería y te has puesto a hablar con una chica así sin más?

—Solo estábamos hablando —se defendió Austin.

—Así que no le has cogido el teléfono, ¿verdad?

Austin meditó antes de contestar.

—Bueno, sí que me ha dado su teléfono... pero yo no se lo he pedido. Ni siquiera sé dónde lo tengo. Me lo dio por si tú no te subías a ese avión.

Issy parpadeó sin dar crédito.

—¿Cómo? ¿Por si una pastelera no estaba disponible, poder apañártelas con otra?

—¡No! ¡No! —protestó Austin—. Lo estás entendiendo mal. ¡Lo estás entendiendo todo mal! No has dejado de hacerlo desde que llegaste.

—No te he visto desde que llegué —puntualizó Issy, que para su espanto se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar. Casi nunca discutían—. Aunque supongo que tendré que acostumbrarme, ya que parece que tú te vas a mudar aquí con toda esta gente nueva a la que has conocido y con todas las cosas interesantes que haces aquí, mientras que yo volveré a casa y seguiré con mi aburrida vida de repostera que, por cierto, ¡hago de verdad a mano! —gritó para que Kelly-Lee pudiera oírlo desde la trastienda—. No es esta mierda plasticosa que preparan aquí a saber con qué aceite vegetal y que venden con fecha de caducidad. ¿Sabes cuál es la fecha de caducidad de un cupcake? No tiene. Dura alrededor de una hora. Así que esto es una mierda y todo lo que hay aquí es una mierda, y tú te vienes aquí, para siempre, y yo me doy cuenta de que tengo que aguantarme con eso, pero no sé por qué tienes que empezar a restregarme por las narices a tus amiguitas y tus nuevos intereses antes siquiera de que me haya ido.

Austin estaba de piedra. En la vida había visto a Issy tan alterada. La miró, descompuesto. Y eso que no había entendido lo del aceite vegetal que había dicho ella.

—Issy... Issy, por favor.

—¡No! —exclamó Issy—. No intentes hacerme creer que esto es porque soy una desagradecida y una tonta. Tú ya has tomado una decisión acerca de lo que quieres, así que no me vengas con que sigues barajando posibilidades o con que no estás del todo seguro. He conocido a las personas con las que vas a trabajar. Parecen convencidísimos de que vas a mudarte aquí, de que vas a dejar atrás todo lo que tenemos. Pero no te preocupes por tener que decírmelo, ya me hago yo solita la composición.

Dio media vuelta, cogió su gorro y salió de la pastelería.

—¿Está bien? —preguntó Kelly-Lee, que salió de la parte posterior con expresión compungida y preocupada—. Lo siento, no pensé que se lo tomaría tan a la tremenda. ¿Se comporta siempre así? Espero no haber dicho algo inconveniente. Pero hay gente muy melodramática, ¿verdad?

—No te preocupes —dijo Austin, que sin sacarla de su error, dejó dinero para pagar el café.

—Este cupcake está asqueroso —comentó Darny—. Se mire por donde se mire, es horrible.

—Qué mono —dijo Kelly-Lee—. Sobre todo me encanta tu acento.

Austin miró a su hermano.

—¿Puedes quedarte aquí cinco minutos? —le preguntó—. Será mejor que vaya a por Issy.

—¿Con ella? Ni de coña —respondió Darny—. No puedes dejarme aquí, es ilegal.

—Por favor, Darny —le suplicó Austin.

Darny se cruzó de brazos con expresión rebelde. Cuando Austin por fin lo arrastró a la calle, no había ni rastro de Issy ni tenía la menor idea de adónde había ido.

Estaba oscureciendo. Hacía un frío que calaba hasta los huesos, más frío del que Issy había sentido jamás. Las personas eran siluetas amorfas debajo de enormes abrigos acolchados y de gigantescos gorros y bufandas, como hombrecillos de gominola que corrían para guarecerse bajo techo. El sol se ponía entre tonos rosas, rojos y dorados, recortando los rascacielos y lanzando interminables sombras sobre las aceras. Issy apenas si se dio cuenta. Corrió a ciegas por la calle, con los ojos llenos de lágrimas. Sabía que había llegado el momento de aceptar la verdad. Austin iba a mudarse. Iba a convertir esa ciudad en su hogar, en el hogar de Darny, y ya estaba. Y las chicas se abalanzarían sobre él sin pensárselo, y...

Ya no podía pensar más. Se encontró de vuelta en la Quinta Avenida, abriéndose paso a ciegas entre la multitud, una cantidad de gente que la asustaba justo cuando se encontraba desorientada y necesitaba llorar con tranquilidad, en la intimidad. No parecía haber demasiada intimidad en esa ciudad.

Le sonó el móvil. Rebuscó en el bolsillo con el corazón en la garganta. ¿Sería ese el final? ¿Qué iba a decir: «Lo siento, Austin, pero se ha terminado entre nosotros. Te dejo porque estás a punto de dejarme y no quiero pasar por cuatro meses de tortura mientras vas de Londres a Nueva York incapaz de tomar una decisión»? ¿O tal vez dijera: «Por favor, por favor, te lo pido por favor, vuelve a Londres conmigo y renuncia a toda expectativa de un futuro emocionante para quedarte atado a un escritorio toda la vida en Stoke Newington»?

En la pantalla no aparecía el nombre de quien la llamaba porque se encontraba en el extranjero, y estuvo a punto de no contestar, ya que no sabía qué decir y una parrafada entre lágrimas y sollozos no serviría de nada. Sin embargo, no contestar sería peor, sería una actitud pasivo-agresiva, sería espantoso y aterrador, y si Austin estaba retrasando las cosas, tampoco ayudaría que ella hiciera lo mismo.

—¿Diga? —susurró al contestar. Le temblaba la mano, ya que se había quitado el guante para pulsar el botón de descolgar, y la sentía helada y rígida. En piloto automático, siguió andando hacia el norte, donde parecía que había más tranquilidad. Atravesó Columbus Circle y rodeó la parte baja de Central Park.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Pearl—. Por fin te encuentro. Issy, creo que... esto... creo que exageraré un pelín antes. Acerca de cómo están las cosas.

—¿Qué? —preguntó Issy, y regresó a la realidad de golpe.

—Bueno... —comenzó Pearl.

Pearl se encontraba en mitad de la cocina del sótano. Parecía que había explotado una bomba. La mezcla para el bizcocho de fresa que Issy había preparado con antelación con tanto cuidado chorreaba por las paredes. Había facturas y trozos de papel por todas partes. Era noche cerrada y Pearl llevaba dos días sin dormir.

—Creo... —dijo a la postre—. Creo que he roto el robot de cocina.

—¡Madre mía! —exclamó Issy. El robot de cocina industrial era la pieza clave de su negocio—. ¡Pero mañana es sábado! Es un día de compras navideñas por definición. Todo el mundo saldrá a la calle.

—Lo sé —repuso Pearl—. Y parte de la masa acabó encima de la calculadora, así que tengo... esto... problemillas con las cuentas. Y posiblemente venga pronto una inspección de sanidad.

Issy tomó una decisión.

—Mira —dijo con el alma en los pies—, no pasa nada. Tengo un billete de avión de lo más pijo. —Se detuvo e inspiró hondo—. Me vuelvo ahora mismo. Te veré por la mañana.



14

Issy no tardó mucho en hacer el equipaje. Aparte del ridículo abrigo de Caroline, apenas se había puesto la ropa que había metido en la maleta, emocionada y a la carrera. Después, cogió el mando a distancia y fue pasando canales de televisión hasta que vio que en TMC estaban poniendo *Algo para recordar* y estuvo a punto de echarse a llorar.

Austin llegó al hotel poco después que ella, seguido por un malhumorado Darny.

—Esto no es bueno para mí —protestaba Darny—. Me refiero a tener que lidiar con estos conflictos en una infancia ya de por sí complicada.

—Cierra el pico, Darny —le dijo Austin, que se quedó blanco al ver que Issy estaba haciendo el equipaje.

—No es culpa tuya —le aseguró ella—. De verdad que no. Es que Pearl no se las apaña sin mí. Las cosas van fatal en la pastelería. —Lo miró fijamente—. Lo siento. No puedo dejar mi negocio.

Austin también la miró fijamente. El corazón le latía muy fuerte. Darny estaba sentado en un rincón, con expresión tensa. Austin no quería mencionar la carta que llevaba en el bolsillo, porque no ayudaría en absoluto a mejorar las cosas. Al contrario, lo empeoraría todo. Issy podría pensar que la estaba culpando, porque había sucedido en su ausencia. No

quería que pensara que había hecho algo mal. Ni en lo referente a Darny ni en lo referente a él mismo. En nada. Se sentía fatal. Quería decirle muchas cosas, pero ¿cambiarían dichas cosas la realidad?

—Lo sé —le aseguró, en voz baja.

Después, se produjo un largo silencio.

Issy tuvo la impresión de que acababan de darle un puñetazo en la cara. Austin pensaba dejar que se fuera, así sin más. Sin ni siquiera tratar de convencerla de que se quedara. Y todo por un ridículo trabajo. Por su carrera profesional. Todo lo que había pensado sobre su guapísimo, cariñoso y enorme Austin... en fin. Jamás había imaginado que pudiera pasar algo semejante. Jamás. Extendió una mano en un intento por tranquilizarse.

Austin se percató del gesto y sintió ganas de echarse a llorar. Issy parecía muy vulnerable, pero ¿qué podía hacer él? Si no lo hacían en ese momento, sería más tarde. ¿Debía prolongar la agonía? Tenía la impresión de que lo estaban desgarrando por dentro, pero allí estaban, hablando de tonterías, como si fueran seres humanos normales.

—Voy a llamar a la compañía aérea —dijo Issy, que tenía la impresión de que eran las palabras de otra persona, el guión de otra persona.

Porque lo que debería estar diciendo era: «Vamos a coger un ferry para visitar la Estatua de la Libertad.» O ir a una cena romántica a algún bar donde un pianista situado en un rincón interpretara «It had to be you». O ir a Time Square a ver los anuncios y a los marineros, y a disfrutar de la decoración navideña y de las luces que iluminaban toda la ciudad.

—Le diré a alguien que se encargue de eso —replicó Austin, como si fuera un robot.

—¿A alguien de tu oficina? ¿De Nueva York? —preguntó Issy, y después deseó no haberlo dicho. Bastante mal estaban las cosas como para ponerse en plan despechado—. Lo siento, lo siento. No quería decirlo de esa manera.

—Ya —dijo Austin—. No pasa nada. El que lo siente soy yo. Es que...

Parecía tan triste que Issy deseó abrazarlo y estrecharlo hasta que se sintiera mejor. Pero ¿de qué les serviría eso?, pensó. Austin parecía haber tomado una decisión firme. ¿Para qué prolongarlo todo? ¿Para qué fingir una relación sana y técnicamente imposible si iban a estar en dos continentes distintos?

—Tranquilo... —lo interrumpió—. No te preocupes. —Señaló a Darny

—. Ya lo hablaremos cuando estemos en Inglaterra.

—Mmm —murmuró Austin, que todavía no comprendía cuándo se habían torcido tantísimo las cosas hasta llegar a ese extremo.

Issy ni siquiera se había preocupado en echar un vistazo y ver la parte positiva que ofrecía Nueva York. Había estado en contra de todo el plan desde el principio, como si hubiera decidido de entrada que iba a ser un desastre, y por tanto hubiera acabado siéndolo. La situación lo cabreaba muchísimo.

Siguieron un rato más en completo silencio y sin moverse.

—Bueno, esto es un aburrimiento —dijo Darny—. Mi trastorno hiperactivo va a hacer acto de presencia.

—Voy a llamar a la compañía aérea —anunció Austin.

—Vale —dijo Issy.

Tras unos tensos diez minutos, consiguieron que Issy pudiera volver en un vuelo que salía al día siguiente muy temprano. Solo les quedaba una noche.

—¿Quieres salir? —sugirió Austin.

—Creo que voy a disfrutar por fin de ese fantástico baño —respondió ella, intentando esbozar una sonrisa al tiempo que trataba de controlar la voz para que no le temblara, si bien no tuvo mucho éxito—. Y después me acostaré temprano. Cuando llegue a la pastelería, no tendré ni un segundo de descanso.

—Sí —convino Austin—. Vale.

Sin embargo, cuando por fin se acostaron en la enorme y cómoda cama, rodeados por los distantes sonidos del tráfico, fueron incapaces de pegar ojo. Issy se echó a llorar. Lloró en silencio y sus lagrimones humedecieron la almohada. Intentó no hacer el menor ruido ni molestar a Austin, hasta que él se volvió y se percató de que la almohada de Issy estaba mojada.

—¡Cariño! —exclamó, al tiempo que la abrazaba y le acariciaba el pelo—. Amor mío. Lo solucionaremos.

—¿Cómo? —le preguntó ella entre sollozos—. ¿Cómo?

Sin embargo, Austin no tenía respuesta. Tomaran la decisión que tomaran, uno de ellos acabaría perjudicado. Algo que, a la larga, los afectaría a ambos. Estaba convencido de ello. Suspiró. ¿Por qué se empeñaba la vida en poner obstáculos cuando todo parecía ir sobre ruedas? Y ese obstáculo, pensó mientras acariciaba el sedoso pelo oscuro de Issy, era muy grande. Las lágrimas de ambos se mezclaron sobre las carísimas

fundas de las almohadas.

Pearl acababa de admitir la derrota alzando las manos al cielo. Había llamado a Caroline por teléfono para pedirle que llegara temprano.

Cuando apareció, Caroline se quedó pasmada al ver el estado de la pastelería. Después, hizo una llamada.

—¡Perdita! ¡Chop, chop! —le gritó a la mujer que apareció tres cuartos de hora después, una mujer de mediana edad y rostro agradable, aunque parecía un poco asustada, que se puso a limpiarlo todo de arriba abajo de inmediato mientras Caroline se ocupaba de la contabilidad—. Si algo se aprende de un divorcio, es a llevar la contabilidad para ver adónde ha ido todo el dinero —masculló.

Pearl seguía mirando a Perdita.

—¿Es la señora que limpia tu casa? ¿Cómo es posible que puedas contratarla trabajando en una pastelería?

—Porque Richard es un cabronazo de lo peor que puedas encontrar, pero muy listo —respondió Caroline—. Ya te lo he dicho antes.

Pearl la miró con los ojos entrecerrados.

—Seguro que estás a punto de llegar a un acuerdo —dijo—. Lleváis años con el tema.

—Pearl, eres una vendedora fantástica y se te da muy bien organizar la pastelería, pero eres un desastre con la contabilidad y la repostería no es lo tuyo —le soltó Caroline con brusquedad, pasando de ella—. Antes de que Issy se largara, deberíamos haber hecho un reparto de tareas eficiente.

—Issy no se largó —protestó Pearl—. Caroline, tengo una teoría sobre ti. ¿Te apetece oírla?

—Si te refieres a mi asombrosa habilidad para controlar lo que como, te lo repito otra vez, no hay nada mejor que la comida baja en...

—No —la interrumpió Pearl—. Eso es una gilipollez. Mi teoría es la siguiente: creo que trabajas aquí porque te gusta.

—¿Que me gusta? ¿Trabajar? ¿Realizando un trabajo que seguro que dentro de dos años lo desempeña un robot? ¿Realizando un trabajo que no me permite desarrollar mi creatividad como diseñadora de interiores, ni mi capacidad organizativa, y que me obliga a estar de cara al público después de haber estado trabajando en el mundo empresarial? Sí, claro. Perdita, pasa bien la fregona por ahí. Y dale un poco al rodapié ya que estás

agachada.

—Sí —dijo Pearl—. Sé que te gusta.

Caroline la miró de reojo.

—Ni se te ocurra decírselo a alguien. ¡Perdita! ¿Has traído las cosas que te he dicho? Bueno, si tienes que hacer dos viajes, pues haces dos viajes. Tráelas, ¿quieres?

Perdita salió y volvió cargada con dos maletas.

—¿Qué traes ahí? —quiso saber Pearl.

—¡Ajá! —exclamó Caroline.

Maya llegó poco después, cogida del brazo de una chica con el pelo muy corto.

—Hola —saludó con alegría, sonriendo de oreja a oreja como de costumbre—. Os presento a Rachida. Rachida, estas son Pearl y Caroline. Son muy pacientes conmigo.

Pearl enarcó una ceja, sintiéndose culpable porque no había sido en absoluto paciente con Maya.

—La he tenido practicando toda la noche —anunció Rachida—. Unos amigos nuestros tienen una cafetera express. Ha conseguido preparar un café en seis segundos.

—Gracias —dijo Caroline—. ¿Tus amigos también saben hacer asientos contables?

—Cállate —dijo Pearl, al tiempo que miraba a Maya y a Rachida.

Rachida se fue, despidiéndose de Maya con un beso en los labios. Maya se quitó el abrigo y lo colgó detrás de la puerta, como si tal cosa.

—¡Hasta la noche! —gritó con alegría. Después se volvió—. Vale —dijo—. Estoy lista.

Pearl sonrió de oreja a oreja, aunque también se mosqueó, por tonto que pareciera, al darse cuenta de lo contenta que estaba.

—Vale —dijo—. Saca la bandeja de empanadillas navideñas. Estoy segura de que esta vez me han salido bien.

Pearl comenzó a relajarse un poco, de modo que se apoyó en el mostrador y puso música. Los acordes de «Deck the Hall with Boughs of Holly» se escucharon a través de los altavoces y Pearl acabó uniéndose al estribillo. Seguro que se debía a la falta de sueño, pensó.

Issy lloró durante todo el trayecto hasta el aeropuerto, que hizo en taxi. Lloró una vez sentada en la sala de espera pija, donde no se sintió con ánimos para probar los deliciosos aperitivos. Lloró durante las seis horas que tardaron en atravesar el Atlántico, y solo dejó de llorar mientras veía *Algo para recordar*, que eligió como excusa para poder seguir llorando después. También lloró en el Heathrow Express, durante todo el trayecto hasta Victoria Line y en el autobús que la llevó hasta la pastelería.

Una vez en su destino, se tranquilizó y entró en el Cupcake Café.

Se detuvo nada más entrar y jadeó. No pudo evitarlo. Desde fuera no se había percatado, ya que había un montón de gente con la cara pegada al escaparate, aunque no le había dado importancia. Sin embargo, el interior de la pastelería estaba completamente cambiado.

Había nieve en la chimenea, que estaba profusamente cubierta de hiedra. También había guirnaldas de hiedra colgadas del techo y unidas entre sí de forma que el interior de la pastelería parecía un bosque. En todas las mesas había un centro de helechos y acebo plateados. La puerta estaba adornada con una enorme corona. Era como entrar en un bosque mágico. Lo más asombroso de todo era que habían retirado las mesas más cercanas al escaparate, junto con el expositor. En su lugar, habían colocado un paisaje nevado con montañitas nevadas y una ciudad de madera iluminada por farolas diminutas. En las montañas había pequeñas figurillas que bajaban las laderas en trineo. También vio una escuela con los alumnos jugando en el patio, un hotel por cuyas escaleras de entrada salían un grupo de señoras con vestidos de fiesta y varias casitas iluminadas. La ciudad estaba rodeada por una vía por la que circulaba un tren de vapor monísimo, con gente en su interior. En la estación, el encargado agitaba el banderín y tocaba el silbato. En el exterior de la estación, había coches antiguos aparcados, y detrás de la montaña más alta, enmarcado por el cielo estrellado, se ocultaba Papá Noel, en su trineo tirado por todos sus renos. Era precioso.

—¡Tita Issy! —chilló Louis, que salió de detrás del mostrador y se abalanzó sobre ella como si hiciera meses que no la veía—. ¡Te he echado de menos!

Issy se dejó abrazar y permitió que la cubriera de besos.

—Yo también te he echado de menos, cariño.

Louis sonrió.

—¡Tenemos un tren! ¿Has visto el tren? ¡Es un tren de verdad! ¡Y da vueltas y vueltas y vueltas, y también está Papá Noel, pero está escondido para que no lo veamos!

—Lo he visto —le dijo Issy—. Es precioso.

—Bueno, los estúpidos de mis hijos no le hacen ni caso —se quejó Caroline—. ¿Por qué has vuelto tan pronto? ¿Has manchado mi abrigo?

Louis le acarició el pelo.

—¿Me has traído un regalo? —susurró el niño.

—Pues sí —susurró Issy, que decidió contestar la pregunta más fácil en primer lugar.

Metió la mano en la bolsa de viaje y sacó una bola de nieve que había comprado en el Empire State Building. En su interior se encontraban los edificios más emblemáticos de Nueva York: el Empire State, el edificio Chrysler, el Plaza, junto con pequeños taxis. Cuando se agitaba, se producía una tormenta de nieve. Louis la sostuvo, maravillado, agitándola sin cesar, presa del asombro.

—Me gusta el regalo, Issy —dijo en voz baja.

Pearl salió de detrás del mostrador con la mirada clavada en Issy. Había perdido su habitual alegría. Supuso que podía deberse al desfase horario, pero estaba segura de que se trataba de algo más. Era como si se hubiera apagado el brillo que normalmente tenía en los ojos. Estaba demacrada, muy seria y había perdido su buen color de cara.

—Es un regalo precioso, Issy —dijo, utilizando el regalo como excusa para abrazarla con fuerza.

Issy estuvo a punto de echarse a llorar de nuevo, pero llegó a la conclusión de que ya no le quedaban más lágrimas. Se volvió hacia Caroline.

—¿Has sido tú quien ha hecho esto?

Su amiga asintió con la cabeza.

—Bueno, más bien mi decoradora. En casa se llenaba todo de polvo y me resultaba agobiante, por eso decidí traerlo todo aquí. Aquiles parecía un poco triste con la decoración minimalista, así que se acabó. Ahora es posible que ganemos el premio de la dichosa *Guía del Londres Supersecreto* por ser la mejor tienda de la ciudad.

—Es precioso —dijo Issy—. Gracias. —Sonrió a Maya, que en ese momento tenía cuatro tazas de café en una mano mientras con la otra

servía la leche, perfectamente espumada—. Bueno, veo que no has tardado mucho en pillarle el truco.

—No te creas —replicó Maya—. He estado practicando cinco horas por la noche.

Pearl asintió con la cabeza para confirmar que decía la verdad. Issy echó un vistazo a su alrededor. Por todos lados había gente feliz, disfrutando de sus dulces. Muchos de los clientes habituales la saludaron con la mano. Sintió ganas de echarse a llorar de nuevo. Era estupendo volver a casa.

—Creía que la situación era catastrófica —dijo.

—Solo fue un pequeño bache —le aseguró Pearl—. Lo hemos superado.

—Ya lo veo —replicó Issy—. ¿Me preparáis una taza de café?

Austin estuvo llorando durante el trayecto a la oficina, pero disimuló. De todas formas, Darny no le prestaba atención. Una vez que llegó, se lavó la cara en el baño de caballeros, dejó a Darny con su Nintendo DS al lado de su secretaria y, después, antes de poder pensarlo más a fondo, entró en el despacho de Carmen y firmó los documentos. A partir de ese momento, formaba parte de Kingall Lowestein.

—¡Eh! —dijo Merv que se acercó a él para estrecharle la mano y dejarse hacer una foto con Austin, que saldría publicada en el boletín informativo de la empresa—. No te arrepentirás.

Austin ya se estaba arrepintiendo.

—¿Podrías decirle a tu asistente personal que me envíe la información de los colegios? —le preguntó a Merv.

—Ahora mismo —respondió su jefe.

Issy comenzó a preparar las masas para los dulces del día siguiente, con la intención de adelantar el trabajo. Maya la miraba asustada, con los ojos abiertos de par en par, imaginando que estaba a punto de despedirla. Sin embargo, Issy le sonrió y le dijo que con lo ocupadas que estaban gracias a los clientes que entraban atraídos por la decoración del escaparate, le encantaría que siguiera trabajando con ellas un tiempo, tras lo cual Maya sonrió y accedió con gran alegría. Issy pensó que a lo mejor no se sentía con fuerzas para pasarse todo el día en la pastelería, fingiendo estar contenta, y que tal vez podría tomarse algún tiempo libre. Aunque claro,

¿qué otra cosa había en su vida?

—¿Puedo pasarme por tu casa?

—Sí —contestó Helena, con el entusiasmo de alguien que necesitaba conversación adulta con desesperación—. Cuando quieras. Y puedes quedarte el tiempo que quieras. Trae vino. Chadani Imelda, no te metas eso por el culote.

—Mmmm —murmuró Issy—. Mmmm... ¿Puedo quedarme a pasar la noche?

Se produjo un silencio.

—¡Ay! —exclamó Helena.

—¡Ay! —repitió Issy.

—¡Ay, cariño! —dijo Helena.

—Por favor, no me hagas llorar —le suplicó Issy—. Por lo menos espera a que llegue a tu casa.

—Trae vino —repitió Helena—. Acabo de decidir que ya no voy a darle el pecho más a Chadani Imelda. ¡Trae mucho vino!

Tal como pudo percatarse Issy, Helena había recogido gran parte de los juguetes y de la ropa de su hija, que casi siempre estaban esparcidos por el piso, al anticipar su llegada. Y el hecho de que su amiga hubiera llegado a ese extremo le resultó bastante preocupante.

—También he salido a comprar ginebra —anunció Helena—. Bastante ginebra. Y tónica, por supuesto. O quizá te apetezca más un martini. ¿Qué dices?

—¿Cuándo fue la última vez que bebiste? —le preguntó Issy.

—Hace dos años.

—Martinis no, por favor —respondió Issy—. Mucho menos para ti. A las siete y cuarto estarás durmiendo la mona.

Se sentaron y dejaron que Chadani Imelda sacara del bolso de Issy todo su contenido: la barra de labios, las monedas sueltas, los tampones y, lo más desolador de todo, una servilleta de Cupcakes de Nueva York. Issy la cogió y se sonó la nariz con ella.

—Si llamo a este número —dijo, señalando el número anotado en la servilleta—, seguro que Austin está ahora mismo allí. Porque es temprano.

—Calla —dijo Helena—. Chitón. —Sirvió dos copas enormes de Sauvignon Blanc—. Hala. Tú eres una persona fantástica. Él es un cielo de hombre. ¿Cómo narices habéis acabado montando este follón y cómo lo vais a solucionar, par de idiotas?

Después de que Issy se lo explicara todo, aunque casi no soportaba el recuerdo de esa última noche que pasaron los dos acostados en la enorme y comodísima cama, Helena bebió un largo sorbo de vino y suspiró.

—¡Uf! —exclamó. Y después dijo—: Bueno...

—A ver, ¿es que tengo que abandonar mi vida entera por un tío y dejar todo aquello por lo que he trabajado tanto? —preguntó Issy al tiempo que llenaba de nuevo las copas de vino.

—Bueno, no es un tío cualquiera, ¿no? —le recordó Helena—. Es Austin.

—¡Au-tin! —exclamó Chadani Imelda, que en ese momento le recordó tanto a su madre que Issy no pudo contener la sonrisa.

—¿Por qué no podéis hablarlo y solucionarlo?

—No podemos —suspiró Issy—. Lo que le ofrecen es muy gordo. Sin embargo, tal como van las cosas aquí en Londres, es posible que acabe en el paro. Austin no cree necesario rechazar la oferta de trabajo por mí. Y yo no creo que pueda abandonar el Cupcake Café por él. Lo que me hace pensar... —Llegada a ese punto, Issy comenzó a llorar con grandes y desgarradores sollozos—. Lo que me hace pensar que no nos queremos lo suficiente.

Helena meneó la cabeza.

—Sí que os queréis. Por supuesto que os queréis. Pero sois seres humanos y esto no es una película. No puedes dejarlo todo y marcharte sin más. La vida es complicada. Por un lado está el amor, y por otro las circunstancias del día a día. Los dos tenéis responsabilidades. Tú tienes empleadas que dependen de ti y él tiene que pensar en Darny.

—Pero nadie piensa en mí —se quejó Issy.

—Menuda chorrada acabas de decir —le soltó Helena—. Además, es injusto porque recuerda el tiempo que invertimos todos para ayudarte a abrir tu dichosa pastelería.

—Ah, sí —replicó Issy—. Lo siento, Helena —suspiró y bebió más vino —, pero estaba tan contenta... Aunque me pasaba el día cansada, estresada

y ocupada de la mañana a la noche con el negocio... En realidad, si me paro a pensarlo, tenía todo lo que deseaba.

—Eso es lo que tiene la felicidad —replicó Helena—. Que no te enteras de que eres feliz hasta que dejas de serlo.

Chadani Imelda golpeó a su madre en la pierna, con bastante fuerza.

—Al parecer, estos son los días más felices de mi vida.

—Ah, sí, estamos en la flor de la vida —añadió Issy.

—Me consideraré en la flor de la vida cuando dejen de salirme granos —señaló Helena.

—Y cuando no me destrocen el corazón —dijo Issy.

—Y cuando deje de comer palitos de merluza —siguió Helena.

—Y cuando aprenda a controlarme —concluyó Issy, que volvió a rellenar las copas.

—¡Por nosotras! —brindó Helena.

—Todavía no me has comparado con una niña a la que tienen que cortarle la pierna, como hacías cuando trabajabas en el hospital —señaló Issy.

—¡Dios, qué feliz soy sin trabajo y sin saber muy bien qué hacer con mi vida ni hacia dónde voy! —gritó Helena, asustando a Chadani, quien de todas formas se echó a reír.

—¡Vaya, os veo muy contentas! —dijo Ashok que abrió la puerta justo cuando se producía un coro de carcajadas histéricas.

Issy y Helena se miraron y después se echaron a reír de nuevo. Solo se detuvieron cuando Issy empezó a llorar de buenas a primeras. Helena tragó saliva y se percató de que estaba muy borracha.

—El desfase horario —trató de explicar, sin conseguirlo del todo.

Ashok se acercó y la besó. Se inquietó un poco al ver todas las botellas vacías, pero llevaba mucho tiempo sin escuchar la risa de Helena, y Chadani parecía muy tranquila; así que, en su conjunto, la situación quizá fuera estupenda.

—Hola, Issy —la saludó con una sonrisa—. ¿Has...?

—¿Que si he traído algún dulce? Lo sé, lo sé, lo sé. Es para lo único que sirvo...

—¡Ashok! —Helena intentó susurrar, pero no estaba acostumbrada a beber y fue incapaz de hablar en voz baja—. ¡Un poco de sensibilidad, por favor! ¡Issy acaba de cortar con Austin!

—No de forma oficial —precisó Issy.

Ashok cogió a Chadani, que se había acercado a él, y le dio un beso y un abrazo.

—Es imposible —dijo con firmeza—. No habéis cortado. Es imposible. Me resulta inaceptable.

—Debería habérselo dicho a él así tal cual —replicó Issy, tragando saliva.

—Bueno, ¿qué ha pasado? ¿Una tontería? ¿Una ridiculez? ¿Le dijo a otra chica que era guapa? ¿No te compró un regalo bien pensado para tu cumpleaños? Los hombres no siempre somos perfectos, ¿sabes?

—¿Estás psicoanalizando nuestra relación? —quiso saber Issy.

—A veces es útil contar con un punto de vista objetivo —repuso Ashok.

—El mío es muy objetivo —le aseguró Issy—. Objetivísimo. Tiene un trabajo en Estados Unidos. Yo tengo un trabajo aquí. Él tiene que mudarse para empezar en ese fantástico trabajo porque si se queda aquí, acabará en el paro. Yo tengo un negocio que no va del todo mal con un contrato de alquiler de larga temporada y tres trabajadoras, pero que no acaba de funcionar sin mí. ¿Cuál es su diagnóstico, doctor?

—Bueno, uno de los dos tendrá que ceder —respondió Ashok al tiempo que frotaba el cuello de Chadani con la nariz—. Mira esto. Es la felicidad. Tú también te la mereces.

Helena resopló con fuerza.

—La felicidad y un montón de ropa sucia y apestosa.

Chadani soltó una risilla y comenzó a moverse entre los brazos de su padre. Issy sintió ganas de echarse a llorar otra vez.

—Bueno, yo no puedo y él no puede —dijo—. No estamos hablando de que uno se mude a una punta de Londres y otro se quede donde está. Estoy hablando de la vida real, con decisiones y consecuencias reales, y los dos hemos llegado a la conclusión de que cuanto antes reconozcamos que no puede funcionar, mejor para todos.

—Siempre hay una solución —frunció Ashok.

—Bueno, sí —replicó Issy—. Si espero cinco millones de años, las placas tectónicas acabarán fusionándose y podré ir a su apartamento en bicicleta.

Se echó a llorar otra vez. Ashok le dio unas palmaditas en la espalda y Helena corrió a por otra botella de vino y a por más pañuelos de papel.

—Tengo una idea —le dijo—. Pasaremos juntos la Navidad y será genial. Organizaremos una gran fiesta. Aquí.

—¿Aquí? —preguntó Issy, sorbiéndose la nariz.

Helena puso cara de inocente.

—He pensado que sería precioso que todos nos reuniéramos en Navidad. Las tías de Chadani pueden venir, y tú puedes invitar a Pearl y a Louis y...

—Pero aquí no hay sitio para todos —la interrumpió Issy.

—Pero piensa en lo genial que será estar rodeada de la gente que se preocupa por ti y que te quiere —insistió Helena, implacable.

—¿Gente que se preocupa tanto por mí que me desterrará a la cocina durante todo el día de Navidad? —protestó ella.

—Vale —dijo Helena—. Solo era una idea. ¿Qué planes tienes para ese día?

—De momento no me siento con ganas de desearle paz y felicidad al prójimo —contestó.

Pearl tenía medio día libre al día siguiente, un descanso que necesitaba con desesperación. Se marchó pronto, aunque se sintió culpable por pasar de los ojos enrojecidos de Issy, que no era sino una mezcla del desfase horario, muchas horas de llanto y una borrachera del quince pillada la noche anterior. En su caso, necesitaba un descanso y podía arreglarlo todo antes de que Louis saliera del colegio.

Doti la alcanzó en la parada del autobús.

—Vaya, hola —la saludó con su habitual alegría—. ¿Cómo van las cosas?

—No del todo mal —contestó Pearl. Le gustó que le preguntara, pero seguía un poco enfadada con él por haber baboseado tanto con Maya. En su opinión, había sido un gesto muy insensible.

—¿Vas de compras navideñas?

—Es posible.

—Yo también voy al centro. Si te apetece, podemos esperar juntos el autobús.

—Si quieres... —replicó ella.

—Bueno, ¿le va bien a Maya con vosotras? Sabía que lo conseguiría.

—Es una chica muy trabajadora —convino Pearl.

—¿Te ha presentado a Rachida? Hacen buena pareja.

—¿Sabías que vivía con una mujer?

—Pues claro. Viven en mi zona de reparto. El cartero se entera de todo,

¿sabes?

—Entonces... ¿por qué parecías estar tan colado por ella?

Doti pareció confuso.

—¿A qué te refieres? Lo único que deseaba era que consiguiera el trabajo. Ya que lo necesitaba con urgencia.

—Es que pensé que tú... que te gustaba —farfulló Pearl, que sintió que le ardían las mejillas. ¿Dónde narices estaba el dichoso autobús?

Doti se echó a reír.

—¿Que me gustaba una chiquilla tan delgaducha como Maya? ¡Qué va! —le aseguró. La miró con timidez por debajo de sus oscuras pestañas—. Me gustan las mujeres un poco más... contundentes.

Se produjo un silencio.

—Bueno —añadió él al final, golpeando el suelo con el tacón de su bota de cartero—. Ya lo he dicho.

El corazón de Pearl latía a toda pastilla y le costaba trabajo respirar. Se sentía dividida por distintas emociones. La abrumaba el deseo imperioso de extender la mano derecha, un gesto que sería la mar de simple, y buscar la mano fuerte y grande de Doti, la mano de un hombre trabajador, que en ese momento se aferraba con fuerza al incómodo banco de la parada de autobús. Miró dicha mano y después miró la suya, y los ojos de Doti siguieron el movimiento de sus ojos.

Después, recordó la voz de un niño que gritaba con júbilo: «¡Papi!» Recordó a Ben con Louis a caballito sobre los hombros, corriendo por el salón como si llevara un trofeo o una corona. Los recordó practicando kung-fu a su manera y rompiendo el caballo de porcelana al que su madre le tenía tanto aprecio. Recordó a Louis riendo, riendo, riendo...

Apretó el puño de forma involuntaria y se quedó petrificada.

—No puedo —dijo con un hilo de voz—. Es... complicado.

Doti asintió con la cabeza.

—Claro que lo es —convino él.

Después se puso en pie, justo cuando el autobús número 73 aparecía por la esquina.

—De todas formas voy al centro —anunció en un tono de voz normal y corriente—. No estaba buscando una excusa. ¿Puedo acompañarte... como amigo? ¿Como una persona normal?

Pearl le sonrió, conmovida.

—Para mí nunca serás una persona normal.

Al final, fue divertido. Pearl no había pensado que pudiera serlo. Entraron a mirar en John Lewis, donde compró un caballito de porcelana barato para reemplazar el que habían roto los chicos. Después, se pasaron por Primark para comprar calzoncillos estampados con monstruos, para que a Louis le hicieran más ilusión y los viera como un regalo más que como algo normal. De camino, contemplaron los preciosos escaparates navideños de las tiendas más pijas, llenas de cosas caras, pero al ver las rubias demacradas y esqueléticas que salían y entraban en ellas Pearl llegó a la conclusión de que no se lo estaban pasando tan bien como ella y, además, apenas podía permitirse comprar lo que dichas tiendas ofrecían. Doti le pidió consejo para comprarle maquillaje a su hija mayor. Llevaba años separado de su mujer, desde que esta comenzó a trabajar en un club por las noches, en un horario del todo incompatible con el suyo, y acabó liada con un portero. Doti hacía lo posible por no culparla de la separación, y Pearl se lo agradeció, aunque en el fondo pensaba que su ex mujer estaba pirada. A continuación, Doti insistió en invitarla a un café en la Patisserie Valerie, emplazada en Regent Street, porque en una ocasión le escuchó decir que le gustaba mucho. Pearl se emocionó doblemente: por que lo hubiera recordado y por que la invitara.

Pasaron junto a Hamleys, la enorme tienda de juguetes. Como era habitual había una multitud de gente, tanto niños como adultos, reunida frente al maravilloso escaparate. Ese año reproducía un fantástico paisaje nevado con un tiovivo de verdad y un montón de juguetes. En el exterior, Papá Noel tocaba una campanilla y varios piratas y princesas hacían burbujas de jabón para atraer a los transeúntes.

Esa fue la primera vez que Pearl sintió una punzada en toda la tarde. Allí estaba, justo al lado de la puerta principal, debajo de una capa de nieve que no era sino algodón, iluminado con un montón de luces. El Garaje Monstruoso, con los monstruosos coches y los camiones subiendo y bajando en su montacargas especial. Sonrió y meneó la cabeza.

—¿Estás pensando en comprarle eso a tu hijo? —quiso saber Doti.

—No, no, ya tiene demasiados caprichos —se apresuró a responder ella con seriedad. Jamás admitiría delante de alguien lo que podía permitirse y lo que no.

Doti se quedó en el centro y Pearl volvió a tiempo para esconder los paquetes antes de que la puerta de la pastelería se abriera de golpe y Louis entrara en tromba.

—¡Mami! Ay, no. —Se detuvo en seco—. Madre.

—No me llames madre —lo corrigió Pearl, indignada—. Soy tu mami.

—Nooooo —protestó Louis, que meneó la cabeza, contrariado—. Eso es lo que dicen los bebés. Ya no soy un bebé. Eres mi madre.

Detrás de él Louis Uno asentía con seriedad, manifestando su acuerdo con la triste realidad del mundo.

—Pero no quiero ser tu madre. Quiero que me llames mamá. O mami, si quieres, y si te apetece parecerte a esos niños bobalicones con los que vas al cole.

—Paso de ti —dijo Louis.

—¡Louis Kmbota McGregor, no vuelvas a decirme eso en la vida! —exclamó Pearl, espantada.

Issy levantó la cabeza y se echó a reír. Era la primera vez que la veía reír en todo el día.

Louis parecía aterrorizado y también orgulloso de sí mismo por haber provocado semejante reacción. Miró de reojo a Issy, que le hizo un gesto para que se acercara.

—Cuando digas «Paso de ti», tienes que extender el dedo corazón y doblar los demás —lo aleccionó—, así, mira...

—Issy, ni se te ocurra —la interrumpió Pearl, furiosa—. Louis, eso no se hace, ¿queda claro?

Issy y Louis se enseñaron mutuamente el dedo corazón y se echaron a reír.

—Querido Papá Noel —dijo Pearl, como si estuviera escribiendo una carta—, lo siento muchísimo, pero Louis Kmbota McGregor ha sido malísimo este año y...

—¡Nooooo! —chilló Louis, asustado de repente, y lanzándose a los brazos de su madre, sobre la que dejó una lluvia de besos—. Lo siento, mamá. Lo siento. Lo siento, Papá Noel. Lo siento.

—Creo que me estoy reconciliando con la Navidad —comentó Pearl.

—Pues yo no —le soltó Issy—. Hoy cerraremos temprano.

Los clientes presentes en la pastelería gruñeron, contrariados.

—¿No deberíais estar todos emborrachándoos como cubas por Navidad?

—les preguntó ella.

—Estoy combatiendo los efectos de la borrachera de anoche con este dulce —gritó alguien desde las mesas de atrás, un comentario con el que se solidarizaron otros clientes.

—Ay, vale —claudicó Issy—. Una ronda corre por cuenta de la casa.

—¡Sí! —gritó la multitud.

—Tranquila —dijo Maya, que apareció al lado de Issy con una taza de café en la mano, bostezando pero sin detenerse en ningún momento—. Yo puedo apañármelas.

Caroline dejó la chaqueta blanca con mucha ceremonia en la bolsa para la lavandería.

—Ni las gracias se merece una —soltó en voz alta.

Issy se volvió hacia ella. Sabía por qué Caroline estaba de tan mal humor.

—Bueno, Caroline, ¿qué planes tienes para Navidad?

—Voy a abrir la agenda de Richard y pienso follarme a todos sus amigos por orden alfabético —contestó la aludida con alegría—. ¿Por qué?

Caroline llevaba todo el día muy seria e Issy se había percatado de que guardaba en el bolsillo una carta de un abogado. Supuso que no serían buenas noticias, porque Caroline estaba más insoportable que de costumbre.

—Por simple curiosidad —respondió Issy—. Bueno, yo estaré aquí...

—¿Sola? —la interrumpió Caroline con brusquedad.

Issy no contestó. Si le apetecía, podía usar su estatus de jefa para imponer su voluntad, sobre todo en caso de insubordinación frontal.

—...Y Helena y Ashok quieren invitar también a la familia, así que estaba pensando en organizar una comida de Navidad sencilla aquí, en la pastelería.

Caroline guardó silencio. Issy sabía que si no quisiera que la incluyera, habría soltado alguna bordería.

—¿Te gustaría venir? —la invitó.

Caroline se encogió de hombros.

—Que quede claro que no pienso limpiar después —le advirtió, parpadeando con rapidez.

—Si no limpias, no estás invitada —replicó Issy—. Tendremos que echar todos una mano, pero será divertido. ¿Pearl?

Pearl hizo una mueca con la nariz. Normalmente iban a la iglesia y

después veían la televisión. Pero tal vez para Louis fuera más divertido comer en el Cupcake Café, ya que podría jugar con los sobrinos de Ashok...

—Tendría que traer a mi madre —le recordó—. No puedo dejarla sola el día de Navidad.

—Claro —dijo Issy.

—Y no sé cómo vamos a llegar si no hay autobuses y eso...

—Ah, yo pasaré a recogeros con el Range Rover —se ofreció Caroline—. Esa mañana no pienso hacer nada. —Al darse cuenta de lo que había dicho, rectificó—: Claro que es genial estar sola durante la mañana de Navidad. Así podré darme el gusto de meterme en la bañera como si estuviera en un spa y mimarme un poco. —De repente, estalló en lágrimas.

Mientras Issy consolaba a Caroline, Pearl pensó en Ben. No había decidido todavía si iba a invitarlo a pasar la Navidad con ellos. Bueno, más bien eso era lo que se decía. Porque ni siquiera quería pensar de dónde habría sacado el dichoso Garaje Monstruoso. Sin embargo, si quería seguir manteniendo una buena relación con él, y eso era lo que deseaba de verdad, tendría que fingir que lo había conseguido trabajando y que no se había dado cuenta de que había dejado de pasarle la pensión. Ya le echaría la bronca después de Año Nuevo. Tenía la sospecha de que Ben pensaba que ella ganaba más que él, o tal vez creyera que no le importaba pagar por todo. Suspiró. A veces todo era muy injusto.

—Mmm... y a lo mejor... —Issy la miró y enarcó las cejas—. ¿Podría venir también el padre de Louis? —susurró.

Louis ni siquiera se inmutó, porque estaba hipnotizado por el tren navideño.

Pearl se encogió de hombros.

—Bueno, ya sabes. No es muy fiable que digamos.

—Mmm —murmuró Issy de nuevo. A esas alturas, ya no sabía quién era fiable y quién no lo era. Ya no. Además, intentar averiguarlo le parecía inútil—. Vale —dijo—. Pues celebraremos una gran cena. Aquí. Será mejor que encuentre el pavo más grande del mundo.

—¿Podemos venir? —preguntó un cliente habitual que estaba escuchando la conversación.

—No —respondió Issy—. No hacen pavos tan grandes.

La clientela suspiró al unísono.

—Calladitos todos mientras coméis dulces —dijo Issy, que se acercó al teléfono para llamar a sus proveedores y averiguar si alguno le

recomendaba un buen vendedor de pavos gigantes a última hora.

—¡Feliz, feliz, feliz Navidad! —cantaba Louis, mirando el tren. Le estaban enseñando el villancico en el colegio—. ¡Feliz, feliz, feliz Navidad! ¡Ding dong! ¡Ding dong!



15

**Cupcakes de chocolate y cola
con cobertura efervescente**

(Salen aproximadamente 12 cupcakes grandes)

200 g de harina tamizada

250 g de azúcar blanquilla

½ cucharadita de polvo de hornear (levadura química en polvo)

Una pizca de sal

1 huevo XL

125 ml de buttermilk (se puede sustituir por un yogur natural)

1 cucharadita de extracto de vainilla

125 g de mantequilla sin sal

2 cucharadas de cacao en polvo

175 ml de Coca-Cola

Para la cobertura

400 g de azúcar glasé

125 g de mantequilla sin sal, a temperatura ambiente

1½ cucharadas de jarabe de cola

40 ml de leche entera
Peta Zetas, al gusto
Gominolas de cola, rodajas de limón caramelizadas, pajitas de papel o bastones de caramelo para decorar

Precalienta el horno a 180 °C y forra con cápsulas de papel una bandeja para cupcakes.

En un cuenco grande, mezcla la harina, el azúcar, los polvos de hornear y la sal. En otro bol, bate los huevos con el buttermilk (o el yogur) y el extracto de vainilla.

Calienta la mantequilla, el cacao en polvo y la Coca—Cola en un cazo a fuego lento. Una vez mezclados, añádelo a los ingredientes secos, mézclalo bien con una cuchara de madera y, después, añade los ingredientes húmedos. Bate hasta que la mantequilla quede bien integrada.

Vierte la masa en el molde y hornea durante 15 minutos, o hasta que hayan subido y al pinchar un palillo salga limpio. Déjalos enfriar en una rejilla.

Para la cobertura, bate la mantequilla con el azúcar hasta que no queden grumos. Yo utilizo un robot con el batidor plano, pero también se pueden utilizar unas varillas eléctricas. Mezcla en un vaso el jarabe de cola con la leche y, después, añádelo a la mantequilla, batiendo a velocidad baja. Una vez que todo esté incorporado, aumenta la velocidad y bate hasta que quede cremoso. Con cuidado, añade los Peta Zetas. Como después de un tiempo estos pierden la efervescencia, es mejor hacer la cobertura justo antes de comerse los cupcakes.

Vierte la cobertura en una manga pastelera y decora los cupcakes una vez que estén fríos. Finaliza la decoración con gominolas de cola, con una rodaja de limón caramelizada, con una pajita de papel o con un bastón de caramelo. Espolvorea un poco de Peta Zetas como toque final.

La nueva asistente personal de Austin, MacKenzie, era preciosa. Una chica menudita, con un cuerpo trabajado en el gimnasio que solo podía conseguirse comiendo mucha lechuga y madrugando. Tenía un cutis inmaculado, una nariz que no podía ser la original y un pelo brillantísimo con unas ondas perfectas. Tenía dos licenciaturas y unos larguísimos apellidos compuestos. Según Merv, era un parangón de eficiencia. Austin

sospechaba que también era insoportable. Echaba muchísimo de menos a Janet.

—Bueno, acabo de organizarte la agenda —dijo, hablando con una musicalidad que otorgaba a todas sus frases un deje interrogante. Sin embargo, no era una pregunta, tal como Austin ya había descubierto. En realidad, eran órdenes—. Y si puede ser, no llegues tarde a las citas, para que no tenga que hacer llamadas indicándole a la gente que debe esperar. Además, cuando tengas un momento, podrías echarle un vistazo al sistema de color que uso para organizar los archivos porque de esa forma te asegurarás de llevar siempre contigo los documentos adecuados. Si puedes, decide qué quieres comer antes de la diez y media de la mañana para que yo lo pida. Tienes que mirar lo antes posible los apartamentos disponibles para alquilar. Y tendremos que comenzar con los trámites del permiso de residencia antes de que vuelvas a Londres para cancelar tus asuntos pendientes.

Austin agachó la cabeza y asintió con rapidez, esperando que la chica lo dejara solo. Sin embargo, se mantuvo frente a él con los brazos cruzados por delante del pecho. Para ser tan pequeña, hacía muchísimo ruido.

—Bueno, sé que acabas de llegar y eso —siguió hablando—, pero creo que es... en fin, poco profesional dejar un niño en mi despacho. No me parece a mí muy apropiado. ¿Sabes que me licencié en el Vassar College? La verdad, me parece que ni siquiera es legal.

Austin suspiró. Sabía que lo que decía la chica era cierto. No podía seguir dejando a Darny en la oficina. Acabarían volviéndose locos los dos. Pero había prometido quedarse unos cuantos días más para organizar un poco las cosas antes de volver a casa, y trabajar las dos semanas que dictaba la ley en caso de cambio de trabajo. Sin embargo, Ed, su antiguo jefe, estaba tan orgulloso de que su muchacho hubiera alcanzado la liga profesional que posiblemente lo único que haría en Londres sería beber pintas de cerveza para despedirse. Ed le había confirmado lo que él ya sospechaba de antemano: no cubrirían su plaza. Iban a recortar. Aunque Austin lo había hecho muy bien, el banco se debía a los accionistas. Lo que significaba que, en realidad, su única opción había sido la de aceptar el cambio a Estados Unidos desde el principio.

No sabía qué hacer con Darny. Aún no estaba matriculado en el colegio, y no podía llevarlo a una guardería ni meterlo en un orfanato, por mucho que a Darny le gustara la idea.

—Te denunciarían si le hicieras esto a un conejo —anunció Darny alegremente después de que Austin lo dejara en su sofá con un cómic de Spiderman y una bolsa de patatas fritas del tamaño de una almohada, que Darny procedió a comerse haciendo tanto ruido que Austin acabó mosqueado—. No me importaría ver a esa señora otra vez. Era guay.

—¿A qué señora? —le preguntó Austin mientras se esforzaba por averiguar de quién estaba hablando su hermano. Sin embargo, no se atrevía a hacer la menor conjetura, ya que igual podría tratarse de la bruja de Hansel y Gretel.

—A Marian. No, Miriam. O algo parecido. Estoy hablando de la madre de Issy.

—Ah, sí —replicó Austin, con cierto recelo.

Se le había olvidado que vivía en Nueva York. Habían coincidido un par de veces y a primera vista parecía agradable y un poco alocada, pero inofensiva. Sin embargo, en el fondo y después de haber oído las historias que Issy le había contado por la noche, sabía que lo que había hecho era atroz. Aunque tal vez pudiera cuidar a Darny, ¿verdad?, se preguntó. Marian se lo debía a Issy, como poco.

Después recordó, tal como le sucedía un montón de veces al cabo del día, que las cosas con Issy estaban como estaban y sintió ganas de aullar por la angustia.

No lo haría. No podía. Darny sacudió la gigantesca bolsa de patatas, desparramando por el suelo los trocitos que quedaban en el interior. Después, eructó con todas sus ganas.

—La llamaré —dijo Austin.

Issy estaba cubierta de pasta de almendras cuando sonó el teléfono. De todas formas, supo quién era, como sucedía en ocasiones. A veces, el teléfono sonaba de una manera distinta de la habitual. Y siempre pasaba cuando estaba pensando en Austin.

Claro que, para ser sincera consigo misma, se pasaba los días y las noches pensando en Austin, y también soñaba despierta con él, aunque no tenía tiempo para esto último. Y eso...

Se limpió las manos en el delantal de rayas rosas y cogió el teléfono. Era un número desconocido.

Pero ella lo conocía.

—¿Austin?

—¿Issy?

Tragó saliva.

—Te e... —Y en ese momento se contuvo. Había estado a punto de irse de la lengua y hacerle saber la tristeza, el desengaño y el terror que estaba viviendo por la idea de perderlo. Había estado a punto de confesarle todas las inseguridades que la situación había sacado a la superficie. Pero ¿le serviría de algo? ¿Demostraría algo? ¿Conseguiría mediante el chantaje emocional convencerlo de que renunciara a su asombrosa vida? ¿De verdad pensaba que así serían felices? Lo intentó de nuevo—. Estoy haciendo pasta de almendras. Kilos y kilos.

Austin se mordió el labio. Se la imaginaba perfectamente, colorada por el esfuerzo. A veces, cuando estaba concentrada, la punta de su lengua asomaba entre los labios, como si fuera Snoopy. Allí estaba, haciendo lo que más le gustaba, feliz y contenta en su cocina. No podía arrebatarse eso. No podía.

—Detesto la pasta de almendras —dijo.

Issy tragó saliva.

—Bueno, en primer lugar, te equivocas. En segundo, no has probado la mía.

—Es que no me gusta el sabor ni la textura. Debería estar permitido que la gente tenga gustos distintos con respecto a la comida.

—No cuando se equivoca.

—Pues a ti no te gusta la remolacha...

—Porque es comida de caballos. Todo el mundo lo sabe.

—Bueno, pues yo creo que la pasta de almendras es de... conejos. O de las ardillas. Sí, de ardillas, porque les encantan las nueces y los frutos secos.

—Creo que es ilegal darle pasta de almendras a una ardilla —comentó Issy.

—No lo sé, me perdí la semana de la ardilla y la pasta de almendra en el cole —replicó Austin.

Se produjo un silencio. Issy creyó que el anhelo que sentía acabaría matándola. ¿Por qué la había llamado? ¿Habría cambiado algo? ¿Habría cambiado él de opinión?

—Bueno, dime.

—Mmm... —murmuró Austin. No sabía cómo sacar el tema de

conversación sin parecer un sinvergüenza—. Verás, es que... —comenzó—. Tengo que quedarme un poco más y...

Issy sintió que se le caía el alma a los pies como si fuera de plomo. Sintió cómo se rompía y acababa hecha pedazos.

Sin embargo, lo único que dijo fue:

—Oh.

—Y, bueno... me preguntaba...

—No puedo irme otra vez —se apresuró a decirle ella con brusquedad—. No puedo. No me hagas eso, Austin.

«¡Dios mío!», pensó él. La cosa iba peor de lo que había imaginado. Aunque lo tenía muy claro cuando hizo la llamada, parte de él esperaba que Issy dijera: «Cariño, vamos a olvidar lo que sucedió la semana pasada. Déjame volver. Vamos a intentarlo de nuevo.»

Por supuesto, Issy no iba a decir eso. Estaba hasta las cejas de pasta de almendras. Y él estaba loco.

—Mmm... no. Claro que no —murmuró. Se preguntó qué diría Merv si estuviera en esa situación. Iría directo al grano, supuso—. Me preguntaba si podrías darme el número de teléfono de tu madre.

Issy estuvo a punto de echarse a reír, pero sabía que si lo hacía, acabaría llorando.

—¿Para qué, para quedar con ella? —le preguntó, en cambio.

—No, no... es para Darny. Para que me ayude con Darny.

—¿Por qué? ¿Porque yo me he largado cabreada?

—No —respondió Austin—. Has hecho lo que debías hacer. En realidad, es para él. Tu madre le cayó bien.

—A ella también le cayó bien Darny.

—Bueno, es que... a lo mejor... en fin, tengo unos cuantos asuntos pendientes y...

Issy comprendió que esa sería la vida de Austin de ahora en adelante. Siempre tendría algún asunto pendiente. Siempre lo llamarían por teléfono. Su trabajo siempre sería su prioridad.

—Por supuesto —le dijo—. Te lo mandaré por mensaje en cuanto cuelgue.

Se produjo una pausa. Ninguno supo bien si eso significaba que Issy debía colgar. Y tampoco sabían si eso suponría el final de todo.

—Issy... —dijo Austin al final.

Era demasiado. Issy sollozó.

—No —le dijo—. No lo digas. Por favor. No lo digas. Ahora mismo te paso el número.

—¿Nada de Navidad? —preguntó Darny, que miraba con asombro a Marian—. ¿Cómo es posible?

—¿No estudiáis religión en el colegio? —farfulló Marian.

—Sí —contestó él—. Nos dicen que todas las religiones son geniales. Pero eso es una chorrada. Además, me echaron de clase por preguntar demasiado sobre la Inquisición.

—¿No les permiten hablar sobre la Inquisición?

—Llevé un libro con ilustraciones —contestó Darny, encogiéndose de hombros—. Kelise Flaherty vomitó sobre la pizarra virtual. Bueno, ella fue la primera que vomitó.

Marian contuvo una sonrisa a duras penas.

—Me recuerdas a alguien —comentó—. En todo caso, tenemos algo mucho mejor. Se llama Hanukkah.

—Ah, sí. Mi amigo Joel lo celebra. Dice que es una chorrada.

—¡Pero si recibes un regalo durante ocho noches seguidas! Es la fiesta de las luces.

—Mi amigo dice que al final los regalos son una porquería. Sus hermanas y él se quejaron y empezaron a pintar árboles de Navidad por todos lados, hasta que sus padres cedieron y celebraron también la Navidad. Así que ahora celebra el Hanukkah y la Navidad. —Miró a Marian de reojo—. A lo mejor yo hago lo mismo.

—A lo mejor —replicó Marian—. Pero es una falta de respeto.

—Pues vale —soltó Darny, dándole patadas a su silla. Los pies apenas le llegaban a la parte inferior del taburete en el que estaba sentado, bebiéndose su refresco.

—¿Te gusta meterte en problemas? —le preguntó Marian en voz baja.

Darny se encogió de hombros.

—Me da igual. Si me meto en problemas con los profesores, no tengo problemas con los niños mayores. Así que, bueno... guardo el equilibrio. Los profesores no me pegan.

Marian sonrió.

—Te entiendo muy bien. Yo me escapaba de clase siempre que podía.

—Y yo —convino Darny—. El único problema es que todo el mundo

nos conoce en el barrio. Así que siempre hay un cotilla que me ve y se lo dice a Austin, y él suspira y me pone cara de cordero degollado. Qué tontería. Ojalá viviera en un sitio donde nadie me conociera. ¿Adónde ibas tú cuando faltabas a clase?

—Solía ir al parque de atracciones —contestó ella—. Me dejaban subir en las atracciones sin pagar.

—¿De verdad? —le preguntó Darny—. Suena genial.

—Bueno, tenía ciertas... consecuencias —añadió Marian—. Digamos que al final acabé pagándolo.

—¿Eso es una metáfora? —quiso saber Darny—. ¿O se supone que debo tomármelo literal y comprenderlo?

—Eres demasiado listo para tu edad —comentó Marian—. Ojalá hubiera alguna forma de que los jóvenes lo comprendieran y actuaran en consecuencia. ¡Ja! Supongo que si la hubiera, ya la estarían aplicando ahora mismo. Sin embargo, debes aprender de tus propios errores. —Le entregó un paquetito envuelto con papel marrón.

—¿Qué es esto? —preguntó Darny—. ¿Puedo abrirlo?

—¿Es que no has escuchado nada de lo que te he dicho? —preguntó Marian a su vez, pero con una sonrisa—. Por supuesto que puedes abrirlo.

Darny lo hizo. Se trataba de una peonza cuadrada, cubierta de letras. Marian esperaba que rechazara el juguete, aunque en el fondo deseaba poder explicarle su procedencia y su significado. Le gustaba el muchacho. Tenía algo especial.

En vez de despreciarlo aduciendo que era un juguete para niños pequeños, Darny lo cogió con cuidado y lo examinó por todos lados.

—No entiendo lo que pone —dijo—. Está escrito con unas letras raras. Parece sacado de *Ben 10 Alien Force*. ¡Es genial!

—Es un *dreidel* —le explicó Marian—. Puedes jugar con él.

Darny lo hizo girar en la mano.

—Exacto. Hace mucho tiempo, los eruditos judíos debían fingir que no estudiaban el Talmud, el libro sagrado. Así que se inventaron un juguete para fingir que lo que hacían era jugar. Mañana tendrás otro regalo. Será *gelt*.

—¿Qué es eso?

—Ya lo verás. Te gustará.

—¿Se come?

—De hecho, sí. ¿Te apetece que demos un paseo?

—Hace un frío espantoso ahí afuera.

—Vamos al cine. Solo está a dos manzanas de aquí. Están poniendo *De ilusión también se vive*. Creo que te gustará.

—No será para chicas, ¿verdad? —le preguntó Darny con recelo.

—No se lo diré a nadie —respondió Marian.



16

Empanada de nabo sorpresa de Caroline

Corta nabos, champiñones, rábanos, coles de Bruselas y cebolla roja, y ponlo todo en una fuente rociada con aceite. Añade comino (no demasiado).

Cúbrela con una lámina de hojaldre de harina integral. Hornéala.

Fumiga la casa. Pide pizza.

Tres días antes de Navidad, Caroline vio de nuevo a Donald. Parecía un osito diminuto con su pijama enterizo mientras salía a hurtadillas de casa de Kate. Cuando vio que lo observaba, el niño parpadeó y se llevó el pulgar a la boca. Caroline le lanzó una mirada severa y subió los imponentes escalones de piedra. La casa había sido remodelada por un albañil con el que tuvo una aventura el año anterior. La aventura terminó cuando él intentó invitarla a comer un sándwich de beicon y los dos se dieron cuenta de que esa relación no tenía futuro. Pero era un maravilloso albañil. Unos setos immaculados flanqueaban la puerta principal pintada de verde oscuro.

—Vamos —dijo Caroline al tiempo que cogía a Donald de la mano. Llamó al timbre. Como nadie contestó, abrió la puerta. La niñera estaba de

pie junto a un enorme montón de ropa para planchar mientras las gemelas corrían arriba y abajo por la magnífica escalinata, con su balaustrada recién pintada y sus obras de arte, pegándose con palos—. Esto... ¿No echas a nadie en falta? —preguntó Caroline. La niñera levantó la vista, con expresión derrotada.

—Oh —dijo—. Ven aquí. ¿Se ha vuelto a escapar?

—Es un niño pequeño —repuso Caroline—. Solo busca a su madre. ¿Dónde está?

La niñera se encogió de hombros.

—En la cama. Ha dicho que necesitaba echarse un rato por el desfase horario. Acaban de llegar de Chipre.

—¿De Chipre?

Caroline subió la escalinata.

—¡Kate! ¡KATE!

Se escuchó que se abría una puerta.

—¿Heinke? ¿Es que no puedes hacer que esos dichosos niños se callen por lo menos cinco segundos?

—¿Kate?

Kate, que lucía un camisón de seda que parecía muy caro, bostezó con ganas. Caroline miró la hora. Eran algo más de las once. A ella le tocaba el primer turno en el trabajo.

—¿Has disfrutado de las vacaciones?

Kate se despertó de golpe. Puso los ojos como platos.

—¿Caroline? ¿Qué haces aquí?

—Recoger a tus hijos de la calle. ¿Qué haces tú?

Kate resopló.

—Ah, gracias por el sermón sobre los niños. ¿No eras tú quien le ha estado dando la lata a Richard por las mensualidades del colegio de los niños?

De repente se escuchó una voz masculina a su espalda, procedente del dormitorio. Las dos mujeres se quedaron heladas.

—Cariño, no es nadie —gritó Kate, que aún creía que se podía salvar. Pero era demasiado tarde.

Caroline ya había reconocido la inconfundible voz de su ex marido. Fue como si le dieran un puñetazo en el estómago. ¡Allí era donde se había estado escondiendo el cabrón! Con razón Kate y ella no habían quedado mucho de un tiempo a esta parte.

Caroline podía ser muchas cosas, pero desde luego no era cobarde. Inspiró hondo, le plantó cara a la adversidad y se puso muy derecha, tal como aprendió en el internado tan duro al que asistió.

—Vaya, vaya, sí que tenéis vida activa vosotros dos —consiguió decir—. Espero que hayas usado condón, Richard. ¿Te acuerdas de la vez que contagiaste la clamidia a todo el mundo?

Kate se puso blanca y jadeó mientras Caroline se daba media vuelta. En la planta baja, la niñera estaba desenchufando la plancha.

—¡Renuncio! —gritó—. ¡Es como estar esclavizada por una loca! Voy a buscarme un puesto en el que no tenga que aguantar a una loca. ¡Adiós! ¡Y deje de perder al niño!

Los tres niños comenzaron a berrear, tan monos como estaban con sus camisetas de rayas de Petit Bateau. Los mocos manchaban el papel de pared de William Morris. Donald tiró su zumo sobre la alfombra clara del descansillo. Caroline salió de la casa.

—¡Y cuando yo salga, cierra la dichosa puerta con el pestillo aunque sea por una vez! —gritó por encima del hombro.

Más tarde, Caroline se dispuso a admirar su obra de arte. Les había preparado una empanada a los niños. Aunque les aterraba su comida. En circunstancias normales, intentaba que comieran cosas crudas. Hermia, sobre todo, tendía a encogerse ante la crítica mirada de su madre, y eso que solo tenía nueve años. Se consolaba en el colegio, atiborrándose con los indigestos púdines que otras niñas descartaban. Y se notaba.

Caroline añadió nabos, coles, zanahorias y unos trozos de manzana para darle sabor, y un poco de aceite bajo en calorías. Después, lo cubrió con hojaldre. Eso lo tataría todo y luego le sugeriría a Hermia que no se comiera el hojaldre, de la misma manera que ella no se lo iba a comer.

Perdita deambulaba por la cocina mientras miraba con expresión recelosa la empanada, pero una mirada elocuente de Caroline la paró en seco. Caroline también le mandó un mensaje de correo electrónico a su abogado, diciéndole que exigiera daños y perjuicios por el dolor y la alteración emocional que le había provocado el hecho de que Richard le restregara su infidelidad.

Después, sin saber qué hacer, ya que Maya trabajaría el turno de tarde e Issy había vuelto, se encontró sentada con los álbumes de fotos. Como

muchas otras cosas de su vida, el álbum de fotos de Caroline era perfecto. Había escogido únicamente las mejores fotografías de todos ellos, tomadas en un ambiente estudiado a la perfección: delante de la chimenea de la cabaña de esquí, luciendo monos de esquiar iguales y brindando con tazas de chocolate caliente (Aquiles se había puesto a chillar y se había negado a tocar la nieve y a salir al exterior; a Hermia la habían acosado en las clases de esquí y se había pasado cinco meses despertándose por las pesadillas); en el refugio de la isla (Richard se había pasado todo el tiempo hablando de negocios por teléfono; Caroline se había vuelto loca sin niñera y con tantos mosquitos); engalanados para una boda (Richard se había ligado a una dama de honor; Caroline había estallado en lágrimas; el matrimonio había durado seis meses desde la boda, ya que la novia se fugó con el encargado del catering). Esbozó una sonrisa triste al mirar los carísimos álbumes y las historias que no contaban.

Sin embargo, también había otras historias reales. Hermia colocando el angelito en el árbol de Navidad, con una rama totalmente volcada por el peso de los adornos (Caroline los reorganizó de inmediato en cuanto los niños se acostaron para que estuvieran bien). Miró el árbol de ese año. Era muy elegante, exquisito, todo de plata y blanco. Pero no contaba con el angelito de Hermia. Caroline se preguntó adónde había ido a parar.

También había una foto de Aquiles, con el mismo tipo de pijama enterizo que llevaba Donald. Su niño cariñoso, al que le encantaban los abrazos, en ese momento se ponía de uñas y se rebelaba si ella le sugería que se cambiara de camiseta o que dejara la Nintendo DS. Estaba sentado en el regazo de Richard, y este acababa de desenvolver una enorme y ridícula marioneta que había comprado en un viaje de negocios a alguna parte. Era un loro llamativo con una cresta púrpura y rosa y una sonrisa siniestra. Era espantoso. Caroline se lo dio a Oxfam en cuanto acabaron las Navidades. En la foto, sin embargo, padre e hijo no podían respirar de la risa y se parecían muchísimo. Era una instantánea preciosa.

Caroline masculló un taco. Perdita se había marchado, y la casa (con cristal doble en las ventanas, por supuesto, y apartada de la calle principal) de repente se le antojó muy silenciosa, ya que solo se escuchaba el tictac del antiguo reloj francés restaurado de péndulo que había en el pasillo. Caroline ya no tenía ganas de seguir viendo fotos. Quería tener cerca a sus hijos, darles empanada para comer, disculpase hasta cierto punto por la familia que había recreado en los álbumes y por la familia en la que se

habían convertido.

Guiada por un impulso, fue a buscarlos al colegio. En circunstancias normales, se quedaban más tarde, alrededor de una hora para hacer los deberes, mientras ella disfrutaba de tiempo libre. Las otras madres que esperaban en la puerta la miraron con una sonrisa nerviosa, pero no hablaron con ella. Era evidente que creían que lo del divorcio se podía pegar, como los piojos. Caroline no les prestó atención. También pasó de la sorpresa y, para ser sincera, de la preocupación que vio en la cara de sus hijos al salir con sus elegantes gorros y abrigos, acompañados por un profesor que los miraba con escepticismo, ya que se estaban saltando la hora de los deberes.

—¿Pasa algo? —preguntó Aquiles.

—Nada de nada, cariño —mintió Caroline—. Solo quería veros, eso es todo.

—¿Le ha pasado algo a la abuela? —quiso saber Hermia.

—No, pero no te preocupes, cuando le pase algo, tendrás un poni nuevo. No, solo nos vamos a casa todos juntos.

—¡He hecho un adorno! —exclamó Aquiles, que le enseñó un Papá Noel algo deforme, con una cabeza enorme.

Por lo general, Caroline le habría dicho algo adecuado. Ese día, cogió el adorno.

—¡Es fantástico! —dijo—. ¿Te parece que lo colguemos en el árbol?

Los niños parecían nerviosos.

—Creía que no podíamos tocar el árbol —comentó Aquiles.

—Yo no he dicho eso —les aseguró Caroline—. ¿Lo he dicho? ¿De verdad que lo he dicho?

Los niños se miraron entre sí.

—Vale, vale, da igual. Hoy será distinto. ¡Y he preparado la cena! ¡Una empanada! —Cogió a Aquiles de la mano. Por una vez, él se lo permitió.

—¿Qué clase de empanada?

—Una empanada sorpresa.

Los niños pusieron cara apenada.

—Venga, contadme qué habéis hecho hoy.

Y, para su sorpresa, lo hicieron. Normalmente, hacía que Perdita los recogiera de clase de kárate, de natación, de matemáticas Kumon o de lo que tuvieran organizado que hicieran por la tarde. Pero ese día paseó con ellos y se quedó maravillada cuando Hermia le contó con todo lujo de

detalles que Meghan, Martha, Maud y ella eran las mejores amigas del mundo, pero que le habían dicho que ya no podían seguir siéndolo y que podría volver a ser su amiga cuando tuvieran espacio suficiente y ella dejara de tener barriga. Caroline escuchó con atención el drama, que Hermia le contó con voz monótona y sin emoción alguna, como si fuera normal que un grupito de amigas se volviera contra una de ellas y le explicara por qué ya no podía pertenecer a la pandilla. Observó el pelo negro y rebelde de Hermia, que había heredado de Richard, y lo comparó en silencio, como hacía a menudo, con los rizos rubios de las hijas de sus amigas. A continuación, abrazó a Hermia con fuerza.

—¿Tenéis ganas de que llegue el día de Navidad? —les preguntó.

Hermia se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó—. Me asusto en casa de la abuela Hanford.

La madre de Richard era una vieja aterradora que vivía en mitad de la nada en una casa fantasmagórica que se negaba a caldear con calefacción.

—Da igual... —repuso Caroline—. Lo celebraremos como es debido al día siguiente.

Cuando llegaron a casa, Aquiles vació su mochila. Había una montaña de libros y de deberes.

—Sé a ciencia cierta que Louis McGregor no tendrá deberes hasta los nueve años —dijo Caroline—. ¿Tienes que hacer tantas cosas todas las noches?

Aquiles dio un respingo y, de repente, su cara, que a Caroline solía parecerle rebelde y desdichada, adoptó una expresión de puro agotamiento. Era muy pequeño. Un niño muy pequeño que tenía que sentarse en un pupitre anticuado y competir con otros niños que también tenían unos horarios extenuantes y que también estaban nerviosos por hacerlo lo mejor posible y complacer a todo el mundo. Caroline le acarició la cara y se preguntó si sería tan malo que Richard dejara de pagar el colegio. A lo mejor si asistían al colegio de Louis, con sus meses dedicados a la historia negra y sus manualidades con tampones de patatas... No, eso sería ridículo.

Un olor espantoso salía de la cocina.

—¿Os parece que veamos si la empanada es espantosa? —preguntó—. Y si lo es, ¿os apetece que pidamos pizza?

—¿Podemos comer delante de la tele? —preguntó Aquiles, que se aprovechó del momento de debilidad de su madre.

Con la alfombra Aubusson y los exquisitos suelos de roble, el salón

estaba vetadísimo. Nada de comida, de zapatos, de vino, ni de animales en el salón de Caroline. Era su oasis, tal como le decía a su entrevistador imaginario de la revista *Casas y jardines* que solía hacerle una entrevista de vez en cuando en su cabeza; un santuario contra el bullicio de la vida londinense. Después, añadía que también solía usarlo para meditar, aunque había dejado de hacerlo en cuanto comenzó el divorcio, porque si no se mantenía ocupada, empezaba a pensar en lo mucho que quería matar a Richard.

Caroline puso los ojos en blanco.

—Vale, pero solo por esta vez.

Miró qué ponían en Sky TV.

—Es Navidad. Seguro que están reponiendo *El mago de Oz*.

Y así era.

El villancico preferido de Issy era la versión de Sufjan Stevens de *Only at Christmas Time*. Era una versión preciosa, y en ese momento parecía escucharla por todas partes. La acompañó mientras hacía una compra masiva de comida (Helena iba con ella, pero Chadani Imelda tuvo un berrinche en la sección de dulces, de modo que las mandó de vuelta a casa), y la letra de su estribillo la siguió de un pasillo a otro: «Solo para traerte paz, solo en Navidad, solo el Rey de reyes..., solo lo que una vez fue de mi propiedad.»

Tenía la sensación de estar contemplando el mundo a través de una máscara borrosa, o por la parte equivocada de un telescopio. A su alrededor, solo veía familias (que ella no tenía) y niños (que tampoco tenía) y parejas felices que reían mientras señalaban el muérdago, y allí estaba ella, metiendo un montón de verduras en el carrito porque los parientes de Ashok eran vegetarianos y aunque Ashok le había asegurado que llevarían comida, no podía recibir invitados con los platos vacíos y expresión esperanzada.

Echó paté, relleno y patatas, y un montón de nueces para el asado; también repasó en voz alta los ingredientes para las empanadillas navideñas y añadió cuatro cajas más de galletitas saladas. Ashok había insistido en pagar la comida, pero como muchos de sus parientes tampoco bebían, supuso que a ella le correspondía pagar la bebida, aunque a lo mejor podían contribuir entre todos. Se detuvo delante de las estanterías

preparadas para la ocasión con botellas de licor y otras bebidas que no creía que la gente bebiera en circunstancias normales, y suspiró. No sabía cómo se iba a sentir. No sabía si su malhumor haría que todos los demás se deprimieran y tendría que coger el puntillo para alegrarse un poco. O todo lo contrario: tal vez tendría que poner buena cara hasta haberse bebido un par de copas, tras lo cual acabaría tirada en el suelo.

Una mujer, más joven que ella, la golpeó con el cochecito de bebé que llevaba y la miró con expresión contrita.

—Lo siento —se disculpó—, es que está todo tan lleno...

—No se preocupe —dijo Issy—. No se preocupe. La culpa es mía que... que estoy aquí parada...

La mujer sonrió.

—Qué suerte tiene. Si dejo de moverme, el niño se pone a berrear.

Issy esbozó una sonrisa amable. No creía que eso fuera tener suerte.

—Bueno, ¿nos volvemos a casa o qué? —preguntó Darny. Estaban de regreso en el Cupcakes de Nueva York. Kelly-Lee era la viva imagen de la victoria cuando se dio cuenta de que Issy había desaparecido.

—¿Volverá pronto? —preguntó ella con retintín.

Austin intentó sonreírle sin prestarle demasiada atención, pero luego se olvidó de ella por completo.

—No podemos ir a casa de la madre de Issy —dijo Darny—. No celebran la Navidad.

Austin se mordió el labio. Sabía que Issy no se había quedado en su casa. Había llamado bien entrada la noche y dejó que el teléfono sonara y sonara, aunque sabía que era una tontería, y que era inútil. Aunque supuso que debía de estar en casa de Helena, no la llamó allí. Se limitó a llamar a su propio teléfono, dejándolo sonar, permitiéndose imaginar, por un segundo, que ella bajaba envuelta en ese espantoso batín que él conservaba de su época de soltero, quejándose del frío suelo de madera, que crujía a cada paso, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro, echándole un sermón por llamarla tan tarde cuando tenía que madrugar, pero perdonándolo enseguida.

—No —repuso—. Merv nos ha invitado a pasar el día con su familia. Si queremos. Me ha dicho que habrá cientos de invitados y que estaremos como en casa.

Darny miró con expresión hosca el muffin duro de manzana y canela.

—Es mentira —le dijo—. Seremos los extranjeros raros con el acento gracioso a los que todo el mundo quiere pellizcar.

—Lo sé —dijo Austin—. Pero la cosa es que...

Recordó el año anterior. Se rieron bajo las mantas. Se negaron a vestirse, pero se pusieron sus «pijamas de vestir», los mismos que Issy guardó al día siguiente, ya que insistió en que solo se los podían poner para ocasiones especiales. Jugaron a Verdad o Atrevimiento con una caja de bombones, hasta que solo quedaron los de *toffee*. Y después, cuando Darny se acostó, Issy encendió las velas, se puso los pendientes de diamante nuevos, y su piel relució a la luz como...

Austin parpadeó dos veces, con rapidez. No. Había llegado el momento de asumir la realidad. De hacer lo que mejor se le daba: apañárselas con lo que tenía. Lo que quería decir que había llegado el momento de darle la noticia a Darny. Se sacó la carta del bolsillo.

—Darny, esto es lo que hay. Y sé que se supone que tengo que enfadarme contigo, pero no sé cómo hacerlo porque en mi opinión creo que eres un chico brillante, aunque también te digo que eres un plasta insoportable.

—Cierra el pico —lo cortó Darny, que estaba leyendo la carta del revés. La expresión rebelde abandonó su cara y, de repente, pareció mucho más pequeño—. ¿Me han expulsado? ¿De verdad?

Austin se encogió de hombros.

—Por favor, Darny, te lo has estado buscando.

—Cierto —convino Darny.

—Te has pasado de la raya.

—Bueno...

—Y odiabas el colegio.

—Odiaba el colegio.

Darny tragó saliva. Según pudo ver Austin, estaba muy alterado.

—Creía... La verdad es que esperaba que...

—¿El qué?

Darny le dio una patada a la pata de la mesa.

—Es una tontería.

—¿El qué?

Darny hizo una mueca.

—Creía que podrían cambiar de opinión..., que tal vez creyeran que los

niños deberían tener voz.

Austin se apoyó en el respaldo del asiento.

—Dime que esto no tiene nada que ver con tu campaña para que los niños tengan voto.

—Deberíamos tenerlo —insistió Darny—. Nadie nos escucha.

—Eso le pasa a todo el mundo —replicó Austin—. Joder. Cuando llegues a ser el dichoso primer ministro, sacarán todo esto a la luz.

De repente, Darny parecía muy pequeño.

—No quería... No pensé que fuera a ser un problema para ti.

Austin tomó lo que debía de ser la bocanada de aire más honda que había tomado en la vida.

—No, no lo pensaste —dijo—. Porque tienes once años y todavía no piensas en esas cosas. Ojalá lo hubieras hecho, Darny, no sabes cuánto me gustaría que lo hubieras hecho.

—¿Tendré que ir a King's Mount? —preguntó Darny con un deje de pánico en la voz—. Austin, allí despellejan a los niños. Sobre todo a los bajitos. ¿Te acuerdas de la pandilla que marcó a todos los que tenían siete años?

—Me acuerdo —contestó Austin con seriedad. King's Mount salía siempre en el periódico local—. Y por eso... creo que tendremos que quedarnos aquí —continuó mientras echaba un vistazo a su alrededor—. Hay colegios increíbles, sitios que ni te imaginas, en los que agradecen tener a librepensadores y hacen todo tipo de actividades geniales. Y podrás conocer a niños de todo el mundo y... en fin... la verdad es que creo que te gustaría mucho...

—¿Nos quedamos? ¿En Nueva York? —Darny lo miró.

Austin se había preparado para el llanto, los gritos y las recriminaciones... para todo menos para eso.

—¡Genial! —exclamó Darny, que levantó un puño—. No puede ser peor que ese agujero. ¡Estupendo! ¡Ojalá Stebson pudiera verme ahora! ¡Vivir en Nueva York! ¡Sí! ¿Cuándo vuelve Issy?

—Ella... puede que no vuelva —contestó Austin—. Le va a costar dejar la pastelería.

—No digas tonterías —replicó Darny—. Claro que puede dejar la pastelería, allí hay un montón de gente.

—No es tan sencillo —dijo Austin—. Es su negocio.

Darny lo miró fijamente.

—¿No va a venir?

Kelly-Lee se acercó a la mesa.

—¿Va todo bien por aquí? Lo siento, no he podido evitar escucharos...
¿Es verdad que os quedáis?

—Eso parece —dijo Austin.

—¡Oh, eso es genial! Seré tu nueva amiga. —Le colocó una mano en el hombro—. Te enseñaré la ciudad. Y a ti también, chiquitín. Estoy segura de que vamos a ser muy buenos amigos.

Darny la miró sin abrir la boca y le dio una patada a la mesa. Al cabo de un momento, dijo en voz baja:

—Creo que ha sido por mí. Creo que ha sido culpa mía.

Austin lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿El qué?

—Que Issy no venga.

—¿Crees que has espantado a Issy?

—Me porté mal en el colegio y luego me porté mal con ella. —Darny tenía una expresión atormentadísima—. No quería hacerlo, Austin. No quería. Lo siento. Lo siento.

—Tranquilo, tranquilo —dijo Austin, que de repente quería ponerse a soltar tacos a diestro y siniestro—. No, de eso nada, te digo que no es por ti. Ella te quiere.

Darny se echó a llorar.

—Es por mí —le aseguró Austin—. Por ser un imbécil egoísta. Y porque las cosas cambian, y porque yo pensé, como el imbécil que soy, que sería genial y que tenía que subirme a la ola y... en fin, y que aquí estamos...

Darny ya no parecía un preadolescente beligerante. Parecía un niño muy alterado y muerto de miedo.

—Por favor, haz que vuelva —le suplicó—. Por favor, Austin.

Austin tragó saliva con fuerza. Pero se mantuvo en silencio.



17

Issy había colocado toda la comida y la bebida en el sótano, junto con todos los regalos que había conseguido comprar en su alocada carrera a través de Boots. En la planta alta, Maya seguía con su turno y Pearl y Caroline discutían felizmente sobre la edad a la que habría que contarles a los niños la verdad sobre Papá Noel. Caroline creía que si los padres habían trabajado duro para conseguir el dinero, los niños apreciarían el gesto y aprenderían a valorar las cosas. Pearl no estaba de acuerdo. Era el sábado antes de Navidad, y Louis estaba haciéndose una barba de Papá Noel con un montón de algodón, un trozo de cartón y cinta adhesiva. También tenía un gorro de Papá Noel que le había dado Louis Uno, y sonreía con expresión plácida a los otros niños que entraban en la pastelería.

—No soy Papá Noel de verdad —le dijo a una niña pequeña—. ¿Te gustaría tener una barba?

La niñita asintió con la cabeza, y al poco tiempo Louis convirtió sus manualidades en una incipiente empresa. A la postre, se acercó a él una mujer menuda que había entrado sola y que había pedido un té verde antes de echar un buen vistazo y ponerse a escribir con rapidez en un cuadernillo.

—¿Me das una? —le preguntó a Louis.

—Sí —contestó al niño—. Pero no finja que es Papá Noel. Porque no lo

es.

—No creo que nadie me pueda confundir con Papá Noel.

—Ni un «plisía». No puede vestirse de «plisía».

La mujer pareció desconcertada un momento, pero después le aseguró a Louis que no tenía intención de disfrazarse de policía.

—Lo siento —dijo Pearl, que lucía una poblada barba blanca—. Su padre le dejó ver *Terminator 2* y se llevó un susto de muerte.

—No me sorprende —comentó la mujer—. Me lo llevé yo y soy una adulta.

Louis la miró con sus preciosos ojos castaños.

—No es verdad, señora. Solo es una película. Vuélvase a dormir.

De repente, la mujer esbozó una sonrisa de oreja a oreja y cerró el cuadernillo con un golpe seco. Se volvió hacia Pearl.

—Vale, vale, me rindo —dijo—. Ya he tenido bastante. Es casi Navidad y estoy que me caigo. —Se acercó al mostrador y le tendió la mano—. Abigail Lester. *Guía del Londres supersecreto*. Sección de estilo.

Pearl aceptó la mano por educación, pero no tenía la menor idea de por qué.

—Esto... encantada.

Caroline se estiró por encima del mostrador como si hubiera pulsado un resorte.

—¡Abigail! —chilló como si fueran buenísimas amigas. La mujer la miró como si nada.

—Esto... ¿es su negocio? —le preguntó.

—No, es de la chica que está llorando en el sótano —contestó Pearl—. Espere un momento. ¡Issy!

—¿Puedo ofrecerte un dulce de degustación... una taza de chocolate caliente? ¿Una copa de vino? No servimos vino, pero tenemos algo para los sábados por la noche... —Caroline estaba parloteando y Pearl seguía sin tener ni idea de por qué.

—No, no, gracias. A juzgar por lo contentos que están los clientes, es evidente que todo está genial.

Issy subió las escaleras con los ojos enrojecidos y paso apagado. Era como si el desfase horario tras el vuelo de regreso de Nueva York no se le pasara, sino que empeorara, que le calara hasta los huesos, como si quisiera despertarse y ponerse en marcha pero no pudiera, porque sabía que si se espabilaba del todo, vería el mundo tal como era: un lugar en el que Austin

se encontraba a miles de kilómetros de distancia y siempre se encontraría allí.

—Felicidades —le dijo alguien. Issy parpadeó y se percató de la rubia delgada que tenía delante—. Haremos el anuncio oficial en el número siguiente, pero ha ganado el premio a la tienda independiente mejor decorada.

Issy parpadeó.

—Este pequeñín es el que ha decantado la balanza —continuó Abigail, con la vista clavada en Louis, que sabía que había hecho algo bien y estaba esperando a saber de qué se trataba—. Regalar barbas de Papá Noel es un nivel de servicio al cliente que sobrepasa cualquier expectativa. Bien hecho, chiquitín.

—Muchas gracias —respondió Louis, sin que nadie lo alentara a hacerlo.

—Bueno, mandaremos a uno de nuestros fotógrafos... y habrá un cheque de cinco mil libras. ¡Felicidades!

Era evidente que Abigail esperaba que Issy dijera algo, pero esta solo fue capaz de musitar su agradecimiento.

—Por supuesto, la idea fue mía —dijo Caroline mientras se acercaba—. Puedo contarte quiénes son mis proveedores y mis fuentes de inspiración en el mundo de la decoración interior.

—Bueno, me gustaría, sí —replicó Abigail—. Toma mi tarjeta. Te llamaremos la semana que viene, cuando ya haya pasado el caos navideño... y la cosa esté tranquila para hacer las fotos.

Caroline cogió la tarjeta antes de que Issy pudiera levantar la mano siquiera.

—¡Estupendo! ¡Muac, muac!

Una vez que Abigail se marchó, tras recibir un beso de Louis con su barba blanca puesta, Caroline se volvió hacia ellas con expresión triunfal.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Issy, cansada.

—¡Establecimiento mejor decorado! ¡Sabía que podíamos ganar! Creo que seguramente fueron las guirnaldas trampantojo.

—Seguro que sí —dijo Issy, que intentó sonreír. El Cupcake Café había seguido adelante sin contar con ella, después de todo. Le provocó una sensación agrisulce—. Así que cinco mil libras, ¿no? En fin, supongo que deberíais dividirlo como paga extra de Navidad. Puedo dárselo por adelantado si queréis.

—Bueno, el concepto fue idea mía... —señaló Caroline, pero bastó una miradita de Issy para que se callara.

A Pearl le dio un vuelco el corazón, pero no quería ser injusta.

—Sí que fue idea de Caroline —dijo—. Y fue ella la que nos inscribió en el concurso.

Caroline miró a Pearl, sorprendida por su generosidad.

—De eso nada —zanjó Issy—. Ha sido gracias a las barbas de Louis, ella misma lo ha dicho. En todo caso, debería llevarse él el premio. Además, has estado limpiando todos esos nuevos adornos todos los días.

Caroline no soportaba que la gente fuera magnánima sin contar con ella.

—Por supuesto que ni se me pasaría por la cabeza quedarme con más de lo que me corresponde —aseguró—. Y, al fin y al cabo, tampoco es que me haga falta el dinero.

Pearl e Issy se sonrieron, y mientras Issy echaba un vistazo por el bonito local, reparando en los clientes felices, tuvo la sensación de que sin duda alguna podría absorber un poquito de espíritu navideño.

—Te he hecho una barba para que te la pongas —anunció Louis con seriedad al tiempo que sostenía un montón de algodón pegado a un cartón con lazos hechos de cinta adhesiva a fin de que se la sujetara a las orejas.

—Gracias, Louis —replicó Issy. Y se puso la barba.

La tradicional caja de vino (era evidente que su madre no se había dado cuenta de que se había mudado) llegó a casa de Issy en Nochebuena. Era *kosher*, se percató. Llamó a Marian, pero no tuvo suerte. De cualquier forma, suponía que su madre ya no celebraría la Navidad. Claro que tampoco la había celebrado antes.

Todo estaba preparado para el día siguiente, con la comida lista y tapada con plástico, dispuesta para ponerla en los hornos industriales de la pastelería. Podían pelar todas las patatas al día siguiente, y había manos de sobra para la tarea. Se despreocupó de todas las menudencias como la salsa de arándanos y las coles en conserva, que compró en Marks & Spencer. El vino *kosher* se sumaría a las botellas de champán proporcionadas por Caroline y a las dos botellas de whisky que un paciente agradecido le regaló a Ashok.

Helena y ella se quedaron hablando hasta tarde mientras envolvían los regalos de Chadani Imelda, que no sabía qué pasaba aunque sí que sabía

que pasaba algo, de modo que lo estaba utilizando como excusa para quedarse levantada hasta más tarde. Ashok estaba lidiando con ella. De vez en cuando, pasaba corriendo por delante de la puerta de la sala de estar persiguiendo a una niña chilla con un pañal sucio por encima de la cabeza, pero Helena e Issy no les prestaban atención.

Estaban hablando del futuro.

—El piso que hay encima de la pastelería se ha quedado libre —decía Issy—. El dueño no sabe si alquilarlo o venderlo. Supone que sacará más dinero por su situación. Así que básicamente he provocado que me suba el alquiler por el olorillo tan rico de mis dulces.

—Bueno, pregunta a ver si te lo alquila. Ya sabe que eres una buena arrendataria. Ya decidirás qué quieres hacer después.

—Bueno... tal vez —repuso Issy.

—Y nosotros no nos quedaremos aquí mucho más tiempo —señaló Helena—. En cuanto vuelva a trabajar, podremos pagar una hipoteca y nos mudaremos. Necesitamos un jardín para Chadani Imelda.

Chadani Imelda estaba subida a caballito a la espalda de Ashok y se reía como una loca.

—Así que podrías recuperar este sitio.

—Podría —dijo Issy, que miró la cocina rosa y los bonitos sillones con su estampado floral, que en ese momento estaban ocultos bajo una enorme montaña de regalos—. No lo sé. Tal vez haya llegado el momento de cambiar.

—Me he registrado —anunció Helena—. En una agencia de enfermeras. Mira. —Le enseñó un montón de formularios.

—¡Vaya! —exclamó Issy—. ¿Qué les has dicho cuando te han preguntado por qué querías volver?

—Les dije: chicos, soy un genio de la multitarea en muchísimos campos.

—¿Así?

—Sí, justo así. No, no seas tonta. Simplemente les he recordado la suerte que tendrían de poder contar conmigo y les he dicho que no me hicieran preguntas impertinentes.

—Ya decía yo... —comentó Issy.

—Ahora, vuelve la cara —le pidió Helena—. Tengo que envolver tu regalo.

—Vamos, no seas tonta —dijo Issy.

—¡Lo digo en serio! O vuelves la cara o te quedas sin él.

Issy se levantó y se marchó hacia la puerta refunfuñando. Chadani Imelda tenía unos pantalones en la cabeza en ese momento. Ashok le gruñía y fingía ser un oso. Issy los miró con una sonrisa. Era una escena muy bonita. Ashok se dio cuenta de su escrutinio y levantó la vista, y también dejó de gruñir.

—Podrías tener esto mismo —le dijo con seriedad.

Issy se tensó.

—Habéis sido muy tontos los dos. Los dos.

—Ashok, ¡cierra la boca ahora mismo! —exclamó una voz desde la sala de estar, una voz que no admitía réplicas.

—Solo quiero que Isabel sea feliz. ¿No quieres que Isabel sea feliz? ¿Quieres que alquile un apartamento nuevo y abra pastelerías nuevas en vez de decirle: «Bueno, Isabel, fue bonito que fueras feliz porque tus amigos también eran felices, de modo que todo el mundo era feliz»?

—Te lo advierto —insistió la voz.

A Issy se le formó un nudo en la garganta.

—No ha sido culpa mía —dijo—. Yo no soy quien se ha ido de Londres.

—¿Estás segura?

—Estaré bien.

Ashok cogió a Chadani en brazos y le acarició con la nariz su atezada mejilla.

—Quiero que estés mejor que bien.

Helena salió al pasillo.

—¡A la cama! A la cama todo el mundo.



18

Cupcakes de pudin navideño

100g de mantequilla sin sal

100 g de melaza

50 g de azúcar

2 huevos

1 cucharadita de canela molida

1 cucharadita de jengibre molido

½ cucharadita de clavos molidos

½ cucharadita de cardamomo

250 g de harina

25 g de cacao en polvo sin azúcar

½ cucharadita de bicarbonato

2 cucharaditas de polvos de hornear
(levadura química en polvo)

1 cucharadita de sal

100 ml de leche

1 cucharadita de brandy

1 cucharadita de extracto de vainilla

Precalienta el horno a 170 °C y engrasa un molde para cupcakes con mantequilla.

Mezcla los ingredientes secos, remueve y deja a un lado.

Bate la mantequilla con la melaza y el azúcar a velocidad media-alta, hasta que esté cremosa. Añade los huevos, uno a uno, esperando a que el primero esté perfectamente incorporado antes de añadir el segundo. Añade el extracto de vainilla y el brandy.

Incorpora los ingredientes secos en tres veces, alternando con la leche y batiendo hasta que todo se haya mezclado de forma homogénea antes de seguir.

Hornea unos 20 o 22 minutos. Si quieres, puedes decorarlos con una cobertura de mantequilla, brandy y azúcar.

—¡FELIZ NAVIDAD! ¡FELIZ NAVIDAD A TODOS!

Louis besó a su madre y a su abuela con gran emoción.

—Son las cinco y media —señaló Pearl—. Vuelve a la cama.

—¡PAPÁ NOEL HA VENIDO!

Louis señalaba, alborozado, el calcetín que habían colocado debajo del arbolito de Navidad que usaban todos los años, y que estaba adornado con sus manualidades. Pearl había guardado el regalo más importante y quería dárselo en la pastelería. De todas formas, en su casa no había sitio para esconderlo. Sin embargo, los pequeños regalos estaban envueltos y preparados para que los abriera.

—¿No puedes volver a dormirte? —le preguntó, adormilada.

Estaba agotada y el apartamento estaba congelado. No quería dejar la calefacción encendida por la noche y llevaban unos cuantos días con temperaturas gélidas.

—¡NOOOO! —Louis meneó la cabeza con frenesí para demostrar que no podía.

Pearl no sabía cómo iba a apañárselas para meter de nuevo en la cama a un niño de cuatro años el día de Navidad.

—Bueno, pues muy bien —claudicó—. ¿Quieres abrir los regalos sin armar mucho jaleo en...?

—Mamá, tengo frío.

—¿... en la cama?

Louis se acostó a su lado la mar de contento y procedió a desenvolver

con entusiasmo los regalos que Pearl había envuelto a última hora la noche anterior.

—¡MAMÁ, UN CEPILLO DE DIENTES! —gritó, emocionado—. ¡Y UNA NARANJA Y CHOCOLATINAS! ¡Y CALCETINES! Oh, calcetines —añadió, ya en un tono de voz normal.

—Sí, pero son calcetines del Garaje Monstruoso —señaló Pearl.

Los ojos de Louis recorrieron la estancia. No había un paquete tan grande como para contener un Garaje Monstruoso. En realidad, no había espacio para dicho paquete. Intentó no parecer decepcionado.

—Me da igual el Garaje Monstruoso —dijo en voz baja.

Pearl se espabiló de golpe por la acción de la adrenalina. Había metido a hurtadillas el Garaje Monstruoso en la pastelería después de cerrar. Había ido corriendo a la juguetería con el cheque de Issy recién depositado en su cuenta, emocionada y con el corazón latiéndole a toda pastilla. Sabía que debía guardar parte del dinero para pagar la calefacción y para la inevitable subida del transporte público que se avecinaba en enero. Además, debería comprarse un abrigo, comprendió mientras caminaba soportando el frío glacial. El que llevaba era demasiado fino. Y también le encantaría comprarse una de esas botas tan calentitas, con borreguito, que llevaban las chicas últimamente. Pero no. Iba a comprar una sola cosa en concreto. Ese día en concreto.

—¿Tienen un Garaje Monstruoso? —preguntó nada más entrar en la tienda con los ojos abiertos de par en par.

Llevaba todo el día asustada por la posibilidad de que se hubiera agotado. Era el juguete del año. En el periódico había leído una noticia sobre la pelea que se había producido en unos grandes almacenes para ver quién conseguía el último que quedaba. Al parecer, la gente lo compraba en eBay por cientos de libras. Pero ella tenía que intentarlo. Debía hacerlo.

El silencio se hizo en la tienda y Pearl se dio cuenta de que estaba helando en el exterior. Llevaba el fino abrigo mojado y recordó que en esa juguetería no se pedía al dependiente lo que se buscaba, sino que se anotaba en un papel. Todo el mundo la estaba mirando. Después, una chica muy agradable le sonrió.

—Está usted de suerte —le dijo—. El último pedido se ha retrasado demasiado. Acaba de llegar, muy tarde para la mayoría de la gente. Llevo toda la semana aguantando el malhumor de los clientes por culpa de este juguete. —Hizo una pausa para añadir dramatismo—. Pero sí, nos quedan.

Mientras Pearl rellenaba la orden de pedido con manos temblorosas, escuchó que la gente hablaba a su alrededor por teléfono. «¡Sí que tienen! ¡Tienen Garajes Monstruosos!», y que empezaban a hacer sus pedidos. La tienda empezó a llenarse de personas, atraídas por la noticia.

—Oh, oh —dijo la chica mientras Pearl cogía la enorme y colorida caja—. Parece que ha provocado usted una estampida.

Pearl también compró un rollo de papel de regalo plateado indecentemente caro, y envolvió el paquete con primor, tras lo cual le puso un gigantesco lazo rojo. Acto seguido, lo escondió debajo del horno hasta el día siguiente.

Estaba casi en casa cuando Caroline la llamó por teléfono.

—Pearl —le dijo esta—. Necesito parte del dinero.

—Bueno —dijo Pearl, intentando disimular la emoción—. Recuerda que Papá Noel sabe que vas mucho al Cupcake Café. A lo mejor ha hecho una parada allí. Porque hay una chimenea de verdad.

—¡Sí! —gritó Louis, que se animó al instante. Metió la mano de nuevo en el calcetín y sacó un paquete de cromos—. ¡CROMOS!

—¿No puedes hablar un poquito más bajo?

—¿Puedes decirle a Papá Noel que no hablaba en serio cuando he dicho que me daba igual el Garaje Monstruoso?

—Estoy segura de que Papá Noel ya lo sabe.

—Como el Niño Jesús.

—Exacto.

—Gracias por los regalos, Niño Jesús.

Pearl decidió dejarlo correr. Gruñó por lo bajo, salió de la cama y fue a encender la estufa y a prepararse una taza de café. Iba a ser un día muy largo.

Caroline se despertó sola en su enorme cama con sus prístinas sábanas de algodón egipcio y su ingente cantidad de almohadones, cojines y cuadrantes. Más que una cama, era un paraíso para ella, tal como le gustaba pensar. Al principio, sintió una dolorosa punzada al recordar que pasaría sola la mañana de Navidad.

Después, recordó el día anterior. Un día gélido y desagradable para estar

en la calle. De todas formas, había clase de violín y de rugby, ya que muchos padres consideraban que no era bueno que los niños tuvieran vacaciones ya que eso los volvía perezosos. Hermia y Aquiles se levantaron a la hora esperada y estaban vistiéndose cuando ella entró en sus respectivas habitaciones.

—Bueno —anunció, todavía vestida con su bata de estilo japonés—. He decidido una cosa.

Los niños la miraron.

—Hace un día espantoso. ¿A quién le apetece quedarse en casa y no quitarse el pijama en todo el día?

Los niños gritaron para expresar su alegría. De modo que Caroline subió la temperatura de la calefacción (por regla general pensaba que una casa demasiado caldeada era demasiado vulgar y muy malo para la piel), vieron *Mary Poppins*, jugaron a Serpientes y Escaleras, y después Aquiles durmió la siesta (con el ajetreo que llevaba y lo exigente que era el colegio, siempre estaba cansado; lo que explicaba, comprendió Caroline, que se pasara el día quejándose mientras que Louis apenas se quejaba por nada; aunque Caroline lo achacaba a que Louis siempre conseguía lo que quería y, a esas alturas, comenzaba a pensar que no tenía nada que ver con eso). Mientras tanto, Hermia y ella subieron a la planta alta, donde dejó que su hija utilizara sus cosméticos para maquillarse y que se probara su ropa. Cuando la miró en el espejo, comprendió que en un abrir y cerrar de ojos Hermia se convertiría en una preciosa adolescente (siempre y cuando consiguiera mejorar su postura, no pudo evitar añadir) y que necesitaba estar preparada para ese momento.

Más tarde, pidió pasta china para cenar y de postre comieron bombones de chocolate. Después, se sentaron en torno al árbol y se sirvió una copa de champán, que dejó que sus hijos probaran, tras lo cual abrieron sus regalos.

A diferencia del año anterior, Caroline se tomó las cosas con naturalidad. No intentó hacerle daño a Richard restregándole en la cara lo bien que conocía a los niños, demostrándole que la querían más a ella o enseñándole cómo empleaba su dinero para complacerlos. Se limitó a pensar en sus hijos, y les compró lo que pensó que les iba a gustar, independientemente de que fuera demasiado voluminoso para su casa y su decoración minimalista o de que pudiera interferir con sus planes para estudiar en una buena universidad.

De modo que Hermia consiguió una Nintendo con un juego para diseñar

ropa y unas cuantas muñecas a las que podía vestir a su gusto, y Aquiles se encontró con un Scalextric. Incluso dispuso del tiempo y de la energía para montarlo con su hijo. Se percató de que los niños no discutían tanto entre sí porque ella les estaba prestando atención.

Así que pensó que la cosa era sencilla. «Tal vez debería escribir un libro sobre el tema y convertirme en un gurú internacional, como esa francesa», se dijo. Sin embargo, después echó un vistazo por la sala de estar, que estaba hecha un desastre; los fideos chinos que no debería haber comido empezaron a repetírsele; se preguntó si Perdita querría ir a trabajar el día de Navidad y comprendió que tal vez no podría llegar a ser una gurú de la maternidad.

Aunque podía intentarlo con todas sus ganas.

Richard llegó por la tarde, esperando encontrarse con la habitual letanía de quejas, con los niños malhumorados y con un amargo resentimiento por parte de Caroline, todo ello fermentado en la inmaculada casa cuya hipoteca y mantenimiento pagaba él.

En cambio, la casa estaba muy desordenada y los niños... ¿se estaban riendo? ¿Todos se estaban riendo? ¿Caroline estaba en pijama? En ese caso, los pijamas debían de haberse puesto de moda. Debían de ser de Stella McCartney y seguro que le habían costado, a él, una fortuna.

—¡Papá! —gritaron los niños—. ¡Ven a ver los regalos! Y lo que hemos estado haciendo.

Richard miró a Caroline con una sonrisa un tanto nerviosa. Había descubierto que Kate era tan difícil como su ex. Sobre todo en cuanto al dinero, a la atención que le exigía y a su actitud en general. Se puso verde en silencio por preferir a las rubias atléticas. Sin embargo, Caroline parecía estar de buen humor.

—Bueno, he abierto una botella de champán —le dijo su ex—. ¿Te apetece pasar un rato?

Lo hizo. Y consiguieron sentarse y hablar mientras los niños jugaban, rodeados por el desorden provocado por el papel de los regalos. Hablaron de los flecos que les quedaban del divorcio y de la forma de avanzar. Caroline tal vez dejó caer que había oído que Kate quería celebrar su segunda boda por todo lo alto, sin reparar en gastos. Sin embargo, lo hizo por el placer de ver cómo Richard se quedaba blanco. En líneas generales, se comportó muy bien y se las arreglaron para brindar como dos adultos.

Esa mañana, por primera vez, la mañana de Navidad, mientras

contemplaba sentada en la cama los regalos de sus hijos, que abriría cuando regresaran esa tarde, no se sintió vengativa, ni sola, ni enfadada. Se sintió casi... bien.

Y, después, recordó que debía limpiar la porquería que había dejado en la cocina y suspiró.

Issy se despertó cuando Chadani Imelda se encaramó a su cara. En honor a la verdad, estaba durmiendo en la habitación de la niña, si bien esta había insistido en dormir con su madre desde que nació (Ashok fingía que no le importaba y Helena le soltaba un cuento chino a todo aquel que le preguntaba sobre el tema). La cama de la niña era muy cómoda, con su colchón nuevo y sus sábanas de The White Company.

Tardó un instante en ubicarse.

—¡GAHAHABAGAGA! —gritó Chadani Imelda con su carita pegada a la de Issy, hasta tal punto que le estaba babeando la nariz.

—Pues sí —replicó Issy—. Mi vida ha acabado y la tuya acaba de empezar, ya me he acordado. Buenos días, Chadani Imelda. ¡Feliz Navidad! —Y la besó.

Después, tuvo que esperar durante cuarenta y cinco minutos, taza de café en mano, hasta que Helena, Ashok y Chadani, todos vestidos de rojo, abrieron sus regalos. También había para ella, claro, aunque se pasó la mayor parte del tiempo haciendo fotos de familia. Por fin retiraron los cientos de metros de papel de regalo, mientras Chadani Imelda pasaba por completo de su primer ordenador, de su primer neceser con cosméticos, de su coche en miniatura y de su nuevo abrigo de pelo al estilo dalmata, con manchitas y todo, ya que prefería jugar con las burbujas de plástico de los envoltorios. Al cabo de un rato, llamaron a la puerta. Se trataba de la familia de Ashok. Todos llegaron cargados de comida que olía de maravilla y de regalos gigantescos para Chadani. Issy se escabulló para arreglarse, y echó un vistazo al cielo. Estaba gris. No tardaría mucho en empezar a nevar. Aunque no sería una nevada importante, sí que cubriría las calles de blanco y las chimeneas de Stoke Newington. Las casas de estilo victoriano, las grandes mansiones y los pocos bloques de apartamentos de la zona estaban en silencio debido a que era la mañana de Navidad. Issy apoyó la cabeza en el cristal.

—Te echo de menos, abuelo —dijo en voz baja.

Después, sacó el sencillo vestido azul marino que había comprado. Era muy favorecedor, pero no muy alegre, comprendió. En fin, eso era lo de menos, estaría todo el día con un delantal. Que era lo mejor. Echó un vistazo de nuevo al tranquilo paisaje de la ciudad, si bien en esa ocasión no pronunció el nombre de la otra persona a la que echaba de menos. El amor no era opcional. Pero el trabajo sí. Se remangó el vestido.

—Muy bien, familia —dijo, dirigiéndose a los parientes de Ashok. Las cuatro tías de Chadani no paraban de hacerle arrumacos a la niña mientras discutían a voz en grito los logros más recientes de sus respectivos hijos. Iba a ser un día caótico. Le irían bien un par de horas para despejarse la mente—. Nos veremos en la pastelería después de que desayunéis.

Austin estaba soñando. En su sueño había vuelto, estaba de nuevo en el Cupcake Café. Después se despertó, sobresaltado y con un palpitante dolor de cabeza. ¿Qué le pasó la noche anterior? ¡Dios, sí que se acordaba! Darny se quedó en casa de Marian y Merv lo invitó a tomarse unas copas. Después, se tomó unas cuantas más por su cuenta, lo que fue una tontería, ya que los combinados americanos consistían en alcohol puro en su mayor parte, y más tarde trató de regresar al hotel haciendo eses, y se encontró con la chica de la tienda de cupcakes, que parecía que había estado esperándolo y ella lo ayudó a tambalearse un poco más. De repente, lo empujó, hizo un mohín que pretendía ser sensual y... ¡trató de besarlo! Se la quitó de encima como pudo y le explicó que tenía novia, pero ella se limitó a reírse y a decirle que, en fin, no la veía por ningún sitio, tras lo cual trató de besarlo de nuevo. En ese instante, Austin se mosqueó mucho con ella, y ella se ofendió y empezó a gritar algo sobre que nadie comprendía sus problemas.

A partir de ese momento todo le resultaba borroso, pero logró llegar al hotel sano y salvo. La verdad, no era una noche de la que se enorgulleciera. Genial. Feliz Navidad. Allí estaba, despierto a una hora espantosa de la mañana y solo. Estupendo. «¡Bien hecho, Austin, tienes una vida llena de éxitos y una carrera profesional brillante! Todo está saliendo de maravilla. Genial», se dijo.

Supuso que lo mejor sería ir en busca de Darny. Era evidente que su asistente personal lo odiaba. Por suerte, eso le parecía estupendo y ya había solicitado que trasladaran a Janet, cuyo único hijo vivía en Buffalo, en el

estado de Nueva York. Sin embargo, MacKenzie le había preguntado si necesitaba hacer algunas compras navideñas. Al parecer, era normal que los asistentes se encargaran de esos temas. De modo que le preguntó si sabía qué podía gustarle a un chico de catorce años (Darny ni siquiera había cumplido los doce, pero Austin suponía que sería mejor así) y ella volvió con un montón de regalos envueltos que le dejó sobre el escritorio, de modo que no tenía ni idea de que lo que le iba a regalar a su hermano. El metro funcionaba durante todo el día, de forma que se marchó a Queens, a casa de Marian. Por una parte, le parecía de lo más ridículo pasar el día con la madre de su ex. Por otra parte, ella le había asegurado que no celebraban la Navidad, que comerían en un restaurante chino y que después podrían sentirse como en su casa con ellos, viendo películas toda la tarde en pijama. Algo que, comparado con el agotador plan de Merv que consistía en pasarse la tarde jugando en familia y compartiendo bromitas privadas, le pareció lo mejor. Se obligó a salir de la cama y se dio un baño larguísimo.

Lo que tenía en la cara era el vapor de agua condensado, se dijo. No eran lágrimas ni mucho menos.

—«Solo la paz...»

La canción sonaba de nuevo en la radio. Issy había pelado cuatro mil patatas y estaba a punto de atacar unas tres mil zanahorias. Pero en el fondo no le importaba. Había algo agradable en el trabajo repetitivo, en la forzada cordialidad del presentador del programa, que se veía obligado a trabajar el día de Navidad, y en la familiaridad de las canciones, si bien algunas le gustaban y otras no. Al cabo de un rato, cambió de emisora y comenzó a escuchar a los niños que cantaban villancicos en King's, si bien eso la hizo pensar en Darny, aunque este odiara cantar.

El pavo brillaba mientras se tostaba en el horno, bañado con un glaseado de mermelada. Las coles de Bruselas estaban listas, como también lo estaba el repollo. Tenía varias latas de grasa de ganso para preparar las patatas asadas más deliciosas y había planeado hacer una fabulosa pavlova de postre. Le encantaba lograr el punto perfecto en el merengue. De modo que todo iba según lo planeado. Estupendamente. Fenomenal.

A las once empezaron a llegar los invitados. Primero apareció Pearl, que llevaba levantada desde muy temprano y que se puso el delantal de

inmediato para empezar a limpiar. Issy intentó detenerla. Louis entró bailoteando detrás de su madre, sin parar de hablar sobre la iglesia, y los caramelos que le había dado el cura, y los villancicos y que Caroline había ido a recogerlos en su enorme coche («Me gustas más ahora que he visto tu coche», le había dicho, para el más completo espanto de Pearl; aunque Caroline se había echado a reír mientras le alborotaba los rizos). Después, apareció la familia de Ashok e Issy se arrepintió de haber preparado comida vegetariana, o más bien de haber preparado comida en general, al ver la ingente cantidad de platos que habían llevado. La cocina del sótano adquirió un delicioso olor a especias, un olor inusual en la pastelería, y Caroline abrió la primera botella de champán.

Después, todos hicieron lo primero que debían hacer: buscar sus regalos debajo del árbol para abrirlos. Una vez que tuvieron los regalos en mano, nadie se atrevió a ser el primero en abrirlo y empezaron los: «Tú primero. No, no, tú.» No obstante, era evidente que Louis debía ser el primero, de modo que Issy fue en busca de sus regalos.

—Bueno, qué raro —dijo Helena.

Y lo era. Porque había cinco enormes paquetes cuadrados, todos del mismo tamaño y de la misma forma. Louis los contemplaba con los ojos desorbitados.

—Sabía que Papá Noel se pasaría por aquí —le dijo Pearl, que lo empujó hacia los regalos.

Louis se dispuso a abrir el primero, el de su madre, envuelto con el precioso papel plateado y el enorme lazo rojo.

Una vez que lo abrió, se hizo el silencio. Acto seguido, Louis se volvió hacia su madre con los ojos como platos y llenos de lágrimas, y la boca abierta por el asombro y la sorpresa.

—¡PAPÁ NOEL ME HA TRAÍDO UN GARAJE MONSTRUOSO!

Los demás miraron los otros cuatro paquetes de idéntica forma y comprendieron lo que había pasado al instante.

Uno era de Issy, que había pasado la hora del almuerzo en Hamleys, y se había gastado un pastón. Otro era de Ashok y Helena, que lo habían pedido *online* hacía varios meses. Otro era de Caroline, envuelto con un papel precioso. También estaba el de Pearl, por supuesto, que no sabía de quién podía ser el último. De repente, se le encendió la bombilla. Era de Doti. Meneó la cabeza, sin dar crédito. Aunque pensó que se debía a que todos querían mucho a Louis. No comprendió que no solo querían al niño.

—Papá Noel se ha equivocado —dijo, dirigiéndose a Louis—. Estoy segura de que podremos devolver los otros. —Meneó las cejas al tiempo que miraba a los demás.

—Creo que Papá Noel cambia unos regalos por otros —comentó Issy en voz alta mientras rebuscaba el tíquet de compra en el monedero—. Con razón no quedaban en ningún lado.

Louis guardó silencio. Estaba tirado en el suelo, en mitad de la pastelería, ajeno a todos los demás, mientras hacía los ruidos de cada monstruo, los ruidos de los coches, y de los camiones, y hablaba con todos y cada uno de los monstruos. Estaba en mitad de todo el ajetreo, pero a nadie le importaba.

Pearl se escabulló para mandarle un mensaje de texto a Doti. Al final añadió: «Pásate por aquí si no estás ocupado. Bss.» Estaba a punto de enviarlo cuando vio algo con el rabillo del ojo y miró hacia el escaparate. Era Ben, al que no había vuelto a ver desde que discutieron. Parecía arrepentido, a juzgar por el gesto que hizo con las manos.

Pearl fue hasta la puerta.

—Hola —le dijo.

—Hola —la saludó él, con la vista clavada en el suelo—. En fin... —añadió—, tenías razón. No debería haber comprado el dichoso garaje. Se lo compré a un tío en el pub.

—¡Ben! —exclamó Pearl, desilusionada.

—Pero lo devolví, ¿vale? Sabía que era un chanchullo. Lo siento. He estado haciendo el turno de noche en el trabajo. Como vigilante de seguridad, pero es trabajo, ¿verdad? Mira, todavía no me he quitado el uniforme.

Pearl lo miró. Decía la verdad.

—Te sienta bien. El uniforme.

—¡Venga ya! —replicó él recorriendo con la mirada las curvas de Pearl, resaltadas por el antiguo vestido de lana, el mejor que tenía. Le sentaba muy bien—. De cualquier forma —siguió al tiempo que le pasaba un paquete—, no es el garaje. No me daba para más. Si lo hacía de forma legal.

—Vamos —dijo Pearl, que se apresuró a borrar el mensaje de texto del teléfono—. Pasa.

Todos lo saludaron con alegría, y Caroline le ofreció un vaso al instante. Louis se levantó de un salto y con una sonrisa tan grande que parecía a

punto de estallar de alegría.

—¡PAPÁ NOEL ME HA TRAÍDO UN GARAJE MONSTRUOSO! —gritó.

—Y en casa ha dejado esto —anunció Ben.

Louis abrió el paquete. En el interior, descubrió un par de pijamas con los monstruos del garaje. Eran de franela, abrigados y calentitos, de la talla exacta y justo lo que Louis necesitaba.

—¡PIJAMAS DEL GARAJE MONSTRUOSO! —chilló Louis, que empezó a quitarse la ropa.

Pearl pensó en detenerlo, ya que llevaba una camisa monísima y un jersey nuevo. Sin embargo, se contuvo en el último momento.

—Feliz Navidad —dijo, dirigiéndose a todos los presentes.

—Feliz Navidad —replicaron los demás, al unísono.

Después, llegó la hora de abrir los regalos al mismo tiempo. Caroline hizo lo que pudo para disimular el asco cada vez que descubría una vela o un adorno para la casa carente de todo *glamour*. Chadani Imelda se las arregló para comerse una escarapela. Louis no se apartó del garaje en ningún momento. Issy, que se mantuvo cerca de la cocina, se percató de que no había regalos para ella, pero tampoco le dio importancia.

Habían alineado las mesas para formar una larga, con espacio para todos. Las hermanas de Ashok se colaron en la cocina, charlando, riendo, compartiendo bromas y ofreciendo galletas. Issy se dejó llevar, disfrutando del consuelo del ambiente feliz y festivo. También habían ido Chester, el dueño de la ferretería, y la señora Hanowitz, cuyos hijos vivían en Australia. Cuando por fin se sentaron a la mesa para comer, todos estaban algo borrachos y de fondo sonaban villancicos.

La comida fue un festín. Bhajis con curry de remolacha y jengibre, al lado de un pavo perfectamente horneado. Kilos y kilos de salchichas y de crujientes patatas asadas. Delicioso. Todo el mundo comió y bebió hasta hartarse, salvo Issy, que no se sentía bien. Y Caroline, que lo tenía prohibido, pero se conformó con el repollo.

Al final de la comida, Ashok se puso en pie.

—Y ahora me gustaría decir unas palabras —anunció, tambaleándose un poco—. El primer lugar, Issy, gracias por abrir tu negocio, tu hogar, para todos nosotros, un grupo de descarriados y abandonados, el día de Navidad.

Tras sus palabras, los demás vitorearon y estamparon los pies contra el suelo.

—Ha sido una comida espléndida, gracias a todas las que han colaborado.

—¡Por ellas! —brindó Caroline.

—Y por Caroline.

Ese último comentario provocó una salva de carcajadas y mucho ruido de tenedores.

—Vale. Tengo dos asuntos pendientes. En primer lugar, Issy, te habrás dado cuenta de que no has recibido regalo alguno, ¿verdad?

Issy se encogió de hombros para indicar que no le importaba.

—Bueno, ¡ja, ja! ¡Pues te equivocas! —exclamó Ashok al tiempo que levantaba un sobre—. Aquí tienes una pequeña muestra de nuestro cariño. De todo nuestro cariño. Ah, y hemos vuelto a contratar a Maya.

—¿Quién es Maya? —le preguntó Ben a Pearl mientras le daba un apretón en el muslo por debajo de la mesa.

—Nadie —se apresuró a responder ella.

Issy abrió el sobre con manos temblorosas. En el interior encontró un billete de avión de ida a Nueva York.

—Todo el mundo ha colaborado —dijo Ashok—. Porque...

—¡Porque eres idiota! —gritó Caroline—. Y que sepas que no voy a prestarte otra vez el abrigo.

Issy miró a Helena con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Pero ya he intentado... ya....

—Pues lo intentas de nuevo, imbécil —la interrumpió Helena—. ¿Estás loca? Me apuesto lo que quieras a que Austin está pasándolo fatal. Tu madre me lo dijo.

—Me encanta que todo el mundo menos yo hable con mi madre —replicó Issy, que miró el billete de avión, fijándose en la fecha—. Estáis de coña.

—No —le aseguró Caroline—. La fecha más barata para viajar. Y nada mejor que el presente. Maya estará con nosotras la próxima semana.

—Ni siquiera podré llegar al aeropuerto.

—Por suerte, tuve que atender a un taxista con un fallo renal —dijo Ashok—. Que me preguntó si había algo que pudiera hacer para agradecerme. Le dije que podría llevar a una amiga a Heathrow el día de Navidad. Aunque suspiró mucho y rezongó más, viene de camino.

—¡Y yo te he preparado el equipaje! —exclamó Helena—. Con ropa decente en esta ocasión, creo que te alegrará saberlo.

Issy no sabía adónde mirar. Se llevó una temblorosa mano a los labios.

—Vamos —dijo Helena—. ¿De verdad tienes algo que perder?

Issy se mordió el labio. ¿Su orgullo? ¿El respeto por sí misma? Bueno, tal vez no significaran mucho. Tenía que hacerlo. Tenía que salir de dudas.

—Gr... grac... gracias —tartamudeó—. Gracias. Muchas gracias.

—Te he preparado un sándwich para el avión —anunció Pearl—. Esta vez no viajas en *business*.

Caroline se las había arreglado para convencer a Pearl, cuando comprendió lo mucho que necesitaba el dinero, de que todo el mundo iba a colaborar con diez libras. Pearl apenas sabía lo que costaba un billete de avión y había decidido creerla.

Alguien tocó un claxon en el exterior.

—Tu taxi —anunció Ashok.

Helena le entregó la maleta de Issy y el pasaporte. Issy no tenía palabras. Se abrazaron y, después, Pearl las abrazó, y al final llegó Caroline y se abrazaron las cuatro.

—Hazlo —dijo Helena—. O solúcionalo. Lo que sea. ¿Vale?

Issy tragó saliva.

—Vale —respondió—. Vale.

Todos los reunidos en torno a la mesa la observaron caminar por la acera cubierta de nieve.

—Y ahora —siguió Ashok, tragando saliva y al tiempo que se sacaba un estuche de un bolsillo—. Ejem. Tengo otro asunto pendiente.

Sin embargo, en ese momento Caroline gritó. De entre la nieve surgió la pequeña figura de Donald, y tras él aparecieron Hermia y Aquiles. El bebé entró directamente al Cupcake Café y todos se levantaron de sus sillas para recibirlo.

—¡Se ha fugado! —anunció Hermia.

—Nosotros también —dijo Aquiles—. Esa casa es un aburrimiento.

Pearl le guiñó un ojo a Caroline.

—Bueno, ahora mismo os preparo un chocolate caliente y después os vais de vuelta —anunció Caroline.

Acto seguido, llamó a Richard, que accedió a que se quedaran más rato

para participar en los juegos. Hubo una pausa en la conversación.

—En realidad —dijo—, ¿podemos ir todos? Esta casa es un aburrimiento.

Caroline se pensó la respuesta.

—No —le dijo, pero no con malos modos—. No soy quien para invitarte a un sitio que no es mío. Pero hablaremos en breve.

Pearl, que estaba colocando los platos en el enorme lavavajillas del sótano, escribió un mensaje de texto, lo borró. Escribió otro y también lo borró. Después, al final, escribió algo muy simple: «Gracias. Feliz Navidad», y se lo envió a Doti. ¿Qué más podía decirle?

—¿Qué haces ahí abajo? —escuchó que le preguntaba la voz ronca de Ben.

—¡Nada! —respondió ella.

—Me alegro —dijo Ben—. Porque se me han ocurrido unas cuantas cosas que podríamos hacer.

Pearl soltó una risilla tonta y le dijo que no, pero sintió el cálido roce de su mano en la cara y después pensó: «¡Feliz Navidad, feliz Navidad!»



19

Tarta de Reyes

30 g de pasta de almendras

30 g de azúcar blanquilla

3 cucharadas de mantequilla sin sal, a temperatura ambiente

1 huevo

¼ de cucharadita de extracto de vainilla

¼ de cucharadita de extracto de almendra

2 cucharadas de harina

1 pizca de sal

2 láminas de hojaldre

1 huevo batido

Un regalo (tradicionalmente es una figurita, ¡pero no de plástico!)

Azúcar glasé para espolvorear

Una corona dorada

Precalienta el horno a 220 °C. Forra una bandeja con papel de hornear.

Mezcla la pasta de almendra con la mitad del azúcar en un robot de cocina o en una batidora. Después, añade la mantequilla y el resto del azúcar; y continúa añadiendo el huevo, el extracto de vainilla y el extracto

de almendra, la harina y la sal.

Extiende una lámina de hojaldre para que forme un cuadrado de unos 20 cm. Mantén fría la lámina. No la amases ni la estires. Corta un círculo amplio. Repite con la segunda lámina y enfría los círculos.

Coloca el relleno de almendra en el centro de uno de los círculos sobre la bandeja del horno. Procura que no quede demasiado cerca del borde. Introduce la figurita en el relleno. Coloca la segunda lámina encima y sella los bordes.

Pinta de huevo la masa y hazle unos cortes (artísticos si quieres).

Hornea durante 15 minutos en el horno precalentado. No abras el horno hasta que haya pasado el tiempo, porque de lo contrario el hojaldre no subirá. Saca del horno y espolvorea con azúcar glasé. Devuelve al horno y hornea otros 12 o 15 minutos, o hasta que haya adquirido un color tostado. Saca del horno y ponlo en una rejilla para que se enfríe. Adórnalo con la corona dorada. La corona será para quien encuentre la figurita (o para Louis).

Austin se presentó en casa de Marian con una botella de kirsch, aunque no sabía muy bien por qué. Enseguida se sintió un poco raro, ya que era el único hombre que no tenía barba, pero todo el mundo parecía muy amable. Eran cuatro familias y las cacerolas borboteaban en la cocina. Por supuesto, no había adornos navideños, ni felicitaciones, ni televisión. Nada que indicase que se trataba de un día distinto de un día normal. Aunque lo era. Para todos los demás.

Darny charlaba animadamente con uno de los ancianos que estaba en la sala de estar, con un café que parecía muy espeso.

—Estamos discutiendo sobre la naturaleza del mal —explicó Darny—. Es genial.

—¿Eso es café? —preguntó Austin—. Genial, justo lo que te hace falta. —Asomó la cabeza por la puerta de la cocina—. Hola, Maria... digo, Miriam. ¿Necesitas que te eche una mano?

—No, no —contestó Marian, que estaba extendiendo una lámina de hojaldre con muy poca maña.

—Vale. Oye, una cosa, ¿pasa algo si le doy a Darny sus regalos? Sé que no es del todo...

—No, no, no te preocupes —le dijo Marian—. De todas maneras, la

mitad va a recibir regalos en secreto, pero se supone que no podemos hablar del tema. —Esbozó una sonrisa traviesa.

—Se te ve muy feliz aquí, muy integrada —comentó Austin.

Marian sonrió y miró hacia la sala de estar a través de la puerta de la cocina. Un hombre de cincuenta y tantos años, con una larga barba y ojos castaños, levantó la vista, la vio y le sonrió.

—No está mal —contestó Marian, que se ruborizó—. Claro que aquí son todos demasiado listos para mí.

—¿Estás fingiendo que eres tonta? —preguntó Austin con voz cariñosa.

—No, eso ya lo haces tú —contestó Marian, lanzándole una mirada que le recordó, inevitablemente, a su hija—. Anda, ve a darle los regalos a tu hermano. Cree que este año no va a tener ni uno.

—¿En serio?

Austin regresó a la sala de estar con una enorme bolsa de regalos.

—Feliz Navidad —dijo.

Darny puso los ojos como platos.

—Creía que no iba a tener regalos.

—¿Por qué? ¿Te has hecho judío?

Darny negó con la cabeza.

—No, porque soy malo, porque me he portado fatal.

Austin tuvo la sensación de que el corazón se le iba a partir en dos.

—Darny —dijo al tiempo que se arrodillaba—. Darny, pase lo que pase... Nunca, jamás, creeré que eres malo. Creo que eres increíble, brillante y, de vez en cuando, un trasto...

—Y que estoy en medio.

—Bueno, eso no es culpa tuya, ¿no te parece?

Darny agachó la cabeza.

—Si... —dijo—. Si no me hubieran expulsado del colegio, ¿seguiríamos viviendo en Inglaterra con Issy?

—Eso da igual —respondió Austin—. Estar aquí es algo bueno. Lo es. ¿Verdad?

—¿Para que puedas ganar un montón de pasta y trabajar todo el día y yo no te vea el pelo? —replicó Darny—. Mmm. —Se sentó y comenzó a abrir sus regalos.

Austin lo miró, al igual que el resto de los niños, ya que quería saber qué había comprado MacKenzie. Había un juego llamado NFL para la Wii (que Darny no tenía), una camiseta de baloncesto muy larga que le llegaba hasta

las rodillas y parecía un vestido, y una gorra de béisbol con un ventilador en la parte superior. Darny miró a su hermano.

—No sé para qué sirve todo esto —confesó en voz baja—. ¿Es para que parezca más yanqui?

—¿No te gusta? —preguntó Austin.

Darny bajó la vista, desesperado por no parecer un desagradecido. Se estaba comportando de maravilla. Y eso estaba acojonando un poco a Austin.

—Sí... bueno, necesitas un ordenador y cosas para trabajar... pero supongo que...

Se hizo el silencio.

—Gracias —dijo Darny.

Un chico bastante más mayor, con un incipiente bigotillo, cogió el juego de NFL.

—Puedo enseñarte cómo funciona si quieres.

—Gracias —dijo Darny, que se animó—. Genial.

Marian salió de la cocina y le hizo un gesto a Austin para que se acercara a ella.

—Tengo un regalo para ti —le dijo. Austin enarcó las cejas cuando ella le entregó un sobre—. Quiero que vayas a ver a mi hija —continuó—. No, insisto. Solo un par de días. Para ver si podéis arreglar las cosas sin distracciones. Nosotros cuidaremos de Darny. Se lo está pasando bien con los otros niños. Tú ve a verla. No sabe que se ha acabado. No sabe lo que está pasando. Me gustas, Austin, pero si la haces desdichada y la dejas con dos palmos de narices sin saber a qué atenerse, te cortaré los dedos. ¿Te queda claro?

Austin abrió el sobre, temblando. Lo miró boquiabierto.

—¿De dónde has sacado el dinero para esto? —le preguntó.

—Bueno, un amigo que se forró con esas cosas de informática... murió —contestó ella—. Un hombre encantador. Y espantoso a veces. Pero muy listo.

Austin volvió a enarcar las cejas.

Los dos contemplaron la nieve caer en el pequeño jardín.

Austin miró de nuevo el billete de avión.

—El vuelo sale dentro de dos horas.

—Pues menos mal que ya estás en Queens, ¿no?

En esa ocasión, Issy no durmió durante el vuelo. Llena por la cena de Nochebuena, era incapaz de tragar más comida. La tripulación estaba muy alegre y contenta, pero el vuelo estaba lleno de pasajeros que detestaban la Navidad, o lleno de gente a quien le importaba bien poco, de modo que su efervescencia cayó en saco roto. Apretó con fuerza el bolso, se mordió el labio e intentó dejar la mente en blanco de todo salvo del hecho de que por primera vez en quince días no estaba llorando. Y del hecho de que, para lo bueno o para lo malo, Austin y ella estarían pronto en la misma estancia. Fuera de esos dos temas, no se permitió pensar, se limitó a clavar la mirada en el hielo quebradizo que cubría la ventanilla ovalada y a perderla en el espacio.

Austin se encontró dentro del avión tan deprisa que no tuvo tiempo de pensar. Intentó poner orden a sus pensamientos, pero estaba demasiado aturdido. Se bebió un vaso enorme de whisky e intentó dormir. No lo consiguió.

Sus vuelos se cruzaron en algún punto sobre Terranova. Issy se dirigía a un Nueva York en plena mañana, mientras que Austin volaba hacia un Londres que ya vivía la tarde. Las estelas de los aviones trazaron una gigantesca equis en el cielo.

No había tráfico. Austin no se paró a pensar. Sabía exactamente dónde estaría Issy. Donde estaba siempre. El taxista, que no dejó de parlotear sobre su reciente y milagrosa recuperación de un fallo renal (aunque Austin no le prestó atención), se detuvo por fin junto al callejón de Church Street, y Austin se distrajo contemplando las guirnaldas de luces que colgaban de la fachada del Cupcake Café y que se reflejaban en la nieve sucia, las ventanas empañadas y, en el interior, las siluetas de unas personas muy contentas que se movían de un lado para otro.

En cuanto lo vio, tuvo una revelación y lo supo. Supo que volvería a Londres. Podían empezar de nuevo. Ya se lo ocurriría algo, lo que fuera. Lo superarían juntos. Nueva York era un sueño muy brillante. Pero no para él. Ya había renunciado a todo en la vida en otra ocasión. Podía hacerlo de nuevo. Porque al final de ese sacrificio se encontraba la felicidad. Lo sabía. Y por más dinero que ganara, por bueno que fuera el colegio de Darny, no serían felices (ninguno de los dos) sin Issy. Y no había más vuelta de hoja.

Se detuvo un instante mientras el taxi se alejaba, mientras anochecía a su alrededor y su largo abrigo y su bufanda se agitaban con el viento. Se detuvo para tomar una honda bocanada de aire llena de felicidad antes de echar a andar, con paso vivo y alas en el corazón, hacia su futuro. Abrió la puerta y sonó la campanilla.

Se hizo un largo silencio.

—¿Qué coño pasa aquí? —preguntó una Pearl un poco borracha al mismo tiempo que Louis se abalanzaba contra las piernas de Austin.

—¡Austin! ¿«Ónde» está Darny? ¡Te echo de menos, Austin!

Uno de los primos de Ashok hizo sonar un matasuegras, que pareció un trueno en el silencio.

Seguía nevando. Issy no recordaba ni un solo minuto del viaje ni de la cortísima cola en el control de inmigración, algo inusual. A veces, tenía la sensación de que las afueras de Londres y las afueras de Nueva York se tocaban, de que formaban parte de la misma metrópolis de taxis, restaurantes, negocios y personas que corrían con muchas cosas que hacer.

El taxista la dejó en el hotel.

—Lo siento, señora —dijo la misma recepcionista simpática de la otra vez—. Me temo que el señor Tyler ha dejado la habitación.

Issy tragó saliva. Eso no se le había pasado por la cabeza siquiera. No tenía la menor idea de dónde podría estar. ¿Se había ido a casa de su jefe para pasar la Navidad? No sabía cómo ponerse en contacto con él. Y la verdad era que había esperado... Se dio cuenta de que era una estupidez, una completa tontería, pero había esperado encontrarlo allí, verlo, y con un poco de suerte ver cómo su cara esbozaba esa enorme sonrisa tan suya. Y esperaba correr a sus brazos. No tener que llamarlo y mantener una conversación incómoda en la que parecería desesperada o, peor todavía, loca. Había pensado que era muchísimo mejor aparecer sin más y dar explicaciones después.

—¿Tienen habitaciones libres? —preguntó.

—Nos queda una libre —contestó la mujer con una sonrisa amable—. Cuesta setecientos ochenta dólares.

Issy cogió la tarjeta de crédito como si le hubiera picado una avispa.

—Ah —dijo—. Creo que lo dejaré de momento.

La mujer la miró con preocupación.

—Le aseguro que es muy difícil encontrar una plaza hotelera en Nueva York durante la Navidad —comentó con voz compasiva.

Issy suspiró.

—No pasa nada —dijo mientras movía la cabeza, sorprendida por lo mal que iba su misión pese a la emoción y a las buenas intenciones con las que sus amigos la habían despedido—. Puedo quedarme en el sofá de mi madre.

—¡Estupendo! —exclamó la amable recepcionista.

Sería lo mejor, pensó Issy. Quedarse en casa de su madre esa noche, llamar a Austin por la mañana allí donde estuviera y encontrarse como adultos civilizados. Eso sería lo mejor. Podría recuperar el sueño perdido, darse una ducha y demás. Suspiró. Aguantar el sermón de su madre acerca de no confiar en los hombres o, de hecho, en nadie. Todo eso.

Al principio, deambuló por las calles. Hacía un día precioso: soleado, con el hielo medio fundido. Siempre que permaneciera al sol, ni siquiera le parecía que hacía tanto frío. Había muchísima gente en la calle, paseando y saludándose; también había turistas, que no sabían muy bien qué hacer el día de Navidad, con sus mochilas a cuestas mientras hacían fotos, y muchísimos judíos bulliciosos que llenaban los restaurantes chinos. Era... era agradable.

A la postre, se encontró en una calle conocida. Las grandes tiendas estaban cerradas, por supuesto, pero le sorprendió ver que muchas de las pequeñas tenían sus puertas abiertas. Incluso en Navidad, el comercio era sagrado. De repente, escuchó una estrofa de su villancico preferido a través de una puerta abierta... y captó un olor que no estaba del todo bien. Entró. Con cierto desasosiego, se dio cuenta de que era la única cliente. En fin. Él podría haber estado allí. El único miembro del personal estaba junto a la caja registradora y tenía los ojos enrojecidos, pero no levantó la vista.

—Hola —dijo Issy.



20

Cupcakes de vainilla, cortesía de The Caked Crusader

Para los cupcakes

125 g de mantequilla sin sal, a temperatura ambiente

125 g de azúcar blanquilla

2 huevos XL, a temperatura ambiente

125 g de harina bizcochona, tamizada

2 cucharaditas de extracto de vainilla (extracto, que no esencia; el extracto es natural, mientras que la esencia contiene ingredientes químicos y sabe fatal)

2 cucharadas de leche (puedes usar leche entera o semidesnatada, pero no desnatada, porque no tiene sabor)

Para la cobertura

125 g de mantequilla sin sal, a temperatura ambiente

250 g de azúcar glasé, tamizado

1 cucharadita de extracto de vainilla

Un chorreón de leche. Es decir, empieza con una cucharada, mézclala y

comprueba si la cobertura adquiere la consistencia deseada. Sigue añadiendo hasta que lo consigas.

Preparación

Precalienta el horno a 190 °C.

Forra un molde para cupcakes con cápsulas de papel. Con esta receta conseguirás doce.

Bate la mantequilla y el azúcar, hasta que blanquee y esté cremosa. El proceso tardará varios minutos, aunque la mantequilla esté a temperatura ambiente. No trates de acelerarlo, porque de esta forma es como la masa adquiere aire para que quede esponjosa. Puedes batir como quieras, con robot, con varillas o a mano. Cuando yo empecé con la repostería, utilizaba una cuchara de madera, después conseguí unas varillas eléctricas y ahora utilizo un robot de cocina. Sin embargo, el resultado es el mismo, se use lo que se use. Y si prefieres la cuchara de madera, lograrás un brazo muy tonificado. ¿Quién ha dicho que la repostería no es sana?

Añade los huevos, la harina, la vainilla y la leche, y bate hasta que esté todo integrado. Algunas recetas requieren que los ingredientes se agreguen por separado, pero para esta, no tienes que molestarte. Sabrás que has logrado la consistencia adecuada cuando, tras coger una cucharada de masa y golpear la cuchara, la masa caiga sin quedarse pegada. Si la masa no cae, sigue mezclando un poco más. Si sigue sin caer, añade otra cucharada más de leche.

Vierte la masa en las cápsulas de papel. No hace falta nivelarla, ya que el calor del horno se encargará de hacerlo por ti. Coloca el molde en la parte superior del horno. No abras la puerta hasta que los cupcakes lleven 12 minutos en el interior. Después, comprueba cómo están insertando un palillo o una brocheta en el centro. Si sale limpio, los cupcakes están listos y puedes sacarlos del horno. Si el palillo sale manchado, déjalos un par de minutos más. Puesto que los cupcakes tienen un tamaño pequeño, pueden pasar de no estar listos a quedar resacos en un instante, así que ¡no los pierdas de vista! No te preocupes si los tuyos tardan más de lo que indica la receta, cada horno es un mundo.

Cuando los cupcakes estén fuera del horno, sácalos del molde y déjalos enfriar en una rejilla. Si los dejas en el molde, seguirán cociéndose (ya que estará muy caliente) y las cápsulas de papel pueden comenzar a separarse del cupcake, y eso queda muy feo. Una vez en la rejilla, se enfriarán muy

rápido. En unos 30 minutos.

Es hora de hacer la cobertura: bate la mantequilla en un cuenco hasta que esté muy suave. Adquirirá la apariencia casi de la nata montada. Esta es la fase que hace que la cobertura quede suave y ligera.

Añade el azúcar glasé y bate hasta que esté integrado con la mantequilla. ¡Ve despacio al principio o tu cocina y tú acabaréis cubiertas de azúcar glasé! Sigue batiendo hasta que la cobertura adquiera una consistencia cremosa. La mejor manera de comprobarlo es probándola contra el cielo de la boca. Si tiene grumos, no está lista. Si está suave, puedes comenzar con el siguiente paso.

Añade el extracto de vainilla y la leche. Si la cobertura no está tan cremosa como te gustaría, añade un poco de leche, pero con cuidado porque no puede quedar líquida.

Extiéndela sobre los cupcakes con una espátula o bien con una manga pastelera. La espátula es fácil de usar y no requiere de ningún accesorio extra. Sin embargo, si quieres que tus cupcakes queden ideales, podrías intentar decorarlos con una manga pastelera y una boquilla de estrella. Hay mangas pasteleras de usar y tirar, para ahorrarte tener que lavarlas.

Añade cualquier tipo de decoración que te guste, aquí puedes ser creativa. Yo he usado flores de azúcar, perlas de distintos sabores y colores, Maltesers, purpurina comestible, fideos de colores, frutos secos, copos de cereales... las opciones son infinitas.

Tómate un momento para disfrutar de la maravilla que has preparado.

Y come.

Issy pensó que la compasión del ser humano era sorprendente. La verdad, le resultaba imposible creer que pudiera estar sentada en ese lugar, escuchando como otra mujer se quejaba de que su novio no había querido acostarse con ella.

—Pero me conocías —replicó ella—. Sabías que yo existía.

Kelly-Lee seguía llorando, y los lagrimones le caían por la punta de su perfecta nariz retocada.

—Pero eres extranjera —adujo—. Así que me imaginé que no importaba, ¿me comprendes?

—No —respondió Issy.

—¡Eres europea! Todo el mundo sabe que los europeos tienen seis o

siete novias.

—¿Todo el mundo lo sabe?

—Pues sí —afirmó Kelly-Lee—. Y no sabes lo duro que es. Ahora voy a perder mi empleo y...

—¿Por intentar ligarte a un tío? —preguntó Issy—. ¡Madre mía! Tu jefe es peor que yo.

—No... al parecer, mis cupcakes no son buenos.

—No lo son —convino Issy—. De hecho, son asquerosos.

—Bueno, la verdad es que primero me los traían a medio hacer para que después yo fuera elaborándolos de forma artesanal, pero nunca me he puesto a ello.

Issy puso los ojos en blanco.

Kelly-Lee la miró y parpadeó.

—¿De verdad te quiere?

—No lo sé —respondió Issy con sinceridad.

—Tal vez cuando sea tan vieja como tú descubra lo que es el amor verdadero —dijo Kelly-Lee, que empezó a llorar otra vez.

—Sí, quizá —dijo Issy—. ¿Me enseñas tu cocina?

Kelly-Lee se la enseñó. El horno ni siquiera estaba caliente, pero era una cocina muy bien equipada.

—¡Mira cuánto espacio! —exclamó Issy—. ¡Yo trabajo en un búnker! Tú hasta tienes ventanas.

Kelly-Lee miró a su alrededor.

—Bah.

Issy contempló el modernísimo frigorífico.

—¡Uau! Me encantaría tener uno de estos.

—¿No tienes frigo?

Issy pasó de ella y cogió una docena de huevos y un poco de mantequilla. La olió.

—La mantequilla no es nada del otro mundo —dijo—. Empezamos mal. Pero puede pasar. —Añadió leche, y después se acercó a los tarros de la harina y el azúcar mientras se ponía un delantal.

Kelly-Lee la observaba, perpleja.

—Vamos —le dijo Issy—, no tenemos todo el día. Bueno, sí que lo tenemos porque es Navidad y ninguna tiene otro sitio al que ir. Pero ahora mismo es mejor no pensar en eso.

Kelly-Lee la escuchó, al principio un tanto distraída, pero después lo

hizo con más atención, mientras Issy le hablaba de la temperatura correcta para batir la mantequilla y el azúcar, de la importancia de no mezclar demasiado la masa, de la distancia correcta para tamizar la harina. Cosas de las que Kelly-Lee jamás había oído hablar.

Veinte minutos después, tenían cuatro hornadas en el horno e Issy comenzó a desvelar los secretos de la cobertura.

—Espera a probarla —le dijo—. No vas a creer la porquería que estabas haciendo.

Batió la cobertura hasta conseguir una crema ligerísima e invitó a Kelly-Lee a probarla.

—Si no la pruebas, no sabes lo que estás haciendo —le dijo—. Tienes que probar siempre.

—¡Pero no entraré en los vaqueros!

—Si no la pruebas, te quedarás sin trabajo y no podrás comprarte más vaqueros.

El olor, maravilloso en vez de ser una agobiante mezcla de químicos, inundó la cocina, e Issy se relajó al punto. Estaba en Nueva York. Austin estaba en Nueva York, en algún lado. Todo saldría bien. Cogió el teléfono y llamó a su madre.

—¿Qué narices? —gritó Marian.

La situación quedó muy clara en Queens. Issy apareció con dos docenas de lo que su madre insistía en llamar «magdalenas».

—¡Darny! —exclamó Issy mientras él corría a sus brazos. No lo esperaba.

—Lo siento —murmuró Darny—. Lo siento. Me porté muy mal contigo y te fuiste.

—No —le dijo ella—. Yo fui muy mandona, como si fuera una madre exigente. Me equivoqué y te hice daño. Lo siento.

Darny murmuró algo. Issy se agachó para poder oírlo.

—Me gustaría que fueras mi madre —dijo Darny.

Issy no replicó, se limitó a abrazarlo con fuerza. Después, se acordó de algo.

—¿Sabes por qué pesa tanto mi maleta? —le preguntó. Darny negó con la cabeza—. Porque te he traído un regalo.

Había sido una idea de última hora. Una tontería, pero ya le compraría

otra cosa a Louis.

Darny puso los ojos como platos al verlo.

—¡Uau! —exclamó. Los demás niños corrieron a verlo—. ¡Un Garaje Monstruoso!

Issy le sonrió a su madre.

—Todavía es pequeño —murmuró.

—Lo es —convino su madre—. Bueno. En fin. Esto es un lío.

Issy se sentó mientras bebía de un vaso enorme de vino tinto, al que comenzaba a cogerle el gusto. Meneó la cabeza.

—No creo que lo sea —dijo, asombrada—. De verdad que no. Es increíble que... que lo dejara todo. Que viajara así de repente. Ay, cómo me gustaría estar allí. Ojalá estuviera allí.

En ese momento, la llamaron al móvil.

—No digas nada —le dijo una voz masculina muy conocida—. Te envío un mensaje de texto.

—Vale, yo... yo...

Pero él ya había colgado.



21

Issy recibió un mensaje de texto con una dirección. Algo muy enigmático, pero directo al grano. Cuando llegó al lugar, la mañana del día veintiséis, todo estaba tranquilo, pero la gente comenzaba a hacer cola. No vio a Austin. Sin embargo, si algo había aprendido, pensó Issy, era que ya no iba a esperar a Austin. Ni a nadie.

—Un par, por favor —dijo con educación.

Calculó más o menos cuál sería su talla en Estados Unidos y se puso las botas negras. Después, tambaleándose un poco, entró en la pista de patinaje. A su abuelo le encantaba patinar. En los años cincuenta, se construyó una pista municipal de patinaje en Manchester, y a él le encantaba deslizarse sobre el hielo con las manos a la espalda; una estampa muy graciosa, porque no se quitaba el traje oscuro. Issy lo acompañaba en ocasiones, y él la tomaba de la mano y la hacía girar. A ella le encantaba.

Se desplazó despacio sobre el hielo. El sol relucía sobre los cristales de los rascacielos del Rockefeller Center y la gente se movía deprisa, ya que había vuelto al trabajo después del día de Navidad. Issy echó un vistazo, observando la luz rosada que reflejaban los rascacielos. Era espectacular, pensó. Maravilloso. Nueva York y ella habían tenido un comienzo escabroso, pero a esas alturas... Perdida en sus pensamientos, intentó hacer

un giro sencillo, pero falló y acabó en el suelo. Alguien le tendió la mano para ayudarla.

—¿Estás bien?

Issy se volvió. Al principio, el brillo del sol la deslumbró y no alcanzó a ver al hombre con total claridad. Pero sí que vio el contorno de su cuerpo, ataviado con el abrigo largo y con la bufanda verde que ella le había comprado, que hacía juego con el vestido que ella llevaba.

—¡Oh! —fue lo único que atinó a decir. A esas alturas lo veía perfectamente y se percató de que tenía aspecto cansado. Aparte de eso, Austin parecía muy, muy feliz—. ¡Oh!

En ese momento, guardando el equilibrio sobre los patines, se abrazaron con fuerza e Issy se sintió flotar. Se sintió girar y girar como una patinadora que se desplazara a través de delicados copos de nieve, o que bajara una inclinada pendiente, o que volara por el aire más rápido que un reactor.

—Amor mío —decía Austin, sin dejar de besarla—. He sido un imbécil. Un imbécil.

—Yo también he sido bastante cabezota —comentó Issy—. No me he parado a pensar en lo que tú debías de estar sufriendo. He sido injusta.

—¡No, no lo has sido! En absoluto.

Se miraron a los ojos.

—Dejemos de hablar —dijo Issy, y siguieron en el centro de la pista, mientras los estupefactos patinadores los rodeaban y el sol derretía el hielo, haciendo que las gotas de agua cayeran de las altísimas torres como si fueran cristales.

Se registraron de nuevo en el hotel, donde estuvieron un par de días, y después compensaron a Darny con un montón de salidas, visitas a exposiciones y antojos, hasta que él les suplicó que pararan. Al tercer día, Issy recibió una llamada de teléfono y Austin la vio poner una cara muy rara.

—Era Kelly-Lee —dijo.

La expresión culpable que asomó a la cara de Austin le recordó que no le había mencionado que había hablado con ella, y decidió no contarle lo que la chica le había dicho.

—Me encontré con ella por casualidad y la ayudé a preparar unos

cupcakes. Nada más —añadió con firmeza—. En cualquier caso, resulta que su jefe ha aparecido de repente y se ha sorprendido mucho por su trabajo, así que quiere enviarla a California para abrir una tienda nueva. Al parecer, Kelly-Lee cree que encajará mucho mejor en California.

—Yo también lo creo —replicó Austin.

—De todos modos, me dice que el puesto para gestionar la tienda de Nueva York se queda vacante y que si lo quiero...

Austin aún no había hablado con Merv. Observó a Issy con detenimiento.

—Mmm... —murmuró—. Pero si regresamos a Londres...

—En Londres está lloviendo, ¿no? —repuso Issy con tiento—. Y seguramente saquemos mucha pasta si alquilamos tu casa. Y la mía, cuando Ashok y Helena se muden. A menos que él vuelva a dejarla embarazada y a ella le entren ganas de matarlo y después se separen.

Austin mantuvo una expresión neutral.

—Sería genial ofrecerle a Maya un trabajo a jornada completa —siguió Issy—. El contrato que tenía con la oficina de correos ya ha acabado, y la verdad, es muy apañada. Y ahora que Pearl y Caroline se llevan tan bien...

Austin tosió al escucharla decir eso.

—Si comparamos con la relación que tenían antes.

Issy había reflexionado mucho durante los últimos días, ya que por fin había podido descansar. Había reflexionado muchísimo.

Austin la miró. Estaba acostada en la cama y tenía un aspecto muy sensual con su piel blanca. Era preciosa. No había nada en el mundo que le gustara tanto como le gustaba ella.

—Mmm —murmuró.

Issy le dirigió una mirada muy seria.

—Bueno, supongo que... no estaría tan mal si... si pasáramos unos cuantos años en la ciudad más importante del mundo y si matriculáramos a Darny en el mejor colegio del mundo.

Austin abrió los ojos de par en par.

—No tenemos por qué hacerlo. Estoy listo para volver. De verdad, me da igual. Solo quiero estar donde estés tú.

Issy cerró los ojos. Lo veía todo muy claro. El Cupcake Café. Escuchó la campanilla de la puerta, la risa ronca de Pearl mientras cogía la fregona por la mañana. Vio la expresión tirante de Caroline mientras se quejaba de que las vacaciones en una estación de esquí costaban un riñón. Se vio a sí

misma bailando con la música que ponían en la radio y sintió el cálido abrazo de Louis en las piernas después de que entrara con un nuevo dibujo para ponerlo en la pared trasera. Recordaba al detalle las caras de muchos clientes habituales. Recordaba el primer día que vio los menús, recién llegados de la imprenta. Recordaba que todo empezó como un sueño que poco a poco se había hecho realidad. Su Cupcake Café.

Pero era real. No era un sueño. No desaparecería si ella dejaba de encargarse del negocio. No desaparecería envuelto en una nube de humo. Pearl estaba preparada, más que preparada, para tomar las riendas, y el afán perfeccionista de Maya auguraba que seguiría sus recetas al pie de la letra. En cuanto a Caroline... seguiría siendo la misma de siempre, supuso. Nada la cambiaría. Pero sí podía marcharse, con la confianza de que el negocio funcionaría sin ella. Y tal vez podía ayudar al hombre que quería a empezar su nueva vida. La pastelería jamás cambiaría, o eso esperaba. Pero Austin y ella, sí.

—Quiero quedarme aquí —dijo—. Donde esté lo mejor para Darny. Y cerca de mi madre. Pero sobre todo... por nosotros, Austin. Por los dos. Porque será fantástico para ambos. Y para mí. Estoy segura. Ya lo he decidido. Volveré a Inglaterra una vez al mes o así, para ver cómo van las cosas y asegurarme de que no se matan entre sí, pero estaríamos locos si desaprovecháramos la oportunidad de vivir esta aventura durante un par de años, al menos. Ya cambié mi vida una vez. Creo que le he cogido el gusto.

Austin la estrechó entre sus brazos.

—Dedicaré mi vida entera a hacer que tus días sean maravillosos —le prometió.

—No hace falta —le dijo ella, mirando hacia la ventana, contemplando la vida de la ciudad. Las calles iluminadas, atestadas y tan ruidosas—. Ya lo son.

Austin guardó silencio un instante para pensar. Y después siguió pensando.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó—. No podrás trabajar si no obtienes el permiso de residencia.

En ese momento, fue Issy quien se sorprendió.

—¿Ah, no? Creía que al ser un puesto en una pastele...

—Pues no —insistió Austin—. Además, normalmente es difícil de conseguir.

—¿Mmm?

—A menos que... que estés con alguien que sí lo tenga. —Le frotó el cuello con la nariz—. En fin, con todo este follón se me ha olvidado comprarte un regalo de Navidad.

—¡Ah, es verdad! —exclamó Issy—. ¡Se me había olvidado! ¡Pues quiero un regalo!

—¿Adivinas qué es lo que se vende mucho en Nueva York?

—¿Sueños? ¿Patines para hielo? ¿Pretzels?

La miró con expresión pensativa.

—Frío, frío. Es algo más caro.

Issy lo miró en silencio, pero sus dedos acariciaron los pequeños pendientes de diamantes que llevaba en las orejas.

—Exacto —dijo Austin—. Necesitas algo que haga juego con esos pendientes. Desde luego que sí. Aunque quizá... ¿para el dedo?

Ambos se abrigaron bien y salieron de la mano para adentrarse en el emocionante y bullicioso proyecto de pasar una mañana de compras en el ajetreado Nueva York.

En Londres, Pearl contemplaba a la clientela de después del almuerzo, que señalaba con alegría la nueva hornada de cupcakes de Año Nuevo con manzana y uvas pasas. También había algunos de capullos de rosa para adelantarse a la primavera. Y pan de jengibre rebajado, para los últimos adictos a la Navidad. Todo ello perfectamente decorado por Maya. Pearl sonrió.

—¡Tenemos capuchino! —gritó.

Agradecimientos

En primer lugar, quisiera daros las gracias a todos los que habéis leído *Encuéntrame en el Cupcake Café* y habéis sido tan amables de decirme que os ha encantado, o más amables todavía al publicar una reseña en Internet y hacer correr la voz. No sé cómo daros las gracias. Me encanta tener noticias de mis lectores, ¡sobre todo si han probado las recetas! Puedes seguirme en Twitter en @jennycolgan o en Facebook en www.facebook.com/thatwriterjennycolgan. Si no has leído *Encuéntrame en el Cupcake Café*, no te preocupes. Este libro debería poder leerse de forma independiente.

Un agradecimiento especial a Sufjan Stevens y a Lowell Brams por hacer todo lo posible para que tuviéramos nuestro milagro navideño... Todo lo que se pierde será encontrado.

Muchas gracias también a Kate Webster por permitirme usar su maravillosa receta de los cupcakes de chocolate y cola. Si quieres más recetas deliciosas, búscalas en su blog: <http://thelittleloaf.wordpress.com>.

Gracias y más gracias a Ali Gunn; a Rebecca Saunders; a Jo Dickinson; a Manpreet Grewal; a David Shelly; a Ursula Mackenzie; a Emma Williams; a Jo Wickham; a Camilla Ferrier; a Sarah McFadden; a Emma Graves por la maravillosa portada; a Wallace Beaton por el arte gráfico; a todos los componentes de Little, Brown; a Board, y a todos nuestros amigos y familiares. Un abrazo enorme y muchos besos navideños al señor B y a las tres abejitas, ojalá que vuestros recuerdos navideños sean mágicos. Aunque en cierta ocasión fuésemos incapaces de lograr que funcionara el Scalextric.

Cómo hornear tus primeros cupcakes por «The Caked Crusader»

Bueno, ya has leído esta novela increíble y además de pensar que, ¡Dios!, quieres leer todo lo que escriba Jenny Colgan, también estás pensando en que quieres preparar tus propios cupcakes. ¡Enhorabuena! ¡Estás a punto de embarcarte en un viaje que acabará en placer y en un dulce genial!

Antes de nada, te voy a contar un secretito que ninguna pastelería querría que contase: preparar cupcakes es fácil, rápido y barato. Vas a preparar unos cupcakes en tu casa (aunque sea la primera vez, te lo garantizo) que sabrán mejor y tendrán mejor aspecto que los preparados de forma industrial.

Lo mejor a la hora de preparar cupcakes es que se necesita muy poco material. Es muy probable que ya tengas un molde para cupcakes (esos que tienen doce huecos) en algún lugar de la cocina. En Inglaterra, ese mismo molde se usa para preparar distintos púdinges. Aunque no lo tengas, puedes comprar uno por un precio muy módico en cualquier bazar o en la sección de menaje de unos grandes almacenes. Solo tienes que comprar otra cosa antes de ponerte manos a la obra, y son las cápsulas de papel que se pueden encontrar en cualquier supermercado, en la zona de menaje o de repostería.

Antes de preparar cupcakes, es importante que asimiles lo que yo considero las cuatro claves del horneado (¡Así parece que son más imponentes de lo que son en realidad!):

Antes de empezar, asegúrate de que todos los ingredientes están a temperatura ambiente, sobre todo la mantequilla. Con esto no solo prepararás un cupcake mejor, sino que también te será más fácil trabajar con los ingredientes... ¿Por qué no ibas a querer facilitarte las cosas?

Precalienta el horno. En otras palabras, enciende el horno a la temperatura indicada entre veinte y treinta minutos antes de que vayas a meter la masa. De esta manera, la masa recibe la temperatura adecuada nada más entrar en el horno para que empiecen los procesos químicos, resultando en un cupcake esponjoso. ¡Menuda suerte no tener que saber cuáles son dichos procesos químicos para preparar unos cupcakes estupendos!

Pesa los ingredientes en una balanza y asegúrate de que no se te olvida nada. Preparar dulces no se parece en nada a preparar cualquier otro plato, porque no se pueden echar los ingredientes a ojo ni sustituirlos a placer y esperar que salga bien. Si estás preparando un guiso en el que la receta dice dos zanahorias y le echas tres, hay muchas posibilidades de que salga igual de bien (aunque tal vez con más sabor a zanahoria). Sin embargo, si tu dulce requiere dos huevos y le echas tres, por ejemplo, en vez de una masa esponjosa tendrás una pasta pegajosa. Aunque suene un poco restrictivo, en realidad es genial, porque ya está todo pensado y tú te llevarás el mérito de haber preparado un cupcake delicioso.

Utiliza ingredientes de buena calidad. Si untas el pan con mantequilla, ¿por qué vas a echarle margarina a un cupcake? Si comes chocolate del bueno, ¿por qué vas a ponerle un sucedáneo de chocolate a una tarta? Tu cupcake será tan bueno como los ingredientes que lo compongan.

Este libro fue distribuido por cortesía de:



Para obtener tu propio acceso a lecturas y libros electrónicos ilimitados GRATIS hoy mismo, visita:

<http://espanol.Free-eBooks.net>

Comparte este libro con todos y cada uno de tus amigos de forma automática, mediante la selección de cualquiera de las opciones de abajo:



Para mostrar tu agradecimiento al autor y ayudar a otros para tener agradables experiencias de lectura y encontrar información valiosa, estaremos muy agradecidos si

["publicas un comentario para este libro aquí"](#)



INFORMACIÓN DE LOS DERECHOS DEL AUTOR

Free-eBooks.net respeta la propiedad intelectual de otros. Cuando los propietarios de los derechos de un libro envían su trabajo a Free-eBooks.net, nos están dando permiso para distribuir dicho material. A menos que se indique lo contrario en este libro, este permiso no se transmite a los demás. Por lo tanto, la redistribución de este libro sin el permiso del propietario de los derechos, puede constituir una infracción a las leyes de propiedad intelectual. Si usted cree que su trabajo se ha utilizado de una manera que constituya una violación a los derechos de autor, por favor, siga nuestras Recomendaciones y Procedimiento de Reclamos de Violación a Derechos de Autor como se ve en nuestras Condiciones de Servicio aquí:

<http://espanol.free-ebooks.net/tos.html>

¡1250 LIBROS PARA LLEVAR EN SU BOLSILLO!

La velocidad, comodidad y movilidad son suyas. El e-GO! Library Español es una forma innovadora para tener y mantener un suministro fresco y abundante de grandes títulos. Es el mejor entretenimiento y fácil de obtener. El e-GO! Library Español es una unidad flash de memoria USB que pone a miles de los mejores libros de la actualidad su bolsillo!

Cargue su Kindle, iPad, Nook, o cualquier dispositivo con una variedad de ficción y no ficción. En su tiempo libre, elija entre sus temas, títulos y autores independientes favoritos y categorías como: romance, ciencia ficción, misterios, finanzas, biografías, negocios y muchos más.

- ✓ **1,000 LIBROS** independientes más populares
- ✓ **BONO-** 250 títulos clásicos
- ✓ **CONTENIDO ÚNICO** / Autores independientes
- ✓ **LLAVE USB PRECARGADA** de 4GB

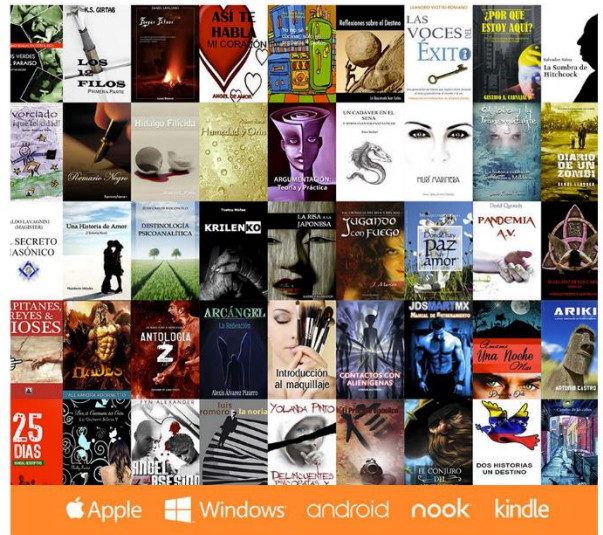
LOS MEJORES

1,000 LIBROS

+250 CLASICOS DE REGALO

e-GO!
Library *Español*

- ✓ Total portabilidad y conveniencia
- ✓ Más de 32 categorías precargadas
- ✓ No necesita internet
- ✓ Perfecto para leer mientras viaja



- ✓ **SIRVE CON TODOS** los lectores y dispositivos
- ✓ **IDEAL** para viajar
- ✓ **AHORRA** innumerables horas de Descargas
- ✓ **EL REGALO** Perfecto

VER MÁS